La FLORISTERÍA de la GUIRNALDA de MARGARITAS

EL VERDADERO AMOR FLORECE CUANDO MENOS LO ESPERAS



LAURIE GILMORE

AUTORA SUPERVENTAS DE *CAFÉ CON AROMA A CALABAZA*

HarperCollins
Narrativa

Portadilla

La FLORISTERÍA de la GUIRNALDA de MARGARITAS

LAURIE GILMORE

HarperCollins

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www.harpercollinsiberica.com

Título original: *The Daisy Chain Flower Shop*
© Laurie Gilmore 2026
© De la traducción del inglés, Carlos Ramos Malavé
© 2026, para esta edición HarperCollins Ibérica, S. A.
Publicado por HarperCollins Publishers Limited, UK

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.
Sin limitar los derechos exclusivos del autor, editor y colaboradores de esta publicación, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA).
HarperCollins Ibérica S. A. puede ejercer sus derechos bajo el Artículo 4 (3) de la Directiva (UE) 2019/790 sobre los derechos de autor en el mercado único digital y prohíbe expresamente el uso de esta publicación para actividades de minería de textos y datos.

Diseño de cubierta: Lucy Bennett/HarperCollins Publishers Ltd
Ilustración de cubierta: © Kelley McMorris/Shannon Associates
Ilustración del mapa del interior: © Laura Hall

ISBN: 9788410646261

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Sobre la autora
Dedicatoria
Mapa
Playlist
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Epílogo
Si te ha gustado este libro…

Sobre la autora

LAURIE GILMORE escribe novelas románticas ambientadas en pueblecitos. Su serie de Dream Harbor está llena de vecinos extravagantes, espacios acogedores y romance que quita el hipo. Le encanta leer libros que combinan a la perfección los momentos dulces con un toque picante, y aspira a conseguir eso mismo cuando escribe. Si alguna vez deseaste vivir en Stars Hollow (¡o que Luke y Lorelai acabaran juntos de una vez!), entonces sus libros son ideales para ti.

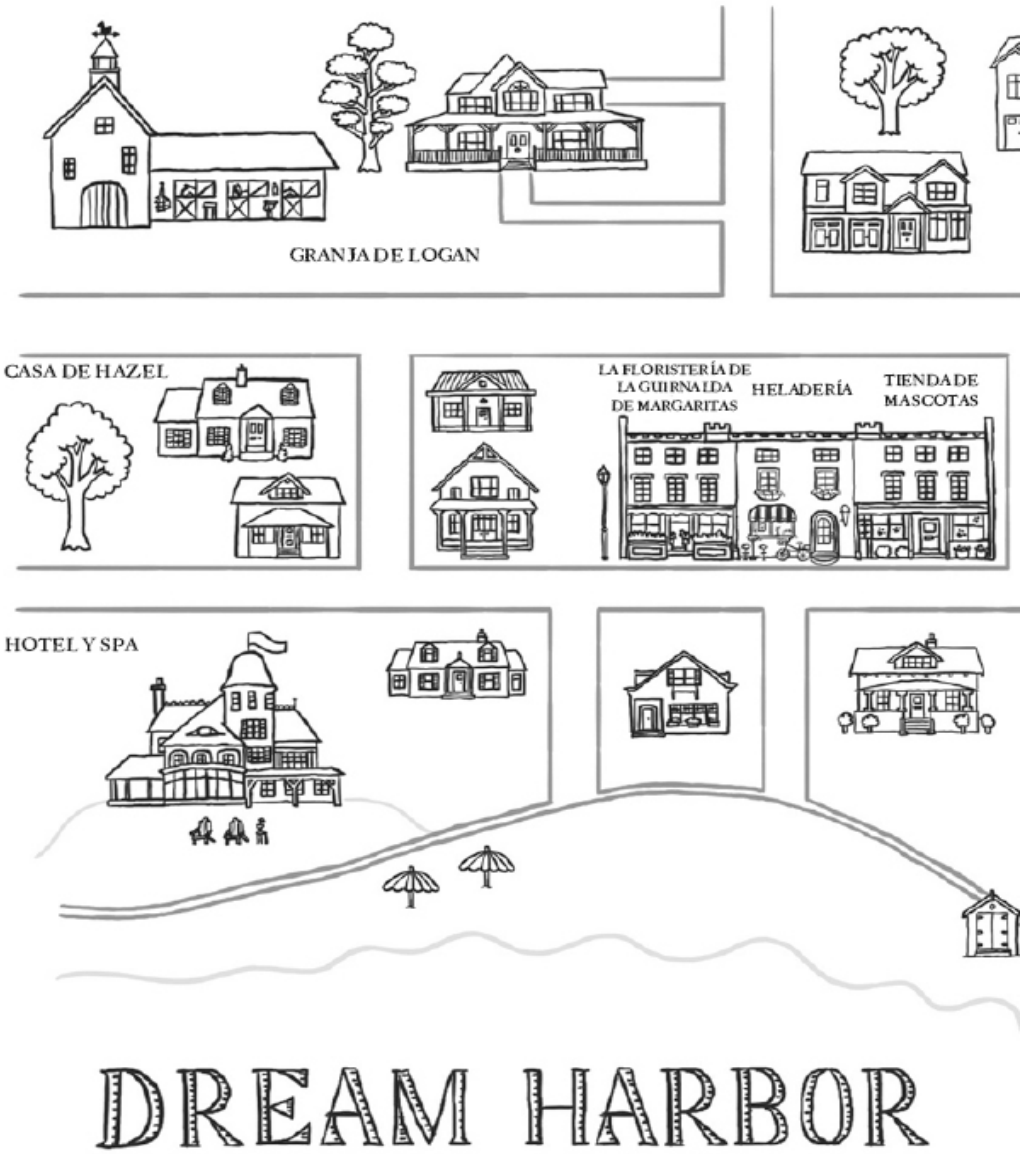
www.thelauriegilmore.com

instagram.com/lauriegilmore_author
facebook.com/lauriegilmoreofficial

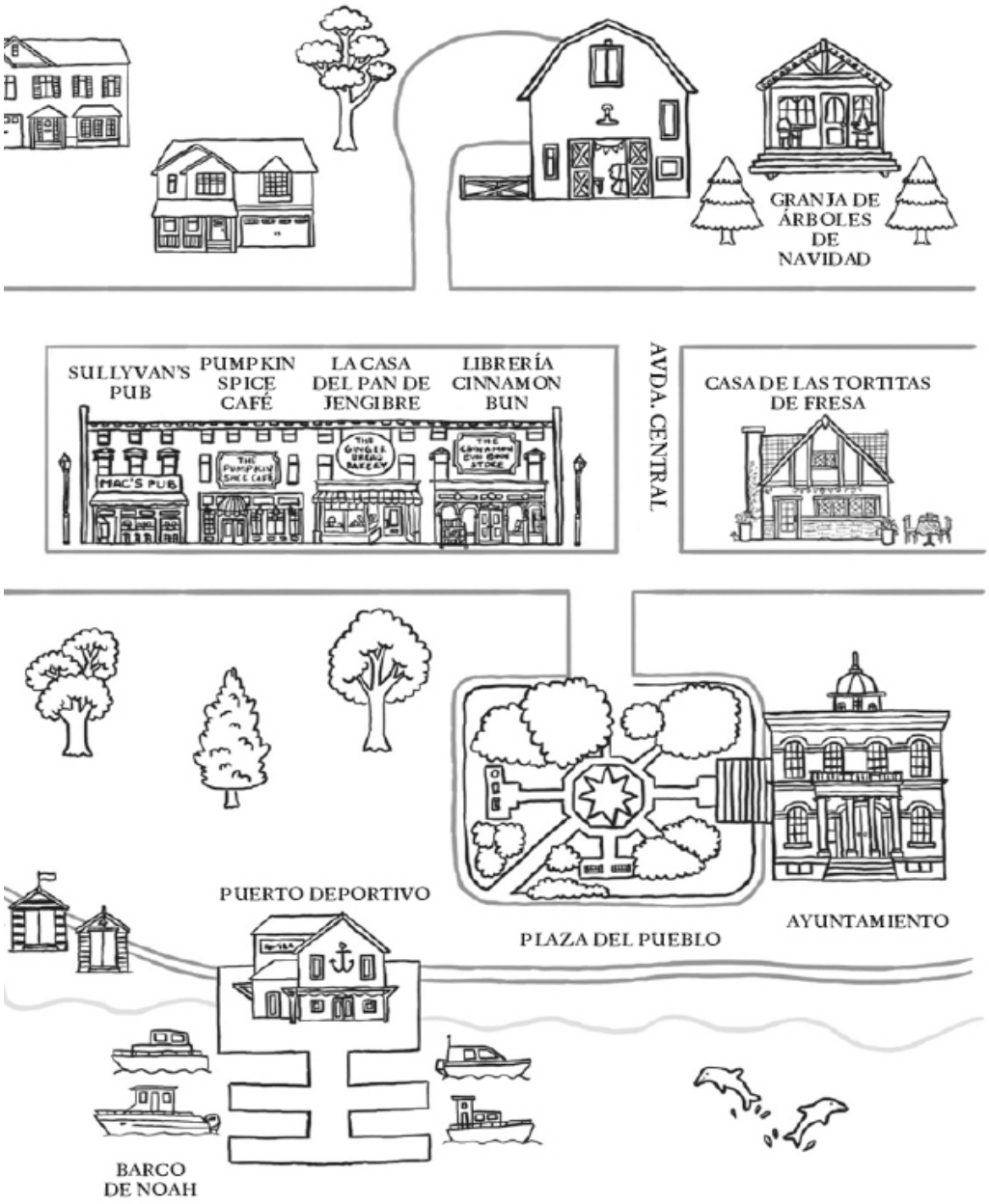
Dedicatoria

A todos los empollones del mundo, creemos que estáis muy guapos con gafas

Mapa



DREAM HARBOR


GRANJA DE ÁRBOLES DE NAVIDAD
SULLYVAN'S PUB
PUMPKIN SPICE CAFÉ
LA CASA DEL PAN DE JENGIBRE
LIBRERÍA CINNAMON BUN
MAC'S PUB
AVDA. CENTRAL
CASA DE LAS TORTITAS DE FRESA
PUERTO DEPORTIVO
PLAZA DEL PUEBLO
AYUNTAMIENTO
BARCO DE NOAH

Playlist

Playlist



DAISIES – Justin Bieber
that way – Tate McRae
Golden – Harry Styles
Feel Something – Clairo
Wood – Taylor Swift
Vodka Cranberry – Conan Gray
goodnight n go – Ariana Grande
Already Over – Sabrina Carpenter
National Anthem – Lana Del Rey
I Think He Knows – Taylor Swift
Risk – Gracie Abrams
Spring Into Summer – Lizzy McAlpine
Look At That Woman – ROLE MODEL
Paper Rings – Taylor Swift
Satellite – Harry Styles
What I Want – Morgan Wallen
Rein Me In – Sam Fender
House Tour – Sabrina Carpenter
So Easy – Olivia Dean
The Fate of Ophelia – Taylor Swift
undressed – sombr
Accidentally In Love – Counting Crows
Lover – Taylor Swift

Capítulo 1

Daisy Scott, actual propietaria de la Floristería de la Guirnalda de Margaritas, era solo una Daisy más en una larga estirpe de Daisies. Su madre se llamaba Daisy. Su abuela se llamaba Daisy. La «guirnalda de Daisies» a la que aludía el nombre de su floristería se remontaba como mínimo cien años atrás. Las mujeres de su familia pasaban el nombre y la floristería de generación en generación con la misma diligencia con que cuidaban de sus flores. Resultaba todo muy pintoresco, y Daisy había dejado de resistirse años atrás. Pero, hasta donde ella sabía, era la primera de todas en estar maldita.

No era que creyera realmente en las maldiciones, o al menos no al principio. Sobre todo, porque no estaban en 1850 y tenía un cerebro funcional. Había desdeñado por completo la idea. Cierto, había suministrado las flores para tres bodas que después terminaron en divorcio en menos de un año, aunque, hasta donde ella sabía, Jeanie y Logan aún eran felices. ¡¿No contaba eso para nada?! Y sí, claro que tenía un exmarido y un exprometido, pero era imposible que su desafortunada vida amorosa pudiera transmitirse de algún modo a otras personas. Eso sí que sería una locura.

La idea en su conjunto era una locura, y no creía que al pueblo le hubiera importado lo más mínimo si el alcalde Kelly no hubiera mencionado uno de sus sueños confusos durante una reunión municipal seis meses atrás. Al parecer, en él había visto un nubarrón que se cernía sobre la floristería, y aquello fue suficiente para los vecinos. Los rumores sobre su propia y lamentable historia y el reguero de relaciones fallidas que dejaba a su paso se habían magnificado de forma considerable y, como es natural, corrieron como la pólvora. Desde entonces, Daisy no había recibido ningún encargo que no fuera para un funeral —con la excepción de la boda de Jeanie y Logan—, pero aquello había sido cosa de Annie. Esa mujer era capaz de lograr cualquier cosa. El alcalde se había sentido fatal por su pérdida de clientes, así que se dedicaba a comprarle

ramos de flores todos los sábados para compensarla por ello. Sin embargo, un ramo una vez por semana no compensaba los ingresos perdidos de una boda.

Aquel hombre era una amenaza.

Aun así, Daisy se negaba a creer que estuviera realmente maldita. Achacaba su situación actual a los chismorreos y a su propia incapacidad para elegir bien las parejas. No a una maldición. Aunque, del mismo modo en que había tratado de rechazar su nombre cuando cursaba cuarto de primaria, cuando había intentado convencer a todo el mundo para que la llamara Jade, su rechazo a la maldición no parecía cuajar. Ni en su mente ni en la realidad.

Y cuando, plantada tras el mostrador, contemplaba el caleidoscopio de colores que dibujaban sobre el suelo de madera los rayos de sol de primeros de abril que se filtraban por la vidriera situada sobre la puerta, vio entrar en la floristería a su exprometido acompañado de su nueva prometida, confirmó de una vez por todas que las maldiciones eran reales.

Un nubarrón, desde luego.

«Hijo de perra».

—¡Hola, David! —«Vaya, has sonado demasiado alegre. Rebaja el tono, Daisy. No deberías mostrarte tan contenta de ver a tu ex»—. ¿Qué te trae por aquí? —Y sacudió del mostrador con gesto distraído los pétalos y las hojas que se habían desprendido de la corona funeraria en la que estaba trabajando.

Aquello era normal. Totalmente normal que su ex, a quien no veía desde la ruptura y que ni siquiera vivía en aquel pueblo, se presentara en su floristería una tarde de martes cualquiera. Y que estuviera tan guapo como siempre; cabello rubio cuidadosamente retirado de sus definidos pómulos y de su increíble mandíbula. «Totalmente normal».

—Qué hay, Daisy. —Su ex, el hombre con quien había planeado pasar el resto de su vida, inclinó la cabeza hacia un lado mientras la miraba.

Fue una mirada de lástima. Una mirada que indicaba que sentía pena por ella, como si hubiera sido víctima de una horrible tragedia. Sin embargo, la única tragedia había sido que la dejara plantada un

mes antes de la boda. Por mensaje de texto. Y a ella en verdad le habría gustado poder decir que lo odiaba. Que había superado aquel desastre. Que no la desgarraba por dentro que él ya estuviese prometido de nuevo, transcurrido tan solo un año de su ruptura, cuando ella ni siquiera había conseguido tener una sola cita. Pero no podía decir ninguna de esas cosas.

Daisy habría querido ser una «Jade». Habría querido que su vestuario enteramente negro se transfiriera también a sus entrañas. Aunque en realidad Daisy seguía siendo la niña pequeña a la que su madre solía poner vestidos amarillos hasta la edad de nueve años. Daisy era suave. Daisy seguía enamorada de David. Y se odiaba a sí misma por ello.

—¡Hola, Daisy! ¡Me alegra mucho conocerte por fin! Tienes una floristería preciosa —gorjeó la mujer que iba del brazo de David, contemplando la tienda abarrotada de cosas.

Hailey.

Daisy solo estaba al tanto de su nombre gracias a la ingente cantidad de tiempo que había pasado en internet espiando a David tras la ruptura. Hailey, que trabajaba en el departamento de *marketing* de una empresa en la ciudad, era leo, le encantaban los *brunchs* y —por lo que Daisy había podido deducir— pasaba todo su tiempo libre en el gimnasio o bebiendo *matcha lattes* y subiéndolos a redes. Hailey, que tenía un nombre mucho más interesante que Daisy.

A Daisy le habría gustado odiarla también, pero Hailey sonreía con tal sinceridad mientras su mirada saltaba de las rosas refrigeradas a los ramos de flores secas, pasando por las macetas de plantas del escaparate, que a ella le costaba odiarla. Parecía maja. Era mona. Sinceramente, Daisy era capaz de verle el encanto.

—Yo también me alegro de conocerte. Bueno…, ¿y qué os trae por aquí?

Traducción: ¿Qué narices estáis haciendo aquí? ¿Habéis venido a mi tienda solo para recordarme la vida de mierda que tengo ahora mismo?

A Daisy le dolía la cara de mantener la sonrisa falsa que había esbozado. Bajo ningún concepto permitiría que la mirada de lástima

de David la afectara.

Hailey miró a David con su radiante sonrisa de dientes perfectos, y David, el «David de Daisy», le sonrió con corazones en los ojos. A Daisy le entraron ganas de vomitar.

—Estábamos ojeando lugares para celebrar la boda y me acordé de lo pintoresco que es Dream Harbor —explicó él, como si aquello fuese de lo más razonable, como si no estuviese infiltrándose en su pueblo, en su vida—. Esta tarde vamos a ver el hostal y mañana visitaremos la Granja de Árboles de Navidad.

—¡Son las dos preciosas! —Hailey seguía con su sonrisa de oreja a oreja, y Daisy notó que le subía por la garganta el burrito que había desayunado aquella mañana.

—Por supuesto que, aun si nos casáramos en el pueblo, buscaríamos a otro proveedor para las flores. Eso sería demasiado incómodo —comentó David con una carcajada.

—Sí, claro, desde luego. —Daisy se obligó a reírse también, pero le salió más bien un gruñido.

Hailey abrió mucho los ojos en señal de preocupación ante aquel sonido.

Aquel debía de constituir un nuevo nivel del purgatorio. No sabía qué le molestaba más: la posibilidad de que su ex se casara con su radiante nueva novia en su pueblo natal o que ella ni siquiera fuese a obtener ningún beneficio económico del enlace. Eso casi bastó para hacerle soltar otra de sus carcajadas histéricas. Cosa que, al parecer, hizo, ya que Hailey la miraba como si estuviese a punto de pedir una ambulancia para que la llevaran al hospital.

—A no ser que todo esto te haga sentir incómoda… —David volvió a inclinar la cabeza como si contemplara un cachorrito herido—. Es que pensaba que hace ya un año y ambos hemos pasado página…

—¡Totalmente! ¡Hemos pasado página! —Dios santo, ¿se había puesto a gritar? Parecía haber perdido el control de su voz. Soltó otra carcajada de hiena.

Esta vez Hailey retrocedió unos pasos del mostrador.

—Voy a echar un vistazo por aquí… —comentó alejándose, no sin antes lanzarle a David una mirada que claramente indicaba que deseaba que se ocupara de su exnovia desequilibrada.

—Mira, Daisyboo. —David se inclinó hacia delante, apoyando sus tonificados brazos sobre el mostrador, y el aroma de su carísima colonia superó al embriagador perfume de las flores.

—No me llames así —susurró Daisy, aunque el corazón le dio un vuelco al oír aquel viejo apodo. Sí que estaba maldita. Condenada a elegir hombres que no la amaban.

—Perdona, es la costumbre. —David le dedicó su fastidiosa sonrisa encantadora, esa con la que le había hecho creer que la amaba—. Solo quería decirte que, si te parece demasiado, nos iremos ahora mismo… Es que a Hailey le gusta mucho este sitio…, y pensé que podríamos comportarnos todos como adultos.

—Claro que le gusta. A todo el mundo le gusta —le espetó Daisy; trataba por todos los medios de no permitir que David viese lo triste y sola que estaba.

Era cierto. A todo el mundo le gustaba Dream Harbor. Sin saber cómo, se había olvidado de aquello durante el año que había estado fuera. El año que pasó con David, en el apartamento de este, más cerca de la ciudad para que él pudiera tener el trabajo cerca y salir con sus amigos.

A ella se le había olvidado lo mucho que le gustaba realmente aquella tiendecita, lo mucho que añoraba a sus amigos, ver a sus padres y a sus abuelos a todas horas.

Aunque no lo admitiría.

Y eso tampoco le impedía sentir que había fracasado en algo.

En el amor, sobre todo.

En lo de mantener una relación funcional.

Quizá le encantase aquella tienda, pero eso no cambiaba el hecho de que, cada día que pasaba allí, recordaba todo lo que había perdido.

La campanilla de la puerta sonó anunciando la llegada de un nuevo cliente, lo que le brindó a Daisy un breve momento de alivio. Le sonaba haberlo visto en alguna parte. ¿En el café, quizá? ¡O en la boda de Jeanie! Elliot. Eso era. El tipo de las gafas que no paraba de mirarla. Al igual que hacía en aquel momento. Como un cervatillo ante los faros de un coche cuando Daisy lo miraba. Pero un cervatillo

mono, con un leve rubor en las mejillas y el pelo revuelto como si acabara de despertarse.

Y Daisy no supo si fue la belleza del rostro de David, o el culo de gimnasio de Hailey, o el recuerdo de la mirada de Elliot la noche de la boda, como si tal vez la deseara, lo que la llevó a hacer lo que hizo a continuación. Desde luego, no fue ningún pensamiento racional por su parte.

Sin embargo, a la hora de combatir una maldición, quizá lo mejor fuese abandonar por completo la racionalidad.

—En serio, David, me parece estupendo. Como bien has dicho, ambos hemos pasado página —sonrió Daisy, luego saludó con la mano a Elliot, que seguía de pie en la puerta—. De hecho, aquí está mi nuevo novio. ¡Elliot, acércate a saludar!

Capítulo 2

Elliot había estado evitando la floristería por dos motivos. Ambos tenían que ver con la mujer casi frenética que en aquellos momentos lo llamaba con un gesto de la mano y se refería a él como su novio.

Daisy.

La delicada y encantadora Daisy.

Daisy, en quien no había parado de pensar a todas horas desde que ella llegara al pueblo. En aquella época, él solo llevaba unos meses viviendo allí y aún se preguntaba por qué había escogido aquel pueblecito para esconderse. Y allí estaba ella, irrumpiendo en una reunión municipal como si fuese la dueña del lugar.

Había estado a punto de enamorarse de ella.

Una terrible costumbre que tenía.

Lo cual constituía el motivo número uno para evitar la pequeña y bonita floristería de la calle principal y a su pequeña y guapa propietaria. Elliot se había trasladado a Dream Harbor para olvidarse del amor. Para evitarlo por completo, a ser posible. Transcurridos dos años, aún no había sido capaz de sacudirse de encima el fracaso y el dolor que le había causado el divorcio, y no estaba muy dispuesto a volver a intentarlo.

Apenas conocía a Daisy. Pero se conocía a sí mismo y sabía que ya se había colado por ella simplemente por cómo discutía con todo el mundo en las reuniones municipales y por lo bien que le quedaban las camisetas negras ajustadas. Como la que lucía en aquella ocasión. Incluso con el descolorido delantal con estampado de margaritas que llevaba por encima, alcanzaba a ver cómo se le ceñía a las curvas de su cuerpo.

Se le formó un nudo en la garganta.

No debería quedarse mirando las curvas del cuerpo de Daisy. Esas curvas no conducirían a ningún destino bueno. Al menos a largo plazo. A corto, no le cabía duda de que las curvas de Daisy lo conducirían a toda clase de lugares asombrosos.

Aunque no era esa la cuestión, pues el segundo motivo por el cual se había mantenido alejado de la tienda era un poco más descabellado, pero estaba vinculado con el primero. Daisy estaba maldita. No es que Elliot creyera en las maldiciones; sin embargo, a juzgar por los rumores que circulaban entre los vecinos, Daisy dejaba a su paso un reguero de corazones rotos, y el suyo ya estaba lo bastante dañado. De hecho, no creía ni que funcionara ya, de manera que el tema de la camiseta negra de Daisy era, en realidad, irrelevante.

—Elliot. —La voz de Daisy desvió su atención de la camiseta y la centró en su rostro. Tenía los ojos muy abiertos y casi le suplicaba con la mirada.

Era evidente que deseaba que le siguiera la corriente con la extraña situación en la que debía de encontrarse, pero a Elliot el pensamiento se le había quedado detenido en una cosa. «Sabe cómo me llamo».

Elliot era proclive a pasar desapercibido. A esconderse, diría su hermano. Simplemente era tímido, insistiría su madre. En cambio, él no tenía claro que fuese ninguna de esas dos cosas. Era observador. Le gustaba contemplar a la gente y no sentía la irrefrenable necesidad de pasar a la acción. Algo que a la mayoría le resultaba siniestro o aburrido.

Pero, en algún momento, Daisy se había aprendido su nombre.

Y, en apariencia, ahora lo necesitaba.

—Acércate a saludar a David —repitió, alzando el volumen con cada palabra—. ¿Te acuerdas de David, mi ex? Te he hablado de él. —Daisy enarcó las cejas con gesto dramático, como si estuviera aguardando a que él se acordara de su siguiente frase.

Era el momento de pasar a la acción.

—David, sí, claro —respondió él, que se acercó para estrecharle la mano al otro hombre—. Encantado de conocerte.

Si con algo estaba familiarizado Elliot, era con el dolor y la vergüenza de encontrarse con un ex y con su nueva pareja. Lo había experimentado demasiadas veces antes de trasladarse allí.

Daisy articuló un «gracias» por encima del hombro de David y salió de detrás del mostrador para colocarse a su lado. Le cogió la

mano, entrelazó los dedos con los de él y Elliot tuvo que tragarse el suspiro ahogado que quería salirle de los labios. Hacía mucho tiempo que nadie le estrechaba la mano. Y la de Daisy era cálida, pequeña y perfecta.

—No sabía que salieras con alguien —comentó David; claramente seguía intentando entender qué pasaba allí mientras Elliot intentaba no perder la cabeza porque una mujer le hubiese dado la mano como si tuviese doce años.

—Sí, salgo con alguien. —Daisy aún parecía algo insegura, de modo que Elliot le dio un apretón en la mano. Ella lo miró con una sonrisa sorprendida—. Salgo con alguien —repitió, echando los hombros hacia atrás—. No todo el mundo anuncia sus relaciones en las redes sociales, David.

Él frunció el ceño, pero Daisy siguió adelante, esta vez mirando a Elliot.

—Se llama Elliot y es… —Dejó la frase a medias y abrió mucho los ojos en una expresión de pánico.

«Vale, así que se había aprendido su nombre, pero, al parecer, eso era todo».

—Soy arquitecto —aclaró, y devolvió su atención a David para no quedarse mirando los ojos ambarinos de Daisy. Ni siquiera sabía que eso existiese de verdad. Los ojos ambarinos. Sacudió la cabeza. Eso carecía de importancia en aquel momento—. De hecho, estoy trabajando en un nuevo diseño para el hostal.

Al oír mencionar el hostal, la mujer que claramente era la nueva novia de David volvió corriendo junto a él.

—¿Van a reformarlo pronto? Sería una pena que eso interfiriese con el día de nuestra boda. —Frunció el entrecejo, preocupada.

—Entonces, supongo que tendréis que buscar otro sitio —soltó Daisy, y de inmediato pareció arrepentirse de sus palabras cuando la otra mujer intensificó su ceño fruncido.

—Ya sabéis cómo son estos proyectos. —Elliot trató de no sonreír —. Probablemente esté todo empantanado durante un tiempo. En mi opinión, lo mejor sería manteneros alejados de ese sitio.

Daisy le apretó la mano para agradecérselo sin palabras, y Elliot se dio cuenta de que hacía mucho tiempo que no se sentía tan

satisfecho consigo mismo. Quizá nunca se había sentido así. Ayudar a Daisy a mentir a su ex y a la novia de este podría haberse convertido en su pasatiempo favorito. Tenía que salir más de casa.

—Sí, claro, lo tendremos en cuenta. —David alternaba la mirada entre ambos como si no terminara de creerse aquella farsa.

Llevado por el atrevimiento y el subidón del apretón de mano de Daisy, Elliot retiró los dedos, le pasó un brazo por los hombros y la atrajo hacia su costado.

Y, si creía que darle la mano había sido una experiencia que le había cambiado la vida, tener su cuerpo pegado a él constituía algo de otro mundo. En serio, tenía que salir más de casa.

Si a ella le sorprendió o molestó el gesto, no dio indicios de ello. De hecho, inclinó la cabeza para apoyarla sobre su hombro como si fuera la cosa más natural del mundo.

David entornó los ojos.

—¿Cuándo decís que empezasteis a salir?

—Hará cosa de un mes —contestó Daisy, al tiempo que Elliot respondía: «El otoño pasado».

Joder, ni siquiera en las relaciones falsas estaba en sintonía con su pareja.

Daisy se rio de nuevo como una loca, dando la impresión de estar perdiendo los papeles. Elliot la abrazó con más fuerza para intentar calmarla.

—¿Solo ha pasado un mes? —preguntó con una carcajada—. Ya sabes lo que dicen: ¡el tiempo vuela cuando lo pasas bien!

—Claro, pero…

—¿No teníais una cita? —interrumpió Daisy a David antes de que este pudiera hacerles más preguntas o poner en duda el empleo de esa expresión en el contexto actual, cosa que, siendo sincero, carecía de sentido.

—Creo que deberíamos irnos —dijo Hailey, que parecía encantada de aprovechar cualquier excusa para escapar de aquella situación incómoda.

—Supongo que sí. —David les dedicó una última mirada suspicaz antes de que su prometida lo arrastrase hacia la puerta.

—¡Me ha alegrado veros! —exclamó Daisy—. ¡A ver si salimos los cuatro juntos alguna vez! ¡No os hagáis tan difíciles de ver! Podéis volver siempre que…

Daisy siguió lanzando absurdas frases de despedida hasta que los otros dos abandonaron la tienda; entonces, por fin se apartó de él y dejó escapar un suspiro increíblemente largo de alivio seguido de un quejido existencial.

Elliot guardó silencio hasta que hubo terminado.

Capítulo 3

Cuando a Daisy terminó de fundírsele el cerebro, levantó la mirada y encontró a Elliot todavía de pie a su lado. Parecía estar aguardando pacientemente a que se le pasara la crisis.

—Lo siento muchísimo.

—No puedo decir que me lo esperase —respondió él con una sonrisa torcida.

Daisy soltó un quejido y se pasó los dedos por el cabello, que le llegaba a la altura de los hombros. Por supuesto, hacía días que no se lo lavaba y lo tenía hecho un desastre. Por supuesto, David no iba a presentarse allí un día en el que llevase el pelo bien arreglado. Eso sería demasiado pedirle al universo.

—Me ha entrado el pánico. —Regresó a su lugar detrás del mostrador y empezó a ordenar trozos de cinta.

Elliot siguió mirándola, a la espera de que prosiguiera.

Quizá eso fuera lo que la llevaba a ser tan sincera. Él parecía verdaderamente interesado en oír las descabelladas palabras que le salieran de la boca a continuación.

—Es que… han entrado y parecían tan felices… Y no lo soporto. Sé que eso me convierte en una mala persona. Pero, en serio, ¡¿quién se presenta en el pueblo de su ex presumiendo de nueva prometida?! Es de muy mal gusto, la verdad.

Elliot dejó escapar una leve carcajada.

—Estoy de acuerdo. ¿Quién hace algo así?

Daisy fijó la mirada en la de él y no pudo evitar devolverle la sonrisa. Mentiría si dijera que se había fijado realmente en Elliot con anterioridad. Cierto, estaba aquel momento durante la boda, pero entonces no se había parado a pensarlo mucho. En teoría, no debería estar pensando en nadie. Debería estar curándose. Había renegado de los hombres por completo y estaba más que satisfecha con su nuevo estilo de vida célibe. Más que satisfecha. Sin embargo, estando ahora tan cerca de él, resultaba imposible no fijarse en su

sonrisa tímida y en su cabello revuelto. En sus gafas de montura oscura, que resaltaban el color de sus ojos, y en el rubor de sus mejillas cuando le sonreía.

Quizá debería haber hecho caso a Annie en la boda. Quizá Elliot sí que fuese mono.

Meneó la cabeza.

«No. Desde luego que no».

—Siento haberte arrastrado a esta red de mentiras.

Elliot se encogió de hombros y dejó escapar otra discreta carcajada.

—Ha hecho que mi día se vuelva más interesante.

—Eres muy buen actor.

—Ha sido un papel muy fácil de interpretar —contestó él agrandando la sonrisa.

¿Sería posible que Elliot el arquitecto empollón estuviese flirteando con ella? ¿Y que a ella le gustara eso?

A Daisy se le calentaron las mejillas y empezó a notar un aleteo nervioso en el estómago. Hacía mucho tiempo que nadie flirteaba con ella.

—Bueno, pues gracias. Ha hecho que la interacción sea un poco menos terrible.

—Con un poco de suerte, los hemos disuadido de reservar el hostal —dijo Elliot encogiéndose de hombros otra vez.

—Espero que sí. —Daisy dejó escapar un largo suspiro.

Solo el hecho de pensar que David estaba en el pueblo planeando una boda le daba urticaria. ¿Cómo sobreviviría si se quedaba allí? Se tardaba mucho en organizar una boda. ¡Estaría allí a todas horas! A ella le había llevado meses alcanzar el estado apenas funcional en el que se encontraba actualmente. «¡Por lo menos llevo ropa de verdad y me mantengo en pie! —pensó—. ¡Menudo progreso!». Hacía casi un año que no se pasaba un día entero llorando. Algunas horas sueltas aquí y allá, claro, pero no un día entero. Aunque, si David andaba cerca, si tenía que verlo, ¿cómo superaría su ruptura?

Se mordió el labio inferior. Con fuerza. No lloraría delante de aquel hombre amable al cual ya había acosado y obligado a ser su novio falso.

No lloraría.

—Entonces, ¿estuviste casada con ese tío? —Quedó claro por el tono de voz de Elliot la opinión que le merecía su ex. Cosa que le pareció injusta, estando basada en una interacción de cinco minutos.

—No, solo estuvimos prometidos. No llegamos a estar casados. —«No llores, no llores, no llores».

—Es un idiota.

Daisy levantó las cejas, sobresaltada por las duras palabras de Elliot. No se esperaba algo así de alguien tan comedido.

—No sabes nada de él.

—Sé que no se casó contigo. Me parece un gesto bastante idiota. —Le sostuvo la mirada mientras hablaba.

Daisy notó que el calor inundaba su cuerpo.

—Tampoco sabes nada de mí —susurró, sorprendida por lo mucho que le afectaban sus palabras—. Podría tener cadáveres escondidos en el sótano.

Los labios de Elliot se curvaron en un gesto divertido.

—¿Tienes cadáveres escondidos en el sótano?

—No. —Daisy lo miró con los ojos entornados. La conversación empezaba a descarrilar, y no sabía qué sentía al respecto—. Pero eso tú no lo sabes. Podría estar loca. Podría haberlo ahuyentado con mis agobios constantes y mis inseguridades. A lo mejor siempre pensaba que estaba enfadado conmigo y no paraba de preguntarle «¿Estás enfadado conmigo?», y llegó un punto en que no pudo aguantarlo más. —Guau, se había pasado de sincera. Se tragó la bola de emociones que le subía por la garganta.

Con David, siempre había tenido la impresión de estar intentando aferrarse a algo que no funcionaba.

—Es posible —dijo Elliot, pero volvió a encogerse de hombros como si a él le diese igual que le hiciese esa pregunta un millón de veces—. Aunque a mí me parece que debería haberte hecho sentir más segura.

Daisy abrió la boca llevada por el impulso automático de defender a David, pero quizá en esta ocasión no quisiera. Quizá fuese agradable oír que la ruptura no había sido enteramente culpa suya. Quizá aquella fuese la primera vez que se paraba a pensar que tal

vez, si David la hubiera abrazado con más fuerza, ella no habría intentado aferrarse tanto a él.

—Si quieres mi opinión, David tenía a una mujer guapa, inteligente y divertida, y la dejó escapar. Para mí no tiene sentido, pero ¿qué sabré yo? Si fui incapaz de hacer feliz a mi exmujer.

—¿Estuviste casado? —preguntó Daisy, sobre todo para evitar pensar demasiado en lo de la «mujer guapa, inteligente y divertida». Elliot no podía ser mono y, además, decir esas cosas.

—Pues sí. Durante cinco años, hasta que ella decidió que no le compensaba la molestia, supongo. —Lo dijo en un tono tan resignado, tan aparentemente convencido de que el problema era él, que Daisy sintió la instantánea necesidad de defenderlo.

—A mí me parece una idiota.

Elliot amplió más aún la sonrisa.

—Parece que nos gusta el mismo tipo de gente.

—¿La gente que no nos quiere?

—Algo así.

—Vaya mierda —contestó Daisy, y soltó una carcajada de resignación.

Resultaba agradable tener por fin a alguien que entendiese cómo se sentía, alguien que no intentase apaciguarla con palabras de ánimo, diciéndole que las cosas siempre salen como tienen que salir. ¿Acaso estaba destinada a acabar sola? Gracias, universo, y gracias, tía Jan, por dejarlo bien claro.

—Supongo que debería comprar las flores y marcharme.

—¡Ay, sí, perdona! No has entrado aquí solo para interpretar el papel de novio. —Daisy puso los ojos en blanco por lo estúpido de la situación, pero Elliot volvió a frenarla en seco.

—Qué va, eso solo ha sido un regalo muy divertido. —Esa sonrisa torcida estaba matándola, y todo lo que salía de su boca la sorprendía.

¿Quién era ese hombre? Ese que, hasta aquel momento, había pasado totalmente inadvertido, pero ahora estaba allí flirteando con ella.

Daisy dejó vagar la mente y, al recordar el brazo fuerte de Elliot sobe sus hombros, tuvo que obligarse a salir de su

ensimismamiento. Aquel hombre necesitaba flores, no que lo acosara sexualmente. Y ella necesitaba mantenerse alejada de cualquier cosa que se asemejara a una relación, falsa o no.

—¿Qué estabas buscando? —le preguntó, aclarándose la garganta.

—No lo tengo claro. Mi madre va a alojarse durante un tiempo en las casitas que hay en la playa y me gustaría darle un toque más acogedor.

—Noah ha hecho un gran trabajo con esas casitas. Seguro que a tu madre le encanta alojarse allí. Pero ¿qué opinas de poner un par de plantas en macetas para darle un poco más de vida? Y quizá un arreglo floral para la mesa.

—Suena de maravilla, gracias.

Daisy se entretuvo seleccionando cosas que pudieran gustarle a la madre de Elliot y trató de no pensar en lo mucho que le gustaba ser su novia falsa, aunque solo fuera durante unos minutos. Pero resultaba agradable que flirtearan con una; era agradable que la mirasen como si fuera deseable. Muy muy agradable no sentir durante medio minuto que era una fracasada enamorada.

Casi estuvo tentada de pedirle a Elliot que mantuviese la farsa. Podría sustituir a su almohada corporal y ser su acompañante en todos los eventos a partir de ese momento…

—¿Qué te parecen estas? —preguntó, y descartó de inmediato la descabellada idea de tener a Elliot como apoyo emocional en un futuro próximo—. Las suculentas siempre quedan bien y no requieren mucho mantenimiento. Y los filodendros son muy difíciles de matar…; además, crecen rápido.

—Son fantásticas. —Elliot agregó un colorido ramo primaveral a la mezcla del mostrador y Daisy se lo cobró todo—. Me alegro de haber venido —añadió, de nuevo con su sonrisa tímida.

—Yo también. Me has salvado el culo.

Elliot agrandó la sonrisa y el rubor le tiñó las mejillas. Por un segundo, ella pensó que iba a hacer algún comentario sobre su culo, y entonces sí que no sabría qué hacer; sin embargo, se limitó a asentir y recogió las plantas en la caja donde Daisy las había depositado.

—Deberías venir más a menudo —le dijo al verlo darse la vuelta para marcharse.

Él le sonrió por encima del hombro.

—Puede que lo haga. Gracias, Daisy.

Lo vio marchar y, desoyendo a su sentido común, se descubrió abrigando la esperanza de que regresara pronto.

Capítulo 4

—¡Cuéntamelo todo! —empezó a hablar Iris en cuanto Daisy respondió a la llamada por FaceTime.

Estaban a última hora de la tarde y Daisy se disponía a cerrar la floristería en breve, pero desde que Iris se había cogido la baja por maternidad hacía poco más de un mes, no era extraño recibir una llamada suya a esa hora.

—¿Todo sobre qué?

Iris se apartó de un soplido un mechón cobrizo de la cara. Daisy solo alcanzaba a ver la coronilla de Owen, su bebé, que estaba apoyado sobre su pecho.

—Estoy fuera unas pocas semanas y ya no me mantienes informada —gimoteó Iris a la pantalla del teléfono.

—¿Informada de qué? Sigo sin tener idea de qué estás hablando. Por cierto, inclina el teléfono para que pueda verle las mejillas al bebé.

Iris movió el teléfono y la dulce carita de Owen llenó la pantalla. Daisy dejó escapar un grito. Su amiga había tenido el bebé más mono del mundo. Tenía casi cuatro semanas y unos carnosos mofletes sonrosados y suaves, el cabello aterciopelado y un aroma delicioso.

—He oído que tienes un hombre nuevo —dijo Iris, devolviendo su cara a la pantalla mientras hacía un sugerente movimiento con las cejas.

—¿Un hombre nuevo? Ja. —Daisy siguió regando las plantas con una mano mientras, con la otra, sostenía el teléfono—. No hay ningún hombre nuevo a la vista.

Iris frunció los labios, no muy convencida.

—Pues me ha dicho Carol que Joe el del café le contó que Jack el del hostal ha tenido hoy una reunión para celebrar una boda y que el novio era tu ex y que ahora tienes un novio nuevo.

—Pero ¿¡qué dices!? —Daisy se irguió de golpe y se derramó agua en el zapato—. Maldita sea —murmuró entre dientes.

—Daisy, esa boca. Hay un bebé delante.

Daisy puso los ojos en blanco. Sabía de sobra la clase de palabras que salían de la boca de Iris. Tendría suerte si lo primero que decía Owen no empezaba por jota y resultaba inapropiado para la iglesia.

—Perdona, pero en los mentideros del pueblo se les ha ido la cabeza. ¿Cómo te has enterado de todo eso? ¿No decías que no estabas informada?

—Sigo en el chat de las mujeres de aeróbic, por supuesto.

—Por supuesto. Bueno, pues no hay ningún hombre nuevo.

¿Cómo era posible que hiciera solo unas pocas horas desde que Elliot había abandonado su tienda y medio pueblo ya hubiera llegado a la conclusión de que mantenía una relación seria?

Iris parecía escéptica.

—Dame algo, por favor. Llevo toda la tarde encerrada aquí con este bebé durmiente. Tengo que hacer pis. Necesito picar algo. Tengo la camisa cubierta de leche materna y Archer se ha llevado a Olive a comer helado después del colegio. No tengo a nadie con quien hablar salvo un recién nacido. Por favor, dame algo que me entretenga un poco.

Daisy suspiró, dispuesta a volver a negarlo todo, pero su amiga sí que parecía desolada. Y exhausta. Sabía que esas primeras semanas con el bebé habían sido difíciles para ella. Lo mínimo que podía hacer era informarla acerca del auténtico desastre en el que estaba sumida su propia vida.

—Hoy ha venido David con su prometida.

—Menudo cabrón. —Iris ahogó un grito y los ojos se le iluminaron con el cotilleo.

—He intentado hacerme la indiferente, de verdad que sí, pero se les veía tan bien juntos.

—¿Cómo lo has gestionado? —preguntó Iris con una mueca—. Quiero decir, ¿cómo te has sentido al verlo?

—Como si me hubieran arrancado el corazón del pecho, lo hubieran arrojado a una licuadora y lo hubieran convertido en una especie de *smoothie* de desengaño.

—Guau, qué gráfica —bromeó Iris, pero en su rostro se leía la actitud compasiva.

Se conocían desde pequeñas, pero realmente no habían sido amigas en el colegio, ya que Daisy le sacaba algunos años a Iris. No fue hasta que esta había regresado a casa deprimida y con el corazón roto que empezaron a relacionarse más. Iris había ayudado mucho a su madre con la tienda mientras Daisy estuvo fuera, y era fantástico tenerla allí mientras iba pillándole el truco. Y ahora consideraba a Iris su amiga más cercana. Si alguien sabía lo duro que había sido para ella aquel último año, esa era Iris.

—Era la primera vez que lo volvías a ver, ¿no? —preguntó Iris.

—Sí, desde el día en que hice las maletas y me marché. Así que ha pasado casi un año.

Qué día más amargo aquel. Apenas tenía tres cajas con pertenencias en casa de David. Había querido verlo como el hogar de ambos, pero ¿acaso él lo habría visto alguna vez de ese modo? Mientras sacaba del piso sus escasas posesiones, quedó dolorosamente claro que no. Aquello supuso otra dura patada en las tripas.

—¿Y va y se presenta aquí con su nueva novia? ¡Qué valor!, hay que joderse.

—Iris, el bebé…

Esta agachó la mirada.

—No me ha oído. Además, es que hay que joderse. ¿Qué estaba haciendo ahí?

—Me ha dicho que a Hailey le gustaba el pueblo y que querían mirar lugares para celebrar la boda. Y que pensaba que podíamos comportarnos como adultos.

—Qué asco.

—Pues sí. Y parecían muy enamorados, restregándomelo por la cara, y ha sido asqueroso. Entonces ha entrado Elliot…

—Espera un momento, ¿el arquitecto con pinta de empollón?

—Ese mismo.

—¿Y…? —Iris prácticamente había comenzado a vibrar.

A Daisy le preocupaba que fuera a despertar al bebé.

—Y es posible que yo dijera que era mi novio, y que él me siguiera la corriente, y cabe la posibilidad de que hayamos flirteado un poco. Ah, y nos hemos dado la mano.

—¡¿Os habéis dado la mano?! —chilló Iris, y Owen se agitó. Ella puso los ojos como platos—. ¿Os habéis dado la mano? —repitió en un susurro—. Qué monada.

—No es una monada. Es una locura. —Daisy dejó la regadera y se retiró al taburete de detrás del mostrador.

Desde la emoción de la mañana, la floristería había estado muerta. Era bastante normal que no entrara gente que pasara por la calle. Lo que la mantenía a flote era suministrar flores a los eventos. Eventos tales como bodas. Solía tener la agenda llena de bodas en primavera y verano. Sin embargo, este año no.

La Floristería de la Guirnalda de Margaritas era conocida por sus diseños florales para bodas. Era lo que mejor se les daba.

Hasta ahora.

Hasta que Daisy y su maldición regresaron al pueblo y empezaron a complicarlo todo. Las primeras tres bodas de las cuales se encargó habían acabado en desastre. Se había corrido la voz y, desde entonces, no había tenido ni una sola reserva; y las pocas bodas que su madre había conseguido antes de que Daisy volviera habían llamado para cancelar. Nadie deseaba correr el riesgo.

Daisy había pasado de hacer ramos de novia y centros de mesa a ramilletes para féretros y coronas funerarias. Era deprimente en más de un sentido.

—Además, no importa, porque solo ha sido una reacción al pánico y ya se ha pasado. Así que ya puedes contar por el teléfono escacharrado que lo cierto es que no tengo ningún hombre nuevo.

Iris guardó silencio unos instantes mientras pensaba y le acariciaba la cabecita a Owen.

—Pero ¿y si lo tuvieras?

—¿A qué te refieres? No estoy en condiciones de salir con nadie ahora mismo. Creo que ha quedado más que demostrado al entrar en pánico cuando he visto a David.

—Pero ¿y si no fuese real?

—Iris, voy a necesitar que me lo expliques un poco mejor, porque no tengo ni idea de lo que estás hablando. —Aunque un poco de idea sí que tenía. Aquello se parecía demasiado a la fantasía que había tenido esa mañana acerca de mantener a Elliot como novio falso durante un poco más de tiempo.

Iris hizo una mueca de dolor.

—Ay, este niño acaba de darme una patada en la vejiga. Ya sea dentro o fuera de mi cuerpo, le encanta pisotearme los órganos.

Daisy se rio.

—En fin, me refiero a que tal vez tener un novio falso podría ser beneficioso para el negocio —siguió Iris.

—¿Beneficioso para el negocio cómo? —Daisy solo había imaginado que sería beneficioso para su soledad.

—A todo el mundo le preocupan tus relaciones fallidas. ¿Por qué no darles una buena de la que hablar?

—¿Y luego qué? —Daisy frunció el ceño—. ¿Elliot y yo seguimos juntos para siempre? Tarde o temprano tendremos que romper y, entonces, volveré al punto de partida.

—Es posible. O puede que consigas un puñado de reservas de bodas esta primavera y, el año próximo, ya nadie se acuerde ni se preocupe porque, para entonces, ya habrá otro drama en el pueblo.

Iris sonrió como si estuviese muy satisfecha consigo misma.

—Es una locura.

—¿Tú crees?

—Sí.

—Pero ¿en serio lo es?

—Desde luego que sí. No pienso pedirle a Elliot que sea mi novio falso. ¿Se puede ser más patética?

Iris puso los ojos en blanco antes de responder.

—No eres patética, Daisy. Nadie piensa eso.

—Ah, es verdad, perdona, se me había olvidado. Piensan que estoy maldita. Mucho mejor.

—No todo el mundo piensa eso —contestó Iris con una mueca.

Daisy se quedó mirándola desde el otro lado de la pantalla.

—Vale, bastantes personas lo piensan, pero ya sabes cómo es este pueblo. Dentro de unos meses, decidirán que hay un cadáver

enterrado en la Granja de Árboles de Navidad.

—Eso ya ha pasado —le recordó Daisy.

Iris frunció el ceño como si estuviera intentando acordarse.

—Mmm. Sí, creo que tienes razón. Pero da lo mismo. —Agitó la mano y los sedosos cabellos rubios de Owen se movieron también—. Ya sucederá algo nuevo y todos se olvidarán de ti y de tu…

—¿Mi qué?

—De tu desafortunado gusto para los hombres — respondió Iris. Daisy soltó un gemido—. Y del hecho de que, al parecer, ahora se lo estás transmitiendo a otras personas.

—¡No es verdad!

—Mira, sabes que te quiero y que no creo en las maldiciones; sin embargo, es bastante raro que la boda que celebramos con todas esas rosas blancas terminara en separación dos semanas más tarde cuando se filtró aquel vídeo del novio con la dama de honor.

—¡Ay, por favor! Si ese es un tropo muy clásico. ¡Sucede a todas horas!

—Vale, ¿y qué me dices de la pareja que se separó tres meses después de la boda que hicimos con vistosas flores silvestres rosas porque el novio decidió que había recibido la llamada para ser monje?

—Eso sí que fue un poco más raro… —aceptó Daisy.

—Y celebramos aquella otra boda preciosa con hortensias azules por todas partes, después, transcurridos unos pocos meses, el novio se ve absorbido por la manosfera y decide que quiere tener a su esposa descalza y metida en la cocina el resto de su vida.

—¡Me niego a que me echen la culpa de la manosfera!

—Es justo —contestó Iris, que se encogió de hombros.

—Creo que todos esos ejemplos solo sirven para ilustrar que los hombres son lo peor.

—Salvo este pequeño hombrecillo. —Iris acarició con la mano el cuerpo acurrucado de Owen.

—Por supuesto.

—Aunque a las dos de la mañana sí que es un poco lo peor.

Daisy se rio. Echaba de menos tener a su amiga en la tienda. No se había dado cuenta de lo mucho que dependía de la ayuda de Iris

en la floristería hasta que nació Owen.

—Y Archer tampoco está mal —agregó Daisy.

Iris sonrió.

—Sí, nada mal. Y Elliot…

—No creo que dispongamos aún de información suficiente para valorar eso.

—Te ha seguido la corriente con la mentirijilla. Eso es buena señal.

—¿Un hombre que miente?

—Un hombre que acepta tus locuras. A mí eso me parece muy importante para tener una relación duradera.

Daisy volvió a reírse y Owen comenzó a moverse.

—En fin, creo que tengo que colgar —dijo Iris, devolviendo la atención a su hijo—. Suele despertarse muy enfadado y muerto de hambre.

—Como yo.

Iris sacudió la cabeza con el ritmo de su carcajada.

—Te quiero, Daisy.

—Yo a ti también.

—Y piensa en lo que te he dicho. Podría ser la distracción perfecta para que el pueblo se olvidase del asunto de la maldición. ¡En un pispás, volverás a tener reservas de bodas! Además, te vendría bien un poco de acción. —Más movimiento sugerente de cejas.

—Si es una relación falsa, no habría nada de acción.

—Pero podría haberla. Relación falsa, sexo real. Eso existe, Daisy.

Daisy puso los ojos en blanco, pero siguió reproduciendo mentalmente las palabras de Iris el resto del día. Combinadas con el recuerdo de la mano de Elliot en la suya y su sonrisa torcida, la idea comenzaba a resultarle atractiva.

Capítulo 5

—¿Estás comiendo bien?

Elliot suspiró. Su madre llevaba en el pueblo exactamente treinta minutos y ya le estaba preguntando por sus hábitos alimenticios. Lo miraba con ojo de águila por encima de su taza de té.

—A diario, mamá. Por lo general varias veces.

—Te veo demacrado.

—Muchas gracias.

—No seas insolente. —Lo señaló con un dedo, aunque después se ablandó y le dio una palmada en la mejilla—. Me preocupo por ti.

Las palabras «Me preocupo por ti» seguramente fuesen las últimas que pronunciara su madre. Era probable que aparecieran grabadas en su lápida. Sacudió la cabeza, y se sintió culpable de inmediato por pensar en la lápida de su madre. Como casi todos los buenos hijos, daba por hecho que su madre viviría para siempre.

—Lo sé, mamá. Perdona.

Ella ya había ignorado su disculpa y estaba mirándolo de nuevo, lo estudiaba. Evaluándolo. Su madre era intensa. Siempre lo había sido. Criando ella sola a dos chicos, había tenido que serlo. Su padre había muerto cuando Elliot era un bebé. No era de extrañar que la mujer se preocupara. A menudo, Elliot pensaba que era un milagro que su hermano y él hubieran sobrevivido, entre la tendencia de Caleb a hacer estupideces como saltar desde el tejado del garaje a la cama elástica del vecino, y el deseo de Elliot de no abandonar nunca su dormitorio. Su madre había hecho muy buen trabajo para asegurarse de que ambos fueran miembros funcionales de la sociedad.

Pero, a veces, se olvidaba de que él era un hombre de treinta y dos años perfectamente capaz de alimentarse solo. Aquella era su sexta visita desde que se había mudado hacía un año y medio. Seis visitas en dieciocho meses eran demasiadas. Sobre todo porque solo iba allí a controlarlo.

—Qué casita más mona —cambió de tema Elliot para dejar de hablar de su aparente estado demacrado.

—Es una preciosidad. Pero no entiendo por qué no podía alojarme en el hostal.

Elliot sabía bien el motivo. Él se hallaba en esos momentos trabajando en el hostal. Su madre se había alojado allí durante su última estancia en el pueblo, pero tenerla en su actual lugar de trabajo era algo que no necesitaba. De hecho, la visita en su conjunto era algo que no le hacía especial ilusión.

Quería a su madre, pero desde el divorcio se preocupaba por él de forma desmedida. Se había quedado hecho polvo cuando Leigh le dijo que quería separarse. Era consciente de ello. Se había aislado por completo del mundo. Había dejado de acudir al trabajo. La empresa de reformas que dirigían Caleb y él se resintió. Sabía que había sido grave. Y durante seis meses su madre y su hermano no habían hecho otra cosa que mimarlo, preocuparse por él e interesarse por su bienestar.

Cosa que solo servía para hacerle sentir peor.

De modo que abandonó la empresa, empaquetó sus cosas y se trasladó a Dream Harbor, un pueblo del que apenas había oído hablar, pero que le parecía tan buen lugar como cualquier otro. Había estado comprando y reparando casas antiguas para venderlas después cuando recibió el encargo de reformar el hostal: un trabajo que le encantaba. Además, comenzó a ir a terapia. Lo estaba intentando, y lo cierto es que volvía a sentirse razonablemente competente. ¿Listo para una nueva relación? Ni hablar. Aunque más que capaz de alimentarse solo y cuidar de sí mismo.

Su familia, sin embargo, no parecía muy convencida.

Por lo menos su madre fingía que había acudido allí por otros motivos. Había argüido que deseaba pasar tiempo junto al océano, ignorando el hecho de que vivía en Tampa, justo pegada al mar. Visitar Nueva Inglaterra para «pasar tiempo junto al océano» en abril carecía de sentido. Aún llovía y hacía frío la mayoría de los días. ¡Si hasta había previsión de nieve para el jueves! Probablemente las casitas que rodeaban a la suya permanecerían vacías hasta junio, pero Noah estaba haciéndole un favor.

Ella, sin embargo, insistió en que no había ido allí a ver cómo estaba su niño. Simplemente le gustaba aquello, decía. Lo más probable era que hubiera ido a visitar ese pueblo, incluso si él no viviese allí, aseguraba. Su madre mentía fatal.

Su hermano, por el contrario, ni siquiera se molestaba en intentar mentir. Seguía enviándole mensajes a diario interesándose por su salud mental.

«¿Cómo te encuentras hoy, El?».

«¿Te has levantado de la cama en todo el día?».

«He leído un artículo sobre los beneficios de recibir la luz del sol a diario».

«Contéstame para saber que sigues vivo».

«¡Elliot! ¿Dónde estás?».

Y el peor de todos: «Si no me respondes, tendré que pasarme por allí».

Cosa que Caleb hacía de vez en cuando, ocupando el tiempo que transcurría entre las visitas de su madre al pueblo. Las visitas eran siempre breves e incómodas. A Elliot no le gustaba recordar que había abandonado la empresa que habían creado juntos —pese a que Caleb nunca sacaba el tema—, ni lo destrozado que se había quedado después del divorcio. No le gustaba recordar que Caleb siempre había sido el fuerte, el valiente. Caleb era grande y robusto, y seguramente su madre nunca le diría que estaba demacrado. Y aquellos eran pensamientos absurdos para un hombre adulto, pero costaba superar las heridas de la infancia. Lo cierto es que Caleb siempre había tenido más papeletas para triunfar en todo lo que emprendiera. Sin embargo, durante un breve espacio de tiempo, Elliot había creído vencerlo en algo. Se había casado. Tenía una casa con jardín. Fue como si, basándose en unos baremos del todo arbitrarios, le hubiera llevado la delantera durante un tiempo.

El fin de su matrimonio no había hecho sino devolverlo todo a su estado natural: la prosperidad de Caleb y la precariedad de Elliot.

—Pensé que te gustaría tener más espacio —respondió, y abarcó con un gesto la casita, tratando de no ser un completo imbécil con su madre pese a los sentimientos que le generaba su presencia allí.

La casita era pequeña; aun así, más grande que una habitación de hotel. Disponía de una acogedora zona de estar con dos sillones tapizados junto a las ventanas, que daban al mar; los suelos eran de madera, y Noah había decorado el lugar con un patrón cromático en crema y azul marino, lo que acentuaba el ambiente costero de Nueva Inglaterra. Las creaciones de artesanos locales que adornaban la pared incluían un mapa *kitsch* de Dream Harbor y un pez hecho enteramente con vidrios marinos. La cocinita tenía el espacio justo para cocinar y comerse la captura del día (aunque su madre no tuviera ninguna intención de salir a pescar mientras estuviera allí), y en el dormitorio cabían holgadamente una cama de matrimonio y una cómoda. Era el espacio perfecto para su madre. Sabía que le gustaría en especial el porche delantero que había añadido Noah, con sus dos mecedoras. Elliot había de reconocérselo: el tipo había hecho un gran trabajo.

—Y de esta forma tienes cocina.

—Cierto —admitió su madre con una sonrisa—. Ahora podré cocinar para ti.

—Claro, sería fantástico.

Para cuando se sentaron a degustar una comida con calorías suficientes para alimentar a un jugador de fútbol americano, su madre ya estaba lista para abordar el verdadero motivo de su visita.

—¿Has salido últimamente?

—Salgo a trabajar a diario —contestó Elliot, metiéndose espaguetis en la boca. Prefería ganar músculo a volver a mantener esa conversación con su madre.

—Ya sabes a lo que me refiero, Elliot.

Ella seguía viéndolo como a aquel niño que se pasaba horas en su habitación, aislado leyendo libros de historia. O como al hombre demasiado deprimido para salir de casa después de que su mujer decidiera que ya no lo quería.

No sabía qué haría falta para que su familia entendiera que se encontraba bien.

Bueno, quizá no tan bien.

Quizá sí que pasaba demasiado tiempo a solas.

No es que le fuera de maravilla, pero no le iba mal.

—Salgo bastante.

—¿Quedas con mujeres?

Elliot cerró los ojos con fuerza. Claro que era eso lo que buscaba su madre. Eso era lo único que la convencería de que se encontraba bien.

Pero Elliot no salía con nadie. Esa era la verdad. Demasiado tímido en el instituto como para pedir salir a nadie, en la universidad se había enamorado de la primera chica que había mostrado interés en él y se había casado con ella. Claramente aquello no había salido muy bien. Y ahora pasaba su tiempo lamentando la ruptura de su matrimonio y la pérdida de la persona con la que creía que pasaría el resto de su vida. No había sido un cambio fácil para él. Tras haber planeado pasar la eternidad con una persona, ¿cómo acostumbrarse a no volver a verla nunca más? No tenía sentido.

Acudió a su cabeza la mañana con Daisy.

¿Fingir ser el novio de alguien durante unos minutos contaba como una cita?

—He tenido algunas citas. —Se quedó mirando el plato para evitar la mirada de su madre mientras le mentía descaradamente.

¡Pero no podía soportarlo! Que su madre se preocupara por él. Era demasiada presión. No quería salir con nadie. No quería volver a quedarse decepcionado cuando la cosa no funcionara. Estar solo era menos peligroso.

—¡Maravilloso! —A su madre se le iluminó el rostro—. Hace mucho tiempo del divorcio, El. ¡Me alegro mucho de que por fin hayas pasado página!

Pasar página. ¿Cómo puede uno pasar página después del mayor golpe de su vida?

—Sí —confirmó tras aclararse la garganta.

—¿Y cómo se llama? —preguntó su madre, que se inclinó sobre la mesa con gesto cómplice, como si fuera un secreto, como si no fueran las únicas dos personas presentes en la casa.

—Eh…, Daisy.

—¡Daisy! —Su madre se llevó las manos al corazón—. Qué dulce.

En fin, aquello iba a salirle caro. ¡¿Por qué demonios había tenido que decir Daisy?! ¿No podría haberse inventado cualquier otro

nombre?

—¿Y cómo es?

—Pues… —¿Cómo describir a la mujer con la que se había obsesionado hacía un año y a la que había estado evitando desde entonces, salvo por esa misma mañana, cuando le había estrechado la mano y ahora no podía dejar de pensar en ello?

—Pues… Mmm…, tiene una floristería.

—¿Una Daisy con una floristería? Es perfecto.

—Sí.

—¿Y…?

—Y… Mmm…, tiene el pelo castaño. —«Que le llega justo a la altura de los hombros y parece muy sedoso al tacto»—. Y ojos marrones. —«Más bien ámbar, de hecho». Aunque nunca le diría a su madre que alguien tenía los ojos de color ámbar—. Y es graciosa. —«Bromea diciendo que tiene cadáveres en su sótano».

—¡Suena de maravilla! A lo mejor puedo conocerla.

El pánico le invadió el cuerpo.

—Bueno, lo cierto es que es todo muy informal todavía. —«Claramente sigue colgada de su ex y yo también».

—No quieres que la espante. Lo pillo. Pero te prometo que sabré comportarme. —Su madre le dedicó una sonrisa radiante desde el otro lado de la mesa.

Entre la copiosa cantidad de espaguetis y la culpa que le provocaban sus mentiras, Elliot empezó a notar la acidez de estómago.

Para ser alguien que intentaba evitar las relaciones, parecía muy dispuesto a mantener una falsa. Y se sentiría tremendamente avergonzado si Daisy se enterase… Aunque tal vez le debiese un favor.

Tal vez con una charla entre Daisy y su madre consiguiese quitarse de encima a esta última durante un tiempo. Daisy no había tenido inconveniente en utilizarlo a él como escudo frente a su ex, así que quizá él pudiera utilizarla a ella para convencer a su madre de que se encontraba bien. Si todo lo demás fallaba, tal vez verlo con otra mujer sirviese para que se quedara tranquila.

Quizá tendría que volver a pasarse por la floristería después de todo.

Capítulo 6

La reunión municipal de esa tarde en el ayuntamiento ya estaba en pleno apogeo cuando Elliot entró con discreción y ocupó un asiento en la parte de atrás. Como era habitual, el alcalde Kelly estaba intentando mantener bajo control a la multitud. Elliot había empezado a acudir a esas reuniones pocos meses después de trasladarse a Dream Harbor; había pensado que sería una buena forma de descubrir cosas sobre su nuevo pueblo y quizá conocer gente, o al menos eso era lo que se había dicho a sí mismo. Y estaba en lo cierto. Aquellas reuniones eran una animada representación de la gente que vivía allí. Pero permanecer sentado al fondo sin hacer ruido implicaba no haber fraguado ninguna amistad verdadera. La historia de su vida.

—Pero no es una boda. —La voz de Daisy se oyó por encima del jaleo de la multitud.

Elliot desvió la atención hacia allí y la vio en pie con los brazos en jarras.

—No es una boda, cielo, ¡pero Beltane trata sobre el amor y la fertilidad!

A Elliot eso le pareció una exageración. Tradicionalmente, la festividad de Beltane se celebraba el 1 de mayo, a medio camino entre el equinoccio de primavera y el solsticio de verano. Hasta donde él sabía, solía incluir hogueras para ahuyentar el mal de los rebaños de los antiguos celtas. No era precisamente una fiesta romántica, en su opinión. Opinión que a nadie le interesaba.

Aunque el aspecto acerca de la fertilidad tenía algo de cierto…

—¿Y qué es lo que te preocupa, Tammy? ¿Que las vacas que no tienes no se queden preñadas este año si yo me encargo de elaborar las coronas de flores? —preguntó Daisy.

Elliot estuvo a punto de atragantarse. Se rio contra el puño. Al parecer, Daisy había estado documentándose sobre Beltane.

Tammy le puso mala cara.

—Por favor, si hacéis el favor de calmaros —rogó el alcalde desde la tarima—. Creo que Daisy debería encargarse de las coronas de flores, como todos los años.

—¡Pero tú fuiste quien dijo que la floristería estaba maldita! —gritó alguien entre el público.

—Yo no dije eso. Me limité a decir que había una nube sobre la tienda, pero las flores necesitan la lluvia, ¡así que cabe la posibilidad de que la nube fuese un buen presagio!

La concurrencia se quedó mirando al alcalde como si estuviese diciendo cosas sin sentido antes de volver al debate que tenían entre manos: si la floristería de Daisy debería o no suministrar las coronas de flores para el festival de Beltane de aquel año. Porque, claro, aquel pueblo tenía un festival de Beltane. Elliot llevaba viviendo allí el tiempo suficiente para saber que aquella gente celebraba casi cualquier cosa, incluso un antiguo ritual que carecía de relevancia en la vida moderna.

—Por si sirve de algo —intervino Jeanie—, Logan y yo seguimos felizmente casados y Daisy fue la encargada de las flores en nuestra boda. —Y alzó su mano entrelazada con la de Logan.

—Eso es porque teníais el picardías de la suerte que os regaló Estelle —señaló Marty.

—No lo usamos —masculló Logan.

—Todo eso no viene al caso —dijo Daisy—. No estoy maldita. Las maldiciones no existen; además, si existieran, ¡las coronas de flores para Beltane no tienen nada que ver con las bodas!

—Pero tienen que ver con el amor —retomó Tammy el debate.

—Con el sexo quizá, pero no con el amor —rebatió Daisy—. Y ya me vetaste en San Valentín…

—El amor de nuevo, querida.

—¿Y qué me dices del *brunch* para el bautizo de tu sobrino? —resopló Daisy—. Me enteré de que le compraste las flores a Bakersville's Blooms. —Puso los brazos en jarras y miró a Tammy cara a cara.

—¡Pero es que no podemos permitir que caiga una maldición sobre un bebé!

Daisy gruñó frustrada.

—Por si te ayuda en algo, mi tío abuelo Lenny tiene noventa y ocho años. No creemos que le quede mucho tiempo —intervino Isabel desde la parte del fondo.

—Vaya, gracias —murmuró Daisy—. ¿Y qué pasa con el Día de la Madre? ¿También vais a evitar la floristería ese día?

La multitud se removió incómoda en los asientos.

—Queremos a nuestras madres, Daisy —respondió Mac con gesto de disculpa.

Annie lo fulminó con la mirada.

—Asistiremos al taller de arreglos florales del Día de la Madre, no te preocupes —le aseguró a Daisy, y Mac hizo una mueca.

—Sí, claro que sí —dijo él.

—A nosotros lo que nos preocupa es el amor. No queremos hacerte daño, Daisy, pero no puede decirse que hayas tenido mucha suerte en el amor, no te ofendas —agregó Tammy.

A Daisy se le descompuso el gesto ante aquella derrota. No tenía respuesta para esa acusación, y era la primera vez que Elliot la veía retirarse de una pelea. Era como si creyera en lo que Tammy estaba diciendo. De verdad pensaba que estaba maldita; que era desdichada, que no tenía suerte en el amor. Elliot conocía bien esa sensación. Y eso fue lo que lo impulsó a actuar antes de pararse a pensar en lo que estaba haciendo.

—A mí me parece que, si tienes que terminar una frase diciendo «no te ofendas», generalmente es porque estás siendo ofensivo —declaró. Se había puesto en pie, sin entender bien qué había pasado, y la sala entera se había girado para mirarlo.

—¿Quién cojones es ese? —preguntó Norm.

—Es Elliot —respondió Annie—. ¡Hola, Elliot!

Él saludó con un gesto débil. ¿Dónde demonios se había metido?

—Elliot es nuevo en el pueblo —explicó Annie al resto del grupo.

—Tampoco tan nuevo —aclaró él, cosa que probablemente solo sirvió para empeorar la situación—. Llevo aquí alrededor de un año y medio.

Todos parecieron sorprenderse, incluida Annie, cuyas cejas rubias se enarcaron con gesto teatral.

—¿En serio? ¿Cómo es que no lo sabíamos?

—No sé —repuso él encogiéndose de hombros—, pero he estado aquí.

—No puede ser verdad. —Annie parecía ahora auténticamente horrorizada, como si hubiera sido una garrafal metedura de pata por su parte no reparar en el día exacto de su llegada.

Elliot volvió a encogerse de hombros.

—Estaba aquí cuando reabrió la Granja de Árboles de Navidad —aseguró. Incluso había ido a comprar un arbolito que después decoró él mismo. Fue de lo más deprimente.

—¡¿En serio?!

—Sí, en serio. Estaba aquí también cuando le cambiaron el nombre al café. —Sus tortitas favoritas eran las «Noah». Le encantaban los arándanos azules.

La concurrencia pareció verdaderamente perpleja ante aquella información, como si en sus filas se hubiera infiltrado un intruso y nadie se hubiera dado cuenta. Supuso un golpe para su autoestima, pero Elliot siguió adelante.

—Solo quería decir que Daisy sí tiene suerte en el amor. Llevamos ya un mes saliendo juntos. —Le sostuvo la mirada al decirlo y vio cómo ella desencajaba los ojos en un gesto de terror. Ay, no…, quizá hubiese malinterpretado la situación, pero los asistentes ya habían absorbido aquella información.

—¡Lo sabía! —exclamó Carol, triunfal—. Os dije que estaban saliendo.

—¿Estáis saliendo? —Annie pareció aún más disgustada por aquel acontecimiento que por el hecho de que Elliot llevara en el pueblo más de un año—. ¿Cómo es que no me había enterado?

—Pues… Mmmm… —Elliot volvió a mirar a Daisy, que ya no parecía estar a punto de salir corriendo del edificio.

—¿Lo veis? Daisy no está maldita —intervino Jeanie—. Sale con Elliot.

—¿Por qué estamos hablando de esto? —refunfuñó Logan, sentado junto a ella.

—No lo sé —respondió Jeanie con un susurro teatral—. Pero la gente parece muy involucrada.

—Claro que estamos involucrados —zanjó Kaori; hablaba en nombre del club de lectura reunido en torno a ella—. Tenemos derecho a saber si las flores de Daisy son seguras.

—¡¿«Seguras»?! —repitió Daisy con los ojos en blanco—. Claro que son seguras. Son flores.

—Flores potencialmente malditas.

—No están malditas —insistió Elliot, tratando de recuperar el rumbo de la conversación—. Las flores de Daisy son perfectas, como ella.

La multitud enmudeció.

Daisy lo miró de nuevo con una expresión distinta. Una que él no logró interpretar. ¿Era placer lo que teñía de rosa sus mejillas, o tal vez rabia?

Ella se aclaró la garganta.

—Claro. —Y desvió su atención de Elliot para centrarla de nuevo en los asistentes—. Estamos saliendo. Aunque no debería importar, pero es verdad. Así que ya está, podéis volver a preocuparos por vuestra vida amorosa y sexual, y dejarme a mí en paz. —Luego se dejó caer en su asiento.

—Asunto zanjado —declaró el alcalde, con cara de niño al que hubieran regañado—. Daisy se encargará de las coronas de flores como el año pasado y no hablaremos más de la maldición.

A juzgar por los murmullos en torno a él, Elliot dudaba que el pueblo fuese a dejar de especular acerca de la maldición, aunque estaba demasiado ocupado pensando en la alusión de Daisy a la vida sexual. Las relaciones falsas no incluían sexo, ¿verdad? Desde luego que no. Eso sería…

No se permitió concluir aquel pensamiento.

Porque eso no iba a ocurrir.

Solo había hecho lo que había hecho para ayudar a Daisy. Y para ayudarse a sí mismo también. Ambos se beneficiarían de la situación. Él conseguiría que su madre dejase de preocuparse por él durante cinco segundos y Daisy daría la vuelta a la opinión pública acerca de su negocio.

Ambos ganaban. Dando por hecho que Daisy no estuviera cabreada con él.

Y el hecho de que hiciera más de dos años que no mantenía relaciones sexuales y que casi se hubiera olvidado del tema hasta que llegó Daisy con sus ceñidas camisetas negras y aludió a la vida sexual no tenía por qué significar… nada en realidad.

Aquello era falso.

Una mentira.

Y para Elliot el sexo siempre había sido muy real, jamás algo que hubiera sido capaz de tomarse a la ligera. Con él era todo o nada, y estaba claro que aquel asunto con Daisy no era nada.

Solo un amigo que ayudaba a otro.

Lo único que tendría que hacer sería recordárselo a su libido, que acababa de resucitar de pronto.

Capítulo 7

El alcalde estaba disculpándose de nuevo con ella, pero lo cierto era que Daisy no le prestaba atención. Había solo una persona con la que deseara hablar, y Elliot no había abandonado todavía el ayuntamiento. Y, si lo había hecho, ella no se había dado cuenta.

Esperaba que no se hubiera marchado. Era evidente que tenían que hablar.

Lo que fuese a decirle cuando hablaran aún no lo sabía. ¿Había sido considerado por su parte defenderla durante la reunión? Sí. ¿Debería haber tomado aquella decisión descabellada por su cuenta? Probablemente no. ¿Le parecía a ella buena idea? No. En absoluto.

Pero ¿iba a seguirle la corriente de igual modo?

En fin, había dicho que era perfecta.

—Papá, ya te he dicho que no puedes decir cosas como esa. Este pueblo se lo toma todo demasiado en serio —estaba diciéndole Hazel al alcalde Kelly cuando Daisy volvió a prestar atención.

—Tienes razón. A veces se me olvida el poder que ejerzo aquí.

Hazel puso los ojos en blanco al oír a su padre; sin embargo, Noah le dio una palmada en el hombro.

—Un gran poder conlleva una gran responsabilidad —bromeó.

—Qué gran verdad, Noah —convino el alcalde, muy serio.

Daisy no pudo contener la risa.

—No pasa nada. No es culpa tuya —le dijo por enésima vez. Aunque sí que pasaba algo.

El sueño del alcalde había echado más leña al fuego de la maldición, pero que él se sintiese mal por ella no la ayudaba en absoluto. Lo importante era que había conservado su puesto vendiendo flores en el festival. Siempre era un gran éxito, por lo general agotaba existencias, y sin ese dinero no podría pagar las facturas ese mes. La situación en la floristería comenzaba a ser desesperada.

De ahí el motivo por el que no había rechazado de lleno el plan de Elliot. Si con eso conseguía que el pueblo cerrara el pico respecto a la puñetera maldición y le entraban algunas bodas, quizá debiera tomarlo en consideración.

—Anda, mira, ahí está tu nuevo novio —dijo Noah con una sonrisa; señalaba a Elliot, que caminaba hacia su pequeño grupo.

Al volverse todos para mirarlo, Elliot pareció querer salir corriendo en dirección contraria, aunque aguantó el tipo y no lo hizo.

—Hola a todos —anunció, deteniéndose junto a Daisy con cierta incomodidad. Llevaba las manos en los bolsillos, como si no tuviera claro qué hacer con ellas, y un intenso rubor le había coloreado hasta la punta de las orejas.

Daisy entrelazó el brazo con el suyo, haciéndose cargo del momento. Elliot ya había hecho suficiente por un día. Le tocaba a ella. Si pretendían seguir adelante con eso de fingir que estaban juntos, tendrían que resultar convincentes.

—Hola —le dijo ella, inclinando la cara hacia la suya—. Gracias por salvarme.

—No hay de qué. —Elliot se sonrojó más aún.

—Entonces… —intervino Hazel aclarándose la garganta—, estáis…

—Sí. —Daisy desvió la atención de la sonrisa tímida de Elliot y la centró en el grupo interesadísimo que tenía delante—. Es todo bastante reciente, así que queríamos…, eh…, ser un poco discretos. —Se sintió mal por mentir a sus amigos, pero si había demasiada gente enterada de la verdad, la cosa jamás funcionaría. ¿Y qué pensarían todos si descubrían que había fingido una relación? Se estremeció al pensarlo.

—Pues imagino que eso se acabó —comentó Hazel con una mueca —. La gente estaba hoy un poco hostil.

Daisy se encogió de hombros, negándose a dejarse afectar por los demás.

—La fiebre primaveral los tiene otra vez alterados.

—Ha sido muy valiente por tu parte decir la verdad delante de todo el pueblo, Elliot —dijo Hazel—. Aquí no resulta fácil pasar desapercibido. Yo me habría aferrado a eso todo lo posible.

—Eres demasiado guapa para pasar desapercibida, Haze. Todos se fijarían en ti de inmediato —le dijo Noah, y Hazel fingió poner los ojos en blanco, pero se le notaba demasiado la sonrisa—. No es que tú no seas guapo —añadió Noah volviéndose hacia Elliot—. Y evidentemente yo sí sabía quién eras.

—Eh…, gracias. Tú también eres guapo —contestó Elliot con una carcajada.

Daisy se sintió extrañamente satisfecha de que se llevara bien con sus amigos, como si eso importara, como si fueran una pareja de verdad.

—¿Qué tal va la estancia de tu madre? —preguntó Noah.

—Le encanta la casa. Has hecho un gran trabajo con la reforma.

—Gracias, tío —contestó Noah con una sonrisa de oreja a oreja—. Significa mucho para mí viniendo de un profesional como tú.

—Viste el potencial y te lanzaste. Y fue una gran decisión recubrirla con tejas de cedro. Un clásico de Nueva Inglaterra.

Hazel se inclinó contra el costado de Noah, dedicándole un cariñoso empujón y una sonrisa que indicaban lo orgullosa que estaba de él. Daisy creyó que Noah estaba a punto de explotar de felicidad. Muy bien por él, pero ella tenía una relación falsa que organizar. O que finiquitar. Aún no lo tenía claro.

—Sobre todo le gusta el porchecito que le agregaste.

—Intuía que sería un gran éxito —convino Noah—. Un magnífico lugar donde sentarse a contemplar el mar.

—Desde luego. Ayer la pillé allí fuera bien abrigada. En verano será precioso.

—Sin duda. —Hazel se puso de puntillas para darle un beso a Noah en la mejilla.

—Gracias por inaugurarla antes de tiempo —dijo Elliot.

—No hay de qué. Hazme saber si necesita algo. Toallas limpias, más café, un compañero de pesca. Lo que sea. Nuestro objetivo es complacer —declaró Noah con una sonrisa.

Elliot se rio y asintió a modo de agradecimiento, luego la conversación se fue apagando. O, al menos, se detuvo el tiempo suficiente para brindarle a Daisy la oportunidad de tirar a Elliot del brazo y pedirle que la acompañara a casa. Tenían que hablar y

ponerse de acuerdo sobre su historia antes de pasar más tiempo con otra gente.

Para cuando estuvieron solos en la calle principal, lejos de la multitud que remoloneaba frente al ayuntamiento, Daisy pudo respirar aliviada.

Cosa que hizo, a continuación se giró y le dio un manotazo a Elliot en el brazo.

—¡¿A qué ha venido eso?! —dijo.

Él le devolvió la mirada, perplejo, frotándose el brazo.

—¿El qué?

—¡El pequeño espectáculo durante la reunión! ¡Le has dicho a todo el pueblo que estamos juntos! ¿Te has vuelto loco?

—¡Si acabas de darme las gracias por salvarte!

—¡Eso es porque estábamos con gente! —Daisy alzó las manos en gesto de frustración.

—Mira… Es que… Pensaba que…

—¿Qué pensabas? —le preguntó entre dientes, alejándose de nuevo. Elliot la siguió y, con sus largas zancadas, no tardó en alcanzarla—. ¿Pensabas que podías decidir sin más que debíamos estar juntos? ¿Y ya está?

—No… Me refiero a que… no es real…

Cuando volvió a mirarlo, parecía verdaderamente afligido. Y casi se sintió mal por ello. Casi.

—Sé que no eres de por aquí, pero esta gente está loca y ahora todos creen que estamos juntos y… —Daisy soltó un suspiro tan fuerte que Elliot volvió a mirarla sobresaltado.

—Pensaba que te ayudaría —dijo él—. Pensé que así te dejarían en paz. En su momento me pareció una buena idea. Creí que teníamos un acuerdo, pero siéntete libre de romper conmigo si quieres, aunque sea de mentira.

Daisy se detuvo. Al mirarlo, le pareció condenadamente sincero.

—¡No podemos romper ahora! Eso solo serviría para añadir más pruebas a las que ya hay de que estoy maldita en todo lo relativo al amor. —«Mierda». Ni siquiera se había parado a pensar en eso. Elliot la había puesto entre la espada y la pared.

Le vio hacer una mueca.

—Pero esta vez serías tú la que rompiera —dijo él—. Quizá eso esté bien.

—No, Elliot. Nada de esto está bien. —Su negocio hacía aguas, tenía dos relaciones fallidas en su haber…, y ahora estaba atrapada en una relación falsa. ¿Cómo era posible que sucediera algo así?

—Entonces, deja que te ayude —dijo Elliot a su espalda. Ella había empezado a andar de nuevo, pero él le seguía el ritmo. Por desgracia—. Deja que te ayude a demostrarle al pueblo que eres perfectamente capaz de estar… enamorada.

Daisy frenó en seco y Elliot estuvo a punto de chocarse con ella, derrapó hasta detenerse y esquivó su cuerpo por poco. Ella lo miró y se sintió triste en muchos aspectos diferentes. No quería fingir una ruptura con Elliot. Ya empezaba a parecerle un espíritu afín, un alma gemela con el corazón roto. Aun cuando su estrategia le hubiera complicado las cosas.

—Pero es que no soy perfectamente capaz de estar enamorada.

—Yo tampoco lo soy —repuso él y se encogió de hombros, como si aquella deficiencia careciera por entero de importancia—. En eso consiste la farsa.

Daisy dejó escapar un largo suspiro, considerando sus opciones.

Podría abandonar el pueblo, pero estaba la molesta cuestión de que no tenía a dónde ir. Además, le gustaba estar allí.

Podría mandar a todo el mundo a paseo y dedicarse en exclusiva a las coronas funerarias durante el resto de su vida.

O…

—Podría funcionar —anunció, y Elliot levantó la comisura de la boca como si la idea le gustase, solo un poco—. Si la gente ve que soy capaz de mantener una relación funcional, quizá se quiten de la cabeza la idea de la maldición.

—Claro, y, tras pasar una tarde con mi madre preocupada por mi falta de vida social, creo que esto podría ayudarme a mí también.

—¿Ah, sí?

—Sí. Está desesperada porque llevo dos años sin salir con nadie.

—¿Dos años? —Daisy intentó sin éxito disimular el asombro en su voz.

—Salvo por algunas citas a ciegas desastrosas.

—Ostras —dijo ella con una mueca—. Lo siento.

—Creo que «ostras» es la reacción apropiada.

Daisy no pudo evitar reírse.

—Lo siento de verdad, pero me gusta que esto nos ayude a ambos. Una empresa mutuamente beneficiosa. —Sí que le gustaba. No sabía por qué, pero eso hacía que el asunto le pareciese menos… repulsivo.

No era culpa suya que aquel condenado pueblo estuviera obsesionado con su vida amorosa, tampoco era culpa de Elliot que su madre estuviera preocupada por él. Podrían ayudarse el uno al otro a cumplir con las ridículas expectativas de los demás al tiempo que se protegían del dolor de una relación de verdad.

Quizá sí que fuera el plan perfecto después de todo.

—Muy romántico —contestó él secamente.

Romántico era justo lo contrario de lo que Daisy buscaba. Aquello era una acuerdo empresarial.

—Bueno, Elliot, creo que sabes que ambos fracasamos en el amor, así que lo mejor que podemos hacer es crear una situación en la que ambos podamos triunfar.

Elliot se quedó observándola unos segundos.

—Por supuesto —aceptó, y Daisy suspiró aliviada. La comprendía. Se daba cuenta de que aquel plan los ayudaría a ambos. Tenía sus propios motivos para fingir que salía con ella, y no estaban fundamentados en sentimientos verdaderos.

Eso era importante.

Una parte esencial del plan era que ninguno de los dos desarrollara sentimientos verdaderos.

Siguieron andando en silencio, pasaron de largo la Casa del Pan de Jengibre y la Librería Cinnamon Bun. Del *pub* de Mac salía música cuando pasaron por delante. Estaba bastante segura de que gran parte de los vecinos se habían ido directos al karaoke de los jueves después de la reunión, pero esa noche prefería seguir de largo. No le apetecía relacionarse con gente que la consideraba maldita.

Una nueva camada de gatitos los miraba desde el escaparate de la tienda de mascotas, y Daisy se paró para apoyar la mano en el cristal.

—A lo mejor necesito una mascota.

—¿Para espantar la maldición?

—Es posible. No tenemos muy claro cómo funciona esta maldición. Quizá con un gato lo consiga.

—A mí siempre me han gustado más los perros.

—¿Tienes perro? —Daisy se volvió para mirarlo. Obviamente aquella era una información relevante sobre su novio falso.

Elliot suspiró y se pasó la mano por el pelo.

—Lo tenía.

—¿Murió? —susurró ella, temiendo ya la respuesta sobre aquel pobre perrito al que ni siquiera conocía.

—No, se lo quedó mi ex. —Elliot se encogió de hombros como si estuviera acostumbrado a que la vida lo decepcionara.

—Vaya mierda.

—Se lo dije yo. Tenía más sentido. Porque también se quedó con la casa.

—Joder, Elliot. ¿Y con qué te quedaste tú?

Él entornó los ojos como si lo estuviera pensando.

—La porcelana china de la boda.

Daisy se llevó la mano a la boca para evitar que le saliera una risita del todo inapropiada.

—¿Qué demonios vas a hacer con tu porcelana de la boda?

Elliot esbozó una sonrisa al ver que se le escapaba la risa.

—Bueno, destrocé una parte. Fue bastante divertido.

Daisy había empezado a carcajearse abiertamente, parados ambos frente a la tienda de mascotas, a la luz del charco dorado de luz que proyectaba la farola.

—¿De verdad?

—Fue una noche particularmente mala, pero el estropicio me ayudó. —Se rio él también—. Y ahora desayuno mis cereales cada mañana en uno de los tazones que sobrevivieron. Son de color marfil con rosas azul claro.

—Suena maravilloso.

—Me hace sentir elegante.

Daisy sacudió la cabeza mientras se reía y le cogió la mano a Elliot para arrastrarlo hasta la siguiente tienda.

—Bueno, ya hemos llegado.

—¿Vives en la floristería? —Elliot parecía sorprendido.

Daisy suspiró. Lo cierto es que sí vivía en la floristería.

—En la parte de atrás hay un pequeño apartamento. En realidad, no está pensado para ser una solución permanente, pero, cuando tuve que marcharme de casa de David…, acabé aquí.

Por suerte, sus padres no se lo habían alquilado a nadie más desde hacía mucho tiempo.

El día en que hizo la mudanza no fue de los mejores. Una pena que no se le ocurriera entonces destrozar algo. Quizá eso hubiera ayudado.

Pensaba que había logrado escapar de la floristería que le deparaba el destino. Pensaba que su madre tendría que buscarse a otra que se hiciese cargo de la tienda. A Iris, quizá. Tal vez una nueva flor acabaría siendo la dueña del negocio. Ella sería la Daisy que rompió la guirnalda.

En cambio, la vida tenía otros planes. David tenía otros planes. Quizá sí que estuviera maldita. Todas las señales empezaban a apuntar en esa dirección. Su prometido la había dejado. Se había visto obligada a regresar a casa. Obligada a retomar su vida de Daisy, como si estuviera todo destinado a ocurrir de esa forma. Aunque tampoco había logrado tener una vida en ninguna otra parte. Todo lo que conocía estaba allí. Todo lo que amaba.

Había renunciado a todo por David, y después él había renunciado a ella.

Sin más.

Sacudió la cabeza y dijo:

—¿Te apetece entrar? Podemos hablar de cómo vamos a hacerlo. Ya sabes, establecer algunas directrices.

—¿Directrices? —A Elliot pareció hacerle gracia.

Daisy lo vio de nuevo esbozar aquella sonrisa torcida. Era divertido aquel juego al que jugaban, el secreto que estaban urdiendo. Las cosas no tenían que ser románticas con Elliot, pero quizá pudieran ser divertidas.

—Sí, deberíamos ponernos de acuerdo sobre nuestra historia. Ya sabes: cómo empezamos y cosas que deberíamos saber el uno del

otro. Por ejemplo, ¿tienes alergias? No quiero darte de comer algo que acabe matándote.

—Es la segunda vez que bromeas sobre ser una asesina, Daisy; sinceramente, empiezo a ponerme nervioso. —Elliot agrandó la sonrisa.

Qué tipo tan raro. Le gustaba.

—Venga —se rio y tiró de él hacia el interior—. Vamos a hablar. Te prometo que no te mataré.

—Eso es lo típico que diría una asesina.

—Tú mismo te has metido en esta situación, colega.

—Guau, encima le echas la culpa a la víctima.

—Solo digo que has sido tú quien se ha ofrecido voluntario para ser mi novio falso sin conocerme realmente —resopló Daisy—. Es posible que, cuando esto termine, les des la razón a mis ex.

—Lo dudo. —Se habían detenido en el interior del pequeño espacio oscuro que constituía su apartamento. De pronto Elliot estaba muy cerca de ella.

Daisy levantó la cabeza y lo descubrió mirándola desde detrás de sus gafas de montura oscura.

—Me gustan tus gafas —comentó, porque su cercanía le estaba provocando un cortocircuito cerebral.

—Gracias —respondió él con una sonrisa.

Seguía muy cerca. Tan cerca que le llegaba el calor que desprendía su cuerpo, y Daisy pensó que podía levantar las manos, apoyarlas en su pecho y…

Guau.

¿A qué había venido eso?

Llevaba demasiado tiempo sin contacto humano. Eso era. Hacía demasiado tiempo que no estaba tan cerca de un hombre. De ningún hombre. Aquello no tenía nada que ver con Elliot y sus gafas sexis.

¡¿Sexis?!

«Daisy, contrólate».

Se aclaró la garganta y se giró abruptamente, encendiendo lámparas conforme avanzaba.

—¿Una infusión? —preguntó—. ¿O algo más fuerte, quizá? —A ella le iría bien algo más fuerte, sin duda—. Lo siento, no tengo porcelana china donde servirlo.

—Una infusión está bien. Y me vale con cualquier taza.

De acuerdo, prepararía una infusión. Algo que hacer con las manos y con el cerebro. Cosas apropiadas.

—Siéntete como en casa. —Nada más decirlo, se dio cuenta de que era absurdo.

Solo había un lugar donde sentarse en aquel apartamento triste, y ese lugar era la diminuta mesita de café que había encontrado en el arcén de la carretera. Apenas cabía en el rincón con sus dos sillas. El resto del mobiliario de la estancia lo componía la cama abatible, que en ese momento seguía cerrada. Quizá hubiera vuelto al pueblo, pero no había convertido aquel sitio en un hogar.

El apartamento en el que vivía alquilada en Dream Harbor antes de irse al piso de David en la ciudad no estaba disponible cuando regresó, y no podía decirse que su economía fuese boyante tras pasarse un año atendiendo mesas, de modo que la búsqueda de casa no le fue muy bien. El apartamento de detrás de la tienda de sus padres fue lo mejor que consiguió encontrar. Y no había tenido muchas ganas de ponerse a decorarlo.

—Gracias —dijo Elliot, acomodándose en la sillita, con las piernas encogidas. Estaba ridículo, pero se limitó a sonreírle antes de que ella se diera la vuelta de nuevo para poner el hervidor en la minúscula cocinita.

Para cuando Daisy se sentó frente a él, se sentía totalmente avergonzada del estado de su vida y estaba a punto de sugerirle que abandonasen aquella idea cuando Elliot volvió a sostenerle la mirada y le sonrió.

—Me alegra que vayamos a hacer esto —dijo—. Sé que es un poco tonto, pero… —se encogió de hombros— no tengo muchos amigos aquí. Así que… es agradable.

Maldita sea. Maldito Elliot y su franqueza.

Sí que era agradable.

—Tienes razón. A mí también me alegra que vayamos a hacerlo. —Si había alguien que no juzgaría su minúsculo apartamento y su

corazón triste, era aquel hombre que había tenido que dejar atrás su hogar y a su perro. Elliot la entendía.

—Fantástico. —Elliot bajó su taza como si estuviera listo para ponerse manos a la obra—. Bueno, ¿qué comidas te matarían?

Daisy echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

Capítulo 8

Dos tazas de manzanilla y medio paquete de Oreos después, Elliot no recordaba la última vez que había hablado tanto o había deseado hablar tanto. Daisy parecía sacárselo de dentro. Lo ponía fácil. Tener citas con mujeres siempre se le había antojado como interpretar un papel, y además uno que no se le daba nada bien. Por eso había sentido tanto alivio al estar en una relación duradera.

Sin embargo, ahora que realmente estaban «interpretando» una relación, no sentía ninguna presión. No tenía que impresionar a Daisy porque era todo falso. Podía ser él mismo.

—De acuerdo —dijo ella, arrellanándose en su silla—. Vamos a ver, ya hemos abordado cómo nos conocimos. —Ni siquiera hacía falta mentir en eso. Se habían conocido en la floristería, por supuesto—. Alergias. —Fácil, ninguna—. Mascotas —agregó con el ceño fruncido. Por desgracia, ninguna en ambos casos—. Libros favoritos. —*La ladrona de libros* en el caso de él y *El estanque del mirlo* en el caso de ella—. E historia familiar. —Daisy era hija única y sus padres todavía vivían en el pueblo. Su madre la ayudaba a llevar la floristería.

—De hecho, ¿no debería saber cómo se llaman tus padres? —preguntó él, y cogió otra Oreo y la mojó en su infusión.

Daisy hizo una mueca, como si hubiera estado temiendo esa pregunta.

—Mi padre se llama Allen. Y mi madre es Daisy.

—¿Igual que tú? —sonrió Elliot.

—Sí, igual que yo. —A Daisy no parecía hacerle tanta gracia como a él—. Y también igual que mi abuela.

—¿Os llamáis todas Daisy? —Él enarcó las cejas sin poder evitarlo.

Ella suspiró, como si aquel fuese el peor destino que pudiera imaginar.

—Sí, nos llamamos todas Daisy y todas hemos regentado esta floristería. Desde hace generaciones. Es… Es… ridículo, la verdad.

—A mí me parece mono. —Había empezado a sonreír abiertamente. ¿Una familia entera compuesta de Daisies? ¿Y todas regentaban una floristería? Parecía algo sacado de un cuento de hadas.

—¡Qué sorpresa! —Ella frunció más aún el entrecejo.

—¿A qué viene eso?

—¡Pues a que a todo el mundo le parece mono!

—¿Y no te gusta ser mona?

—Monos son los gatitos, los bebés y las niñas pequeñas. Pero no las mujeres adultas. No la gente que quiere que se la tome en serio. ¿Alguna vez has conocido a una CEO llamada Daisy? ¿O a una astronauta?

—¿Quieres ser astronauta?

—¡No! Pero esa no es la cuestión. Es que… —suspiró de nuevo—. Es que pensé que me estaba alejando de este nombre y de esta tienda y de esta vida y… me he vuelto a ver arrastrada aquí.

—¿No te gusta estar aquí? —A Elliot no le gustaba pensar que Daisy pudiera ser infeliz en aquel pueblecito que a él le gustaba tanto, aun cuando prácticamente nadie hubiera reparado en su presencia.

Ella lo miró con sus ojos ambarinos y él quiso decirle que se equivocaba, que no era mona, que era preciosa.

—Esto no está mal. —Daisy se encogió de hombros—. Pero pensé que las cosas serían diferentes.

—Te entiendo. —Se suponía que él tendría que seguir viviendo en su casa de tres dormitorios con el garaje adosado, algo en lo que Leigh había insistido para que no tuvieran que salir a la calle en invierno para llegar hasta el coche, y el jardín cercado para su perro, Sam.

Dios, cuánto echaba de menos a ese perro. No tendría que estar sentado en la parte trasera de una floristería, bebiendo manzanilla y comiendo galletas en un apartamento que olía a rosas con una mujer que no debería gustarle.

Pero iba descubriendo que se alegraba de encontrarse allí.

Daisy le dedicó una leve sonrisa que le encendió el pecho, y entonces se alegró más aún de que el universo lo hubiese

depositado allí.

—Pero ¿no se vuelve algo confuso? —bromeó—. ¿Tener todas el mismo nombre?

Daisy suspiró de nuevo y crispó el rostro como si no deseara responder a esa pregunta. Habló tan deprisa que Elliot apenas entendió lo que dijo a continuación.

—Mi abuela responde al nombre de June y mi madre al de May.

Elliot no pudo evitar que le subiera una carcajada por la garganta.

—Ni te atrevas —advirtió Daisy, señalándolo con el dedo—. ¡No te rías!

—¿Responden al nombre del… mes en que nacieron?

Daisy puso los ojos en blanco y miró al techo.

—Son segundos nombres que resulta que también corresponden a sus meses de nacimiento.

—¿Daisy June y Daisy May?

—Sí.

—¿Y cuál es el tuyo? —preguntó Elliot con la voz ahogada, apenas incapaz de controlar la risa.

Daisy lo miró fijamente a los ojos y respondió:

—November.

—Daisy November Scott.

—Puede que sí que te mate después de todo.

Elliot alzó las manos en señal de rendición.

—¡Pues me gusta!

—Cierra el pico.

—Es muy sofisticado —dijo él; se reía ya sin ningún reparo, y Daisy esbozó una sonrisa mientras arrugaba una servilleta y se la tiraba a la cara—. El típico nombre que podría tener una astronauta.

Daisy sacudió la cabeza y se le escapó una carcajada.

—La verdad es que no quiero ser astronauta.

—Vale, no tienes por qué serlo —sonrió Elliot.

—Me gusta regentar la floristería.

—Me alegro.

—Siento haberme puesto gruñona contigo.

—Puedes ser gruñona siempre que quieras.

Daisy se quedó callada y la sonrisa fue borrándosele mientras lo miraba. Pasó un dedo por el borde de su taza y Elliot siguió el movimiento con los ojos. Pensó que quizá le gustaría ser él quien recibiera la caricia de aquel dedo.

Hacía demasiado tiempo.

—Gracias. —Daisy mordió otra galleta.

Se le quedaron migas pegadas al labio inferior y Elliot se imaginó limpiándoselas con el pulgar. Quizá apretara la carnosidad de su labio con el dedo, quizá después sustituiría el dedo por la boca…

Él meneó la cabeza.

—¿Así que nunca has intentado que te llamaran November?

—No es tan fácil de decir, se te puede trabar la lengua.

«No te pongas a pensar en la lengua de Daisy. Ni en la tuya… lamiéndole las migas del labio…».

Elliot cambió de postura en la silla.

—Y tampoco es algo que quede bien para decirle a un bebé.

—¿Pequeña Novie? —bromeó él, tratando por todos los medios de recuperar el control. Aquello era irreal. No iba a empezar una relación de verdad con Daisy. No estaba preparado para empezar una relación de verdad con nadie.

Entonces, Daisy arrugó la nariz de ese modo tan tierno que a él ya le gustaba demasiado, y Elliot volvió a perder el hilo de la conversación. Su cerebro le decía que aquello era irreal, pero su cuerpo sentía cosas muy reales por Daisy en aquel momento.

Daisy separó las dos mitades de su Oreo y, Dios santo, lamió la crema con un largo lengüetazo. Elliot tragó saliva. ¿Las Oreos siempre habían sido así de eróticas?

¿Por qué había elegido su pene ese preciso instante para despertar de su letargo de dos años? ¿Por qué no en aquella cita que le organizó su madre con la hija de una vieja amiga? Ya ni siquiera recordaba su nombre, y en su momento desde luego no le entraron ganas de lamerle nada. O con aquella otra mujer a la que conoció una de las pocas veces que intentó ir al gimnasio. No llevaba prácticamente nada de ropa, y a él le dio del todo igual.

Era como si su deseo sexual hubiera desaparecido cuando Leigh decidió poner fin a su matrimonio y ahora hubiera vuelto a lo

grande. Menudo inconveniente.

—¿Y qué me dices de ti? —preguntó Daisy, e irrumpió en sus pensamientos—. ¿Cuál es tu segundo nombre?

Entonces, fue él quien dudó; cosa que hizo a Daisy inclinarse sobre la mesa y mirarlo con un brillo de emoción en los ojos. La postura también provocó que se apretara contra la mesa y la curva superior de sus pechos asomara por encima del cuello de su camiseta, y Elliot tuvo que alzar la mirada hacia los cielos en busca de valor.

—Ah, el tuyo es horrible, ¿a que sí?

Él se encogió de hombros sin mirarla. Por suerte, Daisy debió de atribuirlo únicamente a la vergüenza que le provocaba su segundo nombre y no a la inconveniente excitación sexual que le recorría el cuerpo.

—No es para tirar cohetes.

—Dímelo.

—No creo que surja en ninguna conversación.

—¡Yo te he dicho el mío! Tienes que decírmelo.

—Vale, de acuerdo —suspiró Elliot y volvió a mirarla—. Es Milton.

—¡Ja! —De su boca escapó una risotada—. ¡Pequeño Milty!

—¡Ni hablar! —exclamó él.

Daisy ya se reía con tanta fuerza que ni lo oyó, y enseguida él empezó a reírse también de nuevo. Resultaba agradable reírse con Daisy. Como si por fin volviera a respirar, a vivir, después de pasar mucho tiempo aletargado.

—Novie y Milt, unos apodos bastante curiosos —observó Daisy entre carcajadas.

—¿Deberíamos tener apodos?

Daisy se mordió el labio inferior, mirándolo pensativa, como si estuviera sopesando cómo lo llamaría si tuvieran una relación de verdad.

—¿Como qué?

—¿Cielo? —se aventuró a sugerir Elliot. Leigh y él nunca se habían llamado con apodos cariñosos. ¿Sería aquella una señal de alarma que debería haber advertido desde el principio?

—Mi abuela me llama así.

—¿Cari?

Daisy arrugó la nariz.

—¿Churri?

—Lo de churri sí que no.

—¿Bombón, calabacita, flor de pitiminí?

Daisy estaba riéndose de nuevo y a él le encantaba. Ese sonido, la manera en que su cuerpo entero participaba de la risa, el rubor de sus mejillas. Preciosa.

—Quizá sea mejor prescindir de los apodos. —No se imaginaba llamando a Daisy «amor» o «cariño» sin decirlo en serio. Empezaría a decirlo en serio. Y entonces, ¿dónde acabarían?

—Estoy de acuerdo. Creo que es lo mejor.

Estaban sonriéndose el uno al otro por encima de la mesa y de pronto irrumpió en su mente un pensamiento alarmante.

«Podría acostumbrarme a esto».

Podría acostumbrarse a quedarse despierto hasta las tantas de la noche hablando con Daisy, riéndose y bromeando con tazas vacías y migas de galletas sobre la mesa. Se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Era igual que cuando conoció a Leigh en la universidad, y se sintió tan aliviado de haber encontrado a alguien con quien estar, con quien compartir cosas, que se había aferrado a ella y no había querido soltarse nunca. Se había casado con la primera chica que le había prestado atención, y al final había sido la decisión equivocada. Él había sido la decisión equivocada para ella.

¿No era eso mismo lo que había dicho Leigh al anunciar que quería divorciarse? ¿Que se habían precipitado, que habían ido demasiado en serio desde el principio, que se arrepentía de no haber salido con más chicos en la universidad? Mientras que él estaba encantado de no tener que volver a preocuparse de estar solo, su esposa se preguntaba qué otros peces habría en el mar.

Y así estaba ahora, haciéndolo de nuevo, fantaseando con pasar el resto de su vida con una mujer a la que apenas conocía. Una mujer que estaba allí con él por una sola razón: salvar su negocio. Debía mantener eso en mente. Daisy también había sufrido desengaños y él estaba convencido de que no querría sufrir otro. Estaba convencido de que no lo elegiría en circunstancias normales.

Tampoco lo habría elegido para mantener una relación falsa si no hubiera sido él quien entró en la floristería en el preciso momento en que estaba allí su ex. Era todo una mera casualidad. Habría escogido a quienquiera que hubiera entrado en la tienda aquella mañana. Y resultó que fue él.

—Creo que debería irme —anunció, se puso en pie y Daisy lo siguió los pocos pasos que había hasta la puerta.

—¿Y qué pasa con las MAP? —preguntó ella.

Elliot se volvió abruptamente al oír la pregunta y estuvieron a punto de chocarse, haciendo que ella apoyara las manos sobre su pecho con suavidad. A él el contacto le llegó hasta los huesos.

—¿Las MAP?

—Sí —confirmó Daisy con una sonrisa tímida—. Las muestras de afecto en público. Es decir, ¿deberíamos… hacer eso? —Apartó las manos de su cuerpo como si se avergonzara de que siguieran allí puestas.

Él volvió a respirar de nuevo. Aunque con cierta dificultad.

—Eh…, no estoy… —Era capaz de respirar, pero no de pensar. Al menos en algo que no fueran sus manos volviendo a posarse sobre su torso. Le dolía solo pensarlo.

—No tenemos por qué —se apresuró a decir Daisy—. Pero pensé que debíamos hablarlo primero. Ya sabes, si nos vamos a dar la mano y cosas así.

—Darse la mano está bien —contestó él, demasiado rápido.

Daisy agrandó la sonrisa.

—Vale, genial. Pues podemos darnos la mano.

Elliot estiró la mano y ella deslizó los dedos entre los suyos. Mierda, estaba jodido. Porque, en cuanto sintió aquella mano bajo la suya, empezó a fantasear de nuevo. Deseando más.

—Podríamos abrazarnos…, ya sabes…, cuando nos encontremos por casualidad en el mundo exterior.

A Elliot se le formó un nudo en la garganta.

—Claro, un abrazo sería una forma normal de saludarse. —Se abstuvo de abrazarla, de apretarla contra su cuerpo en aquel mismo momento.

—Besarnos, en cambio…

«Besar a Daisy». La mera idea ya lo mataba.

—… probablemente no sea necesario —concluyó ella, con voz susurrante, desviando la mirada un instante hacia su boca.

—Probablemente no —convino él con voz áspera.

Daisy le sostuvo la mirada bajo la luz cálida de su apartamento.

—Debería irme —repitió Elliot.

—Sí, claro. —Ella le apretó la mano un momento antes de soltarla —. Gracias por ser mi novio falso.

«Falso». Elliot se estremeció levemente al oír esa palabra. Confiaba en que Daisy no se hubiera percatado.

—Hay que romper la maldición, ¿no es cierto? —Se obligó a sonreír.

—Cierto.

—Buenas noches, Daisy November.

—Buenas noches, Elliot Milton.

—Sigo pensando que no va a surgir ese tema en una conversación.

—Uy —contestó Daisy con una sonrisa—, ya me aseguraré de que surja.

Elliot se despidió con la mano, oyéndola reírse.

Aquello le dolería más adelante, pero fue la mejor noche que había pasado en mucho tiempo.

Capítulo 9

Elliot acababa de concluir una reunión con Mary y Joseph, los propietarios del hostal, y sí, se había percatado de la ironía cuando los conoció.[1] Cuando le contó a su madre que estaba trabajando en un hostal para Mary y Joseph, ella pensó que bromeaba. Por desgracia, no bromeaban en absoluto cuando añadieron nuevas especificaciones para el edificio principal durante la reunión, y ahora tenía que volver a actualizar los planos, aunque merecería la pena cuando estuviera terminado.

Reformar un edificio histórico de aquella envergadura era el trabajo de sus sueños. El hostal llevaba en pie desde 1801, según sus investigaciones, y desde entonces había alojado a huéspedes de manera constante. El edificio principal lucía unas preciosas columnas y porches a dos niveles en la fachada. Era una construcción clásica colonial de Nueva Inglaterra, con techos bajos y vigas de madera en el pequeño vestíbulo, además de una sala de estar que incluía una amplia y acogedora chimenea. Las veinticuatro habitaciones de huéspedes gozaban de distintos niveles de precisión histórica, dado que habían sido reformadas en distintos momentos a lo largo de los años sin prestar mucha atención a la época de la que databa el edificio. La cochera, también original de la propiedad, se destinaba a la celebración de eventos, y seguramente fuese aquello lo que había acudido a visitar el ex de Daisy con su prometida.

Por desgracia, el mantenimiento de la propiedad en su conjunto no había sido de los mejores a lo largo de los años, y las reparaciones no siempre habían respetado el estilo original. Le habría gustado mantener una conversación muy seria con quien fuera que hubiera decidido enmoquetar el vestíbulo y cubrir la chimenea de ladrillo con piedras de río, algo más apropiado para una cabaña de caza que para un hostal. Pero esas reparaciones eran fáciles, una cuestión más de diseño que de estructura.

La mayor parte de su trabajo hasta el momento había consistido en rediseñar las habitaciones de estilo motel que se agregaron al hostal en la década de 1970. Se habían construido para aumentar la capacidad de alojamiento, pero no respetaban el estilo ni la calidad del resto del establecimiento. Por no mencionar el moderno *spa* que habían levantado hacía pocos años. Tal como estaba ahora, la propiedad constituía un batiburrillo de épocas y estilos. El trabajo de Elliot consistía en que todo cobrara sentido.

Le encantaba.

Después de pasarse años trabajando en casas antiguas con Caleb, además de su formación como arquitecto, le entusiasmaba ocuparse de algo así, algo que fuera solo suyo. Llevaba meses enfrascado en sus diseños y ya casi era hora de iniciar la obra. O lo sería si Mary y Joseph dejaran de cambiar de opinión y de sumarle cosas al proyecto. Aquel día habían discutido la posibilidad de convertir la terraza acristalada de la parte posterior del hostal en un salón para desayunos. Elliot les aseguró que añadir el desayuno a los servicios del hospedaje era una idea magnífica.

Dando por hecho que la sala fuese estructuralmente segura.

De modo que ahora tendría que buscar a un ingeniero estructural para que lo evaluara. La estancia llevaba años utilizándose básicamente como invernadero. Si pretendía albergar a seres humanos, debía asegurarse de que no fuese peligroso.

Pero esa era una tarea para el día siguiente.

Cuando se marchaba, se detuvo en el mostrador de recepción encajonado bajo la escalera principal para charlar con Jack.

Jack, que siempre iba vestido de manera impecable y sin un pelo fuera de su sitio, era, al igual que él, forastero en Dream Harbor. Se había trasladado al pueblo pocos años antes que Elliot y era de las pocas personas de Dream Harbor que sabía de su existencia. Sin Jack, estaba bastante seguro de que el hostal se habría venido ya abajo. Él conocía a todos los huéspedes que entraban y salían, se aseguraba de que recibieran un trato excelente y era el principal motivo por el cual habían contratado a Elliot. Al parecer, había visto algunas de las casas cercanas que Elliot había reformado y admiraba mucho su trabajo.

Llegado ese punto, Elliot pasaba allí tanto tiempo que Jack y él habían entablado una amistad. O, cuando menos, Elliot confiaba en poder considerarlo amigo.

Sería agradable. Necesitaba un amigo con el que no mantuviese una relación falsa.

—¿Qué hay? —dijo, y birló un *muffin* de la cesta que Jack tenía en el mostrador. Limón y semillas de amapola, claramente de la Casa del Pan de Jengibre. Absolutamente delicioso.

—¡Que son para los huéspedes! —se quejó Jack, apartándole la mano de un manotazo sin mucho afán—. Y para gente que no guarda secretos.

—¿Qué secretos?

—Ah, pues no sé. Por ejemplo, que llevas un mes saliendo con la florista maldita y no habías mencionado nada; he tenido que enterarme por su ex, nada menos. —Jack se pasó las palmas de las manos por el chaleco de estampado floral; se alisaba el tejido ya de por sí inmaculado, visiblemente indignado por aquel descuido.

Elliot suspiró.

—Pensé que éramos amigos —prosiguió Jack en tono acusador, y aquello bastó.

Si Elliot realmente había logrado hacer un amigo, desde luego no iba a mentirle. Hacer amigos siendo adulto resultaba casi imposible. Estaba bastante seguro de que solo lo había logrado gracias a pasar tanto tiempo en el hostal, pensando, planificando y bosquejando.

Y Jack estaba allí. Era amable. Y un poco cotilla, preguntándole siempre por sus planos, ojeando sus dibujos por encima de su hombro. Además, tenía un chaleco para cada estación, cosa que a Elliot le resultaba simpática.

Era una amistad sustentada en la cercanía forzosa, aunque a Elliot le valía.

—No es real.

Jack puso los ojos en blanco.

—No ha pasado tanto tiempo. Claro que no es realmente serio.

—No. —Elliot sacudió la cabeza y bajó la voz—: Que no es real en absoluto. Solo estamos… fingiendo.

—¿Fingiendo? —repitió Jack con los ojos como platos.

—Sí.

—Fingiendo que salís.

—Eso es.

—¡¿Daisy y tú estáis saliendo en broma?!

—¡Shh! —le mandó callar Elliot—. No lo sabe nadie más.

A Jack le gustó eso. Sonrió y se inclinó hacia Elliot con gesto cómplice:

—¿Y por qué finges salir con la florista mona?

—Bueno…, empezó cuando su ex entró en la floristería y yo estaba allí también…, y una cosa llevó a la otra y ahora…

—¡Y ahora declaras tu amor por ella en las reuniones municipales!

Elliot se sonrojó de vergüenza.

—No fue exactamente eso lo que ocurrió.

—Da igual lo que sucedió de verdad. Es lo que todo el mundo dice que pasó; además, todos aseguran que fuiste muy galante y acudiste en su ayuda cuando el resto del pueblo parecía ansioso por una caza de brujas.

—Eso no fue así en absoluto…

—Da lo mismo —insistió Jack, restando importancia a sus protestas con un gesto de la mano—. La pregunta importante, mi querido Elliot, es ¿por qué no sales en serio con la adorable Daisy?

Elliot optó por meterse otro trozo de *muffin* en la boca y fingir que no quería hablar con la boca llena en lugar de responder a la pregunta que llevaba todo el fin de semana rondándole por la cabeza. ¿Por qué no salir con Daisy en serio? Se lo había pasado muy bien con ella después de la reunión municipal, y no había parado de pensar en ella desde entonces.

Sin embargo, saltaba a la vista que Daisy no estaba interesada en él salvo como escudo protector frente a los juicios del pueblo. Cosa que le parecía bien. Él también la estaba usando a ella para evitar que su madre interviniese de alguna manera para mejorar su vida sentimental.

Cada vez que empezaba a preguntarse por qué no salir con Daisy en serio, se recordaba a sí mismo que aquel asunto había empezado porque Daisy no había superado lo de su ex. Se había horrorizado

tanto al verlo, de hecho, que convenció a Elliot para que fuera su novio falso. Después, él había hecho lo mismo con ella.

Su relación, verdadera o falsa, se basaba en la desesperación.

No era un buen comienzo.

No, salir con Daisy en serio no era una opción.

—Es guapa —continuó Jack al ver que Elliot guardaba silencio.

—Es más que guapa —soltó él, y la sonrisa del otro se agrandó.

—Estoy de acuerdo. También es divertida y lista, y no permite que nadie le toque las narices en las reuniones.

—Lo sé —contestó Elliot con un suspiro.

—¿Por qué no intentarlo entonces?

—Acabo de divorciarme…

—Hace dos años.

Mierda. Al parecer ya tenía a Jack al tanto de la cronología de su desengaño amoroso.

—No estoy preparado para…

—¿Para ser feliz?

—Es que… —Elliot se quedó callado porque era evidente que Jack había dejado de escucharlo.

Gabe, el jardinero/empleado de mantenimiento/amor platónico de Jack, acababa de entrar por la puerta cubierto de manchas de hierba con un cinturón de herramientas medio caído alrededor de la cintura. Elliot era heterosexual, aunque alcanzaba a verle el atractivo. Gabe parecía… seguro de sí mismo. Competente. A él le encantaría sentirse como parecía sentirse Gabe al entrar en el hostal con un destornillador en una mano y una escalera de tijera en la otra.

Además, ahora ya tenía una respuesta que ofrecerle a Jack.

—¿Por qué no le pides salir a Gabe? —preguntó.

Jack estuvo a punto de atragantarse. Le dio un manotazo en el brazo.

—¡Shh! ¡Va a oírte!

—Vale —se rio Elliot—, pero llevas meses babeando por él. Pídele salir.

—Ni hablar —respondió Jack, que lo fulminó con la mirada.

—¿Por qué no?

—Claramente está fuera de mi alcance.

—Qué chorrada.

—Es que… —suspiró Jack—. Míralo, tiene todas las papeletas para romperme el corazón.

—Exacto —dijo Elliot y apoyó los codos sobre el mostrador, imitando la postura de Jack, mientras veían a Gabe subirse a la escalera para cambiar una bombilla de la araña de la sala de estar contigua al vestíbulo—. Tienes miedo. Y esa es la misma razón por la que seguiré saliendo con Daisy de mentira. Somos cobardes.

Esa era la verdad. Elliot no estaba listo para volver a intentarlo, con nadie, y menos aún con una mujer que no tenía ningún interés en él.

—Yo no soy cobarde —murmuró Jack, y empezó a apilar frenéticamente sobre el escritorio unas tarjetas de visita en cuanto Gabe desvió la mirada hacia ellos.

Elliot lo saludó con la mano y Gabe le sonrió.

—Bueno, lo único que sé es que no puedo sobrevivir a otra relación fallida, así que me ceñiré a la de mentira, muchas gracias. Ah, por cierto, viene hacia aquí.

—Mierda —masculló Jack al descolocar todas las tarjetas, que se desperdigaron por el mostrador y el suelo.

—¿Qué hay, Jack? —dijo Gabe con una sonrisa divertida.

Jack barría las tarjetas con un rápido movimiento de la mano. La mitad cayeron sobre el teclado y unas cuantas aterrizaron en la cesta de *muffins*.

—Ah, hola, Gabe. No te había visto entrar.

Elliot contuvo una carcajada y Jack le clavó un dedo con fuerza en las costillas.

Gabe agrandó la sonrisa mientras se pasaba la mano por el cabello. Parecía revuelto sin ningún esfuerzo, pero de algún modo cada pelo volvió de inmediato a su sitio. Despeinado a la perfección. «¿Cómo lo ha hecho?», se preguntó Elliot mientras Gabe hablaba con Jack.

—¿Quieres que cambie también hoy las luces de atrás?

Jack parpadeó. Al parecer, también él se había quedado hipnotizado con su pelo.

—Eh… Sí…, claro. Sería fantástico.

—No hay problema. ¿Algo más?

La pregunta quedó suspendida en el aire entre ellos y, de pronto, Elliot sintió que debía marcharse, pero antes de poder escabullirse Jack dijo:

—¿Un *muffin*? —Y empujó la cesta hacia un sorprendido Gabe.

—Ah…, gracias.

—De nada, un placer. ¡No te vayas a quedar sin fuerzas!

—Claro. —Gabe les dedicó otra sonrisa ligeramente confundida antes de aceptar el *muffin* y marcharse.

—Pero ¿qué he hecho? —dijo Jack tras un largo suspiro—. Soy idiota. «¿No te vayas a quedar sin fuerzas?». ¿Y le ofrezco *muffins*? ¿Qué demonios me pasa?

Elliot le dio varias palmaditas en la espalda para consolarlo.

—No sé, tío. Ha sido bastante raro.

—Muchas gracias por tu apoyo en este momento tan traumático.

—No creo que pase nada. Parece que le ha gustado el detalle del *muffin*.

—¡Así no es como tenía que salir! —se quejó Jack—. ¿Es que este tío no ve comedias románticas? ¡¿Me traslado a un pueblecito y ahora tengo que enamorar al tipo duro que viste camisas de franela?!

—¿No tienes que tropezarte, caerte y derramarle tu copa encima o algo así para que eso suceda? —Elliot le lanzó una sonrisa.

Había visto bastantes comedias románticas con Leigh. Sabía cómo iba la cosa. Chica de la gran ciudad (o en este caso chico) conoce a chico de pueblo, se chocan en algún tipo de situación absurda, pasan un tiempo odiándose y luego, inevitablemente, se enamoran. Era todo muy sencillo, muy atractivo.

¿Seguía viendo esas películas ahora para aliviar su ansiedad y porque resultaba reconfortante ver historias que acababan bien? Sí, había de reconocer que sí.

—Cierra el pico, tú eres el que finge salir con la florista del pueblo. Y sabes lo que sucede después, ¿verdad?

Claro que lo sabía, pero se lo preguntó de igual modo. Quizá se sintiera mejor oyéndoselo decir a otra persona.

—¿Qué sucede después?

—Que os enamoráis de verdad. Sucede siempre.

A Elliot le dio un vuelco el estómago. No se sintió mejor, no. Seguía en pánico. Porque, aun cuando existiese la posibilidad de que se enamorasen, sabía muy bien que esas películas no eran reales, que después del final feliz quedaba mucha vida por vivir. Y no había garantías de que la felicidad durase para siempre. En su caso y el de Leigh, no duró.

—Pues esta vez no.

—Vale. —Jack puso los ojos en blanco.

—Lo digo en serio. Solo lo hago para ayudar a Daisy a conseguir que el pueblo deje ya el asunto de la maldición.

—Que sí.

—En serio.

—Lo que tú digas.

—Sé que no me crees —dijo Elliot con un suspiro—, pero ni Daisy ni yo buscamos una relación de verdad. Solo hacemos esto para quitarnos a la gente de encima. Daisy tendrá más trabajo y mi madre volverá a Tampa feliz y contenta, y me dejará en paz.

—Lo que quieras decirte a ti mismo, tío —respondió Jack, luego le devolvió a Elliot la palmadita en la espalda, que no le consoló en absoluto.

—Pediré salir a Daisy cuando tú le pidas salir a Gabe.

Jack se quedó mirándolo; por un segundo, Elliot temió que supiese que iba de farol.

—Ten cuidado. —Jack le clavó un dedo en el pecho—. Algún día puede que lo haga.

—Pues házmelo saber. Tengo que irme.

—Saluda a Daisy de mi parte —le dijo Jack con un guiño.

—Intenta no pasarte el día entero mirándole el culo a Gabe —contraatacó él.

Jack ahogó un grito con gran dramatismo y Elliot lanzó una carcajada.

—¡Adiós!

—¡Hasta siempre, Elliot! ¡Ya no somos amigos! —gritó Jack a su espalda, pero Elliot captó la risa en su voz.

—¡Nos vemos mañana, Jack! —exclamó despidiéndose con la mano.

Al salir se dejó envolver por el cálido sol de primavera. Tenía que ir a la biblioteca.

Alex, de la librería, había accedido a reunirse allí con él para hablarle acerca de la historia del pueblo. Durante distintas reuniones municipales, Elliot había descubierto que Alex, aun siendo de las personas más jóvenes de Dream Harbor, parecía estar muy al tanto de su acervo popular. Y, tras haberse topado con alguna que otra madriguera de conejo relativa a la historia del hostal, Elliot deseaba saber más.

Alex ya estaba allí cuando llegó, en una mesa junto a los ventanales y con varias pilas pequeñas de libros. Su cabello, corto y de color lavanda, resplandecía bajo los rayos de sol.

—Hola, Elliot —saludó con una sonrisa al verlo aproximarse.

—Hola, gracias por reunirte conmigo.

—Siempre es un placer ayudar a otro aficionado a la historia.

Elliot se sentó en la silla situada frente a Alex, dispuesto a zambullirse en la historia. Nunca se cansaba de aquello, de escarbar en el pasado y descubrir cómo vivía la gente, deseando poder retroceder en el tiempo y verlo con sus propios ojos.

—Este es especialmente divertido. —Alex empujó sobre la mesa un delgado libro.

Elliot lo levantó y lo giró.

Historia de Dream Harbor. Bastante claro.

—Un antiguo alcalde lo escribió en la década de los treinta y está plagado de anécdotas curiosas —le explicó Alex, el rostro iluminado con la misma emoción que sentía Elliot—. No tengo claro si es muy preciso, pero desde luego sirve para hacerte una idea de cómo era uno de nuestros líderes ilustres.

Elliot lo abrió por una página que tenía la esquina doblada en torno a la mitad del libro y leyó algunos párrafos antes de darse cuenta de lo que estaba viendo.

—Espera un momento, este alcalde cree que es clarividente.

—¡Sí! —Alex se rio a carcajadas.

—Igual que nuestro actual alcalde…

—De hecho, es bastante habitual. Múltiples alcaldes a lo largo de los años han asegurado tener premoniciones, sueños y capacidad de adivinar el futuro. Hubo uno que incluso se sacaba un dinero extra leyéndole el futuro a la gente en las hojas del té.

—Estás de broma.

Alex negó con la cabeza.

—Jamás bromearía con esto. —Sonreía.

Elliot no pudo evitar reírse.

—¡Qué locura!

—Así es Dream Harbor.

Elliot seguía riéndose cuando Alex le pasó otro libro.

—En este hay más información sobre el hostal. Fue una de las primeras edificaciones del pueblo y es de las pocas construcciones originales que se mantienen en pie. La floristería es otro ejemplo.

—¿En serio?

Alex asintió.

—Toda esa hilera de edificios, la Floristería de la Guirnalda de Margaritas, la heladería, la tienda de mascotas…, llevan ahí desde el principio. En torno a mediados del siglo XVIII. Claro que entonces los ocupaban negocios diferentes.

Elliot se quedó mirando la página por donde había abierto Alex. En el centro, figuraba una fotografía en blanco y negro de la calle principal tomada unos sesenta años después de la fundación del pueblo. Probablemente fuera de las primeras fotografías de la localidad, pero la calle principal resultaba siniestramente similar, salvo por la calzada de tierra y los caballos. Y allí estaba, el edificio que después albergaría la floristería de Daisy. Se preguntó si a ella le gustaría ver la foto. Si querría que le contara lo que había descubierto.

Quizá tuviera que pasarse por la floristería para averiguarlo.

[1] Alusión a las figuras de María y José, cuyos nombre en inglés son Mary y Joseph. *(N. del T.)*

Capítulo 10

Su madre estaba reorganizando de nuevo la floristería.

—Mamá, las puse ahí por una razón.

Su madre, Daisy May, se llevó una mano a la cadera y resopló para retirarse los pelos de la cara. Llevaba el mismo delantal con estampado de margaritas que había usado desde que Daisy era pequeña, el mismo que la propia Daisy se había puesto el otro día. Hoy, en cambio, tuvo que conformarse con uno negro y sencillo.

—Pero tapan estas otras plantas más pequeñas que hay detrás.

—Ahora soy yo la que está a cargo de la tienda, ¿no? —le espetó Daisy.

—Vale, vale —respondió su madre alzando las manos en señal de rendición—. Dios no quiera que te transmita parte de los conocimientos que tanto me costó adquirir.

—Mira, mueve las malditas flores si quieres —suspiró Daisy.

Se suponía que su madre estaba jubilada. Cuando Daisy regresó al pueblo con el corazón roto y la cara hinchada de tanto llorar, decidieron que debería encargarse ella de la actividad diaria de la tienda. Saltaba a la vista que su madre estaba intentando asegurarse de que tuviera un propósito y una razón para vestirse cada día. Y funcionó. Tener que regentar la floristería le había proporcionado impulso para seguir.

Pero la versión que tenía su madre de la palabra «jubilada» incluía pasarse por la tienda varias veces por semana para ver cómo iba todo. La mayor parte del tiempo a Daisy le daba igual, aunque últimamente tenía la impresión de estar fracasando en todo y tener a su madre allí la estresaba, como si tener testigos de su derrota agravase más aún la situación.

—Me parece a mí que hoy estamos de mal humor, Daisy bonita. ¿Quieres que te traiga más cristales de selenita? En teoría van genial para dormir.

—Duermo bien. Y los cristales no ayudan a dormir. No son más que piedras.

Su madre resopló.

—Díselo a tu padre. Coloqué un puñado de cuarzo transparente por toda la casa y ahora está mucho mejor de la memoria.

—¿Papá tenía problemas de memoria?

—No, ¡pero desde luego no quiero que empiece a tenerlos!

Daisy, apoyada sobre el mostrador, se llevó las manos a la cabeza. Aquel día no tenía paciencia para aguantar las excentricidades de su madre. Acababa de revisar sus libros de contabilidad por cuarta vez esa semana y no sabía cómo iba a permitirse pagar la luz aquel mes. ¿Podría convertir en tendencia lo de comprar flores en la oscuridad?

—¿Tienes algún cristal que nos haga ganar más dinero? Porque eso es lo que de verdad necesitamos —masculló, y siguió añadiendo calas al ramo mortuorio para el recientemente fallecido.

Isabel tenía razón. Su tío abuelo de noventa y ocho años había abandonado el plano terrenal dos días atrás. Y la Floristería de la Guirnalda de Margaritas había sido la primera parada de sus familiares.

Daisy suponía que debía sentirse agradecida.

—¡Ah! —Su madre chasqueó los dedos—. ¡Buena idea! Debería ir a por unos cuarzos. Eso ayudaría.

—Eso no servirá de nada, mamá.

—Mi pequeña escéptica. —Le dio una palmadita en la mano como si ser escéptica fuese una cualidad trágica de la personalidad—. ¿Te preocupa la maldición? —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro.

Daisy levantó la cabeza de su trabajo.

—La maldición no existe.

Su madre abrió la boca para rebatirla, pero nada más verle la cara debió de cambiar de opinión.

—Vale, cielo. Aun así, traeré esos cuarzos y puede que también algo de amatista, por si acaso. ¡No harán ningún daño!

—Claro, mamá.

Lo que no le dijo a su madre fue que por supuesto que le preocupaba la maldición. Le angustiaba que el pueblo nunca lo dejase correr. Si no empezaban a entrarle algunas bodas, estaría

realmente fastidiada. La tienda entera estaría en peligro. Estaba a punto de decepcionar a generaciones de Daisies. Daisies que habían sobrevivido a la Gran Depresión, a una guerra mundial y al invasivo hongo de las rosas de 1987, y ahora el negocio se iría a pique si no lograba mantener bajo control su vida amorosa.

Era absurdo.

Y hablando de absurdidades y de su vida amorosa, su novio falso entró por la puerta en aquel preciso momento y Daisy no se sintió en absoluto preparada para que conociera a su madre.

—Eh…, hola —saludó él, paralizado en el umbral, pues estaba claro que esperaba encontrarla sola.

Aquello era una prueba. La primera vez que se encontraban delante de alguien más desde que decidieron hacer aquello oficial, y claro, tenía que ser delante de su madre.

—Hola, Elliot —dijo Daisy, soltó los lirios y salió de detrás del mostrador.

A su madre se le iluminó el rostro al oír el nombre. Daisy había tenido que hablarle de Elliot después de que este anunciara su relación a los cuatro vientos durante la reunión municipal. Sin duda acabaría enterándose por boca de alguien, así que pensó que sería mejor que fuera ella quien se lo dijera.

—¡Ah, este es Elliot! —Le tendió la mano con una sonrisa de oreja a oreja—. Soy Daisy May Scott, la madre de Daisy, pero puedes llamarme May.

Elliot se adentró en la tienda y le estrechó la mano.

—Es un placer conocerte, May. —Miró a Daisy por encima del hombro de la mujer mientras le hablaba sin parar sobre lo mucho que se alegraba de que estuviesen saliendo.

Daisy se limitó a encogerse de hombros y Elliot le dedicó una sonrisa torcida.

—Yo también me alegro de que estemos saliendo —dijo.

—¡Qué encanto de hombre! —repuso su madre con arrobo—. Tengo un buen presentimiento con respecto a vosotros. ¿Qué signo eres, Elliot?

—¿Cómo?

—Sí, tu signo del zodiaco. Daisy, es escorpio, por ejemplo.

—Pues no lo tengo claro…

—¿Cuándo es tu cumpleaños? Si sabes a qué hora y en qué lugar naciste, también podemos averiguar tu luna y tu ascendente, eso ayudaría muchísimo… —Su madre ya había sacado el móvil para abrir la aplicación del horóscopo cuando Daisy prácticamente la quitó de en medio con un empujón de cadera.

—No, ahora mismo no, mamá.

—Vale, entonces dime solo cuándo es tu cumpleaños. —Su madre se mostraba incansable en lo tocante al zodiaco.

—El 2 de septiembre.

—¡Virgo! —exclamó su madre—. Signo de tierra. Os llevaréis de maravilla.

—Ah…, pues… qué bien. —Elliot sonrió de nuevo a Daisy como si hubiera logrado algo al haber nacido en el mes correcto, cosa que era absurda.

Ella hubo de admitir que le gustaba verlo tan satisfecho.

—Bueno, mamá, ya basta por hoy. ¿No tienes que ir a buscar a papá a ráquetbol?

—¡Es verdad! Casi se me olvida. —Se quitó el delantal mientras miraba a Elliot con tristeza, muriéndose de ganas de seguir indagando en su carta astral.

Por suerte para Daisy, sus padres se habían quedado solo con un coche cuando su padre se jubiló, y ahora su madre tenía que llevarlo a sus partidos semanales de ráquetbol. Gracias a Dios, su padre era un gran aficionado al deporte.

—La próxima vez hablaremos más, Elliot —dijo su madre, estrechándole la mano con un apretón.

—Desde luego. Le preguntaré a mi madre a qué hora nací.

—¡Perfecto! —Su madre le lanzó una sonrisa triunfal.

Daisy puso los ojos en blanco. Pero había que reconocer que, si Elliot fuese su novio de verdad, sin duda había clavado la parte de «encandilar a la suegra». David nunca había llevado bien los intereses astrológicos de su madre.

Además, era géminis. Hacían muy mala pareja.

—Lo siento —dijo Daisy cuando su madre se marchó.

—¿Qué es lo que sientes? Si es fantástica.

—A veces es un poco excesiva.

—A mí me ha caído bien —le aseguró Elliot encogiéndose de hombros.

Daisy ladeó la cabeza y lo estudió; trataba de encontrarle el sentido a un hombre que fuese tan dulce. Sin duda, debía de tener algo malo. Se preguntó qué sería. ¿Cuáles eran las señales de alarma que Elliot escondía?

Quizá no comía carbohidratos. No, porque lo había visto comer galletas.

Quizá no le gustaran los animales. No, le encantaban los perros.

Quizá dejaba los platos sucios en el fregadero toda la noche. Ah, no, un momento, esa era ella. Mmm…

Elliot cambió el peso de un pie al otro. Seguían en mitad de la floristería y el sol de última hora del día se filtraba a través de las plantas colgantes del escaparate, confiriendo a la estancia una luz verdosa. Aun a esas horas, Elliot parecía recién levantado: tenía el pelo totalmente revuelto. Y Daisy sintió de pronto la extraña necesidad de pasarle los dedos por el cabello.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

—Es que… eres muy simpático.

—Pues… ¿gracias?

—Lo que pasa es que me está costando averiguar por qué te dejó tu mujer.

Elliot se sonrojó hasta las orejas. Daisy se tapó la boca con la mano y puso una mueca.

—Lo siento mucho. Soy lo peor por decir eso. No pretendía que sonara así.

—No pasa nada. —Elliot se encogió de hombros y recuperó su sonrisa tímida—. Si lo llegas a averiguar, házmelo saber.

—Lo haré —se rio ella.

—Se me ha ocurrido una cosa. Algo que podría ayudar con… el negocio.

—¿Que nos besemos delante del ayuntamiento? —Uy…, se le había escapado. Quizá el hecho de llevar tanto tiempo sin sexo tuviera como consecuencia que su cerebro no funcionase a pleno rendimiento.

Elliot puso los ojos como platos detrás de las gafas y se le enrojecieron más aún las orejas.

—Estoy dispuesto a intentarlo —respondió, agrandando la sonrisa, y Daisy sintió un intenso calor por todo el cuerpo—. Pero estaba pensando más bien en flores para el hostal.

—Ah. —Daisy salió de su ensimismamiento. «Concéntrate, Daisy».

—Sí, he pasado hoy por allí y Jack tenía *muffins* de la pastelería, y he pensado que estaría bien que tuviera también flores en el mostrador. Podría poner algunas en la zona de los sillones del vestíbulo. Además, queremos convertir la terraza acristalada en un salón para dar desayunos, así que a lo mejor podrían ponerse flores en las mesas. Tendrías que reponerlas de forma regular, así que sería una buena cantidad de…

No tuvo ocasión de terminar la frase antes de que Daisy le lanzara los brazos al cuello y lo abrazara.

—Elliot, es una idea brillante —dijo en un susurro.

—Ah… Bueno…, me alegro.

Estaba tan entusiasmada con la idea, una que le permitiría seguir pagando la luz, que no se dio cuenta de que él no le había devuelto el abrazo. Hasta que sus brazos la envolvieron, firmes, sólidos y cálidos, y entonces se lo devolvió. De eso sí que se dio cuenta.

Daisy no pudo contener un suspiro, no pudo evitar hundir la cara en el lateral de su cuello. Aspiró su aroma y sintió que él hacía lo mismo. Olía a jabón y a rayos de sol. Deseó hacerse un ovillo contra él. Quería vivir allí, apretada contra su cuerpo.

Quería…

¡Ay, no!

—Lo siento —dijo apartándose de Elliot, que parecía haberse quedado perplejo.

—Oh… No, no lo sientas.

Él estaba sonrojado y descolocado. Maldita sea, ¿por qué parecía que habían hecho mucho más que abrazarse? Daisy volvió a cobijarse tras el mostrador, poniendo entre ellos la rayada superficie de madera y varias docenas de calas antes de cometer una locura como volver a lanzarse sobre él.

—Me parece muy buena idea. Gracias —dijo, y se recogió el pelo detrás de la oreja en un intento por recuperar la compostura.

—De nada. —Siguió mirándola hasta que se le puso la cara roja otra vez.

—¿Necesitabas algo más?

Elliot parpadeó confuso.

—Ah, sí. Claro. He encontrado una historia sobre la tienda… Bueno, tu tienda. Es uno de los edificios más antiguos de Dream Harbor. ¿Lo sabías?

—No. O sea, sabía que era antiguo, pero desconocía los detalles.

—Podría contarte más cosas. He encontrado unas fotos antiguas cuando estaba documentándome para el hostal, y pensaba que quizá quisieras… verlas. —Sacudió la cabeza como si estuviera diciendo una ridiculez—. Pero, si no quieres… ¿Sabes qué?… Seguro que estás ocupada. Mejor me marcho.

—Elliot —dijo Daisy, frenando su súbito avance hacia la puerta—. Me encantaría verlas.

Cuando se dio la vuelta, su sonrisa le provocó en el corazón algo que se negaba a aceptar.

Su corazón era un idiota.

Su corazón la había llevado por el mal camino en demasiadas ocasiones.

No pensaba volver a hacer lo mismo. Se enamoraba muy profundamente y muy rápido, eso no la había llevado a ningún lado. Dos veces había encontrado el amor de su vida y en ambas ese amor había encontrado a otra persona.

Daba igual que Elliot tuviese una sonrisa muy mona o que quizá ella necesitara el sexo más de lo que había imaginado. No importaba que diera unos abrazos fantásticos o que todavía no hubiera encontrado en él una sola señal de alarma.

No pensaba aferrarse a Elliot como si fuera una lapa enamorada. Era su amigo. Era un buen hombre que quería echarle una mano.

Era un friki de la historia que deseaba mostrarle unas fotos antiguas.

Nada más.

—Quizá encontremos algo ahí que me ayude a romper la maldición —bromeó.

—No estás maldita, Daisy. —Se puso serio cuando lo dijo.

Pero a ella la maldición le parecía más real a cada segundo que pasaba allí mirando a Elliot y deseando poder volver a hundir la cara en su cuello.

Claro que estaba maldita.

Aunque esta vez se resistiría a la maldición.

Capítulo 11

Elliot no tuvo oportunidad de recordarle a Daisy que no estaba maldita antes de que Iris entrara en la floristería con la cara bañada en lágrimas y un bebé que berreaba en el carrito.

—Iris. Dios mío, ¿qué pasa? —Daisy salió corriendo de detrás del mostrador para rodear a su amiga con un brazo.

—Nada…, no sé. ¿Todo? —respondió Iris sorbiéndose la nariz.

—Cariño, estás llorando. ¿Qué ocurre?

Iris se secó los ojos y se retiró un mechón pelirrojo enredado de la cara.

—Estaba dando mi paseo diario con Owen para cuidar mi salud mental. Eso va de maravilla, como puede apreciarse —explicó con una carcajada amarga—. Y hemos pasado por delante de la tienda y estaba pensando que debería retomar mis clases, pero luego me he dicho que ni siquiera consigo que deje de llorar hoy y… Yo qué sé, Daisy, ¿cómo voy a volver a ser un ser humano normal?

Había empezado a llorar de nuevo, igual que el bebé. Daisy dibujaba círculos sobre su espalda para calmarla y miraba a Elliot como si él pudiera ser de alguna utilidad.

Por desgracia, las emociones posparto y los recién nacidos eran cosas con las que no estaba nada familiarizado. Pero no dejaría de intentarlo.

—¿Por qué no vas a prepararle un té a Iris y yo me encargo de la tienda? —sugirió—. Y… del bebé.

Ambas mujeres se volvieron para mirarlo como si hubiera perdido el juicio.

—Estaréis ahí detrás —les recordó Elliot—. Y yo estaré aquí con Owen. No va a pasar nada. —Miró al bebé llorón, que parecía aún menos convencido que Iris, la cual había empezado a mover el carrito adelante y atrás para lograr que dejase de berrear; sin embargo, saltaba a la vista que no se encontraba muy a gusto.

—Quizá sea buena idea —respondió Daisy, vacilante al principio, aunque pareció cambiar de opinión conforme hablaba—. Solo será un minuto. Tómate un descanso y te sentirás mejor. Vamos.

Iris miró a Elliot cuando este empezó a empujar el carrito.

Él trató de ofrecerle una sonrisa tranquilizadora, pese a que por dentro dudaba de su plan. Quizá no supiera gran cosa sobre bebés, pero sí sabía lo que era tener sentimientos abrumadores y devastadores. Conocía bien la sensación de que el mundo, a veces, se le venía a uno encima.

—Solo un descanso corto —insistió—. Estaremos aquí esperando.

Sorbiéndose la nariz una última vez, Iris salió arrastrando los pies con Daisy hacia la parte trasera de la tienda, donde se hallaba el apartamento, y Elliot se quedó mirando a Owen.

—Hola —le dijo; el bebé arrugó el gesto y emitió un gruñido de rabia—. Mmm. A lo mejor estás cansado de que te tengan ahí atrapado.

Estiró los brazos y, tras varios e intensos segundos en los que los gruñidos de Owen se transformaron en auténticos berridos mientras él se peleaba con los cierres de seguridad del carrito, consiguió sacarlo y el pequeño quedó libre.

El cuerpo de Owen se ovilló al instante, convirtiéndose en una bolita. Elliot lo acercó a su pecho, sujetándole la cabeza con una mano y el culito con la otra. Qué pequeño era. Aun así, qué lleno de furia. Seguía llorando y retorciéndose contra él, de modo que empezó a caminar, dando pequeños botes por la tienda, susurrándole palabras de consuelo a su nuevo amigo gruñón.

—Lo pillo, chaval, la vida es dura —le dijo, y Owen pareció darle la razón con otro potente aullido—. Hay muchas cosas por las que estar enfadado. Pero también hay cosas buenas. —Iba dándole palmaditas en la espalda con un ritmo fijo y el bebé comenzó a calmarse—. Claro, así se hace —le susurró—. Hay muchas cosas buenas, como tu madre. Es evidente que te quiere mucho, así que deberías darle un respiro.

Owen emitió una especie de resoplido parecido al gruñido de un cerdo y Elliot eligió pensar que estaba de acuerdo con él.

Se había imaginado así en otra época, meciendo a un bebé para calmar su llanto; a un bebé que fuera suyo. Pensaba que sería algo que haría algún día. Siempre había creído que sería padre, pero no había sucedido.

Se aclaró entonces la garganta.

—Y seguro que tu padre es fantástico también. Es genial tener uno así. Y me han dicho que tienes una hermana. Algún día os lo pasaréis muy bien juntos. —Más resoplidos y risitas—. Si con eso no te basta, también están los días de sol y la forma en que te miran los perros cuando sonríen. Y el helado. Eso te gustará. Están las flores y los abejorros gordinflones cubiertos de polen cuando salen volando de una de ellas.

Owen dejó escapar otro berrido de rabia y Elliot cambió el ritmo de sus caricias.

¿Qué otra cosa buena podía contarle a aquel pequeño humano? ¿Cuáles eran las cosas que le hacían a él levantarse de la cama cada mañana, incluso en aquella época oscura después de que Leigh firmara los papeles, cuando él solo quería desaparecer?

—Está el sabor de un tomate recién recogido del jardín y aliñado con sal… Mmmm…, el sonido de la lluvia sobre el tejado cuando tú estás en casa leyendo, conducir con las ventanillas bajadas cantando a pleno pulmón.

Últimamente había otra cosa que lo animaba a levantarse de la cama, y pensó que podría confesárselo a Owen. Los bebés eran buenos guardando secretos.

—Y un día quizá conozcas a alguien que se convierta en tu nueva persona favorita, entonces oír su risa se convertirá en tu nueva cosa favorita.

—Guau, Daisy, no sabía que tu novio falso fuese un poeta.

Elliot se dio la vuelta al oír la voz de Iris, que al parecer se sentía ya lo bastante recuperada para burlarse de él. Daisy lo miraba con una sonrisa curiosa en la cara.

—Estaba… tratando de convencer a Owen de que quizá el mundo no esté tan mal —explicó, notando cómo se le encendía la cara. ¿Cuánto tiempo llevarían escuchando y hasta qué punto resultaba patético?

—Una empresa muy noble —dijo Iris con una carcajada—. ¿Y cómo lo llevas hasta ahora?

—No muy bien —admitió Elliot, justo cuando Owen se retorcía contra él, eructaba y le soltaba un hilo de vómito sobre el hombro y la espalda.

Iris se tapó la boca con la mano, obviamente trataba de no reírse. Por lo menos estaba proporcionándole un momento de comicidad.

—¡Ay, no, Elliot! ¡Lo siento! Pero por lo menos eso explica por qué lleva todo el día de mal humor. —Se apresuró a sacar toallitas de la bolsa de los pañales y a pasárselas por la espalda, cosa que solo consiguió que se le pegara la camisa a la piel, haciéndole sentir el calor de la leche regurgitada.

—No pasa nada, en serio —le aseguró él, apartándose y sin soltar a Owen, que ahora parecía satisfecho y medio dormido—. ¿Y qué te lleva a decir que soy el novio falso de Daisy? —¿Tan evidente resultaba? ¿Acaso no tenían sentido como pareja y todo el mundo se daba cuenta?

Daisy estaba fuera de su alcance, sin duda, pero confiaba en que al menos pudieran fingir durante un tiempo.

—Tranquilo —dijo Daisy, dejando de mirarlo ensimismada, y se acercó a ellos. Le acarició la cabeza a Owen con la mano—. Se lo he contado a Iris. Y no se lo va a decir a nadie.

—Eso es, vuestro secreto está a salvo conmigo —sonrió Iris—. Aunque ya se lo he contado a Archer, pero a nadie más.

Daisy puso los ojos en blanco.

—Eres de lo que no hay.

—¡Pero no va a decir nada! Sabes que él no tiene el gen del cotilleo de Dream Harbor, como nos pasa a nosotras.

—No sé yo. Creo que le echan algo al agua, y él lleva aquí ya un año, ingiriendo todos los cotilleos de Dream Harbor.

—Guárdate tus teorías de la conspiración, Daisy —se rio Iris—. Ya tengo bastantes problemas.

—¡¿Tú?! ¡Es a mí a quien acusan de romper matrimonios!

—Suena absurdo cuando lo dices en voz alta.

—¡Lo sé!

Elliot sonrió para sus adentros mientras mecía a Owen y escuchaba hablar a las dos amigas.

—Quizá debáis bailar de la mano alrededor del fuego durante Beltane. Les diremos a todos que es una danza ritual para revertir la maldición —sugirió Iris.

Daisy había empezado a reírse. Elliot tenía razón, su risa era razón suficiente para levantarse de la cama cada mañana.

—Parece una pesadilla. ¿A que sí, Elliot? —Se volvió hacia él con una gran sonrisa.

Elliot pensó que saltaría por encima del maldito fuego si ella se lo pedía, pero decidió no expresar esa idea en voz alta. A juzgar por la mirada de Iris, tal vez a ella le pareciera una idea fantástica.

—Sí, a lo mejor podríamos ir juntos. Pero prescindimos de lo de bailar en público.

Daisy le sostuvo la mirada, con las mejillas sonrojadas por la risa.

—¿Me estás invitando a ir a Beltane, Elliot?

—Pues… Mmmm…, sí. Es lo que haría un novio, ¿no? —Tragó saliva, aun cuando aquello era mentira, porque no se le daba nada bien—. Y Iris tiene razón; ayudaría a que el pueblo se creyese nuestra historia.

La sonrisa de Daisy se apagó un poco, pero asintió.

—Desde luego. Les demostraremos lo falsamente enamorados que estamos, y si hay una noche capaz de romper la maldición, tiene que ser Beltane.

Iris los miró alternativamente y Elliot tuvo que apartar la mirada del dulce rostro de Daisy, o de lo contrario estaba seguro de que acabaría revelando lo mucho que desearía que aquello fuese real.

—Vaaaale… Bueno, venga, devuélveme a mi bebé. Ya me siento un poco menos loca.

Elliot le pasó a Owen y de inmediato añoró sentir su peso contra el pecho.

Iris acercó la cara a su mejilla regordeta, como si lo hubiera echado de menos los pocos minutos que había estado ausente.

—Gracias, chicos. Creo que sí que necesitaba un descanso. —Volvió a dejarlo en el carro y a continuación le dio un beso a Daisy en la mejilla.

—Estoy aquí cuando lo necesites —respondió Daisy.

Elliot quiso darle la razón. Estaría encantado de volver a tener a Owen en brazos, aunque eso implicase acabar cubierto de vómito, pero Iris apenas lo conocía, y no deseaba extralimitarse. Iris era amiga de Daisy, no suya, pero aquella relación falsa ya le había incluido en la vida de Dream Harbor mucho más que el hecho de llevar viviendo allí más de un año.

Al parecer, salir con la florista hacía que se fijaran en uno.

—Qué amable por tu parte —dijo Daisy cuando Iris y Owen volvieron a marcharse—, quedarte un rato con Owen en brazos.

—Es un buen niño. —Elliot se encogió de hombros.

—Pero si te ha vomitado encima —se rio ella.

—Cosas que pasan.

—Lupita no debería tardar en llegar para hacerse cargo del turno de tarde. ¿Quieres mostrarme lo que has descubierto sobre la tienda cuando llegue?

—Claro, suena bien.

Daisy lo miró a los ojos un instante con una sonrisa tímida.

—Estabas muy mono con el bebé en brazos, por cierto.

A Elliot se le hizo un nudo en la garganta. ¿Estaba mono?

A Daisy le parecía mono.

Aquella información le resultó asombrosa.

—No creo que pueda llevarme yo el mérito. Owen es un bebé muy mono.

—El más mono —convino Daisy con una sonrisilla de suficiencia, acercándose más. Olía a primavera, a hojas, tierra y miel. A vida—. Pero tú también eres muy mono.

Elliot siempre había detestado su propensión a ruborizarse, y le invadió de nuevo esa sensación, el calor que le recorría las mejillas y las orejas. Lo detestó hasta que Daisy deslizó la delicada punta del dedo por el borde exterior de su oreja y susurró:

—Cuando te sonrojas, también estás mono.

Él sintió la punta de aquel dedo por todo el cuerpo. Deseaba sentirla por todas partes. Deseaba atraer a Daisy hacia sí y aspirar su aroma, saborearla, poseerla.

Nunca en toda su vida había sentido algo con tanta fuerza.

Sin embargo, no le dio tiempo a reaccionar antes de que Daisy se apartara de él y comenzara a reorganizar los ramos de flores del escaparate. Elliot dejó escapar un suspiro tembloroso. ¿Qué demonios había sido eso?

Se había sentido atraído por su esposa, la había amado, pero sus sentimientos hacia Leigh siempre habían sido más… comedidos. En cambio, sus sentimientos hacia Daisy estaba convirtiéndose en algo que no reconocía. ¿Podía respetar y admirar a aquella mujer y, al mismo tiempo, querer devorarla? ¿Y en qué momento había empezado a pensar en términos de «devorar» a alguien? Se quedó paralizado en mitad de la tienda durante largo rato antes de pensar en algo que hacer.

—Quizá sea mejor que me vaya a casa a cambiarme de camisa y vuelva dentro de una hora.

—Perfecto. ¿Nos vemos en el café? —sugirió Daisy sin levantar la mirada, sonrosadas también sus mejillas como si tal vez se hubiese sorprendido a sí misma con su comentario tanto como lo había sorprendido a él.

Y, sin duda, a él lo había sorprendido.

—Claro. —Elliot se dirigió hacia la puerta todavía un poco perplejo y mareado, sintiendo aún sobre la piel la suave caricia de Daisy mientras reproducía en su mente sus palabras.

«Cuando te sonrojas, también estás mono».

Alucinante.

Siempre que se marchaba de aquella floristería, tenía la impresión de ser una persona diferente. Quizá sí que hubiese allí algo de magia.

Capítulo 12

Daisy había dejado la tienda en manos de Lu para que esta impartiese la clase de coronas de primavera del martes por la tarde y Elliot se había cambiado la camisa cubierta de vómito; ahora se hallaban los dos sentados en el Pumpkin Spice. A ella le parecía menos peligroso que volver a apretujarse en su diminuto apartamento. Entre los increíbles abrazos que daba Elliot y lo adorable que estaba meciendo en brazos al pequeño Owen, sus sentimientos hacia él eran más confusos que nunca.

De hecho, eso no era cierto.

Sus sentimientos estaban cada vez más claros.

Se sentía atraída por Elliot.

Lo miró, sentado a la mesa frente a ella, para confirmarlo. Tenía el entrecejo fruncido mientras alternaba la mirada entre su portátil, abierto con unos antiguos números del *Dream Habor Gazette,* su teléfono móvil, donde buscaba en Google a algunos de los parientes de Daisy, y un viejo libro de historia del pueblo que había encontrado en la biblioteca. Vale, era un friki de categoría (¿constituía eso una señal de alarma?), pero estaba muy guapo con esas gafas, y a ella le encantaba comprobar que su cabello parecía negarse a estarse quieto en su lugar.

Pues sí, se sentía atraída.

Además, resultaba de lo más inconveniente. No debía sentirse atraída por su novio falso. Elliot alzó la vista y la pilló mirándolo. De inmediato se le sonrojaron las mejillas de esa forma tan adorable, y Daisy hubo de repetirse de nuevo su mantra.

Renegaba de las relaciones.

Renegaba del amor.

—Perdona —dijo Elliot, aún más ruborizado—. Seguramente te esté aburriendo.

—¡No! En absoluto —le aseguró Daisy, devolviendo su atención al artículo que tenía abierto en la pantalla—. No tenía ni idea de que la

floristería fuese una institución en el pueblo.

—El edificio en sí tiene más de doscientos años. Y en esta foto de aquí puede verse que la vidriera de encima de la puerta es original. Algo verdaderamente admirable.

—Siempre me ha gustado esa vidriera.

—Es preciosa y no es habitual encontrarlas en tan buen estado de conservación. Sobre todo, en Estados Unidos.

—¿Siempre ha sido una floristería? Creo que mi abuela dijo que nuestra familia abrió la tienda en los años veinte del siglo pasado.

—Eso es. Antes de eso, parece que era una especie de botica.

—¿Para hacer pociones y cosas así? —A su madre le encantaría aquello.

—Remedios de hierbas —contestó Elliot con una carcajada—, creo que se llamarían así.

—Me pregunto si venderían algo que rompiera una maldición de amor —murmuró ella mientras daba un sorbo a su *smoothie*. Estaba delicioso, hecho con fresas de la zona.

El Pumpkin Spice no estaba muy concurrido a esa hora del día. No tardarían en cerrar y Jeanie iba por la sala limpiando las mesas. Sonrió a Daisy al pasar y los miró alternativamente a Elliot y a ella. La dueña del café enarcó sus cejas oscuras en un gesto inquisitivo, en respuesta Daisy se encogió de hombros. Mentirles a todos estaba resultando más difícil de lo que había imaginado.

Jeanie le caía bien. No quería mentir.

Pero cuanta más gente supiera que era mentira, más probable sería que la verdad saliese a la luz. Tendría que fingir durante unos pocos meses, como máximo. Y entonces podría dejar libre a Elliot y volver a su vida de soltería autoimpuesta. Una vida diseñada para protegerla frente al desengaño y la humillación.

—Ah, aquí está lo que buscaba —anunció Elliot, que clicaba en algunos enlaces más—. Aquí hay una foto de la primera época de la tienda de tu familia. En aquel entonces se llamaba solo Daisy's. Al parecer, se encargaron de las flores de la boda del alcalde, y eso fue lo que dio fama al negocio. Eran muy conocidos por las bodas.

Bodas. Vaya. Ya desde el principio, al parecer.

Daisy echó un vistazo a la granulosa foto en blanco y negro. Aparecían en ella unas personas sonrientes frente a la tienda, parientes suyos, lo más seguro. Destacaba en cambio una mujer, sobre todo porque no sonreía. Parecía triste, de hecho, vestida de negro y mirando fijamente a la cámara como si prefiriese estar en cualquier otra parte.

Sin embargo, no era eso lo único que la hacía destacar.

—Es prácticamente igual que… yo. —El parecido era tan fuerte que se le erizó el vello de los brazos. Se recostó en la silla, llevada por la necesidad de poner distancia con el pasado que la miraba desde la pantalla del ordenador—. Qué miedo.

—Es alucinante, ¿a que sí? ¿Sabes quién es?

—No. —Ella sacudió la cabeza—. Puedo preguntarle a mi abuela. Quizá lo sepa.

—Está claro que es pariente. —Elliot cerró el portátil y empezó a recoger sus libros, viendo que Jeanie estaba ya lista para cerrar—. Podríais ser gemelas si no fuera por la diferencia de edad de cien años.

—Sí —convino Daisy con voz débil.

No era tanto el hecho de tener la misma cara que aquella mujer, sino más bien la tristeza que veía en sus ojos. ¿Sería esa la impresión que daba ella? ¿Desprendía acaso un aire a tragedia tan evidente que todos pensaban que estaba maldita? ¿Y qué le sucedió a aquella pobre antepasada suya?

—¿Estás bien? —La suave caricia de Elliot en la zona baja de su espalda devolvió su atención al presente.

—Ah, sí, todo bien. Es que estaba pensando en…, bueno…, en la historia —concluyó con gesto patético.

—Así es como paso yo gran parte de mis días —contestó él con una carcajada.

—¿Y tienes que documentarte tanto para la reforma del hostal?

—Así es como empiezo siempre —le dijo él mientras se encaminaban hacia la puerta—. Me gusta restaurar los edificios antiguos para devolverles su gloria original. Ese suele ser el motivo por el que me contratan.

—¿Se te da bien?

—Me gusta pensar que sí.

La sonrisa que le dedicó entonces no se pareció a la sonrisa tímida que solía exhibir. Esta otra fue confiada, como si supiera lo bien que se le daba su trabajo.

Ay, no. El Elliot seguro de sí mismo era aún más atractivo que el Elliot tímido.

Maldita sea.

—No me cabe duda.

Estaban de pie delante del café y Daisy levantó la cara hacia la de él.

—Gracias por dejarme aburrirte con eso —contestó él tras aclararse la garganta.

—No me has aburrido.

—Quizá podamos volver a hacerlo en otra ocasión.

¿Más tiempo sentada a solas con Elliot? Daisy dejó vagar su mente hacia silenciosas mesas de biblioteca y rincones acogedores en cafeterías, hacia cabezas muy juntas y manos sobre las rodillas, sobre los muslos, hacia anocheceres como aquel, estando los dos tan cerca que resultaría muy fácil… inclinarse hacia delante.

Se le formó un nudo en la garganta.

—Claro. Estaría bien que la gente siguiera viéndonos juntos —contestó.

La alusión a la naturaleza de su plan desdibujó la sonrisa confiada de Elliot, solo un poco.

Quizá sí que estuviera condenada a estar tan triste como la mujer de la fotografía. Quizá aquella otra Daisy hubiera estado tan mal en el amor como lo estaba ella.

—Cierto. Sin duda. —Elliot dio un paso atrás.

El momento se volvió incómodo, y no ayudó el hecho de que Logan se detuviera junto a ellos montado en su destartalada camioneta.

—Hola —saludó con un gesto de asentimiento a través de la ventanilla abierta.

—Jeanie sale enseguida —le informó Daisy.

Por suerte, la dueña apareció por el callejón situado junto al café.

—¡Daisy, Elliot, seguís aquí! Quería preguntaros qué estabais estudiando antes. —Jeanie se acercó a la ventanilla del conductor y se inclinó para recibir un beso.

Logan obedeció encantado y a Daisy la atravesó la envidia como el hielo por sus venas. Creía haber tenido eso. Creía haber encontrado a su persona. Dos veces.

Y se había equivocado. Todas las noches que había pasado llorando por David regresaron de golpe a la primera plana de sus recuerdos. ¿De verdad quería volver a pasar por lo mismo? Desde luego que no.

—Historia del pueblo —le contó Daisy, tragándose sus emociones—. Elliot me estaba dando algunos detalles sobre la floristería.

—¡Qué bien! —exclamó Jeanie—. ¿Algo interesante?

—No eres la primera persona que pensó que el café estaba embrujado —le explicó Daisy, recordando la anécdota que había encontrado en aquel curioso libro de historia municipal.

—¿En serio?

—Sí. Antes era una sombrerería, y el dueño juraba que un fantasma llamado Sally ahuyentaba a su clientela.

—¡No puede ser!

—Pero imagino que su negocio se iba a pique y necesitaba alguien a quien echarle la culpa.

—Guau —dijo Jeanie con una risotada—. ¿Algo más?

—Daisy tiene un miembro de la familia que presenta un asombroso parecido con ella —contestó Elliot.

—¿Y sabes de quién se trata?

—Todavía no —respondió Daisy; realmente no quería seguir pensando en su pariente triste. Ni en su propia vida triste, ya puestos.

—A mi abuelo le interesa bastante la historia del pueblo y mi abuela lo sabe todo de todos, así que… —intervino Logan encogiéndose de hombros—, si queréis preguntarles, seguro que estarían encantados.

A Elliot se le iluminó la cara de inmediato.

—Sería increíble.

Logan se rio con ganas.

—No sé si «increíble» es la palabra adecuada, pero podría ser interesante. Pasaos por la granja cuando os apetezca. ¿Estás lista? —preguntó, devolviendo la atención a su esposa.

—Sí —repuso Jeanie alegremente.

Cuando Logan se bajó de la camioneta para rodearla y abrirle la puerta, Daisy quiso hacerse un ovillo allí mismo y romper a llorar.

—¡Adiós, chicos! —les gritó Jeanie, ajena a las emociones que la embargaban.

Daisy se despidió de ella con un débil gesto de la mano y se quedó en la acera sola con Elliot, mientras el sol poniente pintaba de rosa y oro la calle principal.

Qué romántico.

—¿Te acompaño a casa? —preguntó Elliot.

—Vivo a tres edificios de aquí. Creo que puedo llegar sola. —Daisy estaba jugueteando con la cremallera de la sudadera negra con capucha que se había puesto sobre una de sus omnipresentes camisetas negras.

Estaba claro que algo la había disgustado, pero Elliot no tenía claro de qué se trataba.

—Lo sé, pero quién sabe a qué peligros podrías enfrentarte a estas horas de la noche. —Intentó bromear y los labios de Daisy se curvaron esbozando una sonrisa reticente.

—Son las seis.

—He oído que en Dream Harbor puede haber mucho alboroto al caer el sol.

Ella se limitó a negar con la cabeza, reprimiendo aún la sonrisa, y echó a andar. Elliot caminó a su lado. Se sintió idiota cuando, treinta segundos más tarde, se detuvieron en la puerta de la floristería.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó.

—¿A qué te refieres?

—Te has puesto triste.

Daisy evitó su mirada pasándose los dedos por el pelo.

—Me pongo triste con frecuencia, Elliot. Lo que pasa es que no siempre se me nota.

—A mí me pasa igual.

Entonces lo miró, y Elliot deseó rodearle la cara con las manos y acariciar con el pulgar la delicada piel de sus mejillas. En su lugar, se las guardó en los bolsillos, temiendo pasarse de la raya, sin saber lo que Daisy deseaba de él.

—Nunca hablas de tu exmarido.

Daisy sacudió la cabeza, apartó la mirada de su cara y en su lugar la fijó en las deportivas Converse negras que calzaba.

Al principio, Elliot creyó que no iba a responder, que quizá se hubiese inmiscuido en cosas que no deseaba contarle, pero al final dijo:

—Matthew. Estuvimos juntos en el instituto. En su momento era mi mejor amigo. Pensamos que sería divertido casarnos, huir juntos. Así que nos fugamos cuando teníamos dieciocho años y nos casamos en el ayuntamiento del pueblo de al lado.

Su risa fue más un suspiro que una carcajada, y a Elliot se le encogió el corazón al imaginarse lo que vendría a continuación.

—Estuvimos casados poco más de un año. Mis padres nos dejaban vivir en la parte de atrás de la tienda. Nos peleábamos a todas horas. No sabíamos ser adultos, y mucho menos adultos casados. Fue un error estúpido.

Cuando alzó la mirada, tenía lágrimas en los ojos. Se las secó con el dorso de la mano tratando de reírse de nuevo.

—Resulta que estar casado es bastante más difícil que ir juntos al baile de graduación y saltarse las clases para darse el lote. Éramos unos críos idiotas.

—Pero lo amabas.

—Sí. —Su respuesta fue un susurro.

—Y te dolió.

—Sí. —Daisy se sorbió la nariz y se secó la cara con la manga de la sudadera—. Me llevó mucho tiempo superar aquello, pasar página; entonces, conocí a David y pensé… pensé que aquella era la de verdad, ¿sabes? Éramos adultos, tomamos decisiones adultas para vivir juntos y estar juntos… y luego él…, pues…, cambió de opinión. —Los resoplidos de su nariz se habían convertido en auténticos sollozos.

Elliot no pudo soportarlo más. La estrechó contra su cuerpo y ella hundió la cara en su pecho mientras la rodeaba con los brazos.

—Y me sentí como una estúpida —continuó ella—. ¿Cómo no lo vi venir? ¿Cómo no me di cuenta de que se estaba desenamorando de mí? Y tuve que volver a mudarme al apartamento de mierda donde viví con Matty, y fue como si se cerrara el círculo de mis peores decisiones. Me dio la sensación de estar retrocediendo. Como si estuviera atrapada. —Su voz sonaba amortiguada mientras hablaba contra su camisa empapada de lágrimas.

Aquel día no iba a ganar para camisas, pero Daisy le estaba abriendo su corazón y él deseaba ofrecerle algo a cambio.

La mujer que lloraba entre sus brazos no era precisamente la rompecorazones que los vecinos del pueblo decían que era. Elliot sabía que había sido David quien la dejó, y ahora, al oír la historia de su matrimonio, se sintió estúpido por haber evitado la floristería durante tanto tiempo.

—Leigh es la única mujer con la que he salido en realidad —soltó de pronto—. Fue ella la que se lanzó y yo me alegré muchísimo de no tener que hacerlo. Me alivió. Cuando me pidió el divorcio, únicamente pensaba que me quedaría solo para siempre, que no estaba preparado para salir con mujeres ni para encontrar el amor ni para volver a hacer nada de aquello. Había tenido mi oportunidad y la había fastidiado.

Había estado confesando todo aquello contra la coronilla de Daisy hasta que ella se apartó para mirarlo.

—Eso es muy deprimente.

Elliot dejó escapar una carcajada de sorpresa y ella le dedicó a cambio una sonrisa llorosa.

—Cuando mirábamos la foto de mi familiar, pensaba que quizá fuese como yo. Que a ella también le habían roto el corazón.

Elliot asintió, resistiendo el potente impulso de darle un beso en la coronilla.

—Me pregunto qué le ocurrió.

—Podríamos indagar un poco y averiguarlo.

—Solo quieres una excusa para seguir mirando esos viejos libros —bromeó ella.

—Me has pillado. —«Y para pasar más tiempo contigo», pensó.

Daisy se apartó y trató de secarle la camisa mojada con la manga de la sudadera.

—Perdona por mancharte.

—No te preocupes.

Daisy miró al cielo y volvió a secarse la cara. Habló entonces con un suspiro:

—No, en serio, perdona. Menos mal que esto es una farsa. Imagínate hacerle eso a alguien con quien estuvieras saliendo de verdad. Mancharle la camisa de lágrimas y mocos.

—No sabía que hubiese mocos. —Elliot se miró la camisa—. Entonces sí que deberías sentirte arrepentida.

La risa de Daisy inundó la calle tranquila, pero cuando volvió a mirarlo estaba seria.

—Pero gracias. Por esto. Por dejar que me desahogara.

Elliot se encogió de hombros, aunque le dieron ganas de decir que estaba encantado de abrazarla mientras ella lloraba.

—Aquí estoy cuando quieras.

—¿Cuando quiera usarte como clínex humano? —Había recuperado su sonrisa burlona, más brillante ahora porque llegaba después de la oscuridad.

—Owen ya me ha usado hoy como toallita para vomitar —respondió él con una sonrisa—, lo mismo me da.

—Eres un buen hombre, Elliot.

—Ah…, gracias.

—Y no creo que Leigh fuera tu única oportunidad.

—¿No?

—No. —Daisy negó con la cabeza—. Creo que aún hay esperanza para ti.

A Elliot se le aceleró el corazón. ¿Esperanza para él con… ella?

—¿De verdad?

—Sí —afirmó Daisy con otra sonrisa antes de abrir la puerta de la tienda—. Y puede que esta relación falsa te ayude a practicar para cuando llegue la de verdad.

Las esperanzas se le hicieron añicos.

—¿Practicar?

—Nos quitaremos de encima toda la incomodidad y así podrás salir con alguien de verdad. Piensa en mí como si fuera los ruedines de la bici.

—No pienso en ti de ese modo.

Daisy se detuvo, pero no le preguntó cómo pensaba en ella.

—Ruedines. Luego, cuando estés listo, te quitas los ruedines y puedes montar de verdad. Con quien quieras.

—No quiero… montar con nadie más.

—Ya sé que no has superado lo de Leigh, pero lo harás. Y puede que entonces sí que quieras montar con otra persona.

Dios, ojalá dejara de decirlo de ese modo. Ahora solo podía imaginársela sentada en su regazo, montándolo hasta que esos ojos dejaran de estar tristes, hasta que gimoteara por razones muy distintas en lugar de llorar por el gilipollas de su ex.

No era en Leigh en quien pensaba.

Y eso lo sobresaltó.

—¿Y qué me dices de ti?

—Ya sabes lo que dicen, Elliot —repuso Daisy negando con la cabeza—. Tropezamos dos veces con la misma piedra…, y yo ya he tropezado demasiado. No puedo volver a hacerlo.

Con esas se dio la vuelta y entró en la tienda, dejando a Elliot allí de pie, confundido, un poco triste y demasiado cachondo.

Capítulo 13

Daisy estaba sentada con su abuela en la Casa de las Tortitas, con una fuente de tortitas de fresa y dos tazas de café entre ellas. Le estaba mostrando a la abuela June la vieja fotografía que había descubierto Elliot. Habían pasado unos días desde que quedara en ridículo sollozándole en el pecho, desde entonces no había hablado con él. Estaba convencida de que, cuando se ofreció a ser su novio falso, no creía que el plan incluyese estallidos emocionales y ríos de lágrimas.

Pero tampoco había podido dejar de pensar en su doble. Y en lo que podría haberle sucedido. Incluso había estado soñando con ella, pero, a riesgo de parecerse al alcalde, había decidido guardarse ese secreto.

—¿Sabes quiénes son? —le preguntó a su abuela mientras esta escrutaba la foto en su teléfono.

La Casa de las Tortitas estaba abarrotada en torno a ellas. Era un viernes a primera hora de la mañana y los parroquianos habituales de la hora del desayuno habían acudido a por sus tortitas y su café. Su abuela había tenido que pararse en otras tres mesas de camino para saludar y ponerse al día de las novedades del pueblo. En el transcurso de la última hora, Daisy había sabido que a Mac y a Annie los habían pillado dándose el lote en la parte trasera del *pub* como «una pareja de adolescentes», que la alpaca, Harry Styles, había vuelto a escaparse y la encontraron en la carretera masticando flores silvestres, y que la monitora de aquaeróbic sustituta no le llegaba a Iris ni a la suela de los zapatos.

Había sido una mañana de lo más informativa.

—¿Puedes agrandarla? —preguntó la abuela June, pasándole el móvil por encima de la fuente pringosa—. Apenas puedo verla.

Daisy hizo zum y le devolvió el móvil. La abuela entornó los ojos al mirar la imagen, entonces se le iluminó la cara.

—¡Oh, cielos! Pero si ese es mi padre. ¡Mira lo joven que está! ¡Dios mío!

Daisy sonrió al ver el regocijo de su abuela. Aquel día iba completamente maquillada, como siempre que salía de casa. Lucía en el cuello su collar de perlas favorito, y recientemente se había teñido el pelo con su característico rubio platino. Estaba preciosa. Daisy, por el contrario, tenía el aspecto de una adolescente emo (y así era como se sentía), con su sudadera negra de capucha y sus vaqueros del mismo color. Solo le faltaba un poco de kohl oscuro y ya tendría todos los complementos.

Cabía la posibilidad de que necesitara un cambio de imagen.

—¿De qué año es esto? —preguntó la abuela, que observaba aún la fotografía.

—El pie de foto dice 1927.

—Increíble —susurró su abuela—. Y junto a él está mi madre.

—¿Ella también se llamaba Daisy?

—¡Ay, no! El nombre viene por el lado de mi padre. Mi madre se llamaba Lydia, y te aseguro que era una mujer muy severa.

—¿En serio? —Daisy no imaginaba que ninguna mujer de su familia pudiera ser severa.

Su madre y su abuela siempre habían sido divertidas y alocadas. Se había pasado la infancia entre bailes, riéndose con la abuela hasta que la leche con cacao se le salía por la nariz y haciéndole a su madre más «cambios de imagen» de los que merecía esa pobre mujer.

Últimamente, sin saber cómo, se había olvidado de todo aquello. Se había permitido dejarse arrastrar por el recuerdo de sus relaciones fallidas con los hombres y se había olvidado de las hermosas relaciones que mantenía con su familia.

—Sí, mucho. Era muy exigente y difícil de complacer, pero me quería a su manera. —La abuela June alzó la vista con una sonrisa —. En esta foto era joven. Debía de tener apenas diecinueve años.

—¿Y ya estaban casados?

—Claro. Eran otros tiempos. —La abuela dio un relajado sorbo a su café mientras Daisy reflexionaba sobre su matrimonio fallido.

Quizá los adolescentes fueran más maduros en aquella época. Por mucho que hubiera llorado la otra noche por su matrimonio con su primer amor, sabía que la cosa jamás habría funcionado. Había superado lo de Matthew hacía mucho. Fue el segundo fracaso con David lo que volvió a sacar a la luz todos esos recuerdos.

—¿Y quién es esta? —preguntó, señalando a la persona de la foto que más le interesaba.

—¡Esa es mi tía Daisy! La hermana de mi padre. Nunca tuvo hijos, así que el nombre me llegó a mí.

—¿Y qué fue de ella?

La abuela se encogió de hombros y dijo:

—Vivió y murió como el resto de ellos.

—Sí, pero ¿por qué parece tan triste? ¿Le sucedió algo particularmente trágico?

La abuela volvió a mirar el teléfono.

—Sí que parece triste. —Se encogió de hombros otra vez—. Tenía treinta y tantos años cuando yo nací, y era una niña, así que no lo sé. Supongo que siempre fue un poco seria. Vestía mucho de negro. De eso sí me acuerdo. —Señaló a Daisy con una carcajada—. ¡Igual que tú!

Daisy frunció el ceño y le arrebató el móvil.

—¿Y ya está? ¿Eso es todo lo que recuerdas de ella? ¿Los vecinos no la acusaron de brujería o algo así?

—Daisy, eran los años veinte. No, no la acusaron de brujería. —La abuela meneó la cabeza—. Cielo, deberías haber prestado más atención en clase de Historia.

—Bueno, pues algo debió de ocurrirle.

Quizá Daisy estuviera perdiendo la cabeza o teniendo demasiadas pesadillas; sin embargo, en su imaginación, su tía abuela Daisy se había convertido en una figura tremendamente trágica. Y el hecho de que se parecieran no ayudaba mucho. Le daba la impresión de que, si lograba entender qué le había ocurrido a su tía abuela, quizá descubriría también una solución para sus propios problemas.

—Regentaba la tienda con mi padre. Eso sí lo sé. Y sé que nunca se casó ni tuvo hijos, cosa que imagino que debió de ser difícil para ella siendo mujer en aquella época. Pero eso es todo lo que sé. —Su

abuela le dio una palmadita en la mano—. Lo siento, cariño. Ojalá pudiera decirte algo más, pero fue hace mucho tiempo.

—No pasa nada, abuela —respondió Daisy con un suspiro—. Gracias de todos modos.

—Bueno, ¿dónde está ese camarero tan mono? Me tomaría otro café. —La abuela June miró a su alrededor, dispuesta a llamar a alguien para que le rellenara la taza.

—¿Te refieres a Archer? Es el chef, no el camarero.

—Esto es una cafetería, cielo —dijo su abuela con un resoplido—. Ya no es chef.

—Que no te oiga decir eso —contestó Daisy con una carcajada.

—¡Ahí está! —Su abuela saludó con la mano a Archer, que acababa de salir de la cocina con el pequeño Owen sujeto al pecho con un arnés.

—¿Qué puedo hacer por ti hoy, June? —preguntó al aproximarse a su mesa.

—Rellenarme la taza, por favor, guapo —le dijo su abuela con una dulce sonrisa.

—Ah, así que ahora es guapo…, y hace un minuto ni siquiera era un…

—Cállate —la reprendió su abuela con una mirada de advertencia —. Con el café vale, querido. —Miró a Archer batiendo las pestañas.

Daisy contuvo una carcajada.

—Marchando —dijo él con una sonrisa.

—Dios, ¡qué guapo es! —susurró su abuela, en voz tan alta que Daisy oyó reírse a Archer conforme se alejaba—. El café ni siquiera está tan bien. Solo vengo aquí para mirarle el culo a ese hombre cuando se aleja.

—¡Abuela, que estás casada!

—Desde hace sesenta largos años, como si se me fuera a olvidar. Pero no hay nada de malo en mirar. —Le guiñó un ojo.

Daisy se limitó a negar con la cabeza, sintiéndose más como su tía abuela que como su abuela. Desde que la conocía, Daisy June siempre había sido una mujer salvaje, y se había casado con un hombre dulce y tranquilo, igual que había hecho Daisy May.

Un hombre parecido a Elliot…

No, Daisy no pensaba ir por ese camino. Ya era un fastidio sentirse físicamente atraída por Elliot, no iba a permitir que su personalidad la cautivara también. No iba a encariñarse con su novio falso.

Archer regresó a su mesa con una cafetera y les rellenó las tazas mientras daba pequeños botes para mantener dormido a Owen.

—¿Hoy es el día de traer a tu hijo al trabajo? —preguntó la abuela.

—Iris ha empezado a llevar a Olive al colegio los viernes, así que Owen se viene conmigo. Así las chicas pasan un tiempo a solas.

—Qué bonito —dijo Daisy, contenta de saber que habían encontrado la manera de que Iris pasara más tiempo con Olive. Sabía que era algo que le preocupaba, eso de compaginar un recién nacido con una niña pequeña que seguía necesitando mucha atención.

—¿Cómo lo lleváis todo? —Estaba claro que su abuela llevaba en la sangre el gen cotilla de Dream Harbor.

—Ha sido… un proceso de aprendizaje —respondió Archer con una sonrisa irónica—. Pero nos vamos apañando.

—No me cabe duda —le dijo la abuela con una sonrisa de oreja a oreja—. No hay nada como un hombre con un bebé en brazos.

—Contrólate, abuela —le susurró Daisy, pero la abuela June la ignoró.

—Dile a Iris que me parece una mujer afortunada.

—Se lo diré —le aseguró Archer agrandando la sonrisa—. ¿Os traigo algo más?

—Creo que estamos servidas. Gracias, Archer. —Daisy sacó la cartera para pagar, pero la abuela June la apartó de un manotazo.

—Ni se te ocurra —dijo—. Sé que no te sobra el dinero.

Daisy suspiró al ver a su abuela tenderle la tarjeta a Archer, quien se marchó con ella para cobrar.

—No es para tanto.

Su abuela resopló y dijo:

—¿Cuántas bodas tienes reservadas para la próxima primavera?

—De momento…, ninguna. ¡Pero todavía queda mucho tiempo!

—Normalmente hacemos reservas con un año de antelación…

—Lo sé, pero ¿qué puedo hacer? Si la gente no me contrata…

—Rompe la maldición, eso es todo.

—Abuela, no te creerás de verdad que estoy maldita.

Pues claro que su abuela creía en las maldiciones. Se trataba de la misma mujer que no permitía que Daisy matara una araña en casa porque traía mala suerte e insistía en soplar un poco de canela a través de la puerta de entrada el primer día de cada mes para atraer la prosperidad y la riqueza. Mmm, quizá sería mejor hacerse con un poco de canela.

—Creo en la buena publicidad, y esto nos está haciendo un flaco favor. —La manera que tuvo su abuela de señalarla, como si lo que les hiciera un flaco favor fuese cosa de Daisy, le resultó dolorosa cuando menos.

—Lo estoy intentando.

—¿Cómo?

—Voy a hacerles una propuesta a los del hostal. Estaba pensando que podíamos hacer arreglos florales mensuales para el vestíbulo. Al menos hasta que empiecen las obras.

—No está mal. ¿Qué más?

Daisy suspiró.

—Tengo…, eh… Tengo novio.

—¿Ah, sí? —Su abuela enarcó las cejas como si no hubiese oído ya aquel cotilleo. A la abuela June siempre le había gustado enterarse de las cosas directamente a través de la fuente.

—Y va bastante bien.

—Da igual cómo vaya, cielo, siempre y cuando todos crean que va bien.

—¿Qué estás sugiriendo? —¿Sería posible que su abuela supiese que se trataba de una farsa? Si alguien era capaz de detectar una relación falsa, esa era la abuela June.

—Solo te digo que lo vendas bien. Asegúrate de que el pueblo entero piense que estás tan enamorada que te salen corazones volando por doquier. ¡Hazles creer que la Floristería de la Guirnalda de Margaritas es el lugar más romántico del pueblo! Véndeles el sueño, Daisy. Da igual que sea real o no.

Maldita sea. Había mucho que asimilar en lo que le había dicho. No tenía ni idea de que su abuelita fuese tan… despiadada. Al

parecer, era imposible regentar un negocio de éxito durante tantos años sin cierta vena agresiva.

—Vale. Lo venderé.

Su abuela sonrió y volvió a ser la abuela cariñosa.

—Buena chica. Sé que eres capaz de darle un vuelco a esto.

Daisy deseó tener la mitad de fe en sí misma de la que tenía su abuela.

Capítulo 14

Elliot se había pasado la mitad de la mañana asegurándole a su madre que no tardaría en conocer a su nueva novia, y la otra mitad explicándoles a Joseph y Mary que no podía retirar aquella columna del vestíbulo porque era de carga y el tejado se desplomaría sin ella.

No les hizo mucha gracia.

Ahora estaba atiborrándose a *muffins* en el mostrador de recepción con Jack. Otra vez. Dentro de poco, su madre ya no tendría que preocuparse por su mal aspecto, porque habría ganado cien kilos gracias al estrés y a los *muffins*.

Salvo que no estaba realmente tan estresado por las exigencias de su madre. A esas estaba acostumbrado. Y más acostumbrado aún a que los clientes tuvieran ideas descabelladas acerca de lo que era posible hacer en sus proyectos. Lo que de verdad lo inquietaba, siendo sincero consigo mismo, era no haber sabido nada de Daisy desde hacía días, y ahora ya no sabía en qué punto estaban, si seguían adelante con lo de su relación de mentira, si estaría enfadada con él por algún motivo o si…

—¿Por qué no le envías un mensaje? —le preguntó Jack después de que Elliot suspirase por enésima vez desde que se reuniese con su amigo.

Le había enviado un mensaje. Uno muy informal. «Hola. ¿Va todo bien?». Daisy lo había leído hacía dos días, pero no había contestado. Y él llevaba dos días preguntándose por qué.

—Lo hice y no me respondió.

—Mmm.

—¿Mmm? ¿Qué significa eso?

—No sé. —Jack se encogió de hombros—, pero no me parece muy buena señal.

—¡Eso es lo que te estoy diciendo!

El silencio de Daisy le parecía un mensaje bastante claro de que su farsa había terminado. Y eso le disgustaba más de lo que quería

admitir.

Desde luego, no se lo admitiría a Jack.

—Podrías preguntárselo en persona.

—No puedo seguir yendo a su tienda…

Elliot dejó la frase a medias cuando Jack señaló hacia las puertas de entrada, donde se hallaba Daisy haciendo malabares con varios arreglos florales enormes. Ambos salieron corriendo de detrás del mostrador para ir a ayudarla.

—Gracias —les dijo ella cuando le quitaron las flores de entre los brazos—. Creí que podría traerlas todas en un solo viaje. Debería haber hecho dos. Asegúrate de que Mary las vea. Hablamos por teléfono, pero quería que hiciese una versión de prueba. —Se dirigía principalmente a Jack.

Elliot captó el momento en que se dio cuenta de que debería dirigirse también a él, habida cuenta de que, en teoría, era su novia.

—¡Elliot! —Vaciló, pero a continuación lo envolvió en un abrazo incómodo. Especialmente incómodo porque él seguía sosteniendo en una mano un enorme arreglo floral—. Me alegro mucho de verte…, cariño.

¿«Cariño»?

—Eh…, sí. Yo también…, cielo.

Alcanzó a oír a Jack riéndose por lo bajo a su espalda.

—Pensaba en ti mientras montaba estos arreglos —explicó Daisy. Su voz sonaba demasiado potente en el silencioso vestíbulo—. Me parece que han quedado muy… románticos.

Una pareja sentada junto a la chimenea miró en su dirección, desconcertada por el volumen de la voz de Daisy.

—¿Qué estás haciendo? —susurró Elliot.

—Sígueme el rollo —respondió Daisy en voz baja.

—Jack ya lo sabe.

Ella se apartó súbitamente, haciendo que Elliot se arrepintiera de haberlo mencionado. De no haberlo hecho, quizá seguirían abrazados.

—¿Lo sabe?

—Sí —confirmó Jack con una sonrisa arrogante—. Pero has estado muy convincente, cariño.

—Cierra el pico.

—Creí que habíamos acordado que no utilizaríamos apelativos cariñosos —dijo Elliot, abrumado aún después de haber sentido a Daisy apretada contra su cuerpo.

—¿Se lo has contado a Jack?

—Tú se lo contaste a Iris.

—¡Me llevaré el secreto a la tumba! —gritó Jack mientras colocaba uno de los arreglos florales sobre la repisa de la chimenea. Sonrió entonces a los desconcertados huéspedes—: Estamos ensayando una obra de teatro.

Daisy cerró los ojos como si estuviera tratando de recuperar la concentración.

—Vale, me parece bien siempre y cuando no lo sepa nadie más.

Gabe apareció en mitad de las escaleras, procedente de las habitaciones de huéspedes del segundo piso, y se detuvo.

—Oye, Jack. ¿Puedes subir un minuto? Tenemos un problema en una de las habitaciones. Creo que vamos a tener que llamar a un fontanero.

—Sí, por supuesto. —Jack se alisó el chaleco de cuadros en tonos pastel y fue a seguir a Gabe, no sin antes mirar a Elliot por encima del hombro.

Su sonrisa era una mezcla de emoción y terror ante la perspectiva de hallarse a solas con Gabe. O quizá fuese a causa del problema de fontanería que estaba a punto de encontrarse. Elliot levantó los pulgares para darle ánimos.

Para cuando ambos desaparecieron escalera arriba, Daisy ya se había recompuesto y lucía un gesto de determinación.

—Creo que deberíamos tener algunas citas. Para ser más… convincentes —susurró; miraba hacia la pareja sentada junto al fuego, que ya no parecía interesada en ellos. Aun así, Daisy le tiró del brazo en dirección al mostrador de recepción—. Tienen que vernos juntos.

Juntos.

—De acuerdo, ¿qué tenías en mente?

—Bueno, lo de Beltane sigue en pie, ¿verdad?

—No me lo perdería por nada del mundo.

Daisy se llevó un dedo a los labios mientras reflexionaba.

—Lo cierto es que hace mucho tiempo que no tengo una cita…

—¿Y qué solías hacer con David? —El ceño fruncido de Daisy le hizo lamentar haberlo preguntado.

—En su mayor parte, lo que él quisiera hacer, que hacia el final no era gran cosa. Debería haber sido una señal de alarma. Una de tantas.

—Claro, se me olvidaba que David es idiota.

Su ceño fruncido se transformó lentamente en una sonrisa y aquel gesto se convirtió en su nueva cosa favorita.

—¿Cómo sería tu cita perfecta? —preguntó, ansioso por encarrilar la conversación. Si iba a fingir salir con aquella mujer, lo haría debidamente. Se acabó hablar de sus exparejas.

—¿Mi cita perfecta? —Daisy se colocó el pelo detrás de la oreja mientras pensaba en ello.

Tenía las manos medio cubiertas por las mangas del jersey negro que vestía aquel día. Era una prenda demasiado grande que la hacía parecer más menuda que de costumbre.

—Sí, ¿qué elegirías hacer? Iré contigo y te pondré ojitos todo el rato.

Daisy se rio; sin embargo, Elliot sabía que resultaría demasiado fácil seguirla a todas partes y fingir que estaba enamorado de ella. Era un tonto sin esperanza.

—Supongo que podríamos… dar una vuelta por la librería. —Percibió la reticencia en su voz, como si ya hubiera sugerido antes esa idea y hubiera sido rechazada.

—Si crees que me van a ahuyentar los libros, estás muy equivocada.

—Se me olvidaba con quién estaba hablando —dijo ella con una sonrisa burlona.

—Estaré encantado de cargar con tus libros —agregó Elliot.

Ella lo miró a los ojos; por un segundo, él creyó ver en su mirada algo que no era falso, y pensó que tal vez en otra vida, una en la que no les hubieran roto el corazón, Daisy y él podrían tener algo real.

—¿Y después cogemos algo de comer donde Mac y lo llevamos a la playa para hacer un pícnic?

—Suena perfecto.

—Podríamos ir el sábado, que habrá mucha gente, así tendremos mucha exposición.

—Claro. —Mucha exposición para su cita de mentira. Pues, por mucho que le gustara Daisy, ninguno de ellos estaba preparado para algo real.

—Y te vendrá bien practicar —añadió ella, se dio la vuelta y cogió un *muffin* de la cesta.

—Por favor, no empieces otra vez con lo de montar en bicicleta.

—Vale —se rio ella—. Pero te agradezco mucho que hagas esto por mí. Sé que es una tontería, pero confío en que ayude. Mi abuela dice que es todo cuestión de *marketing*.

—Encantado de ser un señuelo de *marketing*, pero algún día tendrás que conocer a mi madre. Entonces, estaremos en paz.

—Trato hecho. —Daisy le tendió la mano libre y él se la estrechó.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

—Si es sobre mis relaciones pasadas, no.

—Creo que ya hemos abordado ese tema en detalle. Pero me preguntaba… ¿Por qué toda de negro?

—Ah, eso —dijo Daisy riéndose—. ¿Es que no te gusta?

—Me gusta. Te pega.

—¿Porque tengo una personalidad depresiva?

—No. Resalta tus ojos.

—¿Mis ojos? —Daisy se detuvo en seco de camino a tirar el envoltorio del *muffin* y se volvió para mirarlo.

—Eh…, sí. Tienen un color ámbar muy particular. Y hay algo en la luminosidad de tus ojos comparada con la oscuridad de tu ropa que hace que… destaquen.

Daisy había empezado a sonreírle.

—Elliot, has pasado mucho tiempo pensando en mis ojos.

Él notó que se ponía rojo.

—No tanto.

—De acuerdo —respondió ella, que agrandó la sonrisa.

—Solo era una observación.

Daisy enarcó una ceja como si no lo creyera, pero al menos respondió a su pregunta.

—A mi madre le encantaba ponerme vestiditos con volantes cuando era pequeña. Por lo general, eran de color amarillo brillante, rosa chicle o azul celeste. Me parecía excesivo. Si a eso le sumamos mi nombre, se burlaban de mí con frecuencia.

—¿Se burlaban por vestir colores llamativos y llamarte Daisy? —Elliot se mostró incrédulo.

—Por ser una flor.

—Guau.

—Sí, los niños son lo peor. Y muy poco creativos en sus insultos. El caso es que, cuando estaba en cuarto, exigí escoger mi propia ropa y elegí ir de negro de pies a cabeza. También intenté cambiarme el nombre, pero no funcionó.

—¿Qué nombre querías?

Daisy puso los ojos en blanco como si no quisiera decírselo.

—Jade.

—¿Pensabas que Jade era mejor nombre que Daisy? —preguntó él sin poder contener la sonrisa.

Daisy estaba tirándose de las mangas del jersey, pero le respondió desde detrás de un manto de pelo.

—Más guay, sí.

Elliot se acercó un poco más y le dio un empujoncito en el hombro.

—Por si te sirve de algo, a mí me pareces guay.

—Bueno, pero tú eres un friki alucinante, así que no sé si eso significa mucho. —Lo miró con una sonrisa pícara y él se rio.

—Vaya, qué dura.

—El caso es que no voy a cambiar ahora. Me gusta el negro.

—Es muy versátil.

—Y realza mis ojos —bromeó ella, batiendo las pestañas.

—Recuérdame que no vuelva a hacerte un cumplido —masculló Elliot, pero en el fondo le encantaba que hubiera vuelto a sonreír.

—¡Ni hablar! Me gustan los cumplidos y me gusta ver cómo te pones rojo.

Elliot le dio un golpecito en la nariz y se rio.

—¿Qué os hace tanta gracia? —preguntó Jack, que acababa regresar él solo.

—La capacidad de Elliot para cambiar de color —sonrió Daisy.

—Y la reticencia de Daisy a vestir con color —contraatacó Elliot.

Daisy fingió ofenderse, dándole un manotazo en el pecho mientras ahogaba un grito con gran dramatismo.

Jack los miró alternativamente.

—Qué manera tan rara de flirtear tenéis.

—No estamos flirteando —dijo Daisy, con más rapidez de la que a Elliot le habría gustado—. Estamos practicando.

—Claro —contestó Jack con una sonrisa de suficiencia—. Ya sé cómo termina esta película.

—¿Qué tal con Gabe? —preguntó Elliot, desviando la atención de lo que Jack estaba a punto de decir acerca de las relaciones falsas que acaban siendo reales. Al menos en el canal de Hallmark.

—¡Buenas noticias! Me ha preguntado si iba a ir a Beltane y le he dicho que sí y me ha dicho que genial, ¡que me verá allí!

—Ah…, es… ¿genial? —¿Significaba eso que Gabe le había pedido una cita o que simplemente estaba compartiendo sus planes? Quizá sí que le faltara un poco de práctica.

Daisy le dio un manotazo en el brazo como indicando que debería entender que aquello era una gran noticia.

—Claro que es genial, Jack. ¡Ya sabes cómo acaba la cosa en Beltane!

—¡Lo sé! —exclamó Jack casi gritando.

—¿Cómo acaba la cosa? Me estáis poniendo nervioso.

—Es cuando… —Daisy se quedó callada, sin mirarlo ya a los ojos. Entonces fue ella quien se sonrojó.

—Es cuando todos se enrollan —concluyó Jack alegremente.

—¿Se enrollan? ¿Se trata de una orgía pagana o algo así?

Daisy escupió migas de *muffin* mientras Jack se reía a carcajadas.

—¡Cálmate, abuela! —dijo Jack—. Si llevaras un collar de perlas, te las estarías agarrando ahora mismo.

—No es verdad —se defendió Elliot con un resoplido—. Es que pensé que era un evento para familias, una sana tradición de Dream Harbor, no una especie de…

—¿Orgía pagana? —bromeó Daisy, sin apenas poder contener la risa, rodeándose la cintura con un brazo mientras con el otro se limpiaba las migas de los labios.

—Claro. —Elliot se notaba mareado.

—Es un evento para familias. Muy normal. Durante el día… —sonrió Jack—. Pero, cuando oscurece, la cosa se descontrola. —Movió las cejas en un gesto sugerente.

—Por eso en Dream Harbor tenemos tantos bebés que nacen en enero. Nueve meses después de Beltane —agregó Daisy, y se encogió de hombros, como si aquello fuese de lo más normal.

—Vaya.

—Pero no te preocupes, Elliot. —Daisy le dio una palmada en la espalda—. Lo único que tienes que hacer es ser mi acompañante. Darme la mano y dejarte ver conmigo. No espero que me dejes embarazada ni nada.

A Elliot se le hizo un nudo en la garganta.

Daisy sonrió y le pasó un dedo por el borde de la oreja.

—Rojo otra vez —susurró antes de darse la vuelta para marcharse —. Tengo que regresar a la tienda. ¡Gracias por la oportunidad laboral, Jack!

—¡Adiós, Daisy! —gritó Jack.

Elliot se quedó allí viéndola irse y preguntándose en qué se había metido.

Fuera lo que fuera, le costaba arrepentirse.

Capítulo 15

Al día siguiente, Daisy y Elliot estaban disfrutando de su primera cita oficial, ojeando los estantes de libros de la Librería Cinnamon Bun, cuando Daisy oyó un sonido que le heló la sangre.

—Espera —susurró, y cogió a Elliot del antebrazo antes de que él pudiera salir del pasillo donde miraban libros.

—¿Qué pasa? —Elliot se quedó paralizado y se volvió hacia ella.

Aquel día estaba mono, con un aspecto un tanto menos desaliñado, como si hubiese intentado peinarse un poco. Habían pasado la última media hora bebiendo café y ojeando libros, uno al lado del otro frente a los estantes. De vez en cuando, Elliot le rozaba el brazo con el suyo o la miraba por encima del libro que tenía en la mano y le sonreía. Era agradable, cómodo y… Daisy estaba bastante segura de que nadie se había fijado en ellos salvo Hazel.

En cambio, ahora había llegado el momento de actuar.

Tenía que vender la idea.

Era la Daisy sin maldiciones, sin mala suerte en el amor, no alguien capaz de romper matrimonios meramente con su mala energía.

No. Era una Daisy enamorada. La Daisy que mantenía una relación sana y funcional y que canalizaba todos esos sentimientos románticos en su trabajo e iba esparciendo amor como si fuera el puñetero Cupido… Bueno, quizá tuviera que rebajar un poco el tono.

Se sacudió de encima la rabia que le provocaba la situación. Aquello no le haría ningún bien.

—Ha entrado el club de lectura.

Alcanzaba a oír la característica risa de Jacob y a Nancy tratando de poner orden en la reunión. Si había alguien del pueblo a quien debían convencer de que estaban enamorados, esos eran los fanáticos de las novelas románticas.

—Vale… —Elliot aguardó a que le diera alguna explicación, pues se notaba que no entendía la gravedad del asunto—. ¿Y eso es malo?

—Qué va, es bueno.

—Y si es algo bueno, ¿por qué me estás clavando las uñas en el brazo? —le preguntó él con una sonrisa torcida.

—Uy. —Daisy aflojó la mano y acarició con la palma el lugar del antebrazo de Elliot donde le había dejado marcadas las uñas. Tenía un antebrazo bonito…, largo, de músculos marcados que desembocaban en una mano grande de dedos fuertes…

—¿Daisy?

—Sí, perdona. —Apartó la mano y dejó que Elliot bajara el brazo al costado—. Me refería a que es algo bueno porque necesitamos que la gente nos vea juntos y el club de lectura hará circular la noticia por todo el pueblo.

—Fantástico.

—Sí, pero tenemos que ser muy convincentes. Son capaces de detectar una farsa a kilómetros de distancia.

—Daisy, solo es un club de lectura.

—Ja. Lo dice un hombre que claramente no es de por aquí.

—¿Y cuál es el plan? —Elliot sujetó bajo el brazo los libros que llevaba y le sonrió divertido.

—¿Y si…? —Quizá no hiciera falta que representaran una escena delante de aquella gente. Quizá pudieran limitarse a… insinuarlo. Crear esa ilusión.

Se acercó más a Elliot y él abrió mucho los ojos. Estiró el brazo y le pasó los dedos por el pelo, revolviéndoselo. Lo notó tupido y áspero al tacto.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Elliot bajando la voz.

—Revolverte un poco el pelo para, ya sabes…, sugerir lo que quizá hayamos estado haciendo aquí atrás.

Elliot se quedó mirándola un segundo, con las pupilas muy dilatadas y las mejillas sonrojadas, y ella no se apartó, dejó los dedos enredados en su pelo. Dio un leve tirón que le hizo soltar un suave gemido, y aquel sonido reverberó por todo su cuerpo.

—Entonces, seamos justos. —Elliot dejó a un lado los libros. La rodeó con los brazos y, con suavidad, le quitó la goma del pelo.

Cuando pasó los dedos por su mechones, Daisy dejó escapar un suspiro tembloroso.

—Elliot. —No era su intención pronunciar su nombre con un gemido, aunque hacía mucho tiempo que nadie jugaba con su pelo.

El suspiro entrecortado de él le acarició la mejilla.

La atrajo hacia sí hasta que Daisy alcanzó a notar los rápidos latidos de su corazón contra el pecho. Le había rodeado el cuello con los brazos y él seguía con los dedos enredados en su cabello. Si alguien doblaba esa esquina, Daisy estaba segura de que quedaría plenamente convencido de que entre Elliot y ella había algo muy real.

Al diablo con la ilusión.

Apoyó la frente en su esternón y dejó que él siguiera revolviéndole el pelo. Se apretó más contra su cuerpo, hundiendo la cara en el hueco de su cuello, y la invadió el descabellado impulso de lamerlo ahí, de deslizar la lengua sobre su pulso acelerado.

Elliot dejó escapar un suspiro entre dientes cuando ella restregó las caderas contra las suyas. Le soltó el pelo.

—Creo que con eso bastará —le dijo con las manos sobre sus hombros, manteniéndola a distancia.

Daisy parpadeó y se aclaró la garganta.

—Sí, claro. Ya está bien. —Elliot se quedó mirándola con cara de desconcierto—. Muy… sugerente.

—Mucho —convino él con gesto afirmativo.

Desde luego, daba la impresión de que habían estado haciendo algo entre las estanterías; a juzgar por su corazón acelerado y sus mejillas encendidas, ella debía de transmitir la misma impresión.

—Venga, vamos a hacerlo. —Le agarró la mano.

Juntos, salieron de detrás de las estanterías y se situaron en mitad de la librería, donde el club de lectura de Dream Harbor se disponía a dar comienzo a su reunión. Sin embargo, no estaban tan ocupados como para pasar por alto que Elliot y Daisy iban de la mano y tenían cara de culpables.

—Anda, mirad —exclamó Jacob—. Pero si son los nuevos tortolitos de Dream Harbor.

Nancy, Linda, Kaori, Isabel, Jeanie y Mac se giraron para mirarlos y se les iluminaron los ojos de inmediato. Daisy se sintió como un

ratoncito observado por el gato de la casa. ¿Cuánto tiempo estarían jugando con ella?

—¿Qué habéis estado haciendo hoy? —les preguntó Mac con una sonrisa cómplice.

—Libros —soltó Daisy—. Buscando libros.

—¿Juntos? ¡Qué monada! —dijo Isabel, que se fijó en sus caras rojas y en sus cabellos revueltos.

Quizá hubieran sido demasiado convincentes. Daisy se sintió expuesta. Nada de lo que acababa de hacer con Elliot le había parecido falso.

Pero recordó cuál era su misión. La floristería.

—Es que nos encanta estar juntos —dijo Daisy, mirando a Elliot mientras le daba un suave codazo en el costado.

—Eh… —respondió él, volviendo en sí—. Claro, sí…, no nos cansamos el uno del otro.

—Vaya —murmuró Kaori, sentada en un taburete junto al escaparate—. No sabíamos que lo vuestro fuera tan en serio.

—Muy en serio —dijo Daisy.

—¡Qué bien veros tan felices! —Nancy los escrutó a ambos con su astuta mirada.

—¿De verdad?

—Pues claro, querida. Eso es lo que queremos todos.

Daisy se obligó a sonreír. Contuvo las palabras que le subían por la garganta. Si de verdad Nancy quería que fuese feliz, le habría recomendado la Floristería de la Guirnalda de Margaritas a su sobrina, que según había averiguado Daisy se casaba dentro de seis meses.

—Bueno, pues somos muy felices. —No se dio cuenta de lo mucho que le estaba apretando los dedos a Elliot hasta que este le devolvió el apretón. Aflojó la fuerza y lo miró.

Él le guiñó un ojo y ella no pudo evitar que su sonrisa falsa se hiciera real.

—¿La floristería está abierta hoy? —preguntó Mac, devolviendo la atención de Daisy al grupo.

—Sí. Lu va a estar allí todo el día.

—¿Por qué, Mac? ¿Vas a comprarle flores a Annie? —bromeó Jacob.

Mac sonrió como si no pudiera hacerle más ilusión comprarle flores a su novia. Quizá si el pueblo estuviera lleno de Macs, su floristería sobreviviría.

—Por supuesto.

—¿Qué has hecho?

—No he hecho nada —contestó Mac con un resoplido—. ¿No puedo comprarle flores a mi chica porque sí?

Jacob se cruzó de brazos y se quedó mirándolo hasta que el otro confesó.

—Vale, puede que anoche le ganara en las cartas.

—¡Ja! No soporta perder, ¿a que no?

—Desde luego que no.

El club de lectura se enfrascó en una conversación acerca de si Mac debería o no dejar ganar siempre a Annie, pero Daisy no les prestaba atención. Llegado ese punto, aceptaría cualquier tipo de encargo, aunque se debiera a las malas decisiones de Mac y a la incapacidad de Annie para perder con elegancia.

—¿Nos vamos? —preguntó Elliot, y sus palabras le hicieron cosquillas en la oreja cuando se inclinó para susurrarle.

—Sí, vámonos de aquí.

Habían hecho lo que tenían que hacer. Cuando menos, se habían dejado ver como unos pervertidos que se magreaban entre las estanterías repletas de libros. Le parecía un lugar tan bueno como cualquier otro para empezar.

Sin embargo, antes de poder escabullirse por la puerta, Jeanie les pegó un grito.

—¡Esperad! Estelle y Henry tienen muchas ganas de ayudaros con la investigación sobre el pueblo. ¿Vais a pasaros por la granja?

Daisy vaciló. Sin duda, seguía sintiendo curiosidad por su tía abuela, aunque no quería obligar a Elliot a hacer por ella más aún de lo que ya estaba haciendo.

—Desde luego —respondió él antes de que ella pudiera decir nada —. Me refiero a que… me encantaría… Es que… todavía no hemos

hablado de nuestros… planes. —Miró a Daisy con un leve pánico en los ojos, como si de algún modo hubiera destapado su mentira.

Ella le apretó la mano y él dejó escapar el aliento.

—Lo hablamos y te decimos algo —respondió a Jeanie antes de intentar guiar a Elliot de nuevo hacia la puerta.

—¿Ya os marcháis? —preguntó Jacob haciendo un mohín—. Deberíais quedaros.

—No hemos leído el libro —le informó Elliot, como si con eso fuesen a quitarse de encima al club de lectura.

—No importa —repuso Jeanie—. Sois bienvenidos igualmente.

—Sí, el de esta semana está muy bien —prosiguió Jacob—. *La falsa prometida del duque*. La historia de un matrimonio de conveniencia.

A Daisy se le hizo un nudo en la garganta. ¿Era una broma?

—Tiene que casarse con ella para salvar la reputación de la mujer.

—Me parece… ridículo —dijo Daisy, y le cogió de nuevo la mano con fuerza a Elliot. El pobre hombre iba a terminar con sus uñas marcadas por todo el cuerpo cuando acabara el día.

«No pienses en dónde más podrías clavarle las uñas».

—¡Ridículamente sexi! —intervino Isabel con una carcajada.

Por Dios, ¿acaso todos los presentes le estaban leyendo el pensamiento?

—¡La parte en la que ella lo convence para que le dé lecciones!

La manera en que Kaori dijo «lecciones» dejó claro que no se refería a lecciones de equitación. Y, sinceramente, a Daisy le recordaba demasiado a su oferta de ayudar a Elliot a practicar con las citas.

Aunque no se refería a esa otra clase de prácticas.

Estaba segura de que Elliot no necesitaba practicar… lo otro.

Había estado casado. No le cabía duda de que tendría mucha práctica.

Seguramente se le diese muy bien…

—¡Tenemos que irnos! —dijo casi gritando, y el club de lectura se quedó mirándola con asombro—. Quiero decir, que tenemos planes. —Se obligó a sonreír de nuevo—. Así que deberíamos irnos. Lo siento. ¡Quizá la próxima vez!

Sacó a Elliot a rastras de la librería como si esta estuviera en llamas. Y bien podría haberlo estado, a juzgar por el calor que la había invadido de pronto. ¿Hacía demasiado calor aquel día? Desde luego, se lo parecía.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Elliot con una sonrisa divertida cuando ella se detuvo en mitad de la acera para quitarse el jersey por la cabeza.

—Sí —respondió Daisy desde dentro de la prenda. Se le había enredado, tenía el brazo izquierdo atascado y no podía sacárselo por la cabeza. Dejó escapar un quejido y a continuación sintió las manos de Elliot en los brazos.

—Estate quieta —le dijo riéndose—. Deja que… —Tiró de la manga, el jersey salió y a ella se le quedó el pelo encrespado a causa de la electricidad estática.

Elliot se lo alisó con sus grandes manos, pero en su lugar provocó una serie de diminutas descargas eléctricas alrededor de sus orejas.

Por la electricidad estática.

No por su caricia.

Era una cuestión de ciencia.

«Cierra el pico, cerebro».

—Ya está —le dijo él, todavía demasiado cerca, con las manos apoyadas suavemente sobre sus hombros—. Mucho mejor.

—Desde luego. Gracias.

—¿Seguro que estás bien? —Elliot la miró preocupado.

Debía de haber quedado como una loca al sacarlo de allí a rastras y después quedarse atrapada en su propia ropa. ¿Tan nerviosa se había puesto solo de pensar en tener relaciones sexuales con Elliot? Al parecer sí.

—No tenemos por qué ir a la granja. No quería decirle que sí sin haberlo consultado contigo. Es que mi parte friki es incapaz de resistirse a cuestiones de historia.

—No pasa nada. La verdad es que me apetece ir.

—Vale, genial. —Le vio fruncir el ceño entre las gafas, confiriéndole aspecto de profesor severo. Como si tal vez Daisy se hubiera metido en un lío. Quizá tuviera que quedarse un rato después de clase…

¡¿Qué le pasaba?!

—¿Hay algún otro motivo por el que acabes de pelearte con tu jersey y ahora me estés mirando como si tuviera monos en la cara?

Daisy se rio, y su risa sonó tan trastornada como se sentía ella por dentro.

—¡Qué va! ¡No hay ningún problema! Y no tienes monos en la cara. —Le dio una palmada en la mejilla como una idiota y trató de darse la vuelta y dirigirse hacia el *pub* para comprar la comida.

Elliot la agarró con suavidad del bíceps, impidiéndole marcharse.

—¿He hecho algo mal? ¿He estado demasiado… tocón? Siento lo de tu pelo, y creo que me he dejado llevar y he estado demasiado… pegado a ti. —Se le habían vuelto a encender las mejillas y resultaba adorable, y a ella le costaba cada vez más trabajo mantener la compostura.

—Ha estado bien —le aseguró tras aclararse la garganta—. Bastante bien, de hecho. Me refiero a que ha sido agradable. —Lo miró fugazmente a los ojos y vio florecer la sonrisa en su cara.

—Vale, bien.

—Sí, bien.

—Bastante bien.

Ella imitó su sonrisa y no se dio cuenta de que se habían quedado allí parados sonriéndose el uno al otro hasta que vio al club de lectura mirándolos a través del escaparate de la librería. En cuanto se dio la vuelta y los miró, todos ellos levantaron sus libros y fingieron leer.

El de Mac estaba del revés.

Daisy sacudió la cabeza y soltó una carcajada.

—¿Seguimos con nuestra cita? —le preguntó a Elliot y él sonrió.

—Me encantaría.

Daisy se negaba a admitir que el entusiasmo que sentía ante la perspectiva de pasar el resto del día con Elliot no tuviera nada de falso.

Capítulo 16

—¿Dónde te criaste? —preguntó Daisy antes de dar un mordisco a una de las enormes hamburguesas que habían comprado en el *pub* de Mac.

Se hallaban sentados a una mesa de pícnic bajo el sol en la playa municipal. Daisy le dijo que había otros lugares más íntimos a lo largo del litoral, pero tenían que ceñirse a su objetivo de dejarse ver.

En la playa y en las mesas circundantes había más gente de la que había previsto Elliot, teniendo en cuenta que estaban aún en abril, pero aquel día hacía más calor de lo normal y muchos de los vecinos del pueblo quisieron aprovechar el buen tiempo.

Elliot terminó de masticar y tragar un puñado de patatas fritas antes de responder.

—La verdad es que no lejos de aquí. Me crie en North Bedingfield.

—¡Eso está a pocos pueblos de distancia! ¿Tu madre sigue viviendo allí?

—No, se trasladó al sur hace unos años. Dijo que no soportaría un invierno más.

—Lo entiendo —dijo Daisy e inclinó la cabeza hacia el sol—. Yo siento que por fin me estoy descongelando ahora.

Elliot soltó una carcajada.

—Pero estudié en Cornell, así que viví en Nueva York durante un tiempo.

—¿Ahí era donde vivías con tu mujer?

—Sí.

—¿Y con tu perro?

—Sí —respondió con un suspiro—. Al norte del estado, para que pudiera tener jardín.

Y también estaba allí su hermano, pero no quería sacar ese tema.

—Dream Harbor no se parece en nada a Nueva York.

—Necesitaba un cambio, creo. En nuestro antiguo barrio, me encontraba con Leigh a todas horas. No era… sano quedarme allí. —

Eso y que Caleb lo estaba volviendo loco.

—Tiene sentido. Así es como acabé yo aquí otra vez. No podía seguir pasando por todos nuestros antiguos lugares. Bueno, eso y que no tenía otro sitio donde ir. —Daisy le dedicó una sonrisa amarga mientras se metía otra patata en la boca.

—Pero lo bueno es que estas hamburguesas están deliciosas.

—Eso es cierto —convino Daisy.

—Y estas vistas son insuperables.

Estaban sentados en el mismo lado de la mesa para poder contemplar el agua y, en efecto, la vista era maravillosa. El mar azul intenso se juntaba con la costa rocosa y con el cielo azul claro. Hasta las gaviotas que planeaban sobre sus cabezas parecían idílicas.

—Sí, es una maravilla —suspiró Daisy—. Pero no creo que nadie nos esté prestando mucha atención.

Elliot escrutó la playa. Había algunas familias con niños pequeños en la arena, en la red estaban jugando un partido de vóley-playa, una pareja de mujeres jóvenes muy valientes tomaban el sol en traje de baño, pese al hecho de que no hacía tanto calor, y unas cuantas focas negras nadaban en el agua. Nadie parecía interesarse por ellos lo más mínimo.

—¿Me subo a la mesa y empiezo a recitar a voces un poema de amor o algo así?

—¿Lo harías? —preguntó Daisy entre risas.

—Pues…

—Estoy de broma. —Se rio con más fuerza.

—Ah, vale. Mejor, porque no soy un gran poeta.

Daisy se giró sobre el banco hasta quedarse mirándolo.

—¿Cómo eras de niño?

—¿Más cosas que crees que deberíamos saber el uno del otro por si surge el tema en una conversación con gente?

—No. —Dio un trago a su Coca-Cola, con la pajita entre los labios —. Quiero saberlo de verdad.

Elliot se giró también y sus rodillas se tocaron.

—Lo cierto es que era patológicamente tímido.

—¿Patológicamente?

Él asintió con la cabeza.

—Hubo un año entero en el colegio durante el que no hablé. Me negaba. Así que me enviaron a terapia.

—¿Y la terapia te ayudó?

—Un poco. Es que nunca me gustó ser el centro de atención. Incluso aunque fuera porque el profesor me preguntaba en clase. Me entraba el pánico y me ponía rojo.

—¡Ay, Dios, Elliot! —Daisy lo miró horrorizada, como si una gaviota estuviese a punto de posársele encima, o algo así.

—¡¿Qué?! —exclamó y se llevó la mano a la cabeza para protegerse.

—No. No tienes nada. —Daisy le cogió la mano y la estrechó entre las suyas—. Es que me siento fatal.

—¿Por qué? —le preguntó él, sin entender aún por qué se había alterado tanto.

—He estado obligándote a actuar y a ser el centro de atención por todo el pueblo. ¡Si hasta te pusiste en pie en mitad de una reunión municipal!

—Por supuesto que sí.

Ella negó con la cabeza y la melena se le agitó sobre los hombros. No había vuelto a recogerse el pelo y Elliot se dio cuenta de que seguía llevando su goma en la muñeca. Le gustó verla ahí…, como si llevara sobre su cuerpo una parte de ella.

—No, Elliot. Nada de por supuesto. Fuiste la única persona de este maldito pueblo que me defendió, ¡y yo no sabía que ese era tu mayor miedo!

Elliot le metió el pelo detrás de la oreja y ella se quedó quieta, con los ojos muy abiertos.

—Daisy, ya no tengo ocho años. Puedo hablar delante de la gente. ¿Es lo que más me gusta? No. Pero puedo hacerlo. Presento diseños a los clientes a todas horas. No pasa nada, en serio. No estoy haciendo nada que no quiera.

En algún momento, había pasado de sujetarle el pelo detrás de la oreja a ahuecar la palma de la mano en torno a su mejilla. Ella cerró los ojos e hizo un poco de presión contra su mano.

—Vale. —La voz le salió en un susurro cuando al fin volvió a hablar —. Pero, si esto va demasiado lejos, tienes que decírmelo.

Demasiado lejos con Daisy… ¿Cómo sería? Ya no lo sabía. Sabía que estaba encariñándose mucho con esa mujer que no buscaba otra relación. Sabía que estaba repitiendo antiguos errores.

Pero también sabía que deseaba echarse hacia delante y besarla más que cualquier otra cosa.

Deslizó el pulgar por su pómulo y un suspiro escapó de sus labios.

¿Aquello sería ir demasiado lejos?

No tuvo ni un segundo para pensarlo antes de que alguien gritara:

—¡La cabeza!

Y pasó de estar a punto de besar a Daisy a protegerla del *frisbee* que se les acercaba. Por suerte, el disco de plástico le golpeó el antebrazo en lugar de la cara de Daisy.

Ella lo miró parpadeando desde debajo de su brazo.

—¿Qué ha sido eso?

—Un *frisbee*.

Una joven se acercó corriendo a recuperarlo.

—¡Lo siento! —exclamó—. Se lo ha llevado el viento.

—Tranquila. —Elliot se lo devolvió mientras Daisy volvía a incorporarse, aún desconcertada, junto a él. Aunque no le quedaba claro si su cara de asombro se debía a que habían estado a punto de besarse o a que casi la decapitaba un *frisbee*.

—¡Ah, Daisy! —exclamó la chica—. Estaba intentando convencer a mi hermana para que te encargara las flores de su boda.

Aquello pareció sacar a Daisy de su trance.

—¿En serio? Sería…

La chica del *frisbee* la interrumpió:

—Pero no ha querido, y es una pena, porque no soporto a su prometido y tenía la esperanza de que pudieras hacer tu magia con él.

—Yo no… No es… magia.

—Lo que sea —contestó la chica encogiéndose de hombros—, pero confiaba en poder librarme de él. No soporto pensar que dentro de poco será mi cuñado. —Se encogió nuevamente de hombros—. En fin, os dejo que sigáis con vuestra cita. —Sin más, se alejó corriendo, dejando a Daisy desinflada y con la huella del *frisbee* en su comida.

—Ya encontrarás la solución, Daisy.

—Sí, quizá —dijo con un suspiro—. O quizá vaya a decepcionar a generaciones de mujeres que han mantenido la floristería abierta durante décadas. Tú mismo lo dijiste, ¿recuerdas? La floristería siempre ha sido conocida por las bodas, y parece que soy incapaz de que me encarguen ninguna.

—No las decepcionarás.

—Tienes muchísima fe en mí para ser alguien que apenas me conoce.

—Es mi deber como novio falso. —Elliot se encogió de hombros.

—Vaya, pues gracias.

En algún momento volvieron a darse la mano, y sus dedos quedaron entrelazados sobre el regazo de Elliot, que le apretó suavemente la mano a Daisy.

—¿No quieres seguir interrogándome sobre mi infancia? Tengo anécdotas muy interesantes sobre rivalidad fraternal en las que podríamos ahondar.

—Ay…, suena emocionante. —Poco a poco iba recuperando la sonrisa—. Siempre quise tener un hermano o una hermana.

—A veces está bien.

—¿Y otras no?

—Cuando tienes un hermano mayor, no siempre es lo mejor del mundo —dijo él con una sonrisa amarga, recordando todas sus peleas con Caleb. En especial la última, la que habían tenido justo antes de que él dejara la empresa y se marchara. De pronto, se arrepintió de haber sacado el tema.

—¿Os parecíais mucho?

Elliot meneó la cabeza.

—Lo cierto es que somos como la noche y el día. Caleb siempre ha sido… atrevido. Ruidoso y seguro de sí mismo. Sigue siéndolo. La gente se fija en él cuando entra en una habitación.

—Yo me fijo en ti cuando entras en una habitación.

Se le calentó la cara al oír sus palabras. Estuvo a punto de argumentar que aquel era un fenómeno reciente, pero se contuvo. Le gustaba que Daisy se fijara en él. No necesitaba que nadie más se fijara.

—Gracias. Yo también llevo un tiempo fijándome en ti.

Daisy agachó la cabeza, dejando que la melena volviera a ensombrecerle el rostro.

—¿Ah, sí?

—¿Cómo no iba a fijarme, si siempre provocas revuelo en las reuniones municipales?

Ella alzó la cabeza y se rio, dándole un empujón cariñoso en el hombro.

—No siempre.

—Solo digo que la vida se volvió mucho más interesante cuando regresaste al pueblo.

Se acordó de aquella reunión municipal, hacía casi un año, cuando Daisy apareció para opinar sobre el nuevo nombre de la cafetería reconvertida en casa de tortitas. Por entonces él llevaba seis meses en el pueblo y aún no tenía claro por qué había desbaratado por completo su vida y se había trasladado allí.

Daisy le había llamado la atención de inmediato, y ya entonces supo que aquello suponía un problema.

Había tratado de evitarla, pero entonces la vio en la boda de Jeanie y Logan, riéndose con sus amigas, bailando con aquel elegante vestido negro, con los brazos por encima de la cabeza, como si bailando pudiera olvidar lo que fuera que la hacía parecer siempre tan triste.

Aquella noche estaba preciosa.

Quizá ese fue el día en que despertó su libido.

—¿De verdad? —le preguntó Daisy.

Él decidió no contarle lo mucho que se había fijado.

—Sí. Los primeros meses que pasé aquí fueron un auténtico tostón.

Daisy soltó una risita nerviosa.

—Estaba pensando en hacer las maletas y volverme a Nueva York hasta que apareciste tú y empezaste a gritarle a la gente mayor.

—¡No le grito a la gente mayor! —exclamó ella, riéndose con más fuerza.

—A mí me parece bien. ¡Se lo merecen!

Daisy puso los ojos en blanco, aunque seguía sonriendo.

—A veces sí, es cierto.

—Sin duda —confirmó él.

—Seguro que tu decisión de quedarte en el pueblo no tuvo nada que ver con el importante encargo de reformar el hostal.

—Puede que eso desempeñase un pequeño papel. —Elliot se encogió de hombros. Desde luego, le hizo sentir que no había cometido un tremendo error al mudarse allí.

—Entonces, ¿tu hermano y tú discutíais mucho? —retomó Daisy el tema anterior.

—Cuando éramos pequeños sí. A todas horas. —Llevándose solo un año de diferencia, se las habían hecho pasar canutas a su madre. Al pensarlo ahora, recordó que probablemente debería mostrarse más amable con ella—. Pero en algún momento Caleb decidió que tenía que protegerme, como en el colegio, por ejemplo. Hablaba mucho por mí.

—Me parece un detalle muy bonito.

—Sí, supongo. El problema fue que no se dio cuenta cuando empecé a hablar otra vez por mí mismo, cuando crecí de verdad.

Su hermano seguía viéndolo como a aquel niño asustado. Aún creía que necesitaba protección, incluso transcurridos tantos años. Y su hundimiento emocional tras el divorcio pareció darle la razón a Caleb.

—¿Se preocupa por ti?

—Sí. —Acudieron a su mente todos los mensajes sin responder de su hermano—. Mi madre y él. Han estado… Bueno…, han estado atosigándome desde el divorcio. Me parece que se creen que no salgo nunca de mi habitación. —Intentó reírse, no queriendo que Daisy supiera que, al principio, aquello no había estado tan lejos de la realidad, que muchos días no había salido de su habitación durante las primeras semanas posteriores a la ruptura.

Se había mudado para demostrar a su familia y a sí mismo que no necesitaba protección, que podía hacerlo solo.

A Daisy se le iluminó de pronto la cara.

—Vamos a llamarlo.

—¿Qué? ¿Ahora mismo?

—¡Sí! Vamos a hacer una videollamada. Así verá que estás disfrutando de este precioso día con tu nueva novia, que es guapísima —explicó ella y batió las pestañas—. Así por lo menos sacas provecho de nuestro acuerdo.

El acuerdo, claro.

—Vale. —Se aclaró la garganta—. Supongo que podríamos hacerlo.

—¡Genial! —Daisy dio una palmada—. Deja que me meta en el personaje. ¿Qué tipo de novia quieres que sea?

—Sé tú misma, Daisy.

—¿Yo misma? —Habló como si quisiera tomarle el pelo respecto a eso, como si no se creyera que no tuviera ninguna petición especial para su novia falsa.

—Yo no cambiaría nada —dijo él, sosteniéndole la mirada.

—Ah —murmuró Daisy, y una sonrisa de satisfacción le cruzó el rostro—. De acuerdo.

Elliot dejó de mirarla para sacar el móvil y llamar. Se colocaron en el banco con la vista del océano al fondo. Daisy se acurrucó junto a él de modo que ambos apareciesen en la pantalla. Elliot contuvo la respiración mientras esperaban a que se estableciese la conexión. Tal vez Caleb no respondiera. Tal vez estuviese por ahí. Tal vez…

—¡Hola, Elliot! ¿Dónde te metes? He estado intentando ponerme en contacto contigo.

Maldita sea. Tenía que adoptar la costumbre de contestar a los mensajes, de lo contrario Caleb sería el próximo en presentarse en su puerta.

—Hola. Lo siento. He estado ocupado últimamente.

—Ya lo supongo —contestó Caleb, que centró su atención en Daisy.

—Te presento a Daisy, mi nueva… novia.

—¿Tu nueva novia? —Caleb enarcó las cejas desmesuradamente —. Guau. Hola, Daisy. Encantado de conocerte.

—¡Hola! ¡Es un placer conocerte por fin a ti también! He oído hablar mucho de ti.

Elliot estuvo a punto de reírse. Todo lo que había oído hablar de él se condensaba en los últimos cinco minutos.

—Ojalá pudiera decir lo mismo. Últimamente mi hermano ha estado desaparecido en combate, así que no me he enterado de nada.

—Estaba ocupado con el trabajo —repitió Elliot. Lo último que quería era que Caleb le regañase en aquel momento, justo delante de Daisy.

—¿Qué tal va el trabajo?

Estaba seguro de que, para Daisy, aquella sería una pregunta del todo inocente, pero para Elliot el subtexto quedaba más que claro: «¿Qué tal va el trabajo ese que decidiste hacer sin mí? ¿Te las apañas solo?».

—Bastante bien —contestó Elliot—. Los dueños no paran de cambiar de opinión. Ya sabes cómo son estas cosas.

—Oh, sí —se rio su hermano—. Lo sé.

—Un momento —intervino Daisy—. ¿Tú también eres arquitecto? —preguntó, revelando lo poco que le había contado Elliot acerca de su hermano.

—Qué va —contestó Caleb con una carcajada—. Las cuestiones de cálculo se las dejo a El. Yo soy contratista. Me encargo del trabajo pesado.

—Sí, eres muy grande y muy fuerte —murmuró Elliot, esperando para ver si su hermano estaba a punto de contarle a Daisy la historia completa. Esa en la que él se desmoronaba y huía, dejando plantado a su hermano. La historia en la que Elliot era lo peor.

—Parece que hace buen día por allí —comentó Caleb, cambiando por completo el rumbo de la conversación.

El alivio que sintió Elliot le resultó vergonzoso. Sabía que su hermano había conseguido mantener el negocio a flote sin él, ejecutando reformas más sencillas y menos trabajo de restauración, pero Elliot aún se sentía culpable por todo aquello. Algo que no tenía ganas de abordar durante esa charla telefónica en la playa.

—Es precioso —confirmó Daisy—. Estábamos haciendo un pícnic y Elliot ha dicho que tenía pensado llamarte, así que era la oportunidad perfecta para conocernos.

Caleb puso esa sonrisa tan fastidiosamente encandiladora.

—Pues es un placer conocerte, Daisy. Y me alegro mucho de que saques a mi hermano de casa.

Elliot apretó las muelas con tanta fuerza que alcanzó a oír el ruido.

—Eso no ha sido cosa mía —contestó Daisy—. Elliot siempre anda por el pueblo. Así fue como nos conocimos, de hecho. Vino a mi floristería.

—¿De verdad?

—Sí. Elliot es muy sociable. Sale a todas horas. Tiene un montón de amigos…

Elliot le dio un empujoncito en la pierna y la miró para que no se pasara. Daisy se limitó a sonreír y dijo:

—Es una persona muy divertida.

—Eso es cierto, desde luego —convino Caleb con una sonrisa sincera.

Y fue como si a Elliot le dieran un puñetazo en el estómago. Después de todo lo sucedido, después de dejarlo en la estacada e ignorarlo a todas horas, su hermano seguía mostrándose amable con él.

Era bonito. Y molesto.

—Bueno, en fin. —Elliot notaba que empezaba a ponerse rojo otra vez, una aflicción que su hermano nunca había padecido—. Deberíamos ir colgando.

—Vale, disfrutad de vuestra cita. Y respóndeme a los puñeteros mensajes para que no piense que te has muerto.

—Ya sabes que no me he muerto. Mamá está aquí de visita y seguro que te alertaría si me encontrara enterrado bajo las sábanas.

—Joder, El. No digas esas cosas.

—Perdón.

—Y responde a los mensajes.

—Vale.

—¡Adiós, Daisy! —dijo Caleb, que se despidió con la mano antes de finalizar la llamada.

—Qué simpático es —comentó Daisy.

Y Elliot aguardó lo inevitable. Todas las mujeres preferían a Caleb antes que a él. Tenía sentido. Era encantador, guapo y extrovertido.

—Pero tú eres más mono —agregó con una sonrisa.

—Y tú eres la mejor novia falsa de la historia.

Capítulo 17

Algunos días más tarde, por fin aceptaron el ofrecimiento de los abuelos de Logan de acudir a la granja para hablar sobre la historia de Dream Harbor.

—¿Seguro que no queréis nada de comer? —preguntó Estelle, que trajinaba en la cocina.

Elliot estaba sentado a la mesa con Henry, ojeando las fotos de este, pero Daisy se había levantado hacía rato para estirar las piernas.

Estaba a punto de aceptar la oferta de Estelle cuando se encontró con la mirada de Logan desde el otro lado de la cocina. Este le hizo un sutil gesto de cabeza como si quisiera advertirle que no probara la comida de su abuela.

—Oh, no te preocupes —respondió a Estelle con una sonrisa—. He comido mucho a mediodía.

Estelle fulminó a su nieto con la mirada.

—¿Qué le has dicho a la pobre muchacha? Mi comida está buena —se defendió, volviéndose hacia Daisy mientras Logan salía de la cocina entre risas.

—Lo que tú digas, abuela —dijo mientras se marchaba a recoger a Jeanie en el café.

A Daisy le parecía un detalle bonito que recogiera a su mujer después del trabajo. Y se sintió aliviada de ver que su maldición no los había afectado todavía.

—Seguro que está deliciosa —dijo, mirando lo que estaba removiendo Estelle en la olla de cocción lenta—. Pero de verdad que estoy llena.

Lo cierto era que se moría de hambre. Llevaban horas allí y, si bien las dos primeras escuchando a Henry contarles la historia del pueblo habían resultado amenas e interesantes, ya iban por la tercera hora, y él había sacado un baúl de fotos antiguas que le habían dejado sus padres; Daisy empezaba a cansarse. Y tenía hambre. Pero no tanta

como para comerse lo que fuera que hubiera en la olla. ¿Era buena señal que la comida se licuase de esa forma? Ni siquiera era capaz de adivinar qué había sido aquello en un comienzo.

—Como quieras. —Estelle se encogió de hombros y volvió a ponerle la tapa a aquel atentado contra la cocina—. Yo me marcho a clase de aeróbic. Podéis serviros si tenéis hambre.

Los hombres apenas levantaron la cabeza de las fotos que estaban mirando.

—Vale, querida —murmuró Henry cuando Estelle le dio un beso en la coronilla—. Luego nos vemos.

Daisy volvió a dejarse caer en su silla al lado de Elliot y estuvo ojeando las fotos que tenía esparcidas frente a ella al tiempo que buscaba una forma educada de sugerir que se largaran de allí de una vez.

Entonces encontró una cara familiar.

Su tía abuela Daisy le devolvía la mirada desde una fotografía en blanco y negro. Aparecía con otros hombres y mujeres, todos más o menos de la misma edad, como si tal vez fueran un grupo de amigos. Pero en aquella imagen su tía abuela sonreía. Estaba radiante, de hecho. Y no estaba vuelta hacia la cámara como todos los demás. Tenía la mirada puesta en el hombre situado junto a ella. Y esa fue la parte de la foto que hizo que Daisy la mirase con incredulidad.

Aquel hombre también tenía un rostro familiar, amable y tímido, con el pelo revuelto.

No sabía cómo, pero la cara de Elliot la contemplaba desde el pasado.

A su mente acudieron de inmediato dos posibilidades espeluznantes. Una, que Elliot, el Elliot sentado junto a ella, hubiera muerto años atrás y fuese en realidad un fantasma. Cosa que resultaba sin duda inquietante, aunque no tan espeluznante como la opción número dos, que se basaba en que Elliot y ella fueran parientes debido a que su tía abuela había tenido algo con aquel doble de Elliot, que bien podría haber sido antepasado suyo. Y, si habían tenido hijos, cabía la posibilidad de que Elliot y ella fueran

primos o algo así, y estaba claro que últimamente no había estado pensando en Elliot como si fuera su primo.

Puaj.

Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo, con tal fuerza que llamó la atención de Elliot.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

Aquel ceño fruncido por la preocupación, ese que hacía a Daisy tener pensamientos impuros sobre un profesor pícaro, se intensificó.

Ay, no.

—Mira esto —respondió, acercándole la foto a Elliot, que la miró con un mechón de pelo sobre la frente, algo que Daisy no necesitaba en aquel momento. «¡Deja de mirar de esa forma a tu primo macizo!».

—Es tu tía abuela —dijo él, y se quedó callado al reparar en su doble—. Joder, ese se parece mucho a…

—A ti.

—¡Es alucinante! —exclamó Elliot tras aclararse la garganta.

—No eres un fantasma, ¿verdad? —Daisy le clavó un dedo en el brazo. Muy sólido. No parecía un fantasma. Y por lo general le provocaba calor, no frío…

—Te aseguro que no soy un fantasma —se rio él.

—Entonces, ¿quién es ese?

—No lo sé. Henry, ¿tú sabes quién es este?

Henry echó un vistazo a la foto.

—Bueno, ese de ahí es mi padre —explicó, señalando a otro de los hombres de la imagen—. Y ahí está mi tía Blanche.

—Vale, pero ¿quién es el hombre que se parece tanto a este? —preguntó Daisy clavándole un dedo a Elliot—. ¿Y por casualidad sabes si procreó con mi tía abuela?

Henry enarcó sus pobladas cejas canosas.

—Eso sí que no lo sé. En cuanto a su identidad, no lo tengo claro. ¿Tienes familia aquí?

—La familia de mi madre es de un pueblo cercano a este.

—Entonces, imagino que podría ser un pariente. —Henry se encogió de hombros.

—¿Te importa que le saque una foto para mostrársela a mi madre? Quizá ella lo reconozca.

—Claro.

—Gracias, Henry. Creo que deberíamos irnos —aprovechó Daisy la oportunidad para poner punto final a aquella lección de historia.

—Sí, muchas gracias. Eres un pozo de sabiduría. —Elliot le estrechó la mano al anciano mientras Daisy seguía mirando la fotografía.

Era como si Elliot y ella hubieran ido a uno de esos fotomatones en los que podías sacarte una foto vestido de época. ¡Se parecían muchísimo a ellos!

Y la forma en la que aquella Daisy miraba a aquel Elliot…

Se preguntó si ella miraría a Elliot del mismo modo.

Tras despedirse de Henry, salieron de la casa y recorrieron el camino de tierra hasta donde habían aparcado. Los siguieron varias gallinas de plumas alborotadas.

—¿Estas son gallinas normales? —preguntó Elliot.

—No sé. ¿A quién le importa? —le espetó Daisy, con las emociones a flor de piel.

—Estás disgustada.

—¡Pues claro que lo estoy, Elliot! Está claro que nuestros antepasados estaban enamorados, y ¿qué pasa si tuvieron un bebé y tú y yo somos parientes? —gritó, y la gallina más cercana cloqueó sobresaltada.

—Creo que estás sacando muchas conclusiones precipitadas. —Elliot parpadeaba confuso—. No sabemos si soy pariente de ese hombre.

Daisy lo miró con el ceño fruncido mientras aquellas extrañas gallinas correteaban alrededor de sus pies.

—Parecen más esponjosas que las gallinas normales.

—¡Olvídate ya de las malditas gallinas! —Daisy siguió su camino hacia el coche hecha una furia, ignorando la expresión perpleja de él.

—¿Por qué te enfada tanto la posibilidad de que seamos parientes lejanos? —le preguntó al alcanzarla.

Daisy estaba apoyada contra la puerta del copiloto, y se situó frente a ella.

—Porque sí. —Se cruzó de brazos con arrogancia.

—¿Porque sí qué?

—Porque —dijo Daisy con un suspiro—, si somos parientes, Elliot, tendré que dejar de tener fantasías sexuales contigo.

Él se puso rojo en un segundo.

—Ah… Bueno…, pues…

—Da igual —zanjó Daisy agitando la mano.

—¿Cómo que da igual? Daisy, no puedes decir algo así y esperar que lo olvide.

Ella suspiró. ¡Qué día más extraño!

—¿Qué puedo decir? Tengo un fetiche con los profesores y últimamente tú tienes bastante pinta de profesor universitario. Siempre andas hojeando un libro y me miras con severidad. Y luego, cuando no haces eso, me estrechas la mano o te pones tierno. Y, francamente, Elliot, ¿qué va a hacer una mujer si actúas así?

Se quedó mirándola con la boca abierta.

Quizá le hubiera provocado un cortocircuito con su confesión.

—Di algo. —Le dio un toque en el pie con la punta de su bota negra.

Elliot la miró a los ojos.

—Tu abuela dijo que tu tía abuela nunca tuvo hijos.

—Que sepamos.

—Lo averiguaremos. Sin duda. —De pronto, parecía un hombre con una única misión.

—¿Y por qué tienes tantas ganas de averiguarlo? —le preguntó ella con una sonrisa de suficiencia.

Elliot rodeó el coche hasta la puerta del conductor y la abrió de golpe.

—Porque yo también tengo muchas fantasías sexuales, Daisy, y en todas apareces tú.

El trayecto de diez minutos en coche para volver al pueblo se le había hecho tortuosamente largo y silencioso, con el aire cargado

por sus respectivas confesiones. Pero Daisy no podía prolongar aquella incomodidad, teniendo en cuenta que Beltane se celebraría el fin de semana siguiente. Tenían que comportarse con normalidad y aparentar estar enamorados delante de todos. No mostrarse raros ni aterrorizados el uno del otro.

—Bueno… —se atrevió a decir cuando se detuvieron frente a la floristería—. Ha sido…

—Lo siento —soltó Elliot.

—¿El qué?

—No debería haber dicho eso.

—¿Acaso no era cierto?

—Al contrario —respondió girándose para mirarla—. Era muy cierto.

Daisy no pudo evitar soltar una risa nerviosa.

—¡¿Por qué te ríes?!

—¡Lo siento! ¡Es que esto no me había pasado nunca!

—¡Pues a mí tampoco! —Elliot le dedicó una sonrisa incómoda—. Eres mi primera novia falsa, no sé bien cuál es el protocolo.

Daisy dejó escapar un largo suspiro.

—Sé que nuestro acuerdo es solo de cara a la galería, pero estos… sentimientos físicos creo que son… reales. Me refiero a que… me siento atraída por ti… de verdad. —Se sonrojó. Hacía mucho tiempo que no se tiraba a la piscina de esa forma, pero Elliot respondió enseguida y con decisión.

—Lo mismo digo —dijo, suspirando también con alivio.

—¿Y qué hacemos ahora? —¿Qué deberían hacer? Se le ocurrían varias ideas divertidas, pero ¿acaso no servirían para complicar las cosas entre ellos?

El hecho de que alguien le resultara atractivo ya era un gran avance en sí mismo, pero no quería olvidarse por fin de David para que otro volviese a romperle el corazón. En especial, si ese otro seguía colgado de su exmujer.

Ahí estaba la señal de alarma.

Era la misma que la de ella. No había superado lo de su ex. Seguía esforzándose al máximo por no repetir antiguos errores.

Pero aquel nivel de tensión sexual comenzaba a plantear un problema. Quizá pudieran… ¿quitárselo de encima? ¿O ser amigos con derecho a roce? O quizá…

—Primero deberíamos confirmar que no estamos emparentados.

Aquello borró de un plumazo todas las ideas divertidas de su cabeza. Nada para cortar el rollo como la posibilidad de ser pariente del tío que te pone.

Daisy aún llevaba en las manos la fotografía en blanco y negro.

—Cierto —dijo, y la estudió de nuevo—. Realmente es alucinante lo mucho que se parecen a nosotros. Me da mal rollo.

—Es bastante siniestro —convino Elliot, le tendió la mano y ella le dio la foto—. Ya he investigado un poco sobre mis ancestros y no recuerdo que mi bisabuelo se pareciera tanto a mí. Desde luego no así.

—¿Y quién es entonces?

—Puede que el primo de un bisabuelo o algo así.

—Cuanto más lejano mejor —murmuró Daisy.

—La verdad es que no creo que seamos familia. Tu abuela te dijo que su tía nunca tuvo hijos, ¿no? Por eso ella acabó siendo la siguiente Daisy.

—Sí, es cierto. —Deseaba con todas sus fuerzas que fuese cierto.

—Investigaré un poco, ¿de acuerdo? Lo averiguaremos antes de…

—¿Antes de qué?

Elliot se aclaró la garganta.

—Antes de… hacer algo más… real.

—Claro. Vale. Gracias. —Daisy asintió, tratando de aparentar profesionalidad, cuando el corazón le latía alborotado contra la caja torácica solo de pensar en hacer algo más real con Elliot.

Pensaba que iba a besarla durante su cita en la playa, y no tenía claro cómo se sentía al respecto hasta que fueron atacados por aquel *frisbee*, y su decepción fue mayúscula. La chica del *frisbee* la había privado de algo que ahora estaba convencida de que habría sido fantástico. No había podido dejar de pensar en ello desde entonces.

—Tu tía abuela parece mucho más feliz en esta foto que en la otra —comentó él, contemplaba de nuevo los rostros sonrientes de la

fotografía.

—Lo sé —convino Daisy—. Son como la noche y el día.

—¿Y crees que es debido a ese hombre?

—Fíjate en cómo lo mira. En la otra foto, parece que alguien le hubiera robado su juguete favorito.

—¿Su juguete favorito? —repitió Elliot riéndose.

—O algo por el estilo —se justificó ella con una sonrisa descarada —. Creo que debían de tener una historia de amor condenada al fracaso.

—Me parece mucho suponer solo con dos fotografías.

—Tengo un pálpito. —El pálpito de que su tía abuela y aquel hombre clavado a Elliot tenían algún tipo de relación. Hasta que dejaron de tenerla. Y saltaba a la vista que su tía abuela no lo había superado. Al menos para ella estaba clarísimo.

—Un pálpito suele ser un buen lugar por donde empezar.

—Supongo que tendremos que hojear más libros antiguos y encontrar más pruebas.

—Ahora sí que estás hablando mi idioma —dijo él, y Daisy se rio.

—¿Se parece demasiado a esas fantasías sexuales? —bromeó ella.

A Elliot se le pusieron rojas las orejas, pero también se rio.

—Un poco.

—¿Qué te parece si vamos a la biblioteca e indagamos en el archivo? —ronroneó ella, fingiendo una voz sexi y divirtiéndose quizá demasiado con el jueguecito del flirteo.

—Te crees que bromeas, pero a mí me excita de verdad. —Elliot agitó las cejas de un modo sugerente.

Daisy estalló en carcajadas. Hacía mucho tiempo que no se sentía así de tonta, notaba un cosquilleo en el estómago y le dolían las mejillas de tanto sonreír.

Era agradable.

—De acuerdo, entonces ve a hablar con tu madre y averigua quién es ese tío para que podamos enrollarnos de una vez.

—Vale —convino Elliot, que agrandó la sonrisa.

—Vale —repitió ella sosteniéndole la mirada. Hacía demasiado calor en el coche. Un calor atípico para aquella época del año—. Me alegro mucho de que no seas un fantasma.

—Desde luego, eso complicaría las cosas aún más —contestó Elliot con una carcajada.

—No podría tocarte, por ejemplo.

Él se aclaró la garganta.

—Claro.

—Claro.

Elliot se inclinó más hacia ella y le hizo cosquillas en la mejilla con el aliento.

—Sería una lástima.

Daisy estuvo a punto de inclinarse hacia él. Lo tenía justo allí. Y hacía mucho tiempo que no deseaba a nadie. Pero entonces recordó de qué acababan de estar hablando y lo apartó.

—¡Vete a hablar con tu madre!

—Claro. Perdona. Es verdad. Y tú vete a hablar con tu abuela. Podrías buscar certificados de nacimiento de la familia.

Daisy asintió con la cabeza, abrió la puerta y se arrojó del coche antes de hacer algo descabellado y posiblemente incestuoso.

—Vale, entendido. ¡Adiós, Elliot!

—Adiós, Daisy.

Capítulo 18

—¡Abuela June! —gritó Daisy al entrar como un torbellino en el apartamento de sus abuelos, en un complejo residencial para mayores.

Confiaba en que no se encontrara en una de sus actividades diarias. Entre la liga de petanca y las clases de acuarela, su abuela tenía una agenda muy apretada.

Por suerte, tanto ella como el abuelo estaban apalancados en sus sillones reclinables a juego viendo las noticias de la noche cuando Daisy irrumpió en el salón.

—¿Qué demonios ocurre? —preguntó June con los ojos como platos.

Jim, su abuelo, no se molestó en apartar la vista del televisor.

—Tu tía Daisy nunca tuvo hijos, ¿verdad?

Su abuela frunció el ceño.

—¿Entras aquí como si se acabara el mundo para preguntarme por gente que lleva muerta mucho tiempo? ¿Otra vez?

—Que en paz descansen —murmuró Jim—. Al menos alguien tiene paz.

—¡Sí! Es que… tengo que saber si tuvo hijos.

—Ya te dije que no. Por eso me llamo Daisy.

—Pero tampoco tuvo ningún bebé secreto, ¿verdad?

Su abuela pareció realmente escandalizada al oír aquello.

—¿Un bebé secreto? Daisy, ¿qué es lo que te pasa?

Daisy se encogió de hombros tratando, sin lograrlo, de fingir que aquella no era una cuestión de vital importancia.

—Siento curiosidad por nuestra historia familiar, nada más.

—A mí me parece sospechoso —comentó Jim sin apartar la mirada de las noticias.

—No deberías ver eso —le dijo Daisy—. Es malo para tu salud mental.

—Mi salud mental está perfectamente —respondió el abuelo Jim con un resoplido—. Eres tú la que habla de bebés secretos.

Daisy le sacó la lengua, pero él no la vio; seguía con los ojos pegados a la pantalla. Así que se volvió hacia su abuela.

—Es que me parezco tanto a ella que me preguntaba si… si no será mi bisabuela. —¿Lo había dicho bien? Empezaba a liarse con tanto parentesco lejano.

—¿De verdad te crees que alguien podría mantener un bebé en secreto en este pueblo? —le preguntó su abuela con una carcajada —. En aquel entonces era igual que ahora. Quizá incluso peor. Si tu tía abuela Daisy hubiera tenido un bebé, todos nos habríamos enterado y ya te digo yo que no lo tuvo.

Daisy dejó escapar un suspiro.

—¡Es una noticia maravillosa! —Se inclinó para darle un beso a su abuela en la coronilla antes de entrar en la cocina—. ¿Te quedan galletas de esas que me gustan? Las que vienen en la lata azul.

—Claro que sí. En el armario de arriba.

—¡Gracias! —Daisy encontró las galletas y se reunió con sus abuelos otra vez en el salón.

Se sentó a los pies de su abuela y dejó que esta le pasara los dedos por el pelo como solía hacer cuando era pequeña. Escogió su galleta de mantequilla favorita de la lata (la que tenía forma de *pretzel* y la superficie cubierta de cristales de azúcar) y la masticó con regocijo. ¿Quién hubiera pensado que descubrir que no estabas emparentada con alguien podía resultar tan emocionante?

—¿Ya te sientes mejor? —le preguntó la abuela June.

—Mucho mejor. Gracias.

—¿Y vas a explicarnos por qué era tan importante para ti?

—Si lo hago, parecerá una locura.

—Ya lo parece —bromeó el abuelo.

Daisy le dio un manotazo cariñoso en la rodilla.

—Es que necesitaba asegurarme de que no me estaba metiendo en una situación en la que no debería y ahora lo tengo claro, así que está todo bien.

—No es ninguna locura. —El abuelo se agachó para robarle una galleta.

Su abuela emitió un murmullo escéptico, pero no hizo ningún comentario. Al menos acerca de eso.

—¿Cómo van las cosas en la tienda? —preguntó en su lugar.

Daisy pensó que habría preferido hablar sobre su amago de coqueteo con el incesto.

—Bien.

—¿Bien?

—Gracias a un nuevo acuerdo con el hostal, este mes podemos pagar las facturas, así que bien. —Se había sentido muy aliviada al recibir la llamada de Mary.

Por el momento, suministraría arreglos florales mensuales para el vestíbulo, y cuando terminaran el salón de desayunos, prepararía pequeños arreglos para cada mesa. No era una temporada llena de bodas, pero algo es algo.

Otro murmullo escéptico.

—He oído que os pillaron a tu novio y a ti en pleno acto en la librería.

Daisy estuvo a punto de atragantarse con la galleta.

—¡No es verdad!

—Bueno, según Marissa, a quien se lo contó Gladys, que lo supo por boca de Iris, que se enteró por Jeanie, Elliot y tú estabais bastante despeinados cuando os vieron.

—¡Estábamos mirando libros! ¡Nada más!

Quizá aquel día hubieran resultado demasiado convincentes. Ahora el pueblo entero pensaba que la habían empotrado entre los estantes de libros. Hazel iba a matarla. No era esa la clase de publicidad que querría para la tienda.

—El club de lectura parece creer que estabais haciendo algo más que eso. Dijeron que estabais sonrojados, con el pelo hecho un desastre…

Daisy soltó un quejido.

El abuelo Jim subió el volumen de la tele. Al parecer, ya había oído bastante acerca de las malas decisiones de su nieta. ¡Decisiones que ni siquiera había tomado en realidad!

—Yo jamás haría… —Daisy empezó a protestar, subiendo la voz por encima del escándalo de las noticias.

Su abuela June, en cambio, le dio una palmada en el hombro y un apretón alentador.

—Sigue así, cariño. El pueblo cree que ese chico está enamorado de ti y eso es justo lo que necesitamos.

«El pueblo cree que ese chico está enamorado de ti».

Esa frase sí que le quitaría el sueño por la noche.

Pero el pueblo podía pensar lo que le viniese en gana. De hecho, estaban pensando justo lo que ella quería que pensaran. Así que todo iba según lo planeado. Elliot y ella daban el pego.

Además, era imposible que Elliot estuviese enamorado de ella. Estaba en su misma situación. Ninguno de los dos era capaz de volver a enamorarse. Ninguno de los dos lo deseaba.

Pero, si les apetecía enrollarse un poco, ahora que sabía a ciencia cierta que no eran primos ni nada, ¿qué tendría de malo?

Daisy dio otro mordisco a su galleta y fingió creer firmemente que podía besar a Elliot sin que hubiese ninguna repercusión.

Se le daba cada vez mejor eso de fingir.

—¿Cuáles crees que son las implicaciones morales de acostarse con un novio falso? —preguntó Daisy mientras entrelazaba el tallo de una flor en la estructura de alambre de la corona en la que estaba trabajando.

No le hizo falta levantar la cabeza para sentir que Iris se quedaba mirándola desde el otro lado de la mesa de trabajo que ella había sacado a rastras del almacén. Llevaban tanto tiempo trabajando en los arreglos que Owen se había quedado dormido en su cochecito junto a ellas.

El tiempo suficiente para que Daisy reuniera el valor de abordar el tema que llevaba rondándole por la cabeza desde que Elliot confesara tener fantasías con ella. Algo que había sucedido el día anterior, aunque habían sido veinticuatro horas muy largas (y mentalmente gráficas).

—¿Me estás preguntando si deberías acostarte con Elliot?

—Puede ser.

Iris se rio.

—Te diría que, si él quiere acostarse contigo, moralmente no hay ningún problema. —Se colocó su corona terminada en lo alto de la cabeza con un ademán teatral. El color azul y morado le quedaba de maravilla sobre el cabello cobrizo.

—Es que no quiero que se haga una idea equivocada respecto a este asunto.

—¿Y cuál sería la idea equivocada?

—Que quiero algo más de lo que estamos haciendo. Una relación de verdad.

—Pues díselo.

—¿Crees que podemos hacerlo y quitárnoslo de encima sin más?

Iris se rio con tanta fuerza que despertó a Owen, que la miró con gesto acusador.

—Uy. —Hizo una mueca y se agachó para cogerlo en brazos cuando empezó a inquietarse.

—¿Eso es un no, entonces? —preguntó Daisy.

Iris se sentó en la silla colocando a Owen de manera que pudiera mamar antes de volver a mirarla.

—¿Te das cuenta de que este pequeñín existe porque Archer y yo solo queríamos «quitárnoslo de encima»? —Con la corona aún puesta, miró al bebé mientras este comía.

Y, con la luz dorada de la tarde entrando por la vidriera, tenían una estampa preciosa. Nada que ver con la última vez que Iris había estado allí llorando. La maternidad, menuda aventura.

—¿Cómo te encuentras, por cierto?

Iris volvió a alzar la cabeza con una sonrisa divertida.

—No creas que te vas a librar tan fácilmente. Vamos a seguir hablando de Elliot y de ti. Pero… —acarició con el dedo la rolliza mejilla de Owen— me encuentro mejor. Creo. Lloro menos, así que bien.

—Ya sabes que estoy aquí siempre que lo necesites. Y mi madre se moriría si pudiera tener al bebé en brazos por las tardes.

—Lo sé —contestó Iris con una sonrisa—. Gracias.

—¿Y Archer está…?

—Es increíble. Se levanta de un salto con el mínimo ruido del bebé. Va a verlo antes incluso de que yo termine de despertarme. —

Sonrió al decirlo—. Y se asegura de que yo coma y de que Olive no se sienta excluida, y eso es mucho. Básicamente es él quien nos mantiene unidos.

—Me alegro. —A Daisy le caía bien Archer, pero para él también era nuevo lo de la paternidad. Le habían sucedido muchas cosas en muy breve espacio de tiempo. Se alegraba de saber que iban encontrándoles solución a los problemas.

—Bueno —zanjó Iris, señalándola con un dedo acusador—. Volviendo a ti. ¿Qué pasa con Elliot?

Daisy cogió un nuevo aro de alambre y empezó con la siguiente corona, intentando encontrar otro tema de conversación, pero no se le ocurrió ninguno.

—No sé —admitió con un suspiro—. Es guapo, ¿sabes? Y estamos pasando mucho tiempo juntos. Y creo que hace demasiado tiempo que no…

—¿Haces el amor? —sugirió Iris con una sonrisa.

—Puaj. No vuelvas a decir eso.

Iris se rio y Owen resopló al ver alterada su comida.

—Vale, pues hace mucho tiempo que no tienes intimidad con un hombre.

—Tampoco me encanta esa frase, pero sí, hace mucho tiempo y… Yo qué sé… Eso sumado a verme tanto tiempo con un hombre atractivo, pues…

—¿Te pone muy cachonda?

Daisy agachó la cabeza y la golpeó contra la mesa en señal de derrota.

—Sí. Me pone muy cachonda.

—Pues entonces todo apunta a que deberías hacerlo con tu novio falso.

—¿Qué probabilidades hay de que no acabe en desastre?

—Cincuenta y cincuenta, diría.

Daisy levantó la cabeza y vio a Owen expulsando los gases, con su cuerpecito hecho un ovillo contra el pecho de su madre. Su pijama con estampado de tortugas la hizo sonreír.

—Y te recomendaría utilizar dos anticonceptivos distintos, salvo que te haga ilusión pasarte las noches en vela —agregó Iris.

—Claro. —Owen era adorable, y a Iris y Archer les había salido bien, pero un bebé con Elliot sería…

Algo que le provocaba mareos solo de pensarlo.

Negó con la cabeza.

—Creo que lo entenderá —dijo con un hilo de voz, tratando de convencerse más a sí misma que a Iris.

«El pueblo cree que ese chico está enamorado de ti».

Las palabras de su abuela asomaron su fea cabeza.

Quizá tontear con Elliot fuese un error.

Su madre entró como un torbellino, cargada con una cartulina, purpurina y pintura antes de que Daisy pudiera seguir dándole vueltas.

—¡Traigo los materiales para el cartel, chicas! —anunció alegremente—. Venga, dame a ese bebé. —Dejó las cosas sobre la mesa y extendió los brazos hacia Iris, quien con mucho gusto le entregó a Owen, que dormía tranquilo después de comer.

—Gracias, May —le dijo.

La madre de Daisy bajó la cara y aspiró profundamente sobre la cabecita de Owen.

—Olor a recién nacido —dijo—. Divino.

Daisy y Iris se rieron mientras hacían espacio para los materiales. Su madre canturreaba y mecía a Owen mientras ellas trabajaban en el cartel que colgarían en su caseta de Beltane. Y entre las manualidades y las risas, Daisy consiguió sacarse a Elliot de la cabeza hasta más tarde, cuando estuvo sola en la cama.

Cuando estuvo sola y se sintió sola.

Y fue entonces cuando pensó que quizá no fuera tan mala idea aliviar parte de su frustración física con Elliot.

Quizá fuese una idea magnífica.

Capítulo 19

—No somos familia —soltó Elliot en cuanto Daisy abrió su puerta.

Un comentario de lo más fino y elegante cuando pasas a buscar a una mujer para salir con ella. «Bien hecho, Elliot».

—Ya lo sé —respondió ella con una sonrisa—. Adelante. Ya casi estoy lista.

Habían decidido acudir a la noche de karaoke en el *pub,* algo a lo que solo había accedido después de que Daisy le dijera que no tenía que cantar.

—¿Lo sabes?

—Sí. He hablado con mi abuela y me ha asegurado que la tía abuela Daisy nunca tuvo hijos.

—Ah, bien.

—¿Qué has averiguado tú? —preguntó Daisy mientras cogía un jersey del perchero situado junto a la puerta.

—Después de echar un vistazo a los asuntos de mis antepasados y de hablar con mi madre, creo que el hombre de la fotografía es un primo de mi bisabuelo. Así que yo no sería descendiente directo suyo.

—Entonces eso significa…

—Que no estamos emparentados.

—Correcto.

Daisy lo miraba como si quisiera decir algo, pero estuviera resistiendo el impulso.

—¿Qué pasa? —le preguntó él.

Ella suspiró y se lanzó:

—¿Recuerdas la pequeña confesión sobre las fantasías sexuales?

—No podría olvidarla ni aunque quisiera.

—Vale, bien, pues creo que hace mucho tiempo que no…, en fin, ya sabes…, y creo que me está volviendo un poco loca, así que quizá podríamos…, ya me entiendes…

Elliot estuvo a punto de soltar un gemido, tratando de no perder la cabeza ante la idea de lo que le estaba sugiriendo Daisy.

—Creo que te entiendo, pero no quiero equivocarme, Daisy, así que prefiero que me lo digas claramente.

Ella volvió a suspirar y metió las manos en las mangas del jersey.

—Mira, sé que no buscas una relación y que no has superado lo de Leigh.

Él ya no tenía tan claro que eso fuera verdad, pero dejó que ella siguiera hablando.

—Y desde luego a mí no me interesa nada serio por razones evidentes.

—Espera, ¿qué razones evidentes?

Daisy lo miró como si estuviese haciéndose el tonto.

—Elliot, ya te lo dije, no puedo volver a hacerlo. Las relaciones no son para mí.

—¿En absoluto?

—Eso es.

—¿Nunca más?

—Elliot, estuve dos años sin salir con nadie después de divorciarme de Matthew. Me tiré un mes sin salir de la cama después de que David rompiera conmigo. No sé ni cómo me mantengo en pie. Tengo que dirigir un negocio que se hunde. Apenas me queda energía o fuerza para intentarlo de nuevo.

A Elliot se le formó un nudo en la garganta. Lo había dejado bastante claro.

Pero había creído que tal vez…

Se lo pasaban tan bien estando juntos.

Y a veces Daisy lo miraba de un modo que le hacía pensar que…

—En fin, que por esa razón esto es perfecto y tiene tanto sentido —prosiguió ella—. Ninguno de los dos busca algo emocionalmente serio, así que podemos ser follamigos sin más.

Elliot estuvo a punto de atragantarse con su propia lengua.

—No puedo hacer eso.

A Daisy le cambió la cara.

—Ah.

Mierda.

—Vale. —Se recogió un mechón de pelo detrás de la oreja y trató de abrirse paso para llegar hasta la puerta—. No pasa nada. Era solo una idea. Olvídalo.

Parecía muy dolida.

Mierda, mierda, mierda.

—No me refería a eso.

—Que no pasa nada, Elliot. Venga, vámonos. —Intentó de nuevo pasar junto a él, pero Elliot la sujetó del brazo y la paró.

—Daisy, mírame.

Cuando ella lo hizo, su expresión le pareció tan triste y avergonzada que Elliot no pudo soportarlo.

—Eres increíblemente sexi.

—Vale, Elliot. —Ella puso los ojos en blanco—. No necesito que me hagas cumplidos por lástima.

—No es por lástima. Te deseo, Daisy.

—Acabas de decir que no. No pasa nada. Vámonos, por favor.

Estuvo a punto de soltarla. Debería haberlo hecho, por su propio bien. Sabía que si llegaba a haber intimidad física entre Daisy y él, estaría perdido. Se entregaría al máximo. Y, después de lo que acababa de decirle ella, sabía que sería el único en hacerlo.

Sin embargo, no podía dejarla así. No podía permitir que creyera que no era la mujer más guapa que había conocido, que daría cualquier cosa por tenerla, por tocarla, por follarla.

—Lo digo en serio. —La giró hasta dejarla con la espalda pegada a la puerta y le apoyó la mano en la cadera. Ella abrió más los ojos—. Si no me diese miedo enamorarme de ti, te demostraría hasta qué punto.

—No puedes enamorarte de mí —susurró ella cuando Elliot agachó la cabeza y le besó el cuello.

—Lo sé. —Hundió la cara en su cabello, besándola detrás de la oreja, por la garganta. Ella ahogó un grito, apretándose contra él—. Pero necesito que sepas lo mucho que te deseo. —Entrelazó los dedos con los suyos y llevó su mano hasta su pene, que se notaba vergonzosamente duro a través de los pantalones.

—Joder —murmuró Daisy.

—Necesito que sepas lo sexi que eres, que tu cuerpo me vuelve loco, que no he dejado de pensar en ti desde que te vi bailando en la boda de Jeanie.

Daisy gimoteó, moviendo la mano por sí sola, apretando contra él, palpando la forma de su pene a través de los pantalones. Estuvo a punto de desmayarse del placer, de sentir que no era suficiente y al mismo tiempo demasiado.

—¿Me crees ahora? —le preguntó mientras deslizaba todavía la boca a lo largo de su cuello, después sobre las clavículas para llegar al otro lado.

No sabía lo que estaba haciendo, no sabía por qué su boca seguía sobre su piel, por qué había empezado a apretar con las caderas contra su mano, sabiendo cómo terminaría aquello.

Pero hacía muchísimo tiempo que nadie lo tocaba.

Y se negaba a permitir que Daisy pensara que no era deseable, que no era atractiva.

Aunque eso le pasara factura más adelante.

Ella cerró ligeramente la mano en torno a su miembro y Elliot le agarró la muñeca y le apartó la mano para colocársela por encima de la cabeza. No sobreviviría un segundo más si la dejaba donde estaba.

La tenía acorralada contra la puerta, con una mano sujetándole la muñeca por encima de la cabeza y la otra aferrada a su cadera. Daisy se había quedado mirándolo, asombrada, con sus preciosos labios entreabiertos por la sorpresa.

Esbozó entonces una leve sonrisa.

—Vale, te creo —dijo.

Elliot gimió aliviado, llevó la boca de nuevo a su cuello y ella empujó las caderas contra las suyas.

—Entonces, ¿podemos hacerlo? —preguntó Daisy con la voz tensa y rasgada—. ¿Podemos hacer esto sin sentimientos?

Él no podía hacerlo sin sentimientos.

Pero desde luego no iba a darle la espalda ahora.

—No te preocupes —le respondió en su lugar—. Sé lo que es esto. Lo entiendo.

Apartó la mano de su cadera, deslizándola sobre su vientre. No iba a dejar a Daisy insatisfecha. Necesitaba algo de él y se lo daría. Ya recogería más tarde los pedazos.

Con una mano le desabrochó los vaqueros negros que se había puesto para la cita, provocando un grito ahogado de sorpresa por su parte. Sonrió contra la piel de su garganta, sin besarla todavía en los labios. Besarse convertiría aquello en algo totalmente distinto. Algo íntimo y real. Y, tal como estaban las cosas, sobrevivía a duras penas.

Deslizó la mano por sus pantalones.

Daisy gimoteó.

—Te tengo —dijo él, metió la mano por debajo de su ropa interior y la encontró tan… húmeda…

Estuvieron a punto de cederle las rodillas. Cerró los ojos con fuerza.

—Elliot —susurró Daisy. Y él ya no pudo aguantar más. Le encontró el clítoris con los dedos y ella empujó las caderas hacia delante—. Dios, sí —dijo.

Él rodeó con los dedos el punto exacto que la hizo volver a susurrar aquellas palabras. Seguía teniendo su mano aferrada por encima de sus cabezas, pero Daisy había llevado el otro brazo a su espalda y estaba clavándole las uñas mientras jadeaba su nombre.

Aquello era demasiado. No iba a sobrevivir. El cuerpo de Daisy contra el suyo, su boca en el cuello, sus gemidos, sus susurros. Pero estaba decidido. Le daría aquello, después retrocedería. Le explicaría por qué no podía ir más allá. Se protegería.

A Daisy se le aceleró la respiración, que le salía a intervalos entrecortados.

—Elliot, Elliot, Elliot —gemía, restregándose contra su mano hasta que se quedó quieta, su cuerpo se tensó y empezó a temblar.

Lo miró a los ojos con los suyos muy abiertos. Entonces estalló, consumida por el orgasmo, y se estremeció hasta quedar temblorosa entre sus brazos.

Se quedaron así un rato, demasiado, probablemente, Elliot rodeándola con ambos brazos.

—Ha sido alucinante —le dijo ella, hablando contra su hombro en lugar de a la cara.

—Me alegro.

—¿Y qué pasa contigo?

—Estoy… bien. —No estaba bien. Apenas podía aguantarse las ganas, pero hacer algo más con Daisy no habría hecho sino empeorar las cosas.

—¿Aún te da miedo enamorarte de mí? —le preguntó sin levantar la cabeza.

—Algo así, sí. No se me da bien hacer esto sin sentimientos.

—Qué raro eres.

—Eso me han dicho.

Daisy se apartó entonces y lo miró.

—Entonces, no creo que debamos…

—Eso es. No creo que pueda ser tu…

—¿Follamigo? —le preguntó ella, recuperando de nuevo esa sonrisa burlona. Al menos no estaba enfadada con él.

—Lo siento.

—Seguramente sea lo mejor. —Ella se encogió de hombros.

—Lo mismo digo.

—Y, de todos modos, no creo que tengas sentimientos por mí, Elliot.

—¿De verdad?

—Aparte de lo que sientes en la entrepierna.

Elliot cambió de postura. Lo que sentía en la entrepierna no se le había pasado todavía.

—¿Por qué dices eso?

—Porque estás repitiendo lo que sucedió con tu exmujer. He sido la primera mujer que te ha pedido salir. Aunque fuera de mentira.

Elliot se quedó allí quieto, algo perplejo por aquella observación. Tenía razón. Era lo que más había temido desde que la conocía, pero que se lo dijese en voz alta… fue como recibir un jarro de agua fría.

Leigh fue la primera chica que le pidió salir en la universidad, y se había aferrado a ella con todas sus fuerzas. Ahora ahí estaba, desarrollando sentimientos por la primera mujer con quien había pasado algo de tiempo desde el divorcio.

Y lo peor era que Daisy lo sabía. Sabía lo que estaba ocurriendo aun cuando él deseara ignorarlo.

—Como amiga tuya que soy —prosiguió ella—, no puedo permitir que repitas los mismos errores. Al igual que no voy a repetir los míos.

Volvió a abrocharse los pantalones y se alisó la camisa, recuperando de nuevo su actitud profesional.

—Bueno, ¿nos vamos a ver cómo nuestros amigos y vecinos destrozan nuestras canciones favoritas? —Cogió su bolso de la cama mientras Elliot intentaba asimilar todo lo que acababa de decir.

¿Estaría en lo cierto? Quizá unas pocas semanas atrás le hubiera dado la razón, en cambio ahora se negaba a pensar en ella como un error. Nada de lo que hacía con Daisy se parecía en absoluto a lo que hacía con Leigh.

Sus sentimientos por Daisy eran algo nuevo.

Pero ella no estaba dispuesta a oír eso. Aún no.

—Claro —respondió, dándole la mano. A fin de cuentas, seguían fingiendo salir juntos. Aún podía darle la mano. Al menos de momento—. Vámonos.

Capítulo 20

Resultaba muy difícil sentarse junto a alguien que había tenido la mano metida en tu ropa interior y te había hecho correrte como hacía mucho tiempo que no hacías y fingir que todo era normal. Pero, debido a la última reunión organizativa del festival de Beltane, eso era justo lo que se veía obligada a hacer Daisy.

Había intentado mostrarse relajada desde el Incidente del Gran Orgasmo, nombre con el que lo había bautizado en su cabeza, pero no había podido dejar de pensar en ello en las últimas cuarenta y ocho horas.

En lo placentero que había sido.

En lo sexi que era Elliot, en lo competente y seguro de sí mismo que se mostraba.

En si volvería a suceder. O en si debería volver a suceder.

En Elliot diciendo que le daba miedo enamorarse de ella.

En que ella cada vez tenía más y más miedo de sí misma.

El Incidente del Gran Orgasmo había desbloqueado muchos asuntos en su interior, y ahora tenía que aguantar aquella reunión municipal y fingir que le importaba que los *food trucks* se instalaran frente al ayuntamiento o en la calle principal.

Porque no le importaba.

—Bueno, a nosotros sí nos importa, Daisy —dijo Nancy, presidenta del comité de Beltane, mirándola por encima de sus notas para la reunión.

Vaya, al parecer había hablado en voz alta.

—Claro, perdón.

—Creo que estuvimos todos de acuerdo en que los *food trucks* deberían ponerse en la calle principal —continuó Nancy—. De ese modo queda libre el espacio para montar el escenario delante del ayuntamiento.

—¿Para qué es el escenario? —le susurró Elliot al oído, para lo cual se inclinó hacia ella.

Daisy reprimió un escalofrío al sentir su cercanía.

—Para coronar a la Reina de Mayo.

—¿La Reina de Mayo? —preguntó él.

Pero a Daisy no le dio tiempo a explicarse antes de que Tammy y Marissa, las otras participantes del comité de Beltane, intervinieran con el resto de las tareas que quedaban por hacer.

—Como ya sabéis todos, los vecinos han estado votando durante toda la semana para elegir a la reina de este año, y buscamos ayuda para recontar los votos —empezó Tammy.

Annie, sentada a su otro lado, le dio un codazo a Daisy.

—Apuesto por Andy —susurró—. ¿Quieres participar en la apuesta?

—Ni siquiera sabemos aún quiénes son los finalistas.

Annie la miró como si estuviera diciendo una ridiculez.

—Sí, tienes razón —admitió Daisy—. Andy es un ganador seguro. Apostaré por él.

Annie sonrió.

Bennett, sentado delante de ellas, se dio la vuelta para mirarlas.

—Estáis apostando por el caballo equivocado, señoritas. La ganadora va a ser esta chica de aquí.

—Por favor —dijo Kira poniendo los ojos en blanco—, no te refieras a mí como a un caballo.

—Lo siento, cariño. Pero es que vas a ganar seguro.

Kira se limitó a sacudir la cabeza con una carcajada.

—No debería haber permitido que me nominaras.

—¿Tú has votado, Elliot? —preguntó Bennett.

—Mmm…, sí. Por supuesto.

—Por Kira, ¿verdad?

Elliot los miró alternativamente a Bennett y a ella, aunque Daisy no podía librarlo de la campaña de «Kira: Reina de Mayo» liderada por Bennett. Llevaba todo el mes insistiendo con eso. Incluso había mandado hacer pósteres y chapas. Así que se limitó a encogerse de hombros.

—Pues lo cierto es que he votado por Gladys —confesó Elliot.

Bennett soltó un gruñido tan sonoro que Nancy se aclaró la garganta y lo fulminó con la mirada.

—Perdón —murmuró él, y les dedicó a Daisy y a Elliot una sonrisa de disculpa antes de volver a darse la vuelta.

—Me gustaron los cambios de la Casa de las Tortitas. Me parece un buen motivo para votar a la dueña. ¿Qué cualidades debería buscar en una Reina de Mayo? —susurró él, aparentemente preocupado de pronto, como si su voto para la Reina de Mayo fuese a tener consecuencias reales.

Daisy le dio una palmadita en la rodilla.

—Yo no me preocuparía por eso. La Reina de Mayo no es que tenga mucha influencia política. Es más bien una figura de paja.

Elliot resopló.

—También necesitamos un voluntario que sume el dinero que recaudamos con la venta de las papeletas de votación —agregó Marissa.

—¿Y qué hace exactamente el comité de Beltane? —preguntó Daisy, lo que provocó una carcajada por parte de Annie y una mirada asesina de Tammy.

—Llevamos meses planeando la logística —respondió Marissa, sin dejarse amilanar por el comentario de Daisy.

Daisy estaba mostrándose innecesariamente grosera. Lo sabía. Por lo general, en las reuniones municipales, se ahorraba sus razonamientos para temas importantes, como la pelea por poner un tope a las ferias de venta de pasteles (una idea descabellada) o la petición de trasladar el mercado de agricultores al interior del ayuntamiento durante el invierno (algo muy inteligente que llevaba meses defendiendo con su voto). Incordiar al comité de Beltane acerca de sus labores no era precisamente un tema candente para ella, pero Elliot tenía la pierna pegada a la suya y su contacto le hacía sentir que…

Que estaba a punto de estallar.

—Y habéis hecho un trabajo maravilloso —intervino el alcalde Kelly volviendo a subir a la tarima—. ¿Hay algún otro punto que no hayamos abordado?

Nancy volvió a hojear sus notas.

—Vamos a ver…, el departamento de bomberos se ocupará de levantar el mayo. La clase de baile Little Tots de la señorita Janet

lleva meses ensayando el baile del mayo.

—¡Desde Navidad! —gritó Janet desde su asiento entre la concurrencia—. Y lo tienen dominado. Ya casi nunca se enredan unos con las cintas de los otros.

Nancy la miró escéptica.

—Vamos a intentar que no se enreden en absoluto —dijo.

—Desde luego. —Pero hasta la propia Janet parecía escéptica.

Daisy no envidiaba su labor, consistente en lograr que veinte niños de cinco años bailaran cruzándose unos con otros alrededor de un poste gigante sosteniendo una cinta de doce metros de largo sin chocarse entre sí.

—Los Midnight Dreamers de Cliff van a actuar también.

Noah soltó una carcajada desde el fondo de la sala y Cliff meneó la cabeza con una sonrisa rencorosa.

—Además, Logan y Bennett se han ofrecido a mantener nuestras hogueras encendidas toda la noche.

—Desde luego, Ben mantiene mi hoguera encendida toda la noche —comentó Kira entre los silbidos y risas de la multitud.

Nancy apretó los labios como si siguiera tratando con niños pequeños y siguió repasando su lista.

—Daisy, ¿cómo van las coronas de flores?

—Casi terminadas. —Iris y ella habían trabajado a destajo para tenerlas listas a tiempo.

Daisy se preparó para que alguien volviese a quejarse de que fuera ella la encargada de suministrar las flores, pero nadie comentó nada. Elliot le apretó la rodilla. Ella no se atrevió a mirarlo. Si estaba sonriéndole con aquel maldito rubor en las mejillas, quizá acabase por implosionar.

—Fantástico. —Nancy se guardó su lista en el bolsillo trasero—. ¡Entonces creo que estamos preparados para dar la bienvenida al verano!

—Todo el mundo sabe que estamos a 1 de mayo y todavía hace demasiado frío para que sea verano, ¿verdad? —susurró Kira.

—Es una tradición muy antigua, cielo —le respondió Annie echándose hacia delante—. Además, es divertido. Déjate llevar.

—Puedes quedarte conmigo junto al fuego —dijo Bennett, pasándole un brazo a Kira por los hombros, y ella se acomodó de inmediato contra él.

Daisy se irguió un poco más para evitar pegar su brazo al de Elliot, aun cuando este se inclinó de nuevo hacia delante para susurrarle otra vez.

—Me hace ilusión ir contigo —le dijo, y sus palabras le provocaron un cosquilleo en la piel—. Parece que va a ser una noche divertida.

Una noche divertida.

Una noche divertida queriendo que Elliot volviese a hacer su magia con las manos y, al mismo tiempo, queriendo huir lejos de aquella situación que, sin duda, acabaría rompiéndole el corazón.

Una noche divertida, desde luego.

Cinco días más tarde, la mañana del festival de Beltane, Daisy había decidido encarrilar aquella relación falsa, donde «falsa» era la palabra clave.

Sí, el Incidente del Gran Orgasmo había sido divertido, pero ella tenía un corazón que proteger y un negocio que salvar. No tenía tiempo de andar tonteando con Elliot.

Una vez decidido eso, aquella mañana estaba cargando en la camioneta de Logan la mesa, la carpa y varios cientos de coronas de flores. Iba de camino a la camioneta con una nevera llena de coronas cuando a punto estuvo de chocarse con su abuela.

—Hola, abuela. ¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó, entregándole la nevera a Logan.

—Tengo algo para ti. —Su abuela llevaba en brazos una caja de cartón.

Entró en la floristería seguida de Daisy y dejó caer la caja sin mucha ceremonia sobre el mostrador, antes de sacudirse el polvo de las manos.

—¿Qué es eso?

—Unas cosas que creí que podrían interesarte, dado que no paras de preguntarme por tus parientes muertos.

—Abuela, solo fueron dos veces.

—Aun así, he pensado que quizá querrías tenerlo.

Daisy se asomó al interior de la caja. Estaba llena de cuadernos antiguos, fotografías y libros de contabilidad de la tienda, con las páginas amarillentas y gastadas.

—Vaya, es asombroso.

La abuela June se encogió de hombros como si no le interesase en absoluto contemplar el pasado y no entendiese por qué Daisy deseaba hacerlo.

—Espero que te sea útil.

—¿Dónde has encontrado todo esto? —Daisy revolvió entre las fotos.

Algunas eran más actuales, satinadas y en color. Encontró unas en las que aparecía de bebé, y de sus padres el día de su boda. Otras, en cambio, eran antiguas, en blanco y negro, con los nombres y las fechas garabateados al dorso. «Arthur 1943, Emilie 1956, John y Lyddie 1933». Entre las yemas de sus dedos pasaban las décadas.

—¿Te acuerdas de cuando reformamos la tienda hace unos pocos años?

—¿Cuando tenía cinco años? —Daisy levantó la vista.

—¡Supongo que fue hace más de unos pocos años! —exclamó su abuela riéndose—. Tuve que vaciar el apartamento del fondo y encontré allí cosas de mis padres. Algunas me pareció que valía la pena conservarlas. O quizá me sentía culpable por tirarlas. Con los años he ido incorporando otras. El caso es que la hermana de mi padre, Daisy, que tanto te interesa, aparece en algunas de esas fotos antiguas.

Daisy le dio a su abuela un fuerte abrazo.

—¡Gracias! Seguro que me resulta muy útil.

La abuela June le dio una palmada en la espalda.

—Eres un bicho raro, Daisy bonita. Pero te quiero.

—Yo también te quiero. Estoy deseando tener tiempo de revisarlas todas.

La tía abuela Daisy nunca terminaba de írsele de la cabeza mientras trabajaba en la tienda, probablemente en el mismo lugar donde solía estar ella. ¿A su tía abuela le gustaba trabajar en la tienda, disfrutaba transformando las flores en algo nuevo y hermoso

como le sucedía a ella? ¿Le gustaba irse a casa oliendo a rosas y a lavanda?

¿En qué pensaría esa otra Daisy mientras el sol recorría las horas del día, proyectando colores diferentes a través de la vidriera, sobre el suelo de madera? ¿Qué desearía hacer con su vida?

—¿Lo tienes ya todo listo para el festival? —le preguntó su abuela, fijándose en la cantidad de materiales desperdigados por la tienda que aún quedaban por cargar en la camioneta.

—Sí.

—¿Y Elliot será tu galante compañero?

—¿Mi galante compañero? ¿En qué año estamos, abuela? —preguntó Daisy con una carcajada.

—No me seas descarada.

—Perdona. Sí, vendrá conmigo.

Su abuela asintió en señal de aprobación.

—Creo que a tu imagen le vendrá muy bien que os vean a los dos juntos en Beltane. Esta mañana en la cafetería he oído a varias personas comentar lo felices y enamorados que se os ve.

«Felices y enamorados».

«Si no me diese miedo enamorarme de ti».

«El pueblo cree que ese hombre está enamorado de ti».

No, no, no.

Ni hablar.

El amor no tenía cabida allí. ¿No acababa de decidir eso mismo?

Elliot y ella eran muy buenos actores, nada más. Actores que se sentían atraídos el uno por el otro. Sin más. Eso era todo lo que permitiría.

¿Hacía calor allí?

Daisy empezó a quitarse el jersey, sacándoselo por la cabeza, y el pelo se le quedó revuelto y encrespado por la electricidad estática.

Al volver a sacar la cabeza, su abuela la miró alarmada.

—¿Te encuentras bien, cielo?

—Sí. ¿Por qué?

—Pareces… aterrorizada.

Daisy resopló. ¿Aterrorizada? ¿Aterrorizada de volver a enamorarse de la persona equivocada otra vez? ¿De que pisotearan

sus sentimientos y volvieran a romperle el corazón? Qué va, ella no. Claro que no. ¿Por qué iba a estar aterrorizada?

—Estoy bien, en serio. Ahora, si me disculpas, tengo que terminar de cargar todo esto en la camioneta para poder ir a montar la caseta y ganar muchísimo dinero. —Intentó, sin lograrlo, alisarse el cabello.

La abuela June le dedicó una sonrisa preocupada.

—De acuerdo, pero ya sabes dónde encontrarme si me necesitas.

—Gracias, abuela.

—Y no inviertas demasiado tiempo en el pasado, Daisy —agregó su abuela dando una palmada a la vieja caja de cartón—. A veces hay que centrarse en pasar página.

Pasar página. Claro. Era muy fácil decirlo.

Cuando Daisy volvió a salir de la tienda con su cargamento de materiales, Jeanie estaba también en la calle principal, dándole indicaciones a Logan para el viaje de vuelta.

—Voy a necesitar al menos dos mesas plegables, manteles, tazas, servilletas, como mínimo tres de las jarras de café… —iba enumerando con los dedos.

Logan asentía con cada uno de los artículos.

—Puede caber todo —aseguró dando una palmada al costado de su camioneta—. Si no te importa, voy primero a dejar las cosas de Daisy y después me paso por el café.

—Perfecto —le dijo Jeanie con un beso en la mejilla, y se volvió hacia Daisy con una sonrisa—. ¿Te hace ilusión el día de hoy?

—Me hace ilusión vender muchas coronas de flores.

—No me cabe duda de que así será —respondió Jeanie con una carcajada.

Daisy albergaba esa esperanza, desde luego. Necesitaba aquellas ventas para poder pagar las facturas del mes siguiente.

—¿Quieres venir a tomarte una taza de café? Hazel viene también. —Jeanie señaló calle abajo.

Aún estaba todo tranquilo. Las celebraciones darían comienzo a última hora de la tarde, pero los *food trucks* ya empezaban a llegar.

—No, gracias. Debería ir a la plaza del pueblo a montar el puesto.

—Vale, pues luego nos vemos. —Jeanie se despidió con la mano y regresó al café.

Daisy cerró la floristería y se subió al asiento del copiloto de Logan.

Él cerró la caja de la camioneta y se montó a su lado. Sería un trayecto corto, pero resultaba mucho más fácil que tratar de trasladarlo todo en su coche haciendo varios viajes.

—Gracias por llevarme.

—No hay de qué.

Daisy sabía que Logan era un hombre de pocas palabras, de modo que le sorprendió que se aclarase la garganta y añadiese:

—Respeto mucho lo que estás haciendo.

—¿Eh…?

—Me refiero a volver al pueblo y no permitir que nadie te altere con la tontería esa de la maldición.

—¿Esa es la impresión que doy? ¿La de no estar alterada? —Daisy soltó una carcajada incrédula.

—Tú aguanta —la animó Logan riéndose—. No creo que tarden en inventarse cualquier otra cosa.

—Gracias, significa mucho para mí.

Logan entró en el *parking* cercano al ayuntamiento. Estaban todos colocando sus puestos en la zona que rodeaba la fuente.

Asintió con la cabeza.

Al parecer, eso marcaba el final de la conversación.

—Bueno. Gracias otra vez —dijo Daisy al bajar de la camioneta.

Logan la ayudó a descargar sus cosas y, a continuación, se fue a buscar los suministros para el puesto de Jeanie.

A su alrededor, otros comerciantes andaban montando sus casetas, preparándose para el ajetreo que traería consigo la multitud aquel día. Distinguió a George colgando el cartel de la Casa del Pan de Jengibre en la mesa de Annie. Bennett y Mac estaban descargando un montón de leña sobre la zona de hierba junto a la plaza para encender las hogueras esa noche, y Kira echaba una mano al comité con la decoración del escenario.

Daisy montó las mesas y la carpa para protegerse del sol. Cubrió las mesas con manteles de un morado oscuro y colgó el cartel que había hecho con Iris.

«Floristería de la Guirnalda de Margaritas», anunciaba con orgullo. Iris había añadido enredaderas y flores en torno a las letras y, por insistencia de su madre, Daisy se había mostrado muy generosa en el uso de la purpurina.

Había quedado bien.

Iba a lograrlo.

Salvaría la maldita floristería y haría que sus antepasados estuviesen orgullosos.

Por el momento, mantendría las coronas en las neveras para evitar que se marchitaran. Pronto llegaría su madre para ayudarla a colocarlas todas. Aunque a Kira le preocupase la falta de calor del mes de mayo en Nueva Inglaterra, aquel prometía ser un precioso día soleado.

Un día lleno de posibilidades.

Quizá a Daisy no solo le hiciese ilusión la idea de vender coronas.

Quizá le alegrara también celebrar una nueva estación.

Quizá estuviese preparada para ello.

Capítulo 21

Era la tarde del festival de Beltane y Elliot se hallaba en el diminuto apartamento de Daisy esperando a que terminara de prepararse para irse. Y, si bien Daisy y él llevaban varias semanas saliendo juntos, lo de hoy le seguía pareciendo algo importante. El pueblo entero estaría allí y Daisy tenía que alardear de sus preciosas coronas de flores y de su relación sentimental, muy real y en absoluto maldita.

Y por esa razón él había empezado a sudar ya.

Por eso y porque no había podido dejar de pensar en tocar a Daisy.

En cómo había susurrado su nombre.

En lo mucho que deseaba volver a hacerlo.

En que nunca había estado tan excitado en toda su vida.

En que había estado a punto de confesarle sus verdaderos sentimientos.

En que iba a salir herido si seguían por ese camino.

Por no mencionar que Daisy había llamado a las cosas por su nombre y ahora él no podía dejar de preguntarse si realmente estaría repitiendo sus viejos errores. ¿Sería posible que se hubiese encariñado con ella solo porque ella le hubiese hablado primero? ¿Tan patético era?

Una mujer le hablaba y ya estaba dispuesto a casarse con ella.

¿Podría haberle sucedido con cualquiera?

Estaba hecho un lío y no era de extrañar que aquella cita le provocase un profundo nerviosismo.

Una cosa era hablar con el club de lectura o dejarse ver juntos en la playa, pero un festival en Dream Harbor no era moco de pavo. El año anterior se había dejado caer por el festival de mediados de verano y no había durado allí más de media hora. Estaba abarrotado y se había sentido fuera de lugar.

Cuando terminara ese día, seguramente Daisy desearía haber escogido mejor a su falsa pareja, a un hombre más acostumbrado a mostrarse dicharachero y encantador. Uno capaz de vender mejor su historia y ayudarla a salvar su floristería.

—Bueno, pues ya estoy. —Daisy salió del cuarto de baño vestida y preparada para irse.

Nada más verla, Elliot obtuvo de inmediato la respuesta a su reciente pregunta.

No, no podría haberle sucedido con cualquiera.

Daisy era distinta.

—No vas de negro —observó. Un comentario brillante. Ya había empezado a fastidiarla.

Daisy se miró el vestido como si se le hubiera olvidado lo que llevaba puesto. Acarició con la mano la tela aterciopelada. Se trataba de un vestido largo con mangas holgadas y por debajo del dobladillo asomaban sus botas negras.

—He pensado que el morado oscuro era más… festivo.

Percibió la reticencia en su respuesta, un atisbo de nervios. Le hizo sentir mejor saber que él no era el único al que le ocurría.

—Me gusta.

Daisy sonrió recogiéndose un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Es un festival pagano, así que lo mínimo es ponerme un toque de bruja.

—Te pega.

Daisy se rio.

—Me refiero a que… —Elliot hizo una mueca. Mierda. ¿Estaba mal decir que parecía una bruja? Se refería a que parecía una bruja sexi —. Quería decir que estás muy… guapa.

La risa de Daisy se apagó y, al sostenerle la mirada, él notó que se le coloreaban las mejillas.

—Gracias.

—De nada.

—Deberíamos salir —sugirió ella.

Elliot se dio cuenta de que se había quedado mirándola como un estúpido y bloqueando el acceso a la puerta.

La puerta contra la que la había empotrado hacía solo unos días.

Se le formó un nudo en la garganta.

—Sí, desde luego.

Salió con Daisy del apartamento y atravesó con ella la tienda hasta salir a la calle principal, maldiciéndose en todo momento por sentirse tan incómodo. Daisy había querido cambiarse de ropa después de montar el puesto esa mañana, y él se ofreció a acompañarla de vuelta al festival. Se mantendría a su lado mientras vendía flores, y luego disfrutarían juntos de las celebraciones.

Parecía todo muy sencillo, aunque el plan dependía de que él sobreviviese tanto tiempo y no quedase en ridículo más pronto que tarde. Aquel día servía como recordatorio constante de los motivos por los que evitaba tener citas. El principal de ellos era que se le daban fatal.

—En fin, ¿qué debería esperar de este festival? —preguntó, buscando algo que decir para llenar el silencio, pese a que había acudido a casi todas las reuniones municipales y sabía de sobra qué habían planeado para el evento.

La calle estaba ya abarrotada de vecinos que dirigían sus pasos hacia la plaza. Tras otro largo invierno y una primavera más bien triste, aquel constituía el día perfecto para acoger un festival que celebraba la llegada del verano. Hacía calor y sol, y el aire olía a flores y a mar. El alegre ánimo de los asistentes resultaba contagioso y él mismo notó que le embargaba la ilusión. Los vecinos se saludaban unos a otros al salir del café con sus tés helados y sus limonadas, que incluían flores comestibles flotando encima del hielo. Hasta la bebida se había vestido de fiesta. Algunos lo saludaron con una sonrisa, y él no pudo evitar sonrojarse por la sorpresa y el regocijo. Seguramente solo se habrían fijado en él porque iba con Daisy, pero era agradable sentir al fin que pertenecía a aquel lugar. Aunque fuera un poco.

Una niña pequeña pasó junto a ellos a la carrera, perseguida por otra. Ambas sujetaban globos que se agitaban como locos mientras corrían, chillando de alegría.

—¡Cece, Ivy! ¡No corráis tanto! —gritó Noah, que apareció junto a ellos sonrojado y sin aliento—. Hola, chicos.

Hazel corrió hasta él.

—Vamos a perderlas otra vez.

—Qué va —la tranquilizó Noah, escrutando la multitud—. Por eso les he atado los globos a la muñeca. Mira, allí están. —Señaló los dos globos rosas que flotaban a lo lejos.

—¿Tus sobrinas han vuelto? —preguntó Daisy con una carcajada.

Noah sonrió.

—Han vuelto. Y les dije a mis hermanas que Hazel y yo las llevaríamos al festival mientras ellas se toman la noche libre.

—Eres un buen hermano —intervino Elliot.

—Estoy compensando todo el tiempo perdido —respondió Noah encogiéndose de hombros.

—Deberíamos ir a por ellas. —Hazel le tiró del brazo—. ¡Luego nos vemos!

Desaparecieron entre el resto del barullo.

—Así que Beltane… —dijo Elliot cuando el silencio se prolongó demasiado tiempo. O lo que a él le pareció demasiado, al menos.

—El típico festival pagano —contestó Daisy, como si todos los pueblos celebraran un festival anual de Beltane—. Hogueras, mayos y todo eso.

—Un poco sincrético —observó Elliot mientras recorrían la calle principal en dirección a la plaza del pueblo y la amplia explanada verde situada junto a ella, donde tendrían lugar la mayor parte de las actividades del festival.

—¿Sincrético?

—Mmm…, que mezcla prácticas de diferentes culturas. El mayo tiene raíces germánicas, mientras que la tradición de la hoguera tiene orígenes celtas.

Daisy se detuvo y lo miró con una sonrisa curiosa.

—Deberías haber sacado el tema en una reunión municipal.

—No me atrevería.

Daisy se rio, diluyendo así parte de la incomodidad.

—Nunca había conocido a nadie que utilizara palabras como «sincrético». Ni que conociera los orígenes de los mayos —le dijo cuando reanudaron el paso, rodeados cada vez por más gente conforme se acercaban.

—El simbolismo del mayo todavía se debate —explicó Elliot, que siguió divagando como si a ella le interesasen los mayos.

Divagar sobre la historia era para él una costumbre nerviosa. Una con la que había aburrido a su acompañante en numerosas citas a ciegas. Pero no podía evitarlo. O hablaba sobre el significado histórico del mayo o volvía a sacar la conversación sobre los follamigos. La historia le parecía un tema mucho menos delicado.

—Algunos académicos defienden que la forma representa el eje de la Tierra, mientras que otros opinan que se trata más probablemente de la representación de un árbol sagrado. —Se acercaban ya a la plaza del pueblo, donde se alzaba el mayo en medio de la hierba, frente al ayuntamiento, decorado con cintas y flores—. Aunque, claro, hay quien piensa que no es más que un enorme símbolo fálico.

Daisy se detuvo en seco y se quedó mirando el mayo mientras Elliot deseaba tener el poder de retroceder en el tiempo y cerrar la boca.

Entonces ella empezó a reírse, una risa alegre y hermosa.

—Sí que es grande el símbolo fálico —comentó, dejando escapar las carcajadas.

Elliot no pudo por menos de imitarla, dejando que la risa aliviara la vergüenza que afloraba en su tripa. Si a Daisy su divagación le resultaba divertida, seguiría hablando de muy buena gana.

—Pues sí.

—Estás lleno de datos interesantes —observó ella, que le dio la espalda al mayo para dirigirse hacia su puesto.

—Perdona. Cuando estoy nervioso, tiendo a soltar un dato tras otro.

—¿Estás nervioso?

—Un poco, sí.

Daisy se detuvo al llegar al espacio que ocupaba su puesto.

—¿Por qué estás nervioso?

—No quiero decepcionarte.

—No lo harás.

—No estés tan segura —respondió Elliot con un resoplido—. Si solo he salido con una mujer, será por algo. No se me da muy bien

esto.

—Lo has hecho bien desde el principio. Y hoy no será la excepción. A no ser que prefieras irte… No importa…

—¡No! —exclamó con demasiada vehemencia, pero Daisy sonrió.

—De acuerdo.

—Quiero quedarme. Quiero ayudarte a vender esto… —Señaló la mesa donde estaban dispuestas las coronas, y reparó en ellas por primera vez—. Son… increíbles —la elogió, incapaz de disimular el asombro que le producía su talento.

Sobre la mesa, dispuestas en ordenadas hileras, había delicadas coronas con flores de todos los colores y tamaños. Algunas tenían cintas, otras estaban claramente diseñadas para niños: más pequeñas y cubiertas de purpurina; Elliot imaginó que harían muy felices a los más pequeños. Daisy había creado magia.

—Gracias. He pasado algunas noches sin dormir para terminarlas.

—Pues son preciosas.

—Gracias. —Se quedó mirándolo con las mejillas sonrosadas y una sonrisa cálida y radiante, y él reafirmó su propósito de no decepcionarla.

Si a aquel pueblo le hacía falta verla en una relación romántica antes de volver a confiarle las flores de sus bodas, eso sería lo que tendrían. Elliot dejaría de lado sus propios sentimientos y su confusión. Porque Daisy tenía talento. Era muy buena en su trabajo y aquel pueblo debería apreciarla por ello. Deberían estar haciendo cola para comprarle las preciosas coronas que había hecho con las flores.

Los muy tontos.

Se acercó más a ella, deseando poder tocarla. Se había hecho trencitas en el pelo, y no pudo resistir la tentación de tocarle una con los dedos. A Daisy se le entrecortó la respiración.

—Podemos hacerlo —le susurró, inclinándose hacia ella.

Daisy asintió sin dejar de mirarlo a los ojos.

—¿Daisy? —Una voz familiar interrumpió el momento—. Hola, ¿cómo estás?

Daisy puso los ojos como platos.

—Tiene que ser una broma —masculló.

—¿David? —preguntó Elliot, sin apartarse, sin desviar la mirada. Quizá, si se quedaban muy quietos, David desaparecería sin más.

—Sí. ¿Qué está haciendo aquí? —preguntó ella.

Elliot le vio los ojos tan llenos de dolor por aquel recordatorio de su pasado que no pudo evitar inclinarse hacia delante y rozar los labios contra los suyos. Fue puro instinto. Para protegerla. Para borrar su dolor. Para decirle a David que Daisy ya no lo necesitaba. No lo deseaba.

¿Sería un poco territorial por su parte? Es posible. Sin embargo, Daisy le gustaba demasiado como para preocuparse por eso.

Ella se quedó paralizada y después se relajó, apretando la boca contra la suya en un beso dulce que le dejó sin aliento. Y David sí que desapareció. Al igual que todo lo demás. Solo estaban ellos. Solo estaban los labios de Daisy, suaves y cálidos, y sus manos, que se aferraban a la pechera de su camisa, y su melena resbalando entre sus dedos. Lo demás no importaba. Lo demás no existía.

Hasta que, por supuesto, volvió a existir.

Daisy se apartó transcurrido solo un instante y lo miró a los ojos con una leve sonrisa en los labios antes de girarse para enfrentarse a David y a Hailey.

—Anda, pero si habéis vuelto al pueblo —dijo, transformando su sonrisa sincera en una falsa.

Sin importar lo que sintiera con respecto al beso que todavía reverberaba en el cuerpo de Elliot, estiró el brazo y le cogió la mano como si necesitara apoyo.

—Sí, Hailey vio los carteles de Beltane la última vez que estuvimos aquí y se moría de ganas de volver —explicó David, mirándolos alternativamente.

Al ver cómo los miraba, como si no entendiera que Daisy hubiera logrado olvidarse de él, a Elliot le dieron ganas de asestarle un puñetazo en la cara.

—Qué bien —contestó Daisy con los dientes apretados.

—Me encantaría comprar una corona —anunció Hailey, ajena a la tensión.

—Por supuesto. —Daisy se puso en modo profesional, le soltó la mano y rodeó la mesa para ayudar a Hailey con su compra.

Otras personas empezaban a reparar en el puesto y se arremolinaban preguntándose qué combinación de colores les gustaba más. Elliot se dio cuenta de que debería hacer algo de utilidad y rodeó también la mesa para ayudar.

Un hombre y una mujer se acercaron a curiosear, y Elliot estaba a punto de preguntarles si podía ayudarlos en algo, pero el hombre lo ignoró por completo.

—¡Daisy, locuela! —exclamó con una carcajada—. Me preguntaba si estarías aquí.

Daisy alzó la vista horrorizada mientras ayudaba a Hailey a probarse coronas.

—No me lo puedo creer —murmuró antes de añadir—: Hola, Matty.

¿Matty? Aquel hombre que olía a pachulí y llevaba un moño descuidado no podía ser quien Elliot creía que era…

—Mira, cariño —dijo Matty, dándole un codazo a la mujer que lo acompañaba—. ¡Es mi exmujer!

Dios santo.

—¿Con la que te casaste en el instituto? ¡Qué monada! —exclamó la mujer mientras levantaba una corona y se la probaba. El cabello le llegaba casi hasta la cintura y sus faldas vaporosas le alcanzaban casi los tobillos.

Una pareja perfecta para Matty, en opinión de Elliot. Si tan solo pudieran…

—No estábamos en el instituto —contestó Matty riéndose.

—Sí, fue una semana después de la graduación —puntualizó Daisy secamente mientras Hailey contemplaba la escena con asombro.

—¿Cómo estás, Daze? —preguntó Matthew, todo sonrisas y buena energía.

Elliot se preguntó con qué frecuencia se encontrarían. Daisy parecía sorprendida de verlo, pero no como si aquella situación estuviera fuera de lo posible.

—¿Sigues prometida con el banquero?

—De hecho, el banquero soy yo —se presentó David tras aclararse la garganta—, y Daisy y yo ya no estamos juntos.

—¡Ay, mierda! Lo siento, tío.

Daisy, por su parte, parecía querer esconderse debajo de la mesa, y, claro, ese fue el momento que la madre de Elliot eligió para entrar en escena.

—¡Elliot, si estás aquí! —exclamó, acercándose apresuradamente a la mesa—. Cuánta gente. —Ignoró por completo la conversación iniciada antes de su llegada—. ¿Esta es Daisy? ¡Me alegro de conocerte por fin! —Estiró el brazo y le estrechó la mano a Daisy, que guardaba silencio con gesto de perplejidad.

—Un momento —dijo Matthew, demasiado interesado en todo lo que sucedía en la caseta. ¿Por qué no compraba su puñetera corona de flores y se largaba?—. ¿Quién es este?

—Es Elliot, el nuevo novio de Daisy —aportó amablemente Hailey mientras se cambiaba de corona, sacándose selfis con cada una, al parecer para ayudarse a tomar la decisión final.

—¿Y tú quién eres? —quiso saber la madre de Elliot.

—Soy Matthew, el exmarido de Daisy. Y este es David, el exprometido de Daisy.

Dios. ¿Qué había hecho Elliot en la vida para merecer algo así? Desde luego, Daisy no lo merecía.

—¿En serio? —Su madre había puesto los ojos como platos.

Daisy soltó un discreto quejido junto a él.

Y Elliot no pudo soportarlo más.

—Claro. Hola, mamá. Te presento a Daisy, es encantadora y perfecta. Estos dos hombres son parte de su pasado y han venido a comprar flores, y creo que ya terminaban. —Les lanzó una mirada enfática a Matthew y a David. Ya estaba harto de aquel extraño episodio de *This is Your Life.*[2] Aquellos dos tenían que marcharse.

—Sí, ya nos íbamos —dijo Matthew, ofreciéndole a Elliot una amplia sonrisa—. Me cae bien —le susurró a Daisy antes de coger su corona y a su chica y marcharse.

David no se molestó en dirigirse a Elliot, pero le dijo a Daisy que ya la vería por ahí, cosa que a Elliot le pareció una amenaza, antes de agarrar del brazo a Hailey y sus múltiples coronas (al parecer planeaba cambiar de «energía» a lo largo del día) y marcharse. Gracias al dios pagano de los ex.

—Pfff, gracias —susurró Daisy a toda prisa antes de volverse hacia su madre—: Hola, señora Parker, me alegro de conocerla.

Su madre sonrió, abandonando lentamente parte de su reticencia anterior, aunque Elliot aún alcanzaba a ver la preocupación en su mirada. No le había mencionado nada acerca de las pasadas relaciones de Daisy. En su momento, no lo había considerado relevante, pero sabía cómo funcionaba la mente de su madre. Si Daisy tenía tantos intentos románticos fallidos, ¿qué probabilidad había de que aquello no acabase mal también? Como si el propio Elliot no cargara de igual modo con un matrimonio fallido a sus espaldas. Como si no fuese perfectamente capaz de echar a perder aquella relación él solo.

Aunque no era algo que tuviera pensado señalar en un futuro inmediato.

—Yo también me alegro de conocerte, Daisy. —Su madre se fijó en las coronas de flores dispuestas sobre la mesa—. Son preciosas.

—Gracias —contestó Daisy con una sonrisa radiante. En su voz se apreciaba la gratitud ante el cambio de tema en la conversación, dejando de lado a sus ex.

—Oye, mamá, ¿por qué no vas a buscarnos una mesa junto a los *food trucks* y pedimos algo para comer? Yo voy dentro de un segundo y Daisy puede reunirse con nosotros cuando haya terminado aquí.

Su madre los sometió a ambos a su astuta mirada; estaba claro que Elliot intentaba librarse de ella. Pero se mostró conforme y se alejó hacia el grupo de mesas de pícnic con la misión de conseguirles una.

Daisy se volvió parar mirarlo en cuanto estuvo lo bastante lejos.

—Lo siento mucho. ¡Qué inoportuno todo!

—No pasa nada.

—¡Claro que pasa! —se quejó ella—. Se suponía que fingir que salías conmigo te ayudaría a quitarte a tu madre de encima; en cambio, ahora se habrá quedado preocupada sobre la clase de mujer con la que sales.

—Daisy, eres la mujer perfecta. —Quizá aquella confesión fuese excesiva, pero Daisy estaba demasiado ocupada entrando en pánico

como para reparar en ello.

—Nada como ver a todos los errores de tu pasado delante de tus narices para confirmar lo desastrosa que es tu vida amorosa.

—Oye. —La palabra le salió demasiado brusca y quizá en exceso reprensora, pero Daisy lo miró a los ojos con las mejillas teñidas de rosa—. No eres ningún desastre. No hay nada de malo en tener un pasado, Daisy. Tomaste algunas decisiones desacertadas, ¿y qué? Le pasa a todo el mundo. Este pueblo te ha hecho creer que tienes algo de malo, pero no es verdad. Eres asombrosa, joder. Y si alguien no se da cuenta de eso, que se joda.

Ella abrió mucho los ojos, llevada por la sorpresa.

Quizá Elliot se había pasado de la raya, pero no podía soportarlo, no soportaba que cargase de ese modo con sus errores, como si no hicieran falta dos personas para poner fin a una relación. Como si hubiera que castigarla porque le hubieran roto el corazón.

—Acabas de soltar dos tacos —susurró ella.

—Me parecía necesario —contestó él.

—¿Por eso me has besado antes? —le preguntó Daisy con una sonrisa—. ¿Porque David estaba mirando?

—Me da igual si estaba mirando o no. Ya sé lo que te dije la otra noche, pero te he besado porque quería.

—Ah.

La sonrisa que iluminó el rostro de Daisy bastó para convencerlo de que besarla había sido la decisión acertada. Aun cuando seguía sin saber si podía fiarse de sus sentimientos por ella; aun cuando seguía preguntándose si Daisy llevaba razón al argumentar que estaba reemplazando a Leigh con la primera mujer que le prestaba atención.

Pero con aquel beso no le daba la impresión de que Daisy fuera una mera sustituta.

Hacía muchísimo tiempo que Elliot no se daba un primer beso con alguien; sin embargo, en su recuerdo no había nada comparable a lo que había sentido al besar los labios de Daisy.

—Y, ahora, me gustaría comprar dos coronas de flores, por favor —anunció, y Daisy enarcó una ceja—. Una de esas moradas y

amarillas, y esa otra con las margaritas. —Señaló las que quería y Daisy se las alargó con una expresión divertida en la cara.

Elliot le puso la morada en la cabeza.

—Te pega con el vestido —declaró, y dejó que sus dedos le rozaran la mejilla tras colocar la corona en su sitio. La otra se la puso él—. La margarita es la flor que más me gusta —le explicó, con aire desafiante, dispuesto a pelearse con cualquiera que se atreviera a llevarle la contraria respecto a la superioridad de la flor en cuestión.

Daisy estiró los brazos y le recolocó la corona, rozándole el cuerpo con el suyo. Elliot reprimió un gemido.

—¿Desde cuándo?

—Desde ahora.

Le sostuvo la mirada un segundo más, y tal vez si ella no le hubiera dicho que solo lo quería por el sexo, y si él no le hubiera dicho que no podía hacer aquello sin sentimientos, y si no hubiera habido una fila de personas haciendo cola para comprar coronas, habría vuelto a besarla.

Pero el momento había pasado.

Y Daisy se puso manos a la obra.

[2] Programa de televisión en el que el presentador sorprendía al invitado con un recorrido por distintos episodios de su vida. *(N. del T.)*

Capítulo 22

—Siempre he oído que es mejor el bicarbonato.

Daisy sonrió a la madre de Elliot. Ambas llevaban media hora intercambiando consejos. Su madre ya le había pasado su receta del bizcocho de plátano y su secreto para sacar las manchas de verdín de la ropa vaquera.

—El bicarbonato funciona bien, pero diluir vinagre en agua con una cucharada o dos de azúcar va de maravilla para mantener las flores cortadas frescas por más tiempo.

—¡Es bueno saberlo!

—¿Es que tus novios te regalan muchas flores, mamá? —preguntó Elliot a modo de broma, pero el intenso rubor que tiñó las mejillas de su madre le indicó que había dado en el clavo.

—Eso no es asunto tuyo —respondió ella alisándose la larga falda.

Qué curioso que su vida amorosa fuese asunto de todo el mundo, pero la de su madre fuese un secreto.

Daisy le lanzó una sonrisa divertida.

Había agotado las existencias de coronas de flores durante la primera hora del festival y no había parado de sonreír desde entonces. Todo el mundo deseaba llevar una durante las festividades, así que ahora el mar de gente que los rodeaba iba tocado con las creaciones de Daisy.

Después se reunió con su madre y con él; tras la incómoda presentación inicial, ambas se habían llevado de maravilla. Tan bien, de hecho, que Elliot disfrutó del placer de escucharlas hablar sin tener que contribuir, una de sus maneras favoritas de pasar una tarde. Y su madre constituía la barrera perfecta frente a cualquier tensión sexual remanente.

Acababan de terminar de ver a un grupo de niños pequeños intentar hacer el baile del mayo. Pese a las promesas de la señorita Janet durante la última reunión municipal, la cosa no fue bien.

Acabó teniendo que cortar unas cintas para liberar a uno de los niños que se había quedado enredado, mientras este se reía como loco y la multitud aguantaba la respiración. Todo muy dramático.

En aquel momento, Daisy, Elliot y su madre estaban comiendo *funnel cake*[3] y esperando la coronación de la Reina de Mayo. Daba la impresión de que la mayor parte del pueblo se había reunido en torno al escenario levantado frente al ayuntamiento. Se estaba poniendo el sol y hacía poco que se habían encendido las guirnaldas de lucecitas blancas alrededor del estrado.

Los finalistas eran un hombre de mediana edad llamado Andy, Gladys, de la cafetería, y Kira. Bennett vitoreaba como loco desde la primera fila mientras los tres concursantes sonreían y saludaban con la mano a la concurrencia. Cualquier vecino del pueblo podía participar, y aquellos tres habían llegado a la ronda final.

Daisy le dio un codazo y preguntó:

—¿Has apostado por alguien?

—No después de que me regañaran por votar a Gladys —respondió riéndose.

El alcalde subió al escenario.

—Qué emocionante —susurró la madre de Elliot.

Daisy se rio, arrancó otro trozo de *funnel cake* y se lo metió en la boca. Elliot centró su atención en el azúcar glas que le manchaba el labio inferior. Deseó volver a besarla. Una y otra y otra vez…, posiblemente para siempre. Pero se conformaría con esa noche. Sabía que Daisy no buscaba algo para siempre.

No quería más relaciones.

Pero le había ofrecido… otras cosas.

La vio pasarse la lengua por el labio, limpiándose el azúcar y dejando tras de sí su resplandeciente boca rosada. Dios, cuánto la deseaba. Una vez más, la intensidad de aquella emoción lo pilló por sorpresa. ¿Había deseado alguna vez a alguien como deseaba a Daisy?

—Y el ganador es… —El alcalde Kelly hizo una pausa dramática mientras la banda escolar tocaba un verdadero redoble de tambores.

Elliot intentó dejar de pensar en cosas obscenas, pero recordó entonces aquello que había dicho Jack acerca de Beltane: que era

cuando todos se enrollaban.

¿Podría sobrevivir él a enrollarse con Daisy? La otra noche había estado a punto de morir. ¿Qué creía que ocurriría esta vez? ¿Que sería capaz de irse como si nada? Imposible.

—¡Andy Sinclair! ¡Enhorabuena, Andy!

Andy sonrió de oreja a oreja cuando el alcalde le puso la banda de Reina de Mayo por encima de la cabeza y sustituyó su corona de flores por una tiara de plástico enjoyada.

—¡Sí! —exclamó Daisy junto a él—. ¡Acabo de ganar cincuenta pavos!

—¡Qué maravilla! —dijo la madre de Elliot—. ¿A que es encantador? —Sonrió hacia el escenario, donde Andy celebraba su victoria mientras Kira y Gladys lo abrazaban y felicitaban.

—Ya te lo dije. —Daisy se volvió hacia Elliot—. Si participas en muchas de estas cosas, al final acabas por ganar algo.

—Lo tendré en mente para el año que viene —respondió él, solo para poder volver a oír su risa. Y ella no lo decepcionó.

—Quiero dar las gracias a nuestros participantes. Los finalistas recibirán tarjetas regalo del *pub* de Mac para ahogar sus penas —anunció el alcalde Kelly por encima del bullicio y Kira aplaudió—. Gracias a todos lo que han votado y hecho donaciones, hemos logrado recaudar casi dos mil quinientos dólares para el hospital infantil.

Cuando todos hubieron terminado de felicitarse, la multitud comenzó a dispersarse y se encaminó hacia los *food trucks* o hacia el *pub* de Mac a beber algo.

—Ha sido muy divertido —declaró la madre de Elliot—. Pero estoy agotada. Las celebraciones nocturnas os las dejo a vosotros dos.

«Cuando todos se enrollan».

A Elliot se le puso la cara roja y dio gracias a que el sol ya se hubiera puesto.

—Ha sido un placer conocerte —dijo Daisy, dándole a su madre un fuerte abrazo, y esta lo miró por encima de su hombro.

«Me gusta», articuló con la boca.

A él también le gustaba, y ese era el problema.

Casi se había olvidado de que parte de su motivación para fingir que salía con Daisy era lograr que su madre dejase de preocuparse por él. Misión cumplida. Su madre podía regresar a Florida pensando que Elliot estaba felizmente emparejado. Se lo imaginaría paseando por el pueblo con Daisy en lugar de solo en casa. Como mínimo, le había brindado a su madre cierta tranquilidad, y, con suerte, conseguiría espaciar sus visitas en el tiempo.

—Ha sido una tarde muy divertida. Gracias por dejarme estropearos la cita —comentó su madre, que le dio a Daisy un último abrazo.

—Me alegra que hayamos podido conocernos —contestó Daisy.

—Yo también. La semana que viene regreso a mi casa, así que me alegra haber podido sacar el tiempo.

—Mañana te llamo, mamá —dijo Elliot, dándole un abrazo antes de que ella se fuera a su coche alquilado despidiéndose una última vez con la mano por encima del hombro.

—Qué simpática —comentó Daisy.

—Sí que lo es.

—Creo que la hemos convencido.

Convencido de que aquella farsa era real. Pero a él no le hacía falta fingir. Hacía mucho que no fingía. Quizá desde el principio.

Quizá Daisy no creyera que podía enamorarse de ella. Quizá creyese que estaba siguiendo viejos patrones; sin embargo, cada segundo que pasaba con ella desmontaba esa teoría. ¿Y qué iba a hacer? ¿Salir con un montón de mujeres para poder volver a Daisy y decirle que la deseaba de verdad, que no le gustaba solo porque hubiera entrado aquel día en la floristería?

—¿Nos vamos a las hogueras? —sugirió ella.

—Claro.

Daisy le estrechó la mano; juntos, se abrieron paso entre las hordas de gente, y Elliot deseó poder relajarse. Deseó poder enrollarse o darse el lote o lo que fuera que hiciera la gente solo por diversión. Había reproducido mentalmente su conversación sobre los follamigos un millón de veces desde aquella noche. Estaba seguro de que debería haberlo gestionado de un modo diferente, de que debería haberle dado a Daisy lo que quería, haberse conformado

solo con el sexo. En cambio, al besarla aquella tarde le habían entrado ganas de arrodillarse frente a ella y prometerle que estaría a su lado para siempre. Deseaba poder desvincularse de sus sentimientos, pero no podía.

Le gustaba Daisy.

Más de lo que debería gustarle. Más de lo que había planeado. Y, fiel a su estilo, estaba concediendo a aquel asunto mucha más importancia de la necesaria.

Y ahora que habían llegado a la noche en la que, en teoría, todos se enrollaban, no sabía si sería capaz de seguir adelante. Al menos, no sin proclamar accidentalmente sus sentimientos por ella y ahuyentarla para siempre.

[3] Dulce regional típico en ferias y carnavales de Estados Unidos que puede asemejarse a los churros o buñuelos de viento en España. *(N. del T.)*

Capítulo 23

Elliot tenía la corona de flores torcida. La tenía de medio lado encima de la cabeza mientras contemplaba la hoguera de Beltane. Su cabello oscuro contrastaba profundamente con los pétalos blancos de las margaritas y las mejillas se le veían sonrosadas por el calor del fuego. Cuando se volvió hacia ella, tenía los ojos brillantes de emoción detrás de las gafas, en cuyos cristales se reflejaban las llamas.

Daisy estuvo a punto de estirar el brazo para recolocarle la corona, pero le gustaba así, un poco torcida. Elliot tenía un aspecto juguetón y relajado. Daba la impresión de que lo hubiera pillado bailando en el bosque, celebrando la llegada del verano, lozano y lleno de vida.

—¡Qué divertido! —Él señalaba a los vecinos que caminaban, saltaban y bailaban entre las dos hogueras, algunos seguidos de sus mascotas, para protegerlas de cara al nuevo año—. Es decir, desde el punto de vista histórico, no resulta muy preciso. No creo que a los antiguos celtas les importase mucho bendecir a sus iguanas, y estoy seguro de que este «vino de mayo» no es más que sangría… —Levantó su vaso de plástico y parte de la bebida se derramó por encima del borde. Daisy se preguntó cuántos se habría tomado—. Pero es muy divertido.

Daisy le sonrió para darle la razón. Estaban sentados sobre una vieja manta que había echado a su bolso esa tarde. Había numerosos grupos y parejas sentados también en la hierba, con las dos hogueras en el centro. Había oscurecido ya por completo y el cielo aparecía salpicado de estrellas, y el fino tajo de la luna creciente pendía sobre las copas de los árboles.

Se apoyó contra el costado de Elliot y él la rodeó con un brazo, envolviéndola con su calor, y ella ya no supo qué estaba haciendo, pero sí sabía que le gustaba tener su brazo ahí. Le gustaba que la mirase de aquella forma, que la besase así. Le gustaba que la hiciese sentir a salvo, deseada.

A Daisy le gustaban muchas cosas de Elliot, pero no quería añadirlo a su lista de errores. No quería toparse con él transcurrido un año y tener que llamarlo ex (¿lo llamaría así si aquella situación seguía siendo una supuesta farsa?). Encontrarse al mismo tiempo con David y con Matthew había servido para recordarle lo mucho que se había equivocado en el pasado con su vida amorosa.

Y hablaba en serio al proponerle que fueran amigos con derecho a roce. Se notaba demasiado cansada para volver a intentarlo. Estaba volviendo a la vida ahora, después de un año llorando por su anterior relación fallida.

Zambullirse en otra le parecía un error.

¿No?

Suspiró y Elliot la atrajo más hacia sí.

Se apoyó contra él y trató de no pensar en el futuro, pues las cosas no acostumbraban a salirle bien.

Quizá fuese mejor no pensar en cómo terminaría aquello. Porque todo se terminaba. Daisy había estado convencida de haber encontrado eso antes, esa sensación, esa conexión con otra persona, y se había equivocado siempre. Eso era lo que había intentado decirle a Elliot la noche que la hizo correrse más intensamente que ninguno de sus ex. Pero los orgasmos por sí solos no garantizaban relaciones duraderas.

No podía volver a exponer su corazón.

Sin embargo, allí, acurrucada junto a Elliot, no pudo evitar preguntarse: ¿se había sentido así alguna vez estando con David? ¿Acaso Matthew la había hecho sentir segura? Ya no lo sabía.

Más allá de las hogueras, sobre el escenario, los Midnight Dreamers de Cliff comenzaron su actuación, tocando música celta con violines y tambores. ¿Era Norm el que tocaba el acordeón?

—Son bastante buenos —comentó Elliot con la boca pegada a su oreja, haciéndole cosquillas con el aliento.

—¡Sí que lo son!

Alex, de la librería, tocaba una melodía al violín y Cliff no tardó en sumarse con una voz sorprendentemente profunda y relajante. La multitud se puso en pie para bailar, abandonando sus mantas y

cogiendo alegremente a sus acompañantes para dejarse llevar por un baile que nadie se sabía, aunque todos fingían que sí.

—¿Deberíamos bailar? —le susurró Elliot al oído.

—Solo si quieres.

—¿Y tú quieres bailar, Daisy? —le preguntó.

Parecía más relajado de lo normal, más tontorrón. Se le notaba la risa en la voz. Quizá el vino de mayo estuviese haciendo su magia.

Quizá debiera rendirse. Solo por esa noche.

Al fin y al cabo, Elliot no le estaba pidiendo matrimonio. Solo le estaba pidiendo un baile.

—Sí —respondió.

Entonces, Elliot se puso en pie y le tendió la mano. Ella se la estrechó y él tiró para levantarla y se rio cuando terminó aplastada contra su pecho. Se quedaron así unos instantes, ella pegada a él y él iluminando la noche con su sonrisa, luego le agarró la mano y la hizo girar.

Sus risas se sumaron al jolgorio y a las carcajadas que los rodeaban. Distinguió a Noah por allí cerca, haciendo girar a una sobrina con cada mano. Las niñas se reían a carcajadas mientras daban vueltas. Hazel y Jeanie saltaron juntas entre el fuego con un inquieto Casper en brazos. En cuanto hubieron terminado, el gato saltó de los brazos de Jeanie y se escabulló en la oscuridad.

—¡Al menos ahora estás protegido frente a los espíritus malignos! —le gritó Jeanie.

—El espíritu maligno es él —respondió Hazel entre risas mientras regresaba junto a Noah.

—¡Más madera, chicos! —gritó Jeanie, y Logan y Bennett trajeron más leña para echarla al fuego.

En cuanto Bennett hubo terminado, Kira lo arrastró hacia las sombras con una sonrisa pícara.

Iris saludó a Daisy con la mano mientras Archer y ella se abrían paso entre los bailarines. Olive iba subida a hombros de Archer con su corona de flores aún en la cabeza, aunque la llevaba un poco más aplastada que cuando la había escogido. Daisy sabía que Owen estaba en casa con una canguro.

—¡Adiós, Daisy! —gritó Olive—. ¡Gracias por mis flores!

—De nada —respondió Daisy, saludando a la niña con la mano.

Archer sonrió, dándole la mano a Iris conforme se adentraban en la oscuridad, alejándose del fuego, para encaminarse a casa.

Una casa llena de amor y bebés…

Algo que Daisy siempre había pensado que tendría.

Sacudió la cabeza, se dio la vuelta y estuvo bailando con Elliot hasta que la corona se le torció aún más que antes y ella se quedó sin aliento. Volvió a atraerla hacia sí.

—¿Los que están ahí enrollándose son el cartero y la mujer que me vendió la casa? —Elliot señaló con la barbilla a la pareja en cuestión.

—Desde luego que sí.

—¿Y la que se aleja montada a caballito sobre un hombre muy corpulento no es Crystal, la que me prepara el café todas las mañanas?

—Es su prometido —respondió Daisy entre risas—. Es jugador de fútbol americano.

—Guau —murmuró él—. Ay, Dios —susurró entonces casi a gritos —. ¡Si ahí están Jack y Gabe, que se marchan juntos!

—¡Ya te lo dijimos! Es Beltane. Hace que todos se vuelvan… retozones. —Intentó decirlo como si fuera una broma, pero Elliot la miró a los ojos y a ella no le cupo duda de que, si hubiera más luz, habría visto el rubor que le coloreaba hasta la punta de las orejas.

«Te deseo, Daisy».

Había dicho eso, ¿verdad?

—Es cierto —contestó él con la voz ronca de tanto reírse y bailar —. Lo mencionasteis.

—Eso no significa que tengamos que… Has dejado muy claro lo que opinas sobre los rollos sin ataduras. Ya has hecho bastante viniendo aquí conmigo. Si bailar en Beltane no rompe la maldición, ya no sé qué más hacer.

—No estás maldita, Daisy —susurró Elliot mientras le metía el pelo detrás de la oreja—. Eres perfecta. Por si acaso no lo he dejado lo bastante claro. —Le rodeó la cara con ambas manos de manera que, cuando se inclinó para besarla, Daisy se encontró cautiva, atrapada allí, segura entre sus manos.

Sus labios eran suaves y dulces, con un agradable sabor a vino y fruta. Daisy le rodeó el cuello con los brazos y dejó que sus dedos juguetearan con el pelo más largo de su nuca. Se relajó contra su cuerpo y se balanceó al ritmo de la música. Se permitió rendirse a la magia de la noche.

Todo desprendía un brillo cálido. La música le recorría la piel, calentándole la sangre con su murmullo y haciendo que su cuerpo pidiera más.

Elliot gimió contra sus labios cuando ella apretó su cuerpo contra el suyo, y en respuesta suspiró al sentir que la rodeaba con los brazos, sujetándola con fuerza.

—Quizá me equivoqué con lo que dije el otro día —murmuró con un brillo oscuro en la mirada al apartarse—. Quizá deberíamos…

Daisy estaba a punto de responder que sí, que claro que deberían, pues una vez más el deseo ganó a la racionalidad, pero los interrumpió una voz burlona.

—¡Qué acaramelados se os ve! —dijo Annie, cargada con una bandeja de bebidas—. ¿Más vino de mayo?

El *pub* de Mac suministraba las bebidas esa noche; al parecer, tras haber vendido todos sus dulces, Annie estaba echando una mano como camarera.

—Yo me tomaré otro —contestó Elliot, cogió un vaso y sacó su teléfono para pagar la consumición al *pub.*

—Yo estoy servida. —Daisy supuso que uno de los dos debería mantener el sentido común, de lo contrario sí que acabaría la noche quedándose embarazada.

Annie le sonrió y enarcó ligeramente sus cejas rubias, lo justo para provocarle un rubor en las mejillas.

—¿Os lo estáis pasando bien? —les preguntó.

—Yo me lo estoy pasando de maravilla —respondió Elliot, pasándole un brazo a Daisy por los hombros.

Annie agrandó la sonrisa.

—Fantástico. Me alegra oírlo.

—Oye, Annabelle, ¿estás vendiendo copas o charlando? —gritó Mac desde la carpa de las bebidas.

—Oye, Macaulay, vuelve a llamarme así y te vas a enterar —contestó Annie, también gritando.

Mac soltó una carcajada.

—Ven para acá, anda —gritó Mac de nuevo, provocando aullidos y abucheos entre la multitud.

Annie le hizo una peineta y la concurrencia aplaudió.

—¿Así que la cosa va bien entre vosotros? —le preguntó Daisy con una risotada.

—Va de maravilla. A diario le recuerdo a Mac la suerte que tiene de estar conmigo —dijo Annie con una sonrisa—. Debería seguir haciendo la ronda. ¡Disfrutad! —Se alejó para seguir vendiendo su mercancía y después regresó junto a Mac.

Él la tomó en brazos y la besó delante de la gente que hacía cola, y a ella pareció pasársele el enfado de inmediato.

La magia de Beltane.

Quizá a Daisy también le saliera bien.

Elliot estaba borracho. Había quedado cada vez más claro en el transcurso de la última hora del festival, y ahora, mientras Daisy y él regresaban dando tumbos hacia la floristería, resultaba más que evidente. La calle principal estaba desierta salvo por algunos rezagados que regresaban a sus coches o recorrían a pie las pocas manzanas que los separaban de sus casas, algo ventajoso, habida cuenta de que, al parecer, al Elliot borracho le gustaba cantar. A voz en grito.

—«Daisy, Daisy, dame una respuesta» —cantaba según caminaban—. «Estoy medio loco por tu amor».

Daisy no había oído aquella canción desde que su abuelo se la cantaba siendo ella pequeña. Pese a las miradas de curiosidad de las escasas personas con las que se cruzaban, ella sonreía.

—«No será un matrimonio de traje. No puedo permitirme un carruaje. Pero estarás divina en el sillín de mi bici para dos». —Elliot extendió los brazos en esa última nota, dándolo todo.

Se ganó un puñado de aplausos de los demás viandantes, uno de los cuales incluso le pidió un bis.

—¿Te sabes esa? —le preguntó a Daisy, ignorando a sus nuevos admiradores.

—La verdad es que sí.

—Es buena.

—Muy buena.

—Trata de ti.

—¿De verdad?

—Debería.

—Muy bien, Elliot —se rio ella mientras lo conducía hacia la tienda con un brazo alrededor de su cintura.

Él le pasó el brazo por los hombros.

—Qué guapa eres —dijo.

—Gracias.

—No, lo digo en serio. Eres la mujer más guapa del pueblo.

Daisy reprimió una sonrisa. Vale, estaba borracho; aun así, resultaba agradable de oír.

—Gracias, Elliot.

—Creo que del mundo entero.

—Y yo creo que te estás dejando llevar.

Notó que se encogía de hombros.

—Pues yo creo que no. Creo que eres la mujer más guapa del mundo entero. —Empezó a tararear de nuevo «Bicycle Built For Two».

Ella se dio cuenta de que no podría conducir hasta su casa en ese estado. Ni tampoco ir andando. Apenas se tenía en pie tal como estaba.

—Oye, Elliot, ¿dónde vives?

—Aquí.

—Ya lo sé, pero ¿cuál es tu dirección?

Aquello pareció dejarlo sin palabras. Le dio varias direcciones, ninguna de las cuales correspondía a Dream Harbor. Se mostró muy insistente con una en particular ubicada en Nueva York, que, sin duda, debía de haber sido la casa que compartió con su exmujer, pero no pensaba señalárselo. En ese momento no. Menos aún cuando el Elliot borracho era proclive a las serenatas y a los cumplidos.

—Creo que tienes que quedarte a pasar aquí la noche.

Sus cejas se enarcaron de forma cómica por encima de las gafas.

—¿Una fiesta de pijamas?

—Sí.

Elliot soltó un pequeño quejido.

—Siento haber bebido demasiado vino de hadas —murmuró, apoyándose contra Daisy mientras ella abría la puerta e intentaba no reírse del nuevo nombre con que acababa de bautizar el vino que había estado bebiendo toda la noche.

—No te preocupes. Ese brebaje pega fuerte.

Atravesaron la tienda a oscuras, Elliot con el brazo aún sobre sus hombros. No estaba apoyando el peso en ella, pero sin duda se dejaba guiar a través de las flores y el desorden que Daisy había dejado en la floristería al marcharse corriendo al festival.

—Estaba nervioso por lo de esta noche. Por lo de enrollarnos —susurró él, haciéndole cosquillas en la oreja con el aliento.

—Yo también.

—¿De verdad? —Pareció sorprendido, cosa que estuvo a punto de hacerla reír.

—Pues claro. No sabía qué… O sea, no tenía claro lo que… querrías. Después de que dijeras que no querías que fuéramos follamigos.

—Yo tampoco —contestó él con un lamento al dejarse caer sobre el extremo de su cama, que por suerte había dejado abierta antes de marcharse.

De pronto le pareció perdido al quitarse la corona. Daisy se acercó para sacudirle los pétalos del pelo. Él abrió las piernas y ella se situó entre medias. Notó sus manos en las caderas.

—Esta noche no vamos a enrollarnos —le dijo.

—Lo sé.

—Y creo que deberíamos dejar de llamarlo así. Suena ridículo.

—Desde luego —contestó él con una carcajada—. Lo siento, Daisy.

—No lo sientas. Es mejor así. Menos… peligroso.

Elliot dejó escapar un sutil quejido de tristeza y apoyó la frente en su clavícula. Le clavó los dedos con más fuerza en las caderas, como

si tal vez no creyera que aquello fuera lo mejor. Como si tal vez deseara hacer una fiesta de pijamas muy distinta.

—Seguramente tengas razón —le dijo mientras ella le pasaba los dedos por el pelo. Lo tenía tupido y oscuro, y tuvo que resistir la tentación de tirar de él. Olía a vino y a fruta y a humo de hoguera. Lo más probable era que ella también. A verano y a deseo.

Estuvo a punto de cambiar de opinión. A punto de empujarlo sobre la cama y subirse encima de él, y al infierno con las consecuencias.

Pero ¿entonces, qué?

—Claro que tengo razón. —Le dio un beso casto en la cabeza, obligándose a hacer lo correcto, lo sensato.

Acostarse con Elliot mientras iba borracho sería moralmente cuestionable en el mejor de los casos, y desde luego no haría que se lo pasaran bien. No había logrado convencerlo de que podían acostarse sin compromiso mientras estaba sobrio, mucho menos debería intentarlo cuando iba borracho.

Salió de entre sus piernas y él dejó las manos aferradas a sus caderas, pero al final la soltó cuando ella se apartó, retrocediendo hacia la cocina.

—Deberías beber un poco de agua. —Le sirvió un vaso en su afán por poner algo de distancia entre ellos, cosa casi imposible en su diminuto apartamento.

—Gracias. —Elliot tenía los ojos oscuros, los labios teñidos por el vino y el cabello revuelto por sus dedos.

Tenía que salir de allí.

—Voy a prepararme para irme a dormir. Enseguida vuelvo.

Lo dejó en la cama cantando para sus adentros mientras ella se iba al cuarto de baño y cerraba la puerta a su espalda, dejando al otro lado a Elliot, su boca tentadora y sus manos fuertes. Respiró hondo, repitiéndose a sí misma que aquello era lo mejor. El sexo no haría sino empeorar las cosas, complicarlas más, y después le costaría más recuperarse.

Pero entonces pensó en los dedos de Elliot clavados en sus caderas, en el tacto de su pelo entre las manos, en su manera de besarla —como si se entregara por entero en aquel beso—; también

pensó que al día siguiente le diría cuatro cosas a Mac por cargar tanto las copas. Porque aquello no le parecía lo mejor. Le daba la impresión de que habían estado a punto y el momento se había echado a perder.

Siguió dándole vueltas a lo mismo mientras llevaba a cabo su rutina nocturna, deseando a Elliot y al mismo tiempo temiendo que le hiciera daño. O hacérselo ella a él. Vueltas y más vueltas a lo mismo, hasta no saber ya dónde estaba.

Cuando se hubo lavado la cara y aplicado la crema hidratante, tras cepillarse los dientes y pasarse el hilo dental, regresó al dormitorio y se encontró a Elliot dormido como un tronco. La decisión estaba tomada.

Le quitó las gafas con cuidado. Él suspiró con el movimiento y ella no pudo evitar apartarle el pelo de la frente. ¿Por qué tenía que ser tan guapo?

Dejó las gafas sobre la mesa y a continuación se acurrucó en su lado de la cama, decidida a no tocarlo más, a no empeorar eso que sentía en el pecho.

La primera noche que se acostaban juntos estaba resultando ser tan falsa como el resto de su relación.

Pero la frustración que le provocaba no poder tenerlo era cada vez mayor.

Capítulo 24

Elliot estaba medio dormido y medio despierto, borracho y sobrio, cuando Daisy se acercó con sutileza a su parte de la cama. Él le rodeó la cintura con el brazo y ella se acurrucó a su lado; la bruma del sueño hizo que fuera un gesto inocuo. Era como un sueño entre sus brazos. No lo pensó demasiado cuando ella suspiró, acariciándole el cuello con el aliento. El pensamiento consciente no tenía cabida allí cuando Daisy pegó los labios a su garganta. La oyó gimotear cuando deslizó las manos por la curva de su cadera, atreviéndose a meter los dedos por debajo del dobladillo de su camiseta, a acariciar la piel suave y cálida de su vientre, de sus costillas. Se apretó más contra él, y Elliot se notó la polla tan dura que le dolía hasta en sueños. De no haber sido por los vaqueros con los que se había quedado dormido, no le cabía duda de que se habría corrido, solo por sentirla a su lado, solo por oírla susurrar su nombre medio dormida.

—Estoy aquí —murmuró él.

Daisy volvió a calmarse, con la cabeza apoyada justo debajo de su barbilla, y la respiración se le aquietó al caer en un sueño más profundo.

La mantuvo cerca el resto de la noche, las manos sobre su piel, los labios en los suyos cada vez que ella lo deseaba, cada vez que su voz sugerente atravesaba la neblina del sueño.

Era el sueño más realista que había tenido en su vida.

No quería despertarse.

Alguien tarareaba una melodía conocida. Elliot abrió un ojo y confirmó lo que ya sabía. No estaba en su cama. No estaba en su casa. Y la persona que tarareaba era la hermosa y perfecta Daisy mientras preparaba el té en su cocina. La mujer frente a la cual había quedado como un completo idiota la noche anterior.

No había sido un sueño. Mierda.

Se había pasado bebiendo (siendo el peso ligero que era) y se había puesto a cantar por las calles de Dream Harbor (Dios santo, que alguien lo matase) antes de quedarse dormido en la cama de Daisy (como el pringado que era). No le habría sorprendido que no deseara volver a verlo. Llegado ese punto, a él tampoco le hacía mucha ilusión tener que verse a sí mismo.

Si bien le horrorizaban los recuerdos de la noche anterior, una pequeña parte de él se sentía justificada. ¡Sí que se le daban mal las citas! Hacía bien en quedarse en casa, sin salir nunca, esperando a morirse solo algún día. Resultaba todo perfectamente razonable tras el bochornoso espectáculo de la noche antes. Su terapeuta le diría que aquellos no eran pensamientos productivos, pero el doctor Bill no estaba allí, ¿no?

—«Pero estarás divina en el sillín…» —canturreó Daisy en voz baja antes de seguir tarareando.

Estaba cantando la misma canción que él la noche anterior, esa que acudía a su mente siempre que decía su nombre. Parecía… ¿feliz? Quizá no estuviera todo perdido.

Hora de hacer de tripas corazón y enfrentarse a sus errores.

Abrió los ojos y se estiró un poco antes de incorporarse y mirar a Daisy, que ahora sorbía su té sentada a la mesa de la cocina, colocada a escasos treinta centímetros de la cama.

—Buenos días —le dijo con una sonrisa tímida—. Siento haberte despertado.

—Deberías haberme sacado a empujones de tu cama nada más despuntar el alba.

Daisy se rio y aquel sonido, que por lo general adoraba, le taladró la cabeza. Debió de poner una mueca de dolor.

—¿Resaca? —preguntó ella.

—Tremenda.

—No sé qué era lo que servía Mac, pero desde luego era más fuerte que el vino.

Elliot meneó la cabeza y se detuvo al instante al notar que todo le daba vueltas.

—Eso da igual —respondió, cerrando de nuevo los ojos—. Soy un hombre adulto. La responsabilidad es mía. ¿Desmayarme en tu

cama? Figura entre los cinco momentos más vergonzosos de mi vida.

—Anda…, ahora quiero que me cuentes los otros cuatro.

Elliot abrió los ojos y la vio sonriéndole de nuevo, bromeando como si estuviera dispuesta a olvidar su lamentable episodio de borrachera. Sin embargo, él no estaba preparado. Al menos de momento. Necesitaba aclarar las cosas.

—Bueno, lo de darte una serenata también debería figurar en la lista.

—Es un honor ocupar dos puestos.

—Te muestras demasiado comprensiva con esto. —Encontró sus gafas sobre la mesa, se las puso y se pasó los dedos por el pelo para peinárselo un poco.

—Tampoco es para tanto, Elliot —le dijo Daisy antes de dar otro sorbo al té—. Apuesto que la mitad del pueblo tiene resaca esta mañana.

—Pero ¿cuántos de ellos se han despertado en la cama de otra persona?

—Diría que un elevado porcentaje, la verdad. Beltane, ¿recuerdas?

—Cierto. Beltane. —Elliot notó que se le sonrojaban las mejillas al recordar por qué había bebido tanto en un primer momento. Estaba nervioso.

Había querido que la noche fuese bien para Daisy. Había querido mostrarse divertido y encantador y ofrecerle el novio que ella merecía. Tras encontrarse con sus ex, había querido demostrar que él era distinto, mejor que ellos, porque en algún momento había empezado a intentar convencer a Daisy de que aquello podía ser real, sin ni siquiera darse cuenta. Sin ni siquiera pretenderlo. Probablemente fue cuando le metió la mano por dentro de las bragas y pegó los labios a su cuello.

Maldita sea. Estaba estropeándolo todo. Sus sentimientos se habían vuelto abrumadores y no sabía qué hacer al respecto, de modo que se había pasado con el vino de hadas.

Como un idiota.

—¿Quieres un poco de té? Tendrás que acercarte al café si quieres algo más fuerte.

—Con el té me vale, gracias.

Daisy le preparó una taza y se la dio, mientras él seguía sentado al borde de la cama. Tenía que aclarar las cosas…

—Lo siento, Daisy.

—¿El qué?

—Haber arruinado tu noche —respondió con un suspiro.

—No la arruinaste.

—Bebí demasiado, te torturé con mis canciones y luego ocupé tres cuartas partes de tu cama.

Daisy puso los ojos en blanco como si estuviese exagerando.

—Nos lo pasamos de maravilla en el festival. Comimos, bebimos y bailamos. Fue una velada perfecta. Dime que recuerdas eso.

—Lo recuerdo todo.

—Me alegro. —Daisy se cruzó de brazos como si estuviera enfadada con él por haber arruinado sus recuerdos de la velada—. Y después cantaste una canción que para mí significa mucho mientras volvíamos juntos a casa bajo las estrellas, y si bien no terminamos la noche como yo me había imaginado, me has dado calorcito hasta el amanecer.

Al oírla mencionarlo, le llegaron en tropel más recuerdos. Él abrazando a Daisy en mitad de la noche, su cuerpo menudo y suave acurrucado contra el suyo, sus dulces suspiros acariciándole el cuello, las manos de él recorriendo las deliciosas curvas de su…

—Te has puesto rojo otra vez —bromeó ella.

—Lo sé.

—No tienes que pedir perdón por nada.

—De acuerdo. —Asintió y ella se colocó entre sus muslos, como había hecho la noche anterior. Pero ahora él no tenía la mente nublada por el vino y sus manos se mostraron decididas. La agarró de las caderas y tiró de ella—. ¿Cómo te imaginabas que terminaría la noche? —le preguntó, y ella sonrió con suficiencia.

—A la manera tradicional de Beltane.

A Elliot se le formó un nudo en la garganta mientras deslizaba las manos desde sus caderas hasta su cintura y después volvía a bajarlas. Era el momento de la verdad. De decirle lo que debería haberle dicho el día anterior.

—Pero me alegra que no fuera así —agregó ella, adelantándose.

A Elliot se le encogió el corazón y notó un vuelco en el estómago, todavía lleno de vino.

—¿De verdad?

—Sí. Quiero decir, que es mejor no confundir las cosas entre nosotros. Mejor que siga siendo… platónico.

—¿Platónico? —repitió Elliot, y el corazón, remendado desde hacía poco, se le rompió otra vez. Aunque no debería. Aunque aquello no debería suponer una sorpresa.

—Sí, platónico. Somos amigos, ¿no es así?

Lo miró desde arriba, estudiando su cara, enredó los dedos en su pelo como ya hiciera la noche anterior y a Elliot le dieron ganas de llorar al sentirlo, al notar sus caricias, al escucharla decir que nunca habría nada más entre ellos.

Tragó saliva. No podía acostarse con Daisy y fingir que no significaba nada, cuando sabía que sería mentira. Se lo había dicho y estaba claro que ella no buscaba lo mismo, no quería que se enamorase de ella.

Así que serían amigos.

Daisy no tenía por qué saber que, para él, ya era demasiado tarde.

—Sí, desde luego, amigos.

—Podemos dejar de fingir que salimos juntos, si quieres —añadió ella—. Si ahora te resulta demasiado raro.

—¿Te han encargado ya alguna boda?

Ella negó con la cabeza.

—¿Y qué ocurre si ahora rompemos? —le preguntó él, sabiendo ya la respuesta. Su ruptura solo serviría para alimentar la creencia de que Daisy tenía mala suerte en el amor, y entonces aquello no habría servido de nada.

Daisy se encogió de hombros como si le diera igual, pero él sabía que no era así. No le daba igual en absoluto.

—De acuerdo, entonces seguiremos —declaró, a sabiendas de que eso le causaría más dolor—. Al menos hasta que te encarguen una boda para el año que viene. ¿Qué te parece?

Daisy se mordió el labio inferior, pensando, como si no tuviera claro que fuese buena idea.

—Y todavía tenemos que investigar sobre nuestros antepasados. Así que será mejor que hagamos creer al pueblo que seguimos juntos mientras tanto.

—Cierto… —Aun así, no parecía muy convencida.

—¿Te da miedo no poder quitarme las manos de encima? —bromeó él.

—Creo que puedo contenerme —contestó ella con una sonrisa engreída, aunque seguía deslizando las manos desde su pelo hasta sus hombros.

Él no le había soltado las caderas. Seguía teniéndola justo ahí.

¿Acaso no sería fácil tirar de ella? ¿Recostarse sobre la cama y rendirse?

Tan fácil como deslizar la mano por la punta de un cuchillo y preguntarse por qué dolía.

Daisy negó con la cabeza y por fin retiró las manos de su cuerpo.

—De acuerdo, entonces seguimos fingiendo, pero quizá con un poco menos de… toqueteo.

Elliot le dio un último apretón en las caderas antes de dejar caer las manos sobre la cama.

—Claro.

—Gracias, Elliot.

—No hay de qué. Pero debería marcharme. Se supone que tengo que estar en el hostal dentro de media hora. —Contempló su ropa arrugada—. Y está claro que necesito ducharme y cambiarme.

—Por supuesto, no deberías ir a trabajar con esta pinta.

—¿Te escribo luego?

—Me encantaría.

El impulso de darle un beso de despedida fue tan fuerte que supo que acababa de comprometerse a algo que se convertiría en una tortura, pero no lo habría querido cambiar por nada.

Capítulo 25

—¡Vaya, mira quién está aquí! —lo saludó Jack con una sonrisa petulante—. Elliot Parker…

Elliot se detuvo frente al mostrador de recepción del hostal como hacía cada mañana y cogió un *muffin* de la cesta. Aquel día eran de plátano con virutas de chocolate.

—¿Por qué me miras así?

Jack meneó las cejas de manera sugerente.

—Me he enterado de que te han visto esta mañana haciendo el paseo de la vergüenza por la calle principal.

Elliot soltó un quejido. ¿Cómo era posible que hubiese abandonado el apartamento de Daisy hacía veintisiete minutos y su breve trayecto andando de vuelta a casa vestido con la misma ropa del día anterior ya hubiera llegado a oídos de Jack?

—¡Tampoco es que haya nada de lo que avergonzarse! —prosiguió Jack, sonriendo ahora de oreja a oreja, como si deseara que le contara todos los detalles. Llegada la hora de la comida, la noche que Elliot había pasado con Daisy coparía la portada del periódico—. ¿Qué tal tu noche? —le preguntó Jack con los codos apoyados en el mostrador.

Elliot no tenía tiempo para aquello. Ni siquiera había podido asimilar todo lo sucedido en las últimas veinticuatro horas, y desde luego carecía de energía suficiente para explicárselo a Jack en aquel momento.

—No estuvo mal. Pero tengo una reunión con el contratista dentro de dos minutos… —Intentó seguir su camino más allá del mostrador de Jack, pero las palabras de este lo hicieron frenar en seco.

—No, ya no.

—¿Cómo? Claro que sí. La semana que viene empieza con la demolición y tenemos que hablar de…

—Han cancelado la reunión.

—¿Cómo? ¿Por qué?

¿Había ido corriendo hasta allí y nadie se molestaba en decirle que habían cancelado la reunión? Podría haber empleado jabón en la ducha en lugar de limitarse a lavarse con agua aún fría antes de volver a salir.

Aunque, después de la noche que había pasado pegado a Daisy, una ducha fría no le venía mal.

—El contratista ha renunciado. —Jack hizo una mueca al decirlo, olvidada ya su alegría anterior.

—¡¿Cómo?!

—Ha renunciado. Llamó esta mañana. Al parecer, su mujer, que está embarazada, tiene que guardar reposo en cama las próximas seis semanas y alguien tiene que cuidar de sus gemelos. Y ese alguien es él.

—Mierda.

—Lo sé.

—¿Y cómo se lo han tomado Mary y Joseph?

Jack arrugó la nariz al responder.

—No les ha hecho mucha gracia. No te digo más.

—Dime más, por favor —masculló Elliot.

Aquello era un desastre. Ya se habían topado con innumerables retrasos en el proyecto. Problemas con la junta municipal, problemas con los permisos, con los cambios en el diseño. Por fin, la semana siguiente iban a demoler las habitaciones estilo motel, y ahora esto.

—Ya han dejado de reservar esas habitaciones, y es mucho dinero perdido, teniendo en cuenta que llegan los meses de verano. Perder esos ingresos y que, además, no se hagan las obras los pone en un aprieto. Quieren que el proyecto avance sin más demoras.

Todo eso Elliot ya lo sabía, y, como era de esperar, oírselo decir a Jack no cambió nada.

—¿Han probado a contratar a otra persona?

—Han llamado a algunos contratistas, pero ninguno se sentía cómodo con la naturaleza histórica del proyecto. Están acostumbrados a demoler edificios y empezar desde cero. Nadie tiene la capacidad de preservar el carácter de los edificios como tú habías planeado.

El motivo por el que Joseph y Mary lo habían contratado, y por el que la junta de planificación de Dream Harbor había dado luz verde a la reforma, era que Elliot había jurado que mantendría el encanto histórico del hostal. Y, si el contratista no se sentía plenamente a gusto con eso, se iría todo al traste.

—Mierda.

—Eso ya lo has dicho.

Elliot se pellizcó el caballete de la nariz. Por desgracia, el analgésico que se había tomado esa mañana aún no le había hecho efecto y tenía un tremendo dolor de cabeza. Y, de no haber estado totalmente desesperado, jamás habría dicho lo que estaba a punto de decir. Pero estaba desesperado.

—Conozco a alguien a quien podemos llamar. —Casi se le atragantaron las palabras.

—¡¿De verdad?! Eso es fantástico.

—No tengo claro que sea fantástico —murmuró Elliot.

—Joseph y Mary estarán encantados de que el proyecto avance. ¿Quién es?

—Mi hermano.

Lo último que deseaba era llamar a Caleb y rogarle ayuda. Sería como admitir que su hermano tenía razón al preocuparse por él. Por desgracia, también sabía que su hermano era el candidato perfecto para el trabajo. Habían restaurado innumerables casas antiguas cuando trabajaban juntos. Era su especialidad.

—¡¿Tienes un hermano?! Elliot, ¿cómo es que no sabía nada de tu hermano?

—No habrá salido el tema —Y se encogió de hombros. Tras vivir durante años a la sombra de su hermano, resultaba agradable vivir en un lugar donde nadie supiera quién era Caleb Parker.

—Me surgen más preguntas —Jack entornó los ojos—, pero es evidente que no estás en condiciones de responderlas. En serio, ¿qué pasó anoche?

—Aparte de beber demasiado vino de mayo y desmayarme en la cama de Daisy, nada.

—Ay, no.

—Quedé como un auténtico idiota. —Y accedió a mantener la farsa pese a que sus sentimientos por ella no tuvieran nada de falso.

—Vaya.

—¿Cómo te fue a ti con Gabe? —preguntó Elliot, ansioso por cambiar de tema.

Jack se mordió el labio inferior y respondió:

—No estoy seguro.

—¿Por qué no?

—Bueno…, nos enrollamos un poco…

—Entonces es… —Elliot dejó la frase a medias, aguardando a que su amigo la terminase.

—Es bueno, supongo. Pero ahora no sé si fue real o solamente…

—¿Beltane?

—Así es. —Jack parecía tan desolado como se sentía él.

Por lo visto, no era el único que se había dejado llevar por los extraños rituales paganos de Dream Harbor y había acabado confundido al día siguiente.

—¿Tienes a alguien que te ayude hoy en recepción?

—Mabel no tardará en llegar.

—Bien. Déjame aclarar algunos asuntos con Joseph y Mary y luego vamos a por un café. Podemos ahogar nuestras penas con la bebida estimulante que prefieras.

—Perfecto.

Elliot sacó su móvil mientras volvía a salir para realizar una de esas llamadas telefónicas que tan poco le gustaban. Esa en la que le pedía ayuda a su hermano.

Caleb respondió al primer tono.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien —dijo Elliot con un suspiro—. ¿Por qué das por hecho que no?

—Nadie llama salvo que se trate de una emergencia.

—Llevas razón.

—Entonces, ¿qué ocurre?

Elliot reunió valor y preguntó:

—¿Estás con algún encargo?

—Lo cierto es que estoy terminando uno.

Alcanzó a percibir el tono interrogativo en la voz de su hermano. No había hablado con él desde la videollamada con Daisy. Resultaba extraño que lo llamase. Extraño que le preguntase por el trabajo. Su relación no funcionaba de ese modo. Al menos ya no, desde que Elliot había abandonado su empresa y había huido a aquel pueblo para lamerse las heridas en soledad.

Se dejó caer pesadamente sobre un banco ubicado en el porche delantero de la pensión. La pintura de la barandilla empezaba a desconcharse. Un ventilador de techo giraba perezoso sobre su cabeza. Veía el océano desde lo alto de la colina donde se levantaba el hospedaje. Aquello podía ser precioso. Lograría que fuera precioso… solo necesitaba…

A su puñetero hermano.

—¿Hay alguna posibilidad de que quieras venir aquí a trabajar en el hostal conmigo?

Silencio.

Se prolongó tanto que Elliot se apartó el teléfono de la oreja pensando que quizá se hubiera cortado, pero entonces habló Caleb:

—¿Quieres que volvamos a trabajar juntos?

—Bueno, el contratista ha tenido una emergencia familiar.

Caleb soltó una carcajada, pero Elliot alcanzó a oír el dolor en su voz.

—Vale, lo pillo. Te has quedado sin opciones.

—No es eso.

—Claro que es eso, y lo sabes, El. Por lo menos, sé directo conmigo.

Aquella conversación iba más o menos igual de bien que la que habían mantenido antes de que Elliot se marchara, cuando había tratado de explicarle a su hermano que necesitaba hacer las cosas por sí solo durante un tiempo, que necesitaba demostrarse a sí mismo que era capaz de sobrevivir sin su esposa, sin su familia. O quizá solo quería estar solo para regodearse en su desgracia. Ya no sabía cuáles eran sus razones ni si alguna de ellas era válida.

Y allí sentado, en el soleado porche delantero, pensando en qué decir, en cómo ser sincero, no encontró ninguna buena razón para seguir manteniéndose alejado de su hermano. ¿Por qué iba a querer

hacerlo? ¿Quién quiere sobrevivir a solas? ¿Acaso su vida no había mejorado sustancialmente desde que había dejado entrar en ella a Daisy, aun cuando ella solo deseara una amistad? ¿No había sido más feliz en las últimas semanas que en los últimos años?

¿Por qué entonces seguía comportándose como un cretino con su hermano?

—Vale, sí —admitió—. Me he quedado sin opciones, pero el verdadero motivo por el que te lo pregunto es que eres el más adecuado para el trabajo y necesito… necesito tu ayuda. Quiero que me ayudes con esto.

Más silencio.

—Siento haberte dejado tirado con la empresa que levantamos —siguió Elliot hablando—. Fue algo mezquino por mi parte. Me sentía herido y no… no…

—Tranquilo, El, no pasa nada.

—Sí que pasa —le respondió. Ahora que había empezado, necesitaba sacárselo de dentro—. Lo único que has hecho siempre ha sido cuidar de mí y últimamente yo me he comportado como un niño grande.

—Estoy de acuerdo —convino Caleb con una carcajada.

Elliot meneó la cabeza, riéndose también.

—Lo siento.

—Por suerte para ti, soy un hombre muy indulgente.

—Pues gracias.

—El divorcio te trastocó, lo pillo.

—Lo dice el hombre que nunca se molesta en tener una segunda cita.

—¡Oye! Estoy intentando ser comprensivo y toda esa mierda.

—Perdona. Ha sido un golpe bajo.

—Y, para tu información, mi estilo de citas me funciona de maravilla.

—Me alegro mucho por ti —contestó Elliot secamente; veía a las gaviotas planear sobre el agua. Era agradable volver a meterse con su hermano. Lo había echado de menos.

—En fin, que terminaré este encargo a finales de esta semana —le aclaró Caleb, refiriéndose a la tarea que tenía entre manos—. Puedo

estar en Dream Harbor la próxima semana.

—Gracias —dijo Elliot con un suspiro de alivio—. Te debo una.

—Me aseguraré de recordártelo siempre —contestó Caleb con otra carcajada.

—No esperaba menos.

—Nos vemos en una semana.

Su hermano llegaría dentro de una semana para salvarle el culo, algo que hacía una hora le habría dado ganas de que se lo tragara la tierra; en cambio ahora no sentía otra cosa que no fuera alivio.

Capítulo 26

Era bastante más de medianoche y Daisy seguía despierta.

El contenido de la caja que le había llevado su abuela estaba esparcido sobre la cama, igual que había sucedido casi todas las noches de la semana transcurrida desde Beltane. Había renunciado a intentar mantener una organización y se había limitado a hojearlo todo sin orden, haciendo montones basados en sus propias categorías caóticas. Había encontrado más fotos de la tía abuela Daisy —la tía D, como había empezado a pensar en ella—, algunas con el doble de Elliot y otras sin él. Gracias a las fechas garabateadas al dorso, consiguió acotar su relación a un periodo de dos años a mediados de la década de los veinte. Seguía sin saber qué había sucedido entre ellos, aunque su tía abuela no brillaba del mismo modo en las últimas fotos que en las primeras. Algo turbio habitaba en sus ojos, incluso hasta el final de su vida.

Daisy no había seguido el consejo de su abuela de no perderse en el pasado. Estaba implicada al máximo.

Probablemente debería haberle hecho caso. Quizá debería haber dejado a un lado aquella vieja caja y centrarse en su trabajo. Debería haber hecho cosas hermosas con las manos. Debería haber tomado café con su madre y visitado a Iris y mecido en brazos al pequeño Owen. Debería haber vivido su propia vida; en su lugar, había invertido una espantosa cantidad de tiempo en revisar aquella caja de cartón, sumergiéndose cada vez más en el pasado. No podía evitarlo. Necesitaba descubrir cosas sobre la tía D, entender por qué se sentía tan vinculada a ella. Aquella mujer se había instalado en su cabeza de forma permanente. La visitaba en sueños, siempre triste, siempre buscando, y la impulsaba a seguir indagando, a hallar más respuestas.

Su tía abuela la necesitaba.

Daba igual que llevase muerta mucho tiempo.

Daisy tenía que ayudarla.

Le vibró el teléfono en algún lugar por debajo de las montañas de papeles que cubrían su cama. Echó a un lado un puñado de fotografías hasta encontrarlo.

Un mensaje de Elliot.

Ah, claro, indagar en aquella caja también le había brindado la oportunidad de obsesionarse con algo que no fuera su vida.

«¿Todavía sigues despierta?».

No pudo evitar sonreír al ver su frase completa, incluido el primer signo de interrogación. Elliot nunca le escribía preguntando «despierta?».

«Sí. Aunque no debería. Qué haces levantado?».

«Echaban por televisión un documental de tres partes sobre la Revolución estadounidense».

«Friki».

«Si el amor por la historia es algo malo, prefiero ser malísimo».

Daisy soltó una carcajada.

«¿Sigues revisando esa vieja caja? Eso también es historia, ¿sabes?».

«Soy consciente».

Daisy levantó una foto de su abuela sentada en el regazo de su tía abuela. La tía D tenía la boca curvada esbozando una sonrisa, como si se alegrara de tener en brazos a su sobrinita, aunque sus ojos contaban otra historia. Daisy la giró, preguntándose de nuevo qué se le pasaría por la cabeza a aquella mujer. Y quizá fuera capaz de averiguarlo, porque el verdadero gran hallazgo había sido el diario escondido en el fondo de la caja. Al principio, no lo había visto porque el pequeño cuaderno estaba oculto entre las páginas de un viejo libro de contabilidad de la floristería.

Daisy lo cogió y lo abrió por la página donde lo había dejado. Todas las entradas del diario aparecían escritas con la misma caligrafía inclinada, como si su tía tuviera prisa por plasmar sus pensamientos. Se preguntó si habría tenido prisa también en otros aspectos de su vida. O si se mostraría cuidadosa y delicada cuando preparaba los arreglos florales para la tienda. ¿Cómo pasaba sus días aquella pariente suya? ¿Qué desayunaba? ¿Con quién hablaba?

¿Qué le apasionaba?

Quizá aquel diario fuese historia, pero para ella era algo personal y deseaba saberlo todo.

Las primeras páginas resultaban bastante anodinas, abarcaban varios meses y detallaban los pormenores de la apertura de la floristería junto a su hermano, John. Pero a Daisy le daba la impresión de que la cosa estaba a punto de ponerse interesante. La última entrada que leyó incluía a un guapo desconocido que entraba en escena…

16 de mayo de 1925

Hoy ha vuelto a entrar. Nathan, dice que se llama. Nunca antes lo había visto por el pueblo y ahora ha entrado a comprar flores, dos veces en dos días. Me parece sospechoso. John dice que debe de sentirse atraído por mí. Cosa que me parece absurda. Debe de tener novia. ¿Para quién si no comprará todas esas flores? Además, no quiero que los hombres se sientan atraídos por mí. Ya no. Nunca más.

Ah…, vale, la cosa empezaba a ponerse interesante. Nathan debía de ser el tipo de las fotos. Así que siguió leyendo.

20 de mayo de 1925

Hoy Nathan ha comprado una docena de rosas. Y ha tenido el descaro de quedarse en la tienda después de haberlas escogido. Yo me he ido a la trastienda y he dejado a John hablando de trivialidades con él.

27 de mayo de 1925

Hoy ha venido a por lirios. Su casa debe de parecer una funeraria. Me ha dicho que me sentaba bien el azul. Yo le he dicho que tuviera un buen día.

¡Ja! La tía D era insolente. A Daisy le gustaba eso.

Volvió a vibrarle el teléfono.

«Me voy a acostar. No te quedes levantada hasta muy tarde».

Suspiró. Había querido mostrarle el diario a Elliot nada más encontrarlo, pero lo evitaba desde Beltane. O al menos lo evitaba en la vida real. Porque se escribían casi todas las noches.

Pero lo de Beltane la había asustado. Los besos, los arrumacos de madrugada, la manera en que Elliot la miraba, todo ello empezaba a parecer demasiado real. Y pese a que Elliot hubiera accedido a ser solo amigos, ella ya no tenía claro que fuese posible. Quizá hubieran ido demasiado lejos.

Pero lo echaba de menos.

Echaba de menos su sonrisa torcida, sus gafas y su forma de ruborizarse cada vez que se avergonzaba de algo.

Lo echaba de menos, y eso le daba mucho miedo, de manera que, por el momento, mantenía las distancias. Elliot bromeaba al preguntarle si le daba miedo no poder quitarle las manos de encima, pero no se equivocaba. No sabía si podría.

Sus dedos anhelaban escribir:

«Ven aquí».

«Enamórate de mí».

«Abrázame».

«Protégeme».

Meneó la cabeza. En su lugar, escribió: «Vale, buenas noches, Elliot».

«Buenas noches, Daisy».

Se dejó caer de espaldas sobre la cama, con el diario aún en la mano. Quizá su tía abuela gestionara mejor las cosas.

31 de mayo de 1925

He reunido el valor para preguntarle qué hace con todas las flores que compra. Le he dicho: «Tu novia debe de haberse quedado sin jarrones». Y me ha sonreído y me ha dicho que no tenía novia. Y que me sentaba bien el rosa.

10 de junio de 1925

Pensaba que por fin Nathan había dejado de comprar flores en exceso, pero hoy ha vuelto. Se ha llevado dos ramos de

margaritas. Ha dicho que eran su flor favorita. Me ha dicho que me sentaba bien el amarillo y se ha marchado antes de que pudiera rebatirle.

En fin, eso no ayudaba. Solo sirvió para hacerla pensar en Elliot al proclamar que la margarita era su flor favorita y al llevar toda la noche una corona compuesta por esas flores.

El tipo se negaba a abandonar su cabeza.

Empezó a recoger, apilándolo todo otra vez para meterlo en la caja. No podía mantener los ojos abiertos por más tiempo y, al parecer, su estúpido cerebro insistía en pensar en Elliot.

Y ella no podía seguir pensando en él en esos momentos. Ya había tenido bastante con pasarse así el resto del día.

Además, antes de seguir con el diario, tenía que saber quién era Nathan. Por desgracia, las fotografías en las que aparecía con el hombre que imaginaba que sería él solo tenían escrita la fecha, sin nombres. Le pareció que solo había una forma de averiguarlo. Tal vez Elliot hubiera descubierto algo más acerca de su pariente y supiera cómo se llamaba…

Probablemente debería llamarlo.

Por la historia de amor que compartían.

Y porque seguían siendo amigos.

Se dijo que era por motivos de documentación, que necesitaba llegar hasta el fondo de la historia de su tía abuela, pero ni siquiera fue capaz de engañarse a sí misma.

La idea de volver a ver a Elliot resultaba demasiado tentadora, aun cuando era ella quien ponía distancia entre ambos. No sabía lo que quería. Estaba hecha un lío.

Miró su móvil. Elliot se había ido a la cama hacía media hora. No podía llamarlo ahora. Vale, pues le escribiría por la mañana. Quizá quisiera quedar. Se imaginó la ilusión que le haría poder tener acceso a una fuente original. A los frikis de la historia les gustaba esa clase de cosas, ¿no?

Ella podría estarse con las manos quietas, o eso esperaba.

12 de junio de 1925

Echando un vistazo a las últimas cosas que he escrito, me da una vergüenza tremenda haber desperdiciado tanto papel y tinta en un hombre, pero parece que no he terminado. Solo espero que nadie encuentre nunca este diario. Quizá lo queme cuando haya acabado, pero siento que necesito sacar estos pensamientos, ¡o no podré dormir!

Nathan ha vuelto hoy a la tienda cuando yo estaba sola. John había salido a hacer el reparto. He decidido que debía ponerle fin a esta… a esta… lo que sea. Le he dicho: «¿Por qué no paras de venir?». Y me ha respondido que para comprar flores, por supuesto. Así, sin más. Como si no estuviera haciendo nada fuera de lo corriente. Así que le he dicho que tenía que dejar de alabar mi aspecto y, madre mía, ¡ha tenido el descaro de sonrojarse! Como si fuera yo la indecente, cuando está claro que fue él quien empezó todo esto.

Se ha disculpado. Cosa que, debo admitir, me ha sorprendido. Ha dicho que, si me incomodaba, dejaría de venir.

Y aquí es cuando vuelvo a avergonzarme, porque no he sido capaz de decírselo. No me he atrevido a decirle que parase. Se me ha ocurrido la descabellada idea de que lo echaría de menos si así lo hiciera. Así que he enderezado los hombros y he intentado comportarme como una profesional al decirle que no sería necesario.

La sonrisa con la que me ha respondido me ha encogido el corazón.

Daisy sabía bien a qué se refería su tía abuela al decir que se le encogía el corazón. A ella le sucedía lo mismo. Añoraba a Elliot más de lo que había creído posible.

Sin embargo, había vuelto a acobardarse y no le había propuesto quedar. Había transcurrido otra semana de amistosos mensajes y Daisy estaba perdiendo la cabeza. Se había inventado tantas excusas patéticas para no verlo que Elliot había dejado de pedírselo. Seguía escribiéndole para saber cómo estaba, pero hacía días que no le sugería ir a tomar un café. Probablemente no tardase en dejar de

escribirle. Daisy había conseguido ahuyentarlo. Y se sentía fatal por ello.

Le vibró el teléfono.

«Despierta?».

Pese a su actual estado anímico, Daisy sonrió. Eran las dos de la madrugada y acababa de recibir un mensaje de Iris.

«Sí».

Empezó a sonarle el teléfono.

—Hola. —La voz de Iris sonaba somnolienta.

—Hola, ¿va todo bien?

—Sí. —Iris suspiró—. A Owen le ha parecido divertido pasarse unas cuantas horas totalmente despierto. Archer se ha encargado de la primera hora, pero le he dicho que debería dormir. Así que ahora me toca a mí.

—Uf, qué duro. Imagino que la cosa mejorará.

—Eso dice la gente. ¿Qué haces tú?

—Sigo leyendo el diario.

—Ah… ¿Y qué hace ahora la tía abuela?

Daisy sonrió. Había mantenido a Iris al tanto de las aventuras de la tía D.

—Sigue intentando ahuyentar a Nathan.

—Me suena de algo.

—¿A qué viene eso?

—A nada —respondió Iris riéndose por la nariz.

—Sabes que tengo mis razones.

—Todos las tenemos, pero en algún momento has de preguntarte si merece la pena. Te estás torturando, Daze.

Daisy estaba recostada contra las almohadas, mirando al techo. Había allí una grieta con la forma de un conejo.

—Será peor si me rindo. Será peor cuando termine.

—No siempre termina.

—Tú has tenido suerte, Iris. Archer es alucinante, un gran padre, un buen cocinero y blablablá. Me alegro mucho por ti, pero no creo que a mí las cartas me deparen lo mismo. Desde el punto de vista histórico, no es que haya tenido mucha suerte en ese aspecto.

Oyó a Iris haciendo «shhh» e imaginó que estaría intentando hacer callar a Owen y no a ella. Aguardó, recorriendo con la mirada las orejas del conejo.

—Perdona, ya estoy de vuelta —dijo Iris—. Creo que debes preguntarte si Elliot se parece en algo a David. O a Matthew. —Se rio para sus adentros—. De hecho, conozco a Matthew y Elliot no se le parece en nada. Y tú no eres la misma persona que a los dieciocho años, cuando te casaste con él.

—Cierto.

Daisy pensó en aquella chica, tan embelesada por el romanticismo de la situación, sin pararse a cuestionar si realmente deseaba construir una vida junto a Matthew. Había madurado desde entonces.

Pero ¿qué pasaba con David?

Ni siquiera le hizo falta pensarlo. Sabía que lo que sentía por Elliot no tenía nada que ver con lo que sentía por su ex. Y, lo más importante, la manera en que Elliot la trataba era distinta, su forma de hablarle y de preocuparse por ella era diferente. Había cuidado de ella desde el principio. Daisy nunca había sentido que tuviera que ir detrás de él o competir por su atención como le sucediera con David.

Elliot era diferente.

—¿Cómo puedes ser tan sabia a las dos de la mañana?

—Pienso mejor a estas horas —respondió Iris con una suave carcajada.

—¿Qué tal va el hombrecito? ¿Ya tiene más sueño?

—La verdad es que acaba de llenar el pañal a lo bestia.

—Deberías colgar.

—Sin duda.

—Gracias, Iris. Espero que puedas dormir algo.

—No hay de qué. Y tú también deberías dormir.

—Lo haré. Te quiero.

—Te quiero, Daisy.

Tras su conversación de madrugada con Iris, Daisy se despertó un poco más envalentonada.

«Podemos vernos en la biblioteca? Quiero enseñarte algo».

La respuesta de Elliot fue casi inmediata.

«Estoy intrigado».

Daisy sonrió y el corazón le aleteó en el pecho.

«Eso es un sí?».

«Por supuesto».

Por supuesto. Por supuesto, podía pedirle cualquier cosa y allí estaría él.

«¿Qué te parece hoy? Podemos quedar durante mi pausa para comer».

«Perfecto. Gracias, Elliot».

«Estoy aquí para lo que necesites».

Para lo que necesitara. Aun después de haberlo evitado durante dos semanas. Aun después de haberle propuesto tener relaciones sexuales y, a continuación, decirle que jamás podría tener nada serio con él. Aun después de Beltane, después de haber dormido uno al lado del otro, aun después de haber vuelto a recular y haberle dicho que deberían ser solo amigos.

«Por supuesto. Estoy aquí para lo que necesites».

Elliot había estado demostrándole desde el principio que él era diferente.

Quizá hubiera llegado el momento de empezar a prestar atención.

Capítulo 27

—¿Es bueno el libro? —preguntó Elliot y la sacó de la lectura con un respingo.

Daisy lo miró y el corazón le revivió de nuevo.

—Hola —susurró.

—Sonríes cuando lees —le dijo él, todavía de pie a su lado, como si no le quedara claro si debía sentarse o no—. Debe de ser bueno. —Tenía el pelo mojado por la lluvia y un rizo oscuro le caía por la frente.

Daisy ansiaba retirárselo, pero temía haber renunciado a ese privilegio.

Dejó el diario sobre la mesa de la biblioteca y se puso en pie para saludarlo, de pronto incómoda y nerviosa.

—Es el diario de mi tía abuela. Es parte de lo que deseaba enseñarte. ¿Puedes quedarte?

—Un rato, claro. —Se quitó el abrigo mojado y lo colgó del respaldo de la silla.

—Gracias —suspiró aliviada.

Elliot le dedicó otra breve sonrisa y se instaló un silencio entre ellos mientras se ponían cómodos a la mesa. Daisy había escogido una ubicada en el rincón del fondo para no molestar a nadie, aunque tampoco había mucha gente. En casi todos los centros educativos ya habían pasado los exámenes finales, de manera que casi todo eran niños que correteaban por allí después del cuentacuentos y alguna gente más mayor que curioseaba por los estantes. Elliot cogió unas cuantas fotografías y estuvo hojeando el viejo libro de contabilidad de la floristería. Daisy no había llevado la caja entera. Solo algunos de sus mejores hallazgos. Y, desde luego, nada de fotos suyas de niña con vestiditos de volantes.

Pero sentía que no podrían ponerse manos a la obra hasta no haberse disculpado.

—Siento haber estado evitándote —soltó.

Elliot levantó la vista, sorprendido.

—¿Eso es lo que hacías? Si nos hemos escrito todos los días.

—En persona, quiero decir.

—Cierto. Sí que me pareció extraño que tuvieras cita en la peluquería tres veces en una semana.

—Es peor que eso. —Daisy tomó aliento antes de confesar—. Tú te tomas el café a las ocho, así que yo no me paso por allí hasta las nueve. El martes, cuando entraste en la tienda, salí corriendo por la puerta de atrás y me escondí en el callejón hasta que te fuiste. Me salté la reunión municipal del jueves pese a que el club de lectura presentaba su lista de libros para el verano, cosa que nunca me pierdo.

Vio el dolor reflejado en sus ojos.

—Me alegra saber que no eran imaginaciones mías, supongo.

—Lo siento.

—No pasa nada.

—Claro que pasa.

Vio el rubor en sus mejillas y le dio la impresión de que deseaba decir una cosa y, en su lugar, dijo otra.

—No es que estuviéramos realmente juntos —contestó él, y ¿por qué a Daisy le dolió tanto escuchar eso?—. No me debes ninguna explicación.

—Pero somos amigos. —¿Acaso no lo eran? ¿Lo habría echado todo a perder?—. Me refiero a que quiero que seamos amigos y me parece una bajeza hacerle eso a un amigo.

—Estoy de acuerdo.

—Lo siento —le repitió con una mueca de arrepentimiento.

—Podrías habérmelo dicho sin más. —Elliot dejó escapar un largo suspiro.

—Lo sé.

—Estaba intentando darte espacio. Intentaba ser respetuoso.

—Y te lo agradezco, pero…

—Pero ¿qué, Daisy? —La pregunta le salió cortante, su voz rayaba el enfado. Jamás lo había oído hablar así—. ¿Qué pasa? Me encantaría saberlo porque ha sido muy duro pasar dos semanas sin verte.

—¿De verdad?

—Pues claro —repuso con un resoplido.

Daisy se mordió el labio para no sonreír.

—Ah.

—¿Eso te pone contenta? —le preguntó él al pillarla sonriendo.

—Un poco.

Elliot meneó la cabeza y esbozó también una sutil sonrisa de amargura.

—No soportaba estar sin verte. No me bastaba con unos pocos mensajes al día, Daisy. No lo soportaba, pero estaba intentando no…

—¿No qué?

—No asustarte.

—Todo esto me asusta en general —confesó ella, su voz apenas un susurro en la silenciosa biblioteca.

Vio la ternura en su mirada cuando volvió a mirarla a los ojos.

—Lo sé. Bueno, ¿qué es lo que ha pasado? ¿Por qué te escondías detrás de los cubos de basura para evitar verme?

—No he dicho eso.

—Básicamente —se rio él.

—No sé. Después de Beltane, me entró el pánico…

—Yo también entré un poco en pánico —admitió Elliot mientras se retiraba el cabello mojado de la cara.

—¿En serio?

—Sí. Desde que me di cuenta de que estabas equivocada.

—¿Equivocada en qué?

Elliot dejó la foto que tenía en la mano y le prestó toda su atención.

—No estoy repitiendo viejos patrones.

—¿De verdad? —le preguntó ella con un nudo en la garganta.

—Así es.

—¿Te importa explicarte un poco? —dijo exasperada, y él sonrió con suficiencia. ¡Qué descaro!

—Sí que me importa.

—¡¿Que sí que te importa?! ¿Vas a decirme que estoy equivocada y ya está?

—No creo que estés preparada para mis explicaciones, Daisy —contestó él agrandando la sonrisa—. Te basta con saber que mis sentimientos hacia ti no se parecen en nada a mis sentimientos hacia Leigh. Esto no tiene nada que ver.

A Daisy se le secó la garganta.

—¿Y qué es esto exactamente? —le preguntó con la voz ronca.

—Lo que tú quieras que sea. A mí me gusta pasar tiempo contigo.

—¿Te gusta pasar tiempo conmigo?

—Sí. Quiero pasar tiempo contigo, Daisy November. Si te parece bien. —Se quedó mirándola desde el otro lado de la mesa, sus ojos oscuros tras los cristales de las gafas, aguardando su respuesta. Como si Daisy pudiera decirle algo además de sí. Pero aguardó de igual modo.

—Sí. —Ella se aclaró la garganta—. Me parece bien.

—Me alegro —dijo él con una sonrisa de suficiencia, otra vez.

Se quedó mirándolo, aunque él devolvió su atención a los documentos desperdigados por la mesa frente a ellos.

Giró el diario entre sus manos con aire reverencial.

—Esto es genial. Está muy bien conservado. ¿Dónde lo has encontrado?

Daisy no sabía si contárselo todo o darle una patada en la espinilla por debajo de la mesa por provocarla de esa forma. Pero quizá llevase razón. Quizá no estuviese preparada para sus explicaciones.

—Mi abuela tenía una caja con cosas que había sacado de la tienda hace tiempo, y este diario estaba dentro. Parece que mi destino era encontrarlo.

Así era como se sentía, como si el destino o… o… algo intentase comunicarse con ella, como si estuviera destinada a descubrir la existencia de su tía abuela, a enmendar las cosas. Pero todo eso resultaba demasiado descabellado para admitirlo en voz alta.

—Desde luego, es increíble que acabara en tus manos.

—No para de hablar de un hombre llamado Nathan, y creo que debe de ser tu doble, el de las fotos, pero lo cierto es que no tengo pruebas que lo demuestren. ¿Tú has descubierto algo más acerca de él? Del tipo que se parece a ti.

—Empecé a revisar algunos documentos de mis antepasados en los que había estado trabajando años atrás —respondió Elliot con una mueca—, pero las cosas se me han complicado en el trabajo, así que no he tenido mucho tiempo. Sin duda, es el primo de mi bisabuelo. Se llama Nathan. Eso es todo lo que sé.

—¡Nathan! ¡Entonces, es él!

Elliot le sonrió y ella tuvo que apartar la mirada.

—¿Qué es lo que te ocurre en el trabajo? No quiero entretenerte.

—Necesitaba un descanso. Y quería verte.

Daisy no pudo evitar sonreír.

—¿Y qué es lo que sucede?

—Ha venido mi hermano.

—¿Caleb?

—Sí. El contratista original nos dejó tirados y tuve que llamar a mi hermano. El proyecto va retrasado por eso, y Caleb llegó la semana pasada y he estado poniéndole al día de todo.

¿Tan superficiales habían sido sus mensajes? Daisy ni siquiera sabía que su hermano estuviese en el pueblo. Había estado a punto de perderlo como amigo, como todo. Aquella idea le provocó mucho más pánico que todo lo que había sucedido después de Beltane.

Tenía que recuperarlo.

Quería que siguiese en su vida.

—¿Y qué opinas de que tu hermano esté aquí?

—Preferiría hablar de parientes muertos y no de los vivos —respondió Elliot con ironía, quitándose las gafas para frotar los cristales con la parte inferior de la camisa y limpiar las gotas de agua que había dejado su pelo.

Daisy se rio con demasiado entusiasmo y se ganó la mirada reprobatoria de un anciano que leía el periódico. Articuló un «lo siento», pese a que ese mismo anciano hubiese estado hablando a gritos por la biblioteca hacía escasos minutos, preguntándose dónde estaría la edición más reciente del periódico.

—Parientes muertos entonces —susurró, inclinándose hacia delante mientras Elliot sacaba el móvil para mostrarle la aplicación de antepasados que había estado utilizando—. Mi tía abuela habla mucho de Nathan en su diario.

Acercaron sus cabezas, el muslo de Elliot rozó el suyo y Daisy sintió que todas sus terminaciones nerviosas se despertaban.

Esconderse de él no había servido para que dejara de desearlo. Sin saber cómo, Elliot había logrado despertar en ella esa parte de sí misma que había bloqueado cuando David la dejó. Y esa parte, la que deseaba retirarle el pelo de la cara y acariciárselo con los dedos, la que quería besarlo, saborearlo de nuevo, la que anhelaba sentir su piel pegada, oír el sonido de su placer, de su deseo y de su anhelo, esa parte estaba ahora bien despierta.

Elliot levantó la vista del teléfono y la pilló mirándolo. Se le sonrojaron las mejillas como si supiera exactamente en qué estaba pensando.

—Es muy interesante —dijo ella, y la voz le salió innecesariamente susurrante, teniendo en cuenta que Elliot le estaba hablando sobre los registros de inmigrantes de Ellis Island.

—¿Ah, sí? —le preguntó con una media sonrisa.

Daisy se limitó a asentir sutilmente. Sus caras estaban ahora tan cerca que alcanzaba a ver el movimiento de sus pestañas detrás de las gafas y la barba incipiente que se adivinaba en su mandíbula.

—Me alegra que pienses así —dijo Elliot.

—Y a mí me alegra que hayas venido —contestó ella, y vio que él agrandaba la sonrisa.

Sería muy fácil echarse hacia delante y besarlo en aquel rincón de luz tenue de la biblioteca, con la lluvia resbalando por el cristal de la ventana, apretar los labios contra los suyos y dejar de fingir que no sentía nada por aquel hombre que no había hecho otra cosa que ayudarla desde que se conocieron. Pero sus emociones seguían hechas un lío, y sus pensamientos eran más caóticos aún. No sabía si podría darle a Elliot lo que merecía, y desde luego no deseaba volver a hacerle daño.

Elliot le sostuvo la mirada durante unos segundos más, como si estuviera esperando a que se decidiera.

—¿Qué decías? —le preguntó ella, que devolvió la mirada al árbol genealógico que aparecía en su teléfono.

Elliot se aclaró la garganta y respondió:

—Aquí es cuando llegó la familia de mi bisabuelo, pero se quedaron con un primo llamado Nathan, que ya vivía aquí. Creo que podría ser nuestro hombre.

—¡Increíble!

Invirtieron el resto del descanso para comer de Elliot en intentar descifrar viejos registros censales y partidas de nacimiento. No se besaron, pero la pierna de Elliot se mantuvo pegada a la suya, y a veces le golpeaba el pie cuando encontraba algo emocionante, sus codos se chocaban cuando escribía algo en su teléfono, y en más de una ocasión agacharon la cabeza lo bastante para tocarse, el cabello húmedo de él pegado al de ella. Daisy no podía evitar acercarse a él, ansiando cada roce accidental de sus cuerpos.

Para cuando recogieron su rinconcito de la biblioteca, Daisy ya no pensaba para nada en el pasado. Pensaba de manera obsesiva en el presente y en cómo vivirlo intensamente con Elliot.

Notaba que estaba empezando a enamorarse, y esta vez no tenía claro que quisiera reprimirse.

Capítulo 28

Era un precioso día soleado de junio y Daisy llevaba un vestido azul marino de manga corta y unas relucientes deportivas blancas. Elliot quiso comentar aquel cambio de color, pero decidió no hacerlo. Quizá ella no deseara explicar por qué había vuelto a incorporar el color a su vestuario. Quizá él quisiera fingir que tenía algo que ver con él. Sin duda ella le había devuelto el color a su vida.

Iban caminando por la calle principal tras hacer una breve parada en el café. Daisy llevaba un inmenso café con hielo en una mano y el diario de su tía abuela en la otra. Iba relatándole los últimos acontecimientos de la historia. Su voz emocionada flotaba suspendida en el cálido aire de principios de verano.

—Así que la tía D por fin ha dejado de rechazar a Nathan, a quien ahora llama Nate, ¿te lo había dicho?

Elliot negó con la cabeza mientras daba un sorbo a su *smoothie*. Eso no se lo había contado todavía, pero sí muchas otras cosas. Habían vuelto a salir juntos y la había visto casi a diario a lo largo de las últimas dos semanas.

Y resultaba absurdo lo mucho que se alegraba por ello. Lo mucho que la había extrañado.

Lo mucho que le gustaba.

Ninguno de los dos había vuelto a mencionar lo de las citas falsas, y desde luego tampoco habían mencionado tener citas reales. Al parecer, simplemente pasaban mucho tiempo juntos y dejaban que los vecinos del pueblo lo llamaran como quisieran.

Según había oído recientemente, el club de lectura los había denominado la «pareja del momento» de aquel verano. Siniestro, cuando menos.

—Ah, vale, pues ahora lo llama Nate, cosa que a mí me parece mona. ¡Y el fin de semana van juntos a un baile del pueblo!

Lo dijo como si todo aquello estuviera sucediendo en ese mismo instante, mientras leía, y no cien años atrás. Elliot mentiría si dijera

que no le entusiasmaba su recién descubierto interés por la historia.

—Deberíamos volver a poner de moda los bailes en los pueblos —concluyó Daisy, dando un gran sorbo a su café.

Se ponía tan guapa cuando se entusiasmaba que Elliot tuvo que recordarse dejar de mirarla y responder.

—Si hay un sitio capaz de volver a celebrar bailes de pueblo, sería Dream Harbor.

—Seguro que tienes razón —convino Daisy con una carcajada—. No debería decirlo muy cerca de una reunión municipal o acabará sucediendo.

—Y te verás obligada a formar parte del comité de organización.

—Eso es verdad… Ay, Dios, perritos… —Daisy se detuvo en seco frente a la tienda de mascotas Segunda Oportunidad.

Elliot frenó también y no pudo evitar darle la razón a Daisy cuando esta soltó un grito de alegría. Los cachorros eran monísimos, esponjosos y dorados, con sus naricillas negras y unas lenguas rosadas que les asomaban por la boca.

—¡Mira qué bolitas de pelo! ¡Son adorables! —prosiguió Daisy con las manos pegadas al cristal mientras observaban al montón de cachorros que se tropezaban unos con otros para intentar llegar al escaparate—. ¡Tengo que entrar!

Le tiró de la mano para entrar en la tienda antes de que él pudiera protestar, aunque ¿por qué iba a hacerlo? Nunca se resistía a acariciar a unos cachorritos. Y, francamente, llegados a ese punto, habría acariciado a un caimán si Daisy se lo hubiera pedido.

Una vez dentro, los ladriditos de los cachorros casi ahogaron los arrullos y las risas de Daisy. Se inclinó por encima de la zona cercada y empezó a acariciar a cada uno de los perros, que se pisaban unos a otros para llegar hasta ella. Elliot conocía bien ese sentimiento.

Había una cachorrita que no parecía lograr integrarse en el grupo. Demasiado diminuta para seguir el ritmo a sus hermanos, la pequeñaja de la camada era expulsada constantemente. Elliot decidió darle algo de amor. La tomó en brazos y la rascó entre las orejas. La perrita se quedó dormida de inmediato.

Mientras acariciaba a su nueva amiga, levantó la vista y descubrió a Daisy mirándolo. No solo mirándolo. Parecía dispuesta a saltarle

encima. Más aún que cuando él le hablaba de registros censales en la biblioteca o cuando le sugirió que pasaran una tarde en la librería; o en cualquier otra ocasión a lo largo de las dos últimas semanas en la que sus miradas se habían encontrado o sus manos se habían tocado. Quizá no hubieran hablado acerca de los parámetros de su relación, pero sus cuerpos, desde luego, tenían algunas ideas propias.

Quizá Elliot debiera adoptar la costumbre de abrazar cosas monas. Primero a Owen y ahora a la perrita. ¿Los demás hombres estarían al tanto de eso? ¿Sabían que, si cogían a un bebé en brazos, las mujeres se derretían en el momento?

—Te quiere —susurró Daisy con lágrimas en los ojos—. ¡Esa cachorrita te quiere!

—Es que… no podía… seguirles el ritmo a los demás… —La reacción de Daisy lo aturulló por completo.

Las lágrimas de Daisy amenazaban con derramarse, y Elliot se debatía acerca de cuál debería ser su próximo movimiento cuando uno de los dueños de la tienda, Shawn, salió de la trastienda. Su marido Greg y él eran dos caballeros maduros que, en un principio, a Elliot le habían parecido más cosmopolitas y sofisticados de lo que cabría esperar de un pueblo pequeño, más apropiados para regentar una *boutique* de lujo en Nueva York que una tienda-refugio de animales en Dream Harbor. Pero entonces los conoció y se dio cuenta de que encajaban a la perfección.

—Hola, Daisy. Hola, Elliot. Veo que ya conocéis a nuestros huéspedes más recientes.

«Huéspedes», como si los cachorros se hubieran registrado en un suntuoso hotel. Elliot sonrió.

—¿De dónde vienen? —preguntó Daisy, con la mirada aún fija en Elliot.

A él se le calentaron las mejillas al saberse observado.

—Los encontraron abandonados debajo de un coche.

—¡No! —Daisy ahogó un grito y se volvió hacia Shawn—: Es terrible. ¿Quién dejaría abandonados a estos cachorros?

Shawn le dio una amable palmada en el hombro.

—Con nosotros están a salvo y no creo que tarden en adoptarlos. De hecho, varios están ya reservados por diferentes familias que los vieron en nuestras redes sociales.

Daisy se llevó una mano al pecho, visiblemente aliviada.

—Me encanta que rescatéis animales.

—A mí también —convino Shawn con una sonrisa—. Y veo que te has encariñado con la más pequeña de la familia —le dijo a Elliot—. ¿A que es mona?

—Monísima —contestó Daisy con un suspiro.

—¿Estás buscando adoptar?

—No sé si puedo… —Elliot miró la bolita de pelo que tenía entre los brazos y le dieron ganas de llorar.

Sam era aún más pequeño cuando Leigh y él lo adoptaron, y solía dormir así, en sus brazos. Dios, cómo echaba de menos a ese perro.

¿Estaría preparado para tener otro?

¿Podría encontrar espacio para querer a un nuevo amigo peludo?

—¿Y tú, Daisy? —preguntó Shawn, y entonces fue ella la que pareció estar a punto de romper a llorar.

—Me encantaría, pero en este momento no tengo espacio. —Arrugó el entrecejo como si estuviera preguntándose si podría meter a un perro más grande que un caniche enano en ese apartamento donde vivía. Desde luego no podía—. Crecen mucho, ¿verdad?

Shawn asintió.

—Creemos que tienen una parte de *golden retriever,* así que sí, crecen bastante. —Sonrió a ambos, claramente sin querer presionarlos para tomar ninguna decisión—. Si cambiáis de opinión, ya sabéis dónde encontrarnos.

Daisy miró a Elliot. Elliot miró a Daisy. La perrita suspiró en sueños.

—Me la quedo —declaró él.

Daisy dio palmas de alegría.

—Vale —contestó Shawn ampliando la sonrisa—, vamos a encargarnos del papeleo.

Y así, sin más rodeos, Elliot volvió a tener perro.

—¿Qué te parece Buttercup? —sugirió Daisy.

Elliot negó con la cabeza.

—¿Y Mostaza?

—Mostaza no es un nombre. —Daisy arrugó la nariz.

—¿Y Buttercup sí lo es? —preguntó riéndose mientras le rascaba la tripa a la perrita.

Estaban los tres sentados en el suelo de la floristería cuatro días después de que Elliot firmase los papeles de la adopción. Acababa de recogerla de la tienda y, obviamente, lo primero que hizo después fue pasarse a ver a Daisy.

Ya estaba totalmente prendado de aquella perrita.

—¿Es que no has visto *La princesa prometida*? —preguntó Daisy, que ahogó un grito—. Claro que Buttercup es un nombre.

—Sí, un nombre de princesa, pero no de perro.

—¿Me estás diciendo que esta monada no es una princesa? —preguntó Daisy riéndose. La cachorra se le había subido al regazo y ya estaba quedándose dormida—. Bella durmiente, quizá.

—Shawn dice que es normal que los cachorros duerman mucho al principio, igual que los bebés humanos.

—Tiene sentido. ¿Y qué me dices de Sunny?

Estaban sentados con la espalda apoyada contra el mostrador. Sus brazos se tocaron cuando él estiró el suyo para acariciar a la perrita. Como sucedía siempre que se tocaban, Elliot quiso más. Se alegraba de que Daisy y él volvieran a ser amigos, aunque a su cuerpo le costaba recordar que eran solo amigos.

—Podría estar bien. —Pasó los dedos por el suave pelaje del animal y Daisy apoyó la cabeza en su hombro. Fue el mejor momento de su semana, y lo absorbió al máximo. En el trabajo estaba siendo todo un caos, y poder sentarse allí, en la soleada y silenciosa floristería de Daisy, con un cachorro dormido, constituía un momento de relajación perfecto—. ¿Qué te parece Marigold? —murmuró.

—Me gusta. Podrías llamarla Goldie.

—Perfecto —convino Elliot, y se sumieron de nuevo en un agradable silencio.

La tienda estallaba de color, con ramos de verano que inundaban los expositores. Amarillos, rosas y naranjas, todos ellos atados por las expertas manos de Daisy. En el escaparate colgaban enredaderas, helechos y cintas. Cuando su madre regresó a casa, él se quedó con el filodendro que había comprado en su primera visita a la floristería. Cada vez que lo miraba, pensaba en Daisy. Aunque eso no era decir gran cosa, porque pensaba en Daisy a todas horas.

Los rayos de sol se filtraban a través de las vidrieras, entre las hojas de las plantas, y Elliot supo que recordaría aquel momento dorado perfecto cada vez que llamase a Goldie, y no sería por el color de su pelaje.

—¡Ah! —exclamó Daisy transcurridos algunos minutos más de silencio—. Pensaba que podíamos leer algunas páginas del diario. Antes de que tengas que marcharte.

—Claro.

Daisy le pasó a Goldie, que apenas abrió un ojo con el cambio de brazos, y se levantó para ir a buscar el libro.

Aún no sabían qué había sucedido entre Nathan y la tía D, pero Elliot advirtió que Daisy había disminuido su velocidad de lectura, como si no quisiera llegar a la parte en la que todo se desmoronaba. Era como si, al no leerlo, pudiera proteger a su tía abuela frente al desengaño.

Su curiosidad, no obstante, solía ser más fuerte que ella, y por lo general acababa leyéndole pequeños pasajes a Elliot siempre que estaban juntos.

—Vale —dijo cuando se reunió de nuevo con él en el suelo de la floristería—. Allá vamos.

18 de julio de 1925

En el pueblo han empezado a hablar, por supuesto. Nate pasa por la tienda casi a diario y, después de acudir juntos al baile, todo el mundo habla de nosotros. ¡Se comportan como si tuviéramos que llevar una carabina! Deberías haber visto sus rostros escandalizados cuando Nate se presentó a recogerme montado en su coche. Fue la comidilla en la reunión municipal,

no me cabe duda. Aunque eso me da igual. Quiero ser feliz. Debería estar entusiasmada porque un hombre como Nate se interese por mí, pero no puedo evitar sentir que estoy traicionando a William.

—¡William otra vez! —Daisy levantó la mirada del libro—. Ya lo ha mencionado antes, ¡pero no explica nada! Ojalá tuviera algo más que este diario. Siento que nos estamos perdiendo mucha información.

Elliot se rio de su exasperación.

—Es una pena que no tengamos la colección completa.

—Parece como si mi tía abuela ni siquiera se parase a pensar que pudiéramos estar leyendo este diario en el futuro —bromeó Daisy antes de seguir leyendo.

23 de julio de 1925

Ahora sí que voy a tener que quemar estas páginas, porque Nate me ha besado, y no puedo omitir ese detalle en este libro.

—¡Ay! —chilló Daisy—. ¡Esto se pone interesante!

Quizá mi madre lleve razón al denominar su coche el Vehículo del Diablo, porque fui incapaz de resistirme a él cuando estábamos en el asiento trasero después de salir juntos esa noche. Quizá debería haberlo hecho, pero no quería, ¡y no me arrepiento de ello! Ese beso no se pareció en nada a los besos castos que mi William me daba antes de marcharse para siempre. Ese beso…, ese beso fue ardiente. Me provocó chispas. Me hizo desear cosas, así que ay de mí por decirlo, pero habría querido hacer más. Se lo habría dado todo a Nate si no fuera un caballero.

Sus labios, su boca, sus manos me hicieron arder, y me temo que no quiero apagar este fuego.

Cuando Daisy levantó la mirada, tenía las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes. En algún momento, se había acercado más a él y tenía la rodilla pegada contra la suya. Incapaz de seguir

resistiéndose a tocarla, Elliot levantó la mano y le acarició la mejilla, dejando que el dorso de la mano le recorriera la mandíbula y le bajara por el cuello. Ella se estremeció con aquel gesto pese al calor que se respiraba en la tienda.

—Si ese diario se vuelve más explícito, vas a tener que dejar de leerlo en voz alta —bromeó él.

Daisy soltó una suave carcajada, inclinando la cara hacia la suya, como si quizá ella tampoco quisiera seguir resistiéndose.

—¿Qué es esto? —preguntó, desviando la mirada hacia su muñeca —. ¿Es una goma del pelo?

—Es…

—Elliot —dijo ella, introduciendo un dedo entre la goma elástica y su piel. Aquella caricia le aceleró el pulso—. ¿Llevas puesta en la muñeca mi goma del pelo?

—Es posible.

Su sonrisa le pareció deliciosa.

—¿Desde hace cuánto?

—Desde nuestra cita en la librería. —Le sorprendió que nunca antes hubiera reparado en ello.

—¿En la que fingimos haber estado enrollándonos?

Solo el recuerdo de Daisy pegada a él aquella primera vez bastaba para hacerle gemir.

—Sí.

—¿Por qué? —Su voz era ahora apenas un susurro, con la cara muy cerca y el dedo aún atrapado bajo la goma del pelo.

—Es un pedacito de ti. Quería tenerlo cerca.

—Elliot —susurró su nombre, tirando de él solo con el dedo.

—Daisy.

—¿Qué?

—¿Puedo besarte?

—Sí —le dijo ella con una sonrisa deliciosa—. Por favor.

El corazón se le desbocó en el pecho al rodearle la cara con las manos. Notó que se le entrecortaba la respiración. Aquel resultó ser el mejor momento de la semana. Del mes. Del año.

Se inclinó hacia delante y sus labios se encontraron. El dulce suspiro que dejó escapar Daisy cuando la besó le pareció casi

irresistible.

—Daisy —susurró, y ella gimoteó. El sonido le llegó hasta los huesos—. Te deseo muchísimo. —Sinceridad. Era lo único que podía ofrecerle. La franqueza descarnada de sus palabras.

Ella enredó las manos en su pelo y tiró.

—Lo mismo digo.

Lo mismo digo.

Era un regalo ver sus sentimientos correspondidos.

Soltó un gemido y volvió a besarla, con mayor intensidad esta vez, deslizando la lengua contra la suya, hundiendo los dedos en su cabello. Sintió su aliento, sus labios, sabía a miel, dulce y terrosa al mismo tiempo. Deseaba lamerla entera.

Estaba a punto de sentarla encima de él cuando de pronto recordó dónde se hallaban, el suelo de madera de la tienda, el mostrador en la espalda, el olor de las flores que los rodeaban. Se apartó entre jadeos y vio que Daisy hacía lo mismo. Apoyó la frente contra la suya.

—Uff —murmuró ella.

—Sí… No creo que debamos hacer esto aquí —logró decir él. Aunque deseaba volver a besarla y posiblemente no parar nunca.

—Supongo que tienes razón. Estamos en mitad de la tienda.

—Y está abierta.

—Además, tienes a la perrita en el regazo.

—No deberíamos someterla a esto.

Daisy se rio y aquel sonido lo iluminó por dentro. Y le alivió profundamente que sus motivos para querer parar tuvieran que ver con la cachorra y no con alguna otra cosa.

Ninguno de los dos dijo que no deberían volver a hacerlo.

Nadie dijo que fuera mala idea.

Daisy no estaba poniéndole freno a aquello por algo que no fuera la ubicación, y él se sentía tan incapaz de detener aquel tren en marcha que estaba dispuesto a tumbarse frente a él y dejar que lo arrollara.

La deseaba demasiado.

—Me parece que hemos parado justo a tiempo. —Daisy señalaba a Kira y Bennett, de pie frente a la puerta. Los saludó con la mano a

través del cristal.

—Supongo. —Elliot se puso en pie y le tendió una mano para ayudarla a levantarse.

Ambos se sacudieron la tierra de los pantalones cuando entraban Kira y Bennett.

—¿Qué estabais…? Ay, Dios mío, ¡un cachorro!

Elliot tuvo la impresión de que todas las conversaciones que mantuviera de ahora en adelante serían así. Al fin y al cabo, Goldie era la perrita más mona del mundo.

—Esta es Goldie —dijo Daisy con una sonrisa radiante, como si la perra fuese también suya.

Como si fueran una pequeña familia.

Aquella idea le gustó demasiado.

—¡Es preciosa! ¿De dónde la habéis sacado? —preguntó Kira, estirando la mano para rascarle la cabeza a Goldie.

Elliot habría jurado que la cachorra sonrió en sueños.

—Segunda Oportunidad, por supuesto. Shawn nos dijo que la dejaron abandonada con sus hermanos debajo de un coche.

La cara de Kira se transformó en una mezcla de indignación y tristeza, y Elliot tuvo miedo de lo que pudiera suceder a continuación. Al parecer, lo mismo le pasó a Bennett.

—Cariño, no podemos.

—¡Pero los han abandonado!

—¡No podemos acoger a más animales! Acabas de traer a casa tres crías de cabra.

—También las habían abandonado.

Bennett suspiró como un hombre resignado a su destino cuando Elliot decidió que probablemente debería intervenir.

—Lo cierto es que Goldie era la última. Ya habían adoptado a toda la camada.

—¿Lo ves, melocotoncito? Todos los cachorros están a salvo.

Kira lo fulminó con la mirada, pese a que su boca se curvó para esbozar una media sonrisa.

—Te has librado de momento, pero sabes que no durará mucho.

Bennett le pasó un brazo por los hombros y le dio un beso en la coronilla.

—Ya sabía dónde me metía. —Sonrió y Kira se rio.

A Elliot le parecieron muy felices y quiso sentirse así también. Quiso pasarle el brazo por encima a Daisy, adoptar mascotas con ella, darle besos en la coronilla y no tener que preocuparse de que lo suyo fuese temporal.

Sin embargo, tenía que volver al trabajo y, pese a acabar de besarse con ella y de seguir fingiendo que eran pareja, no tenía ni idea de cómo despedirse de Daisy sin que fuera raro.

Por suerte, Daisy le dio un beso en la mejilla antes de acariciarle la cabeza a Goldie y despedirse de ambos.

Fue algo casi normal.

Casi real.

Casi perfecto.

Capítulo 29

—¿Qué os trae por aquí? —preguntó Daisy, feliz de poder pensar en algo que no fueran sus tumultuosos sentimientos.

Dios, ¡cómo besaba Elliot!

Había logrado quitarse eso de la cabeza mientras sopesaba los pros y los contras de salir con Elliot en serio, pero ahora no podía pensar en otra cosa.

Si el primo lejano de Elliot besaba la mitad de bien que él, entendía perfectamente por qué la tía D estaba dispuesta a entregarse en el asiento trasero de aquel coche. O, en su caso y el de Elliot, contra la puerta de su apartamento. O en el suelo de su floristería. O en cualquier parte, llegados a ese punto.

—¡Ah, sí, me he distraído tanto con la perrita que casi se me olvida por qué habíamos venido! —se rio Kira.

«¡Presta atención a Kira y deja de darle vueltas a la cabeza!».

—Quería consultarte una cosa.

—Claro, dime.

Daisy intentó no hacerse ilusiones pensando que lo que Kira deseaba decirle tuviera que ver con una boda que iba a celebrar en el granero y que tal vez necesitaran una florista y quizá la persona en cuestión no estuviera al tanto de la maldición y puede que…

—David quiere reservar el granero para su boda.

Y así, en un instante, sus esperanzas se desmoronaron.

—¿David mi ex?

—Sí. Entiendo perfectamente si quieres que le diga que no tenemos disponibilidad para esa fecha.

—No tienes por qué hacer eso.

—Pero puedo hacerlo.

—Kira, no voy a pedirte que rechaces una boda solo porque el novio sea mi ex. Es mucho dinero.

Kira agitó la mano ante la idea del dinero.

—Pero ¿por qué tiene que casarse aquí? Es raro.

—Necesitas ese dinero para dar de comer a todas tus cabras —bromeó Daisy, y Bennett asintió para expresar su conformidad.

—No se equivoca, cariño. Tener un santuario de animales no es barato.

—No tenemos un santuario de animales —contestó Kira, que puso los ojos en blanco—. Solo tenemos unas pocas mascotas.

—¿Unas pocas mascotas? —repitió Bennett con un resoplido.

—No pasa nada —interrumpió Daisy su pequeña disputa—. Si David quiere casarse en tu precioso granero, lo entiendo. Tus eventos son increíbles.

Kira frunció el ceño como si quisiera rebatirle.

—Te lo agradezco; aun así, me parece raro. Y un poco agresivo. Que se vaya a buscar su propio pueblo. Este está pillado.

Daisy se encogió de hombros. Quizá sí que fuera raro. Quizá debería importarle, pero descubrió que, en realidad, le daba igual. Que David se casara donde le diera la gana, a ella le parecería bien.

Sonrió. Qué sentimiento tan liberador.

Le daba igual David. Su boda. Su prometida. Y, siendo sincera, hacía tiempo que venía siendo así. No se había molestado en pensar en él desde que la abordó en Beltane. E incluso entonces, lo único que había sentido era fastidio al verlo. Sus antiguos sentimientos se habían esfumado, incluido el dolor.

—Reserva el evento.

—¿Estás segura?

—Sí. Le deseo que sea muy feliz.

—¿Lo ves? —dijo Bennett; llevaba un puñado de ramos de flores a la caja registradora—. Ya te dije que no le importaría. Ahora está con Elliot, ¿a quién le importa el tal David?

¿Habían transcurrido solo unos pocos meses desde que Daisy escogió a un desconocido que había entrado en su tienda para que fuera su novio falso solo para ahorrarse el pánico de encontrarse sola delante de David? Le parecía que había pasado una vida entera.

Y eso le había permitido conocer a Elliot.

Quizá sí que debiera darle las gracias a David.

—Supongo que tienes razón —le dijo Kira a Bennett antes de volverse hacia ella con una sonrisa—: Me alegra que Elliot y tú estéis

tan felices juntos.

—Claro —contestó Daisy con un ligero carraspeo—. Gracias. —¿Estaban juntos? Tenían que aclarar aquel asunto cuanto antes. Necesitaba hablar con él.

—Por desgracia, no creo que vayan a encargarte a ti las flores.

—Lo entiendo.

—No creo que diera buena imagen que tu ex acabara divorciándose después de que tú te encargaras de las flores de su boda —dijo Kira con una mueca—. No es que yo crea en la chorrada esa de la maldición.

—Gracias. Con maldición o sin ella, sería incómodo.

—Pero siempre le hablo bien de ti a cualquiera que viene a ver el granero.

—Te lo agradezco.

—¿Qué vas a hacer con todas estas flores? —le preguntó Kira a Bennett mientras Daisy se las cobraba.

—Ponerlas por la casa —contestó él encogiéndose de hombros.

Kira le sonrió y Daisy deseó tener eso mismo.

Una vida compartida. Flores por la casa. Un perrito a los pies de la cama.

Creía haber perdido la oportunidad de tenerlo. Muchas veces. Sin embargo, quizá no fuera así. Quizá, si lograba dejar ir a David, también pudiera ser lo bastante valiente para dejar entrar a Elliot.

Se preguntó qué habría hecho su tía abuela.

¿Habría dejado entrar a Nate?

¿Le habría roto él el corazón?

¿Lo habría superado ella alguna vez?

Capítulo 30

Daisy volvió a quedarse levantada hasta tarde, arropada bajo las sábanas, con la voz de su tía abuela en la cabeza pese a que jamás la había oído.

1 de agosto de 1925

Nate me ha llevado a la nueva cantina del pueblo. ¡Qué gracia que se encuentre en el sótano del ayuntamiento, justo delante de las narices del alcalde! Nate dice que está al corriente, pero yo no estoy tan segura. Bebimos y bailamos y nos besamos, e incluso mientras me reía y sonreía, no me permitía sentirme libre. ¿No había hecho eso ya antes? ¿No le había entregado mi corazón a un hombre para que después me abandonara? Nate quiere más de mí. Sé que es así. Pero ¿acaso puedo dárselo?

«Lo mismo digo, chica», pensó Daisy. Daba la impresión de que su tía abuela y ella no solo se asemejaban en el físico. Ella llevaba todo el día preguntándose lo mismo desde que había besado a Elliot esa mañana. ¿Podía darle más?

Cogió el móvil.

«Estás despierta?».

Iris respondió de inmediato: «Sabes que sí».

Su amiga descolgó al primer tono.

—Hola.

—¿Qué hace esta noche el hombrecito?

—Bueno, ha empezado vomitando a chorro y ahora se niega a dormirse.

—Iris, ¿te encuentras bien?

Iris suspiró.

—Sí. Pero estoy muy cansada.

—Lo estás haciendo de maravilla.

Iris se sorbió la nariz y dijo:

—No sé por qué lloro.

—Probablemente porque has gestado y dado a luz a un ser humano y ahora tienes que alimentarlo. Y hace como tres noches que apenas pegas ojo.

—Ah, sí, eso.

—Eres increíble.

—Gracias. No me siento increíble, pero me gusta oírlo.

—¿Qué tal en el grupo de madres primerizas?

—Bastante bien, la verdad. Me alegra saber que no soy la única que está pasando por esto.

—¿Y estás hablando con tu médico?

Daisy se imaginó a Iris poniendo los ojos en blanco a modo de respuesta, y sonrió para sus adentros.

—Sí, Daisy. Te lo prometo. Me estoy cuidando. Bueno, ¿y qué pasa con la tía D y Nate? Ponme al día.

—Pues se están besando mucho y bebiendo en bares clandestinos.

—¡Qué escándalo!

—Tremendo.

—¿Y en la actualidad? ¿Qué pasa con Elliot?

—Pues…

—Daisy November, tú lo sabes todo sobre mi vida. Así que no me seas tacaña.

—Vale, de acuerdo. También nos hemos besado. Aunque en nuestro caso no hay bares clandestinos.

Iris ahogó un grito demasiado teatral para la situación.

—¡¿Besaros?! Eso no me lo habías contado.

—¡Acaba de suceder!

Aunque sí que había estado ocultándole cosas a su amiga. Iris no sabía nada acerca del Incidente del Orgasmo, ni que se habían besado en Beltane, pero Daisy imaginó que no tendría sentido rememorar todo aquello ahora, porque Iris nunca se cansaría de martirizarla por ello.

—¿Y cómo ha sido?

Daisy tuvo que contener el suspiro de anhelo que estuvo a punto de escapar de sus labios.

—Bien.

—¡Mentirosa!
—Increíble.
—Así está mejor. Me alegro por ti, Daisy.
—No sé lo que significa.
—Podrías sentirte agradecida por recibir unos besos increíbles.
—Más sabiduría a altas horas de la noche.
—De nada. Y ahora léeme la siguiente entrada del diario.

Daisy se aclaró la garganta, encantada de desviar la atención de Iris hacia su tía abuela, y comenzó a leer:

12 de agosto de 1925

Nate dice que algún día se casará conmigo.
Yo le he dicho que ya veremos.

—¡Qué pícara! Me encanta —dijo Iris.
—Y a mí.
—Continúa.

3 de septiembre de 1925

Si fuera una chica respetable, habría dicho que sí a la pedida de matrimonio de Nate y no a todo lo demás, pero lo hice al revés. Le entregué todo a cambio de nada, como diría mi madre, y ahora Nate podría arruinar mi reputación si quisiera. Quizá sea una prueba. Quizá me apetecía ver si lo haría o no.

En cuanto al acto en sí, no puedo arrepentirme. Nate se mostró tan tierno y cariñoso como cabría esperar.

—¡Tierno y cariñoso! —dijo Iris, prácticamente chillando—. Creo que estoy colada por un muerto.
—Yo también —convino Daisy entre risas.
—Pero a la tía D parece que le gusta sabotearse. Me refiero a que salta a la vista que Nate es tierno, cariñoso y bueno en la cama. ¿Qué más quiere?
—Claramente está asustada.

Por suerte, Iris no mencionó que ella estaba igual de asustada que su tía abuela. Estaba demasiado ocupada susurrándole a alguien al

otro extremo de la línea.

—¿Daisy? Ha venido Archer para darme el relevo y quedarse con el bebé.

—Qué buen hombre.

—Pues sí —confirmó Iris, y en la voz se percibía su sonrisa—. Buenas noches, Daisy.

—Buenas noches, Iris.

Cuando colgó, supo que ella también debía dormir un poco, pero se sentía incapaz de dejar de leer el diario. Una entrada más no le haría ningún daño.

18 de septiembre de 1925

John dice que no puedo seguir paseándome por el pueblo con Nate sin convertirlo en un hombre decente. Por suerte para mí, John no es quien manda. Dice que quiere que sea feliz. Dice que no me había visto así desde antes de que se marchara William.

Dice que Nate no se parece en nada a William.

Pero ¿acaso no todos los hombres son iguales?

«¡¿Qué es lo que te ha ocurrido, chica?!», pensó Daisy, y le dieron ganas de zarandear el cuaderno hasta que la tía D entrara en razón. En su lugar, lo arrojó hacia el otro extremo de la habitación.

No se le escapaba la ironía de sus sentimientos, pero a veces resultaba más sencillo frustrarse con otra persona que pararse a analizar esos sentimientos. ¿Por qué fustigarse a sí misma por no formalizar la situación con Elliot cuando podía enfadarse con una pariente que llevaba mucho tiempo muerta? Se tapó la cabeza con las sábanas y fingió dormir. Claro que no todos los hombres eran iguales, pero su tía abuela y ella sí que lo eran. Y, en aquel momento, no deseaba saber cómo terminaba la historia. Para ninguna de las dos.

Capítulo 31

Eran las ocho y media de la mañana del lunes y la nueva cachorrita de Elliot acababa de hacerse pis en el rincón del vestíbulo, justo al lado del pie de uno de los pocos huéspedes que aún se alojaban allí. Dicho huésped no pareció muy contento.

Su hermano estaba discutiendo, a voz en grito, con el encargado del pladur, que al parecer había tomado mal las medidas y no había llevado cantidad suficiente.

Jack estaba demasiado ocupado flirteando con Gabe como para serle de ayuda. (Gabe flirteaba con él también, y Elliot se alegraba mucho por su amigo, pero no es que fuera una de sus prioridades en aquel momento).

Habían encontrado amianto en las habitaciones de estilo motel.

A Mary y a Joseph no les gustaba el papel pintado que había escogido su diseñadora para las nuevas *suites* de lujo del edificio principal, y le tocó a Elliot comunicárselo. Su diseñadora no se había tomado bien las críticas.

El electricista tendría que haber acudido el día anterior, pero no había aparecido ni había llamado.

Quien sí llamó fue el alcalde, para decirle a Elliot que había soñado que el hostal debería inclinarse más hacia una temática náutica, cosa que no iba a suceder.

Los *muffins* de aquel día eran de arándanos y naranja.

Elliot no soportaba la combinación de arándanos y naranja.

Pero Daisy acababa de entrar con sus flores para el vestíbulo, así que ya podía caérsele encima el tejado, que a Elliot seguiría pareciéndole una buena mañana.

Era un idiota embelesado.

—Hola —le dijo, acuclillado en el suelo, absorbiendo con una toalla el pis de Goldie mientras esta correteaba alrededor de los tobillos de Daisy y ladraba como una loca.

Se había espabilado a lo largo de los últimos días, y la cachorrita dormilona se había convertido en una pesadilla muy inquieta. No debería haberla llevado allí, pero se ponía a llorar cada vez que la dejaba sola (y durante toda la noche), y tendría que haberse quedado en su cajón, detrás del mostrador de recepción, aunque allí también lloriqueaba, de modo que le permitió salir durante unos minutos y así fue como se lo agradeció.

—Ay, no —dijo Daisy, dejando las flores en la mesa más cercana —. ¿Qué has hecho, pequeñita? —Se arrodilló para acariciar a Goldie, quien respondió girando en círculos de alegría antes de intentar treparle por encima para lamerle la cara.

Aquella cachorrilla era incontrolable, pero Elliot se sentía un poco igual cuando veía a Daisy, de manera que la entendía.

—¡No puedes hacer eso en la moqueta! Está mal, muy mal… — Daisy no pudo terminar de regañarla porque le entraba la risa viendo cómo Goldie intentaba darle un beso.

Daisy se rindió, se sentó en el suelo y permitió que Goldie se quedara a gusto antes de salir corriendo a causar más problemas.

—¿La vida como papá de un perro no te trata bien? —le preguntó con una mueca.

—Todavía estamos puliendo algunos detalles.

—¿Como acostumbrarla a quedarse sola en casa?

—Y a que duerma toda la noche seguida.

—Vaya.

—Menos mal que es mona.

Daisy le dio la razón con una carcajada mientras ambos se levantaban del suelo. Elliot fue a tirar la toalla al cesto de la ropa sucia y a lavarse las manos, y cuando regresó, la encontró charlando alegremente con Jack y Gabe en la recepción.

—Me parece un poco absurdo seguir trayendo flores —comentó, señalando los plásticos protectores colocados detrás de Jack para evitar que el polvo de las obras alcanzase el vestíbulo.

—Todavía tenemos huéspedes en el edificio principal y se merecen disfrutar de tus bonitas flores —contestó Jack—. Además, Mary y Joseph están tan ocupados pagando todo esto que no repararán en el gasto mensual en flores, así que aprovecha. —Le guiñó un ojo.

Ella se rio.

—Gracias, Jack.

—Eso me recuerda… —Gabe se pasó la mano por el cabello ingeniosamente revuelto—. ¿Podrías venir a echarle un vistazo a una cosa de…, eh…, fuera? Me gustaría saber tu opinión… al respecto.

Jack se sonrojó y salió de detrás del mostrador en un abrir y cerrar de ojos.

—Sí, claro, por supuesto.

Gabe sonrió.

Daisy miró a Elliot con las cejas enarcadas al verlos salir, rozándose los hombros mientras Jack dejaba tras de sí un rastro de carcajadas.

—¿Qué está pasando aquí?

Elliot puso los ojos en blanco.

—Se escabullen varias veces al día para enrollarse y seguramente hacer otras cosas en cuyos detalles no estoy interesado.

—Guau, escándalo en el hostal.

—Jack lleva meses colado por él, así que me parece muy bonito.

—Sí que es bonito. —Daisy echó un vistazo rápido al vestíbulo vacío antes de llevar a Elliot contra el mostrador y rodearle el cuello con los brazos—. Tú también eres bonito, Elliot.

—¿Lo soy?

—Sí, y no puedo dejar de pensar en ti.

—¿Sí? —Esa única sílaba fue lo único que pudo salirle de la boca después de que su cerebro sufriera un cortocircuito al sentir el cuerpo de Daisy entre sus brazos.

—Mucho. —Ella rozó los labios contra los suyos.

—Mmm.

—No puedo dormir.

Elliot aspiró su aroma. Rosas y rayos de sol.

Flexionó los dedos en torno a sus caderas y la oyó gimotear.

—De hecho —susurró Daisy, rozándole la oreja con los labios—, anoche pensé en ti mientras me… —bajó la voz más aún, como si estuviera confesándole algo—, me tocaba.

—Joder, Daisy —gimió él.

Ella se rio con voz dulce y susurrada.

—No puedo creerme que acabe de decir eso.

—Yo tampoco, pero… —Cerró los ojos con fuerza antes de confesar—: Yo hago lo mismo. Pienso en ti, Daisy.

Demasiado a menudo. Estar junto a Daisy se había convertido en su nueva tortura favorita. Solo deseaba estar con ella, pero estar con ella solo servía para desearla más. Su mano y su imaginación habían tenido más movimiento en las últimas semanas que en los últimos años.

Daisy dejó escapar un sugerente suspiro y Elliot creyó estar a punto de morir. O de correrse allí mismo. O quizá ambas cosas.

—Creo que estoy perdiendo la cabeza. Nunca he…

—¿Deseado a alguien así? —concluyó la frase por ella.

—Sí —admitió Daisy, que recorría con los labios su mandíbula, su cuello—. Así que creo que deberíamos… Creo que tenemos que…

—¡Elliot! No puedes dejar que Goldie ande dando vueltas por entre las obras… —El sonido de la voz de su hermano los separó como a dos adolescentes a los que hubieran pillado dándose el lote detrás del instituto.

Caleb salió de detrás del plástico protector con Goldie en brazos. Su gesto de desaprobación y su imponente figura constituyeron una forma muy eficaz de cortarles el rollo.

—Ah, ¿esta es la famosa Daisy? —Caleb dejó a un lado su indignación para mostrarse encantador en cuanto vio a una mujer guapa.

Elliot se aclaró la garganta, tratando por todos los medios de no parecer tan nervioso como se sentía.

—Sí, esta es Daisy. Y siento lo de Goldie. La meteré en su cajón.

Caleb le entregó a la cachorra y le tendió la mano a Daisy, que estaba medio escondida detrás de Elliot como si siguiera recuperándose de sus respectivas confesiones. A él, sin duda, le sucedía eso.

—Me alegro de conocerte por fin. En persona, quiero decir —dijo Caleb.

—Encantada también —contestó ella mientras le estrechaba la mano.

Caleb le dedicó la sonrisa que sin duda le había permitido acostarse con cualquier mujer que quisiera, pero Daisy desvió la mirada hacia Elliot y le lanzó una sonrisa secreta antes de volverse hacia su hermano. Era perfecta, no cabía duda.

—¿Qué tal va el trabajo? —preguntó.

—Bueno, ya sabes, un nuevo desastre cada día, aunque es algo bastante habitual, ¿verdad, El? —dijo, sonriendo ahora a Elliot.

Elliot hubo de admitir que, a pesar de los habituales contratiempos asociados a las reformas importantes, las cosas entre su hermano y él iban bastante bien. Casi se había olvidado de lo bien que trabajaban juntos. Sus distintas personalidades los ayudaban a complementarse con lo que al otro le faltaba.

Formaban un buen equipo.

—Sí. Siempre surge algo. —Elliot estaba a punto de volver a meter a Goldie en su cajón, pero notó algo extraño—. ¿No respira de forma rara? —Acercó la cabeza al cuerpecito de la perrita y ella le lamió la mejilla.

Daisy se inclinó también y frunció el entrecejo en señal de preocupación.

—Sí que parece un poco jadeante.

—¿Crees que se ha tragado algo? —preguntó Caleb—. O quizá haya inhalado demasiado polvo. Lo de ahí atrás es un desastre.

Elliot hubo de reconocerle a su hermano que no le dijera «te lo dije», cosa que le agradeció. Ya se sentía bastante mal.

—Joder, no sé. Le he quitado los ojos de encima solo un minuto y…

Daisy puso de inmediato un rictus de culpabilidad. Sería una delincuente pésima.

—Quizá debamos llamar a la veterinaria —sugirió.

—Buena idea. —Se sentía el peor padre canino del mundo.

Daisy abrazó a Goldie, tarareándole una cancioncilla, mientras él llamaba. Por suerte, la doctora Vivienne se encontraba por la zona y dijo que se pasaría por allí.

—Viene de camino —explicó.

—Seguro que no le pasa nada —comentó Caleb, dándole una fuerte palmada en la espalda.

Se metieron los tres en el despacho para esperar a la veterinaria y Goldie se mostró encantada con toda aquella atención extra por parte de los humanos. Acabaron todos sentados en el suelo, dejándola corretear entre ellos y colmándola de caricias en la tripa y la cabeza.

—Es posible que hayamos exagerado —dijo Elliot mientras Goldie gruñía y atacaba la bota de trabajo de Caleb.

La perrita no parecía sufrir ninguna molestia.

Caleb se encogió de hombros.

—De todas formas, necesitaba un descanso —dijo.

—¿Qué te parece Dream Harbor? —le preguntó Daisy.

Su hermano había decidido alojarse en el hostal mientras trabajaban. Había alquilado su casa de Nueva York y se había trasladado al pueblo. Mary y Joseph deseaban mantener abierta al menos parte de las instalaciones para los huéspedes, de manera que iban trabajando por secciones. En aquel momento, Caleb disponía de una habitación en el edificio principal. Elliot le había ofrecido el cuarto de invitados de su casa, pero al final decidieron que trabajar juntos ya era más que suficiente. Estaban empezando a enmendar su relación. Vivir juntos habría resultado excesivo. Elliot se alegraba de que congeniaran; aun así, seguía necesitando pasar tiempo a solas al final del día.

—Es… pintoresco. Me gusta —se rio Caleb—. Me da la impresión de que me interrogaran cada vez que voy a por un café, pero sí, es agradable.

Daisy puso los ojos en blanco.

—Sí, con el tiempo se cansarán de ti, pero en este pueblo les encanta investigar a sus nuevos habitantes. A no ser que tengas la suerte de pasar desapercibido —agregó, guiñándole un ojo a Elliot, y a él le gustó que insinuara que su discreción era un superpoder.

Caleb los miró alternativamente.

—Y… ¿qué tal van las cosas entre vosotros?

—Las cosas van de maravilla —respondió rápido Elliot; no quería que Daisy tuviera que lidiar con las preguntas de su hermano.

A juzgar por el modo en que Caleb la estudiaba, Elliot temía que pudiera percibir algo extraño en su relación. Siempre había parecido

contar con un sexto sentido en lo tocante a él, como si supiera que algo le sucedía a su hermano.

Daisy se irguió.

—¿Vas a darme un sermón acerca de no romperle el corazón a tu hermano pequeño?

—Es posible —contestó Caleb con una sonrisa.

—No lo haré. —Daisy se apoyó contra el costado de Elliot.

Se lo había dicho a Caleb, pero a Elliot le dio la impresión de que estaba prometiéndoselo a él.

—Me alegro —zanjó Caleb—. Porque Elliot merece ser feliz.

—Estoy de acuerdo.

Elliot sintió que empezaba a sonrojarse.

—¿Podemos dejar de hablar como si no estuviera sentado aquí mismo?

—Desde luego. —Daisy volvió a propinarle un golpe cariñoso en el hombro—. ¿Algo que añadir?

Su hermano estaba estudiándolo con el entrecejo fruncido, como si de verdad estuviese intentando averiguar si era feliz, como si quisiera que lo fuera. Caleb podía llegar a ser un auténtico incordio, pero siempre lo hacía llevado por el amor, de modo que, desgraciadamente, Elliot no podía enfadarse demasiado por ello.

—No. Solo que yo tampoco te haré daño —aseguró, girándose para mirarla, sin importarle que su hermano siguiera observándolos como si quisiera descifrar algún tipo de código secreto.

—Lo sé —sonrió Daisy.

—Me alegra oírlo. —Caleb se puso en pie para sacudirse el polvo de los vaqueros. Al parecer, había quedado satisfecho por el momento viendo que Elliot no estaba planeando volver a aislarse de la humanidad en un futuro próximo—. Supongo que debería volver al trabajo. Ya me contaréis qué os dice la veterinaria.

Elliot y Daisy se levantaron también, y justo en ese momento oyeron que llamaban a la puerta. Goldie empezó a ladrar de inmediato, emocionada.

—Me alegra ver que todavía no le tiene miedo al veterinario —declaró la doctora Vivienne al entrar en el despacho y ver el recibimiento de la alegre cachorrita.

—Gracias por venir —dijo Elliot—. Quizá hayamos exagerado, pero ha entrado un momento a la zona de las obras y parecía que resollaba un poco.

—Vale, no os preocupéis. Vamos a echarte un vistazo, pequeña. —Vivienne cogió a la perrita en brazos y la situó sobre la mesa que generalmente empleaban para el almuerzo.

Caleb seguía paralizado junto a la puerta.

—¿No ibas a volver al trabajo? —preguntó Elliot.

Su hermano se sobresaltó, se había quedado mirando a la veterinaria con descaro. Se atusó el pelo con la mano como si intentara arreglárselo un poco tras pasarse la mañana con un casco puesto, y Elliot estuvo a punto de soltar una carcajada.

—No, he pensado que quizá deba darle los detalles a la doctora. Como he sido yo quien ha encontrado a la perra y todo eso…

—Sí, claro. —Elliot miró hacia Daisy y Vivienne mientras charlaban por encima de la inquieta perrita.

La veterinaria era guapa, menuda y curvilínea, de cabello trigueño, que llevaba recogido mientras trabajaba. La había conocido pocos días atrás, cuando llevó a Goldie a ponerse las primeras vacunas. Elliot no tenía claro si se habría fijado en su atractivo, en especial cuando tenía a Daisy al lado, pero, viendo que su hermano la miraba como si estuviera al borde de la inanición, hubo de admitir que era guapa.

—Bueno…, ¿vas a hablar con ella? —lo incitó.

Caleb volvió a atusarse el pelo.

—Sí… Bueno…

Elliot jamás había visto a su hermano nervioso ante la perspectiva de dirigirse a una mujer. Ni nervioso por nada en general, y resultaba bastante entretenido.

Se acercó a la mesa y Caleb lo siguió.

—Vivienne, te presento a mi hermano, Caleb. Encontró a Goldie correteando por donde no debía.

—Encantado de conocerte —saludó Caleb, en voz demasiado alta para un espacio tan reducido.

—Hola —contestó Vivienne abriendo mucho los ojos—. Encantada de conocerte yo también.

—Vivienne la veterinaria —dijo su hermano enfatizando la uve—. Yo soy Caleb el contratista. —Énfasis en el sonido de la ce.

Elliot se vio entonces invadido por un profundo sentimiento de vergüenza ajena. ¿Sería ese el motivo por el que Caleb siempre se preocupaba por él? ¿Resultaba tan vergonzoso verlo interactuar con otras personas?

—Ja. Sí —repuso Vivienne, siguiéndole la corriente con educación, y Caleb puso una mueca de arrepentimiento.

—¿Qué le pasa a tu hermano? —le susurró Daisy a Elliot.

—No sé. Creo que le está dando un síncope —respondió él, también en susurros, y Daisy soltó una risita.

—¿Y has visto si la perrita ingería algo? — retomó Vivienne de nuevo su actitud profesional.

—Pues… no. Simplemente la he visto correteando bajo una lona de las que usamos para pintar.

Vivienne asintió mientras examinaba a Goldie, acercando el estetoscopio al pecho del animal.

—¿Me la puedes sujetar un momento? —le pidió a Caleb, quien agarró entre las manos a la inquieta perrita—. Gracias —dijo Vivienne.

Sus dedos se entrelazaron sobre el pelaje de Goldie mientras intentaban calmarla y sus miradas se encontraron. Casi pudieron verse las chispas. Hasta la propia Goldie se quedó quieta.

Daisy sonrió a Elliot, enarcando las cejas como diciendo «¿Estás viendo eso?».

Desde luego que lo estaba viendo. Su hermano estaba mirando a la veterinaria del pueblo como si jamás hubiera visto a nadie como ella.

Interesante.

Elliot se aclaró la garganta; Vivienne salió de su ensimismamiento y devolvió de inmediato su atención a la perra.

—Pues… no… no oigo nada demasiado serio. Seguramente tengas razón con lo del polvo, pero si sigue respirando así dentro de un día o dos, deberías traérmela para hacerle una radiografía. Solo para descartar.

—Desde luego —convino Elliot—. Te agradezco mucho que hagas visitas a domicilio…, bueno…, al hostal.

Vivienne se encogió de hombros; evitaba ahora adrede la mirada de Caleb.

—No ha sido ninguna molestia. Estaba por la zona.

—¿Y estás mucho por la zona? —preguntó Caleb, cuyo cerebro al parecer había vuelto a activarse—. Yo voy a estar por aquí los próximos meses, como mínimo. —Le dedicó su sonrisa encantadora —. Quizá nos veamos más.

Dios santo, ¿acababa de guiñarle un ojo?

Debió de haber algo en su cambio de actitud, en la naturaleza demasiado ensayada de aquella sonrisa, en el guiño, que a Vivienne no le gustó, porque el momento que acababan de compartir pareció desvanecerse.

—Estoy bastante ocupada —respondió, recogiendo sus cosas.

—Claro. —Caleb atenuó la sonrisa—. Sí, yo también.

—No me cabe duda —dijo ella, y lo pasó de largo en su camino hacia la puerta.

Daisy la siguió.

—¿Qué demonios acaba de pasar? —preguntó Caleb.

Elliot no pudo evitar una carcajada.

—Creo que te ha calado de inmediato.

—¿A qué te refieres?

—No le habrá gustado tu rollito seductor. —Elliot se encogió de hombros.

—¿Qué rollito seductor? ¡A las mujeres les encanta el rollito seductor!

Elliot se rio mientras salía del despacho, dejando atrás a su hermano.

—A esa mujer no, según parece —dijo por encima del hombro, y dejó a Caleb asimilando el rechazo. En aquel momento no tenía tiempo de andar preocupándose por su hermano.

Su perrita estaba bien y ahora tenía que encontrar a Daisy para retomar esa conversación tan interesante que habían estado manteniendo antes.

Capítulo 32

Daisy tenía demasiado calor para dormir. La humedad había ido en aumento a lo largo del día, con nubes de tormenta que se acumulaban frente al escaparate de la tienda, pero no había llegado a llover. El aire cálido y pegajoso se colaba por la única ventana de su apartamento. Las sábanas húmedas se le enredaban en las piernas desnudas.

Estaba en la cama como una estrella de mar, pero el aire no se movía, parecía cargado de expectativas.

El hecho de que no dejara de pensar en Elliot y en su inconclusa conversación de aquella mañana no ayudaba en absoluto. Cada vez que recordaba su confesión, creía que iba a morirse de vergüenza; entonces, se acordaba de las palabras de él, «joder, Daisy», y pensaba que quizá no fuese lo peor que podría haber dicho.

Y entonces Elliot le confesó que él había hecho lo mismo…

Y ella no se había sentido tan excitada en toda su vida. ¿Qué le estaba ocurriendo? Elliot se había adueñado de todos sus pensamientos. Después de Beltane, intentaba negarlo, fingir que no pasaba nada, pero no creía que pudiese seguir mucho tiempo resistiendo la tentación.

Por desgracia, después de que se marchara la veterinaria, ambos habían tenido que volver al trabajo y sus palabras quedaron suspendidas en el aire.

Elliot pensaba en ella cuando se…

Cerró los ojos y su mente le brindó una vívida imagen de Elliot agarrándose la polla con la mano, esa polla que ella solo había alcanzado a palpar a través del grueso tejido vaquero de sus pantalones; aun así, no tuvo problema en imaginarse los detalles que faltaban. Lo visualizó con los ojos cerrados, las mejillas encendidas, el pelo revuelto sobre la frente. Quizá se mordiera el labio inferior. Quizá gimiera su nombre.

Quizá…

Daisy se obligó a abrir los ojos.

«Para ya».

Joder, y ahora tenía calor por un motivo bien distinto.

¿Cuántas veces podría tocarse pensando en Elliot antes de convertirse en una mera pervertida? Probablemente ya hubiera alcanzado el tope.

En su lugar, cogió el diario de su tía abuela, confiando en encontrar allí una distracción.

10 de octubre de 1925

Nate me ha besado entre los muslos; por favor, no me juzgues, pero he estado a punto de acceder a casarme con él allí mismo. Jamás pensé que pudiera sentir algo así.

¡Vaya con la tía D! No es que ayudase mucho. Daisy estuvo a punto de volver a arrojar el cuaderno al otro lado de la habitación, pero decidió continuar.

22 de octubre de 1925

Nate dice que sus padres quieren conocerme. Quiere presentarme como su prometida. Se está impacientando. No sé si puedo hacerlo. Me siento paralizada, asustada. Quiero creer que Nate estará a mi lado para siempre, pero ya pensé eso en otra ocasión, y mira cómo acabé.

23 de octubre de 1925

Lo he echado todo a perder.

Daisy profirió un quejido.

—¿Qué has hecho? —preguntó en voz alta.

La única respuesta que obtuvo fue el rugido de un trueno. El viento hizo ondear las cortinas de la ventana hacia el interior del dormitorio. Quizá sí que hubiese tormenta después de todo.

Nos hemos peleado. Era nuestra primera disputa. Y seguramente la última. Nate ha dicho que quiere una esposa y

yo he dicho que no estaba segura de poder ser eso para él. He dicho que tenía miedo. He confesado que no era el primer hombre al que he amado. Eso le ha hecho daño, lo sé. Ha dicho que se buscaría a otra que quisiera casarse con él. Alguien que lo amase de verdad. Ha sido como si me arrancara el corazón.

Entonces me ha besado, nuestros rostros bañados en lágrimas. Me ha suplicado que cambiara de opinión.

Pero ¿cómo voy a olvidarme de lo mucho que se ha apresurado a decir que se buscaría a otra?

¿Cómo voy a confiar en que es mío?

Era una suerte que Daisy no tuviera vecinos, porque el chillido que dejó escapar presa de la frustración, sin duda, habría planteado alguna que otra pregunta. Pasó a la siguiente página; ya casi había terminado de leer el breve volumen. La siguiente entrada que figuraba allí escrita correspondía al año siguiente.

Molesta ante aquella falta de información, siguió leyendo.

Empezó entonces a diluviar.

8 de enero de 1926

Nate está prometido.
No conmigo, por supuesto.
Quiero desearles lo mejor, pero… no puedo.

¡Maldito Nathan!

21 de febrero de 1926

Según los rumores que circulan por el pueblo, Nate se ha casado hoy en el ayuntamiento con su adorable novia. John ha cometido la osadía de encargarse del ramo.

Yo me he pasado el día enferma en mi habitación.

Quizá sea víctima de una maldición.

¡¿Una maldición?! ¡Dios, no! Tú también no, tía D.

Daisy arrancó las páginas y las lanzó a un lado. Estaba ya enardecida.

1 de mayo de 1926

¿Habré maldecido el matrimonio de Nate? Desde luego, no ha sido a propósito. ¿Ya ha tocado a su fin? Sí. Su esposa se ha largado, se ha fugado a Nuevo México con el vecino.

Así que ahora estamos los dos malditos.

Nate se ha ido del pueblo. Probablemente no vuelva a verlo nunca.

Es culpa mía, no cabe duda. Permití que el miedo me impidiera ser feliz.

Me maldije a mí misma.

Me maldije a mí misma.

Me maldije a mí misma.

Las palabras se repetían en la mente de Daisy como un encantamiento.

Tenía que salir de allí. Sabía de sobra lo que había que hacer. Sabía cómo ponerle fin a aquella maldición de una vez por todas. Por ella y también por la tía abuela Daisy.

Tendría que ser lo bastante valiente por las dos.

Capítulo 33

Elliot nunca imaginó que su día terminaría con Daisy empapada delante de su puerta en mitad de la noche. Lo había dejado en su casa varias veces a lo largo de las últimas semanas, pero en ningún momento se había presentado allí a esas horas de la noche.

Él acababa de volver de sacar a Goldie para que hiciera pis, era la cuarta vez aquella noche, cuando oyó que llamaban a la puerta.

—Hola —dijo ella con la voz ahogada cuando le abrió la puerta, y un relámpago seguido de un trueno iluminó su rostro en la oscuridad. Tenía los ojos como platos, el pelo pegado a las mejillas, pero Elliot se sentía incapaz de interpretar su expresión.

—¿Qué sucede? ¿Ha pasado algo? —En su cuerpo saltaron todas las alarmas. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Estaría herida, triste, asustada? Se le pasaron por la cabeza un sinfín de hipótesis descabelladas.

—No ha pasado nada malo. Es que… necesito tu ayuda.

—Claro, sin problema. —No vaciló. Haría cualquier cosa que le pidiera.

A Daisy se le encendió el rostro con una sonrisa.

—Ya sé cómo romper la maldición.

—Daisy, no estás…

—Cállate y bésame —le dijo ella, y se lanzó hacia él para rodearle el cuello con los brazos.

Elliot la aupó y Daisy enredó las piernas alrededor de su cintura mientras él retrocedía hacia el interior de la casa. Él se apoyó contra la puerta cerrada y Daisy lo besó en la boca, con ansia y desesperación. Lo besó como si tal vez no fuese a volver a tener otra oportunidad. Elliot se lo permitió y le devolvió el gesto con igual deseo, sin aliento, hasta que ella bajó el ritmo y sus besos se volvieron más profundos y lánguidos. Elliot se apartó lo justo para volver a preguntar.

—¿Qué está pasando?

Daisy lo besó de nuevo, esta vez varios piquitos en los labios, la mandíbula y la mejilla antes de desenredarse de él.

—Estaba leyendo el diario.

Aguardó a que continuara, dándose cuenta de que seguía chorreando agua y había empezado a temblar. No podía tolerar tal cosa. Lo que fuera que quisiera decirle podría esperar a que estuviera seca y hubiera entrado en calor. Le dio la mano y la condujo al cuarto de baño, donde la envolvió en una toalla. La abrazó con fuerza mientras le frotaba los brazos con las manos, arriba y abajo, hasta que dejó de tiritar y apoyó la frente contra la suya.

Daisy no le explicó qué era lo que había leído.

—Ya no quiero seguir teniéndole miedo a esto. Te deseo, Elliot. De verdad. En todos los sentidos.

Su mirada cuando interceptó la de él le pareció abierta y esperanzada. Era tal y como se sentía él. Estaban en sintonía.

La besó, saboreándola esta vez. El tacto de sus labios, el roce de su lengua, el sabor de su boca: a la infusión de menta que sabía que se tomaba antes de dormir. Lo catalogó todo.

—Yo también lo deseo todo contigo, Daisy.

Ella sonrió, fue una sonrisa dulce y suave, hasta que en sus ojos centelleó otra cosa, algo parecido al deseo. Elliot fue entonces consciente del pleno significado de lo que acababan de confesarse el uno al otro.

—Entonces…, ¿ahora mismo? —bromeó Daisy—. Podríamos hacerlo todo ahora mismo…

—Dios, sí.

—Genial. —Daisy dejó caer la toalla.

Fue en ese momento cuando él pudo ver bien lo que llevaba puesto: sus diminutos pantalones cortos de pijama y una camiseta blanca de manga corta que ahora, empapada por la lluvia, resultaba casi transparente. La única vez que se vestía de blanco…

—Joder, Daisy —le dijo con la voz ahogada—. ¿Has salido de casa así vestida?

La camiseta se ceñía a sus deliciosas curvas, a cada monte y a cada valle. Elliot lo veía todo. Tenía la polla tan dura ya que no sabía

cómo lograría sobrevivir a aquella noche.

Daisy se miró también y sus mejillas se tiñeron de un sugerente tono rosado.

—No me ha visto nadie. —Volvió a levantar la cabeza para mirarlo —. Salvo tú.

Elliot dejó escapar el aliento con bocanadas entrecortadas.

Daisy había empezado a temblar de nuevo.

—¿Tienes frío?

—No —contestó ella meneando la cabeza. Le temblaban también las manos cuando se despegó la camiseta del cuerpo para quitársela —. Es que te necesito.

Y allí estaba, Daisy, su Daisy, desnuda de cintura para arriba en su cuarto de baño, temblorosa, diciéndole que lo necesitaba. Desde luego, él también la necesitaba a ella. Hasta el último resquicio de nerviosismo que hubiera tenido respecto a aquel momento quedó consumido por ese deseo. Se acercó más y le rodeó la cara con ambas manos.

—Estoy aquí. Dime lo que necesitas. Cualquier cosa.

Daisy gimoteó cuando él le retiró las manos de la cara y las deslizó por los costados de su cuerpo, recorriéndola. Los dedos le dejaban a su paso la piel erizada.

—Sí —susurró ella—. Tócame.

Sus palabras lo envalentonaron. Extendió la palma de la mano sobre su vientre desnudo, sobre sus costillas, por la parte inferior del pecho. Y notó que se le entrecortaba la respiración.

—¿Quieres que te toque aquí, Daisy? —La voz le salió grave, rasgada. Desesperada.

—Sí. —La de ella sonó igual.

La rodeó con un brazo, manteniéndola cerca, tratando de frenar sus temblores mientras con la otra mano le cubría el pecho, suavemente al principio, una caricia apenas perceptible, rozándole el pezón con el pulgar. Ambos temblaban ahora mientras la tocaba, atento a cada grito ahogado, a cada suspiro.

Agachó la cabeza y la besó mientras la exploraba, dejando que sus manos vagaran libremente sobre su cuerpo, sobre el hueco de su cintura y sus nalgas tentadoras. Allí donde no se había atrevido a

tocarla la última vez que habían hecho aquello. Esta vez, sin embargo, no pensaba contenerse.

Deseaba más. Necesitaba más de ella.

—Ven conmigo. —Le cogió la mano y ella no vaciló, lo siguió por el pasillo hacia su dormitorio—. Quítate el resto de la ropa —le ordenó, y vio que Daisy abría mucho los ojos.

Sintió un intenso calor por todo el cuerpo, como si el fuego le saliera de dentro.

—Por favor, Daisy. Quítate el resto de la ropa.

A lo lejos retumbó un trueno; la lluvia golpeteaba contra el cristal de la ventana. Elliot contuvo la respiración mientras ella se bajaba los pantalones y las bragas.

—Daisy —gimió—. Eres…

—¿La chica más guapa del pueblo? —sugirió ella con una sonrisa de suficiencia, bromeando aun cuando se hallaba delante de él totalmente desnuda y preciosa.

Elliot se rio y la tomó entre sus brazos.

—Del mundo entero, joder —murmuró con los labios pegados a su pelo.

Ella suspiró y Elliot la abrazó hasta que volvieron a besarse, sus manos ansiosas llenándose de ella. La suave piel de su espalda, la curva de sus nalgas, esos pechos perfectos pegados a él. Se sentía tan… honrado de que se le permitiera verla así, tocarla, saborearla.

Se apartó jadeante.

—Daisy —murmuró con voz ronca; intentaba mantener el control.

Había pasado mucho. Mucho tiempo desde que Elliot abrazara a alguien de ese modo, desde que sintiera la piel de otro cuerpo pegada a la suya, y ahora que era a Daisy a quien sostenía entre sus brazos, apenas podía contener las ganas de dejarse llevar por entero.

—¿Te encuentras bien? —le susurró ella, frunciendo las cejas.

—Hace mucho tiempo —le confesó con una mueca avergonzada—. Y estoy intentando por todos los medios no quedar en ridículo.

Daisy le deslizó las manos por los brazos. Seguía vestido, con la camiseta de Cornell y los pantalones de chándal que se había puesto para irse a la cama. El roce de sus dedos recorriendo sus antebrazos

hizo saltar chispas a su paso. Joder, sentía que iba a correrse solo con notar sus caricias en la cara interna de la muñeca. Seguía llevando allí su goma del pelo, y la recorrió con el dedo.

—Que no te dé vergüenza —le dijo—. En mi caso también hace mucho tiempo. Bueno, antes de que me hicieras correrme con los dedos… había pasado mucho tiempo.

—Daisy —masculló, agarrándole la muñeca para frenar el avance de sus dedos, porque necesitaba que lo comprendiera—. Solo he estado con una mujer.

Ella se detuvo y se quedó mirándolo.

—¿En total?

—Sí.

—Pero ¿y qué me dices de…?

—Una mujer, Daisy. Eres la segunda mujer a la que veo desnuda. En mi vida.

—Dios —susurró ella.

—Solo sé lo que le gustaba a ella… No sé lo que… —No sabía qué deseaba hacer primero, no sabía si podría volver a satisfacerla. No sabía si…

—Se me ocurre una idea. —Daisy se arrodilló frente a él.

Elliot estuvo a punto de caerse muerto.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó con un hilo de voz.

—Relajar un poco la presión. —Lo miró desde abajo y sus ojos ambarinos refulgieron bajo la luz tenue de su dormitorio. Tiró con suavidad de la cinturilla del chándal—. ¿Te parece bien?

¿Que si le parecía bien? ¿Que si le parecía bien que la mujer de la que se había enamorado sin querer, la mujer con la que soñaba todas las malditas noches, se arrodillara delante de él? Tenía el pecho sonrosado y los labios hinchados de besarlo. No solo le parecía bien, le parecía maravilloso. Mejor que cualquier otra cosa que hubiera deseado jamás.

—Sí —consiguió decir con la garganta medio cerrada.

—Tendré cuidado. —Daisy le guiñó un ojo antes de bajarle los pantalones.

Elliot terminó de quitárselos con los pies. Estaba a punto de decirle que no tenía por qué hacerlo, pero a juzgar por su forma de

mirarlo, con las pupilas dilatadas, los pezones duros y los muslos apretados, pensó que tal vez sí deseara hacerlo. De hecho, parecía ansiosa.

—Espera —le dijo, y ella se detuvo en su intento por bajarle los calzoncillos—. Las rodillas. —Cogió una almohada de la cama y la tiró al suelo.

Daisy se quedó mirándolo con una sutil expresión de sorpresa.

—Voy a hacer que te corras a lo bestia.

Él dejó escapar una risa de perplejidad.

—Eso por descontado. Joder, Daisy, nunca en mi vida la había tenido tan dura. Nunca antes había sido así.

Ella se inclinó hacia delante y le besó el vientre antes de bajarle los bóxeres sobre los muslos. Elliot gimió ante la expectativa. Le temblaban las piernas al sentir sus caricias.

—Joder, Elliot —le dijo ella con una leve sonrisa.

—¿Qué?

—Los que menos te esperas son siempre los más…

—¿Los más qué?

—Los más dotados —aclaró ella con una sonrisa pícara antes de meterse su polla en la boca y terminar de fundirle las pocas neuronas que le quedaban para asimilar aquel comentario.

La boca de Daisy.

Cálida.

Húmeda.

Apretada.

No podía pensar en otra cosa. Su mundo entero quedó reducido a la boca de Daisy envolviéndolo, a la firmeza de su mano al agarrar la base de su polla hasta poder metérsela más adentro.

Elliot dirigió las manos a su cabeza y enredó los dedos en los mechones de pelo todavía húmedos. La oyó emitir un suave gemido y estuvo a punto de desmayarse.

—Justo así, me encanta —murmuró, incapaz de expresar ningún otro pensamiento.

Aquello no iba a durar mucho. Estaba muy excitado y la boca de Daisy era muy agradable, demasiado. Y los gemidos, suspiros y

gimoteos que dejaba escapar mientras lamía y succionaba, joder, jamás en su vida había experimentado nada semejante.

Estaba deseando devolverle el favor.

Daisy tenía razón. Aliviarían la presión y, después, la tumbaría sobre la cama y descubriría todas las formas posibles de hacerla sentir justo así, como si estuviera derritiéndose, ardiendo. A punto de explotar.

Un relámpago inesperado iluminó la habitación y el trueno posterior reverberó por todo su cuerpo.

—Daisy —gimió—. Mi dulce Daisy, qué bien lo haces, qué bien… —Estaba farfullando, las palabras se le caían de la boca—. Eres perfecta, estás preciosa así, tan… Joder…, me voy a…

Ella lo miró a los ojos y él se corrió con tal intensidad que el cuerpo entero se le estremeció, sus manos temblorosas enredadas en el cabello de Daisy. Quizá hubiera abandonado su cuerpo durante unos instantes, aunque, al regresar a él, la vio sonriéndole mientras se ponía en pie.

—¿Te sientes mejor? —le preguntó.

Elliot meneó la cabeza, jadeando, agotado. Y la vio fruncir el ceño.

—Ha sido increíble —le dijo, luego la cogió en brazos antes de tumbarla sobre la cama—. Pero no me sentiré mejor hasta que te haga sentir igual. —Estaba decidido, era un hombre poseído por la necesidad de complacer a aquella mujer—. Vas a decirme todo lo que quieres que haga para que eso suceda, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —susurró Daisy, mirándolo incrédula.

Elliot trepó por su cuerpo y le besó los labios hinchados.

—Ha sido la cosa más excitante que me ha pasado en la vida —le aseguró.

—Me alegro —respondió ella esbozando una sonrisa.

Volvió a besarla. Se sentía incapaz de parar.

—Ábrete de piernas, Daisy —le susurró al oído—. Deja que te lama. Deja que te ayude yo a ti a aliviar la presión.

Ella dejó caer las rodillas hacia los lados, acogiéndolo entre sus muslos. Elliot se apoyó sobre los antebrazos, rodeándola, sujetándola mientras se besaban, sin aliento, desesperados. Se le estaba poniendo dura de nuevo, pero esta vez aguantaría, esta vez

haría sentir a Daisy lo mucho que la deseaba, lo mucho que la amaba.

Se apartó de su boca y fue dibujando con los labios, la lengua y los dientes un mapa sobre su cuerpo. Le mordisqueó y lamió un pezón y ella ahogó un grito, retorciéndose bajo su cuerpo. Volvió a hacerlo, saboreando su reacción, pero cuando se movió para proseguir su trayecto, Daisy le tiró suavemente del pelo.

Él levantó la vista.

—Quiero más de eso —le dijo, con las mejillas encendidas, y Elliot sonrió.

—Será un placer. —Le succionó el pecho, estimulándole el pezón con la lengua y los dientes, hasta que ella arqueó la espalda sobre la cama.

—Elliot —gimió. Le tiró del pelo con los dedos, clavándoselos en el cuero cabelludo.

—¿Qué? Dímelo.

—Necesito correrme. Por favor.

Él también lo necesitaba. Más que cualquier otra cosa. Se colocó entre sus piernas.

—¿Así?

—Sí. —Daisy ahogó un grito cuando agachó la cabeza y la chupó, con lengüetazos firmes y prolongados, hasta que sintió que empezaban a temblarle los muslos entre sus manos y oyó que gemía su nombre—. Así —jadeaba—. Así. Sigue así. No pares… —siguió rogándole hasta que se le quebró la voz y su nombre se transformó en un grito.

Y cuando Daisy se corrió en su lengua, Elliot creyó no haber saboreado jamás algo tan delicioso.

Capítulo 34

Habían caído rendidos y se habían quedado dormidos con sus extremidades desnudas y enredadas. Elliot la había estrechado contra sí y ahora su… considerable… polla estaba acomodada contra sus nalgas, y sus brazos la rodeaban a la altura de la cintura. Tenía la cara hundida en el hueco de su cuello y su suave respiración le hacía cosquillas en el hombro.

Daisy contuvo una sonrisa.

Elliot había vuelto a sorprenderla. Pese a los nervios, el hombre no tenía motivos para estar intranquilo. En absoluto.

La tormenta había pasado y todo volvía a estar a oscuras y en calma al otro lado de las ventanas de Elliot. Daisy se movió un poco y lo oyó murmurar en su oído.

—¿Estás despierta?

—Sí —respondió—. Perdona, no quería despertarte.

Elliot le dio la vuelta hasta quedar colocado encima de ella. Luego le dio un beso en la frente.

—Estaba echando una cabezadita para reponer fuerzas. Aún no he acabado contigo.

Daisy abrió un poco la boca en señal de sorpresa y él sonrió.

—Si te parece bien —agregó.

Ella se rio.

—Me parece muy bien.

Elliot se agachó para besarla, sus labios suaves y cálidos. Ella sonrió contra su boca.

—¿Ha estado bien? Lo de antes.

—Muy bien. Maravilloso. ¿Es que no me has oído gritar?

Su sonrisa se agrandó.

—Solo quería asegurarme. —Le separó las piernas con una rodilla —. Vuelve a abrirte para mí, Daisy. Quiero más.

Daisy murmuró satisfecha. Pensaba reducir a cenizas aquella maldición.

Elliot se puso un preservativo y a continuación la penetró, despacio, dejando que se ajustara a su tamaño. Ella ahogó un grito y él se detuvo.

—¿Estás bien?

—Elliot, sabes que tienes una polla bastante grande, ¿verdad?

Él dejó escapar una carcajada apenas audible, manteniéndose muy quieto.

—He estado antes en vestuarios. —Se agachó y la besó, despacio, con suavidad, a la espera de que volviera a relajarse antes de empujar un poco más.

—Vale —susurró ella, mordisqueándole la mandíbula y besándolo en el cuello—. Dámelo todo.

La embistió hasta el fondo y Daisy soltó un gemido. Se sentía llena. Llena de Elliot.

—Joder —murmuró.

Elliot apretó la frente contra la suya.

—Eres preciosa —le dijo, besándola de nuevo, en los labios, en el cuello.

La devoró, inhaló su aroma hasta que empezaron a moverse al mismo ritmo, como una misma alma fusionada. Empezó a embestirla, con cautela al principio, atento a su expresión.

—Me gusta —le aseguró Daisy—. Más. Dame más.

Elliot modificó el ángulo de sus caderas, penetrándola más aún, y Daisy puso los ojos en blanco. Se sentía llena, caliente…, y se aferró a la espalda de Elliot, a sus hombros, a sus antebrazos…, necesitaba… necesitaba…

—Háblame —le dijo él, embistiéndola con tal fuerza que estuvo a punto de golpearse la cabeza contra el cabecero, pero entonces sintió la mano de Elliot protegiéndola.

—Más fuerte —le rogó con la voz quebrada—. Y quizá un poco… —Intentó levantar las caderas, Elliot enseguida la entendió y le colocó una almohada debajo del culo. Ese hombre y sus almohadas. Le encantaba—. Perfecto —gimió—. Es perfecto, joder.

La sonrisa de Elliot fue rápida y pícara antes de ganar velocidad nuevamente, y en aquel ángulo, con su mano acariciándole la cabeza a cada embestida contra el cabecero, Daisy explotó tan

rápido que ni siquiera lo vio venir, y empezó a gritar y a temblar llevada por la intensidad del momento.

Él gimió, las mejillas sonrojadas, el cabello revuelto sobre la frente. Y le pareció tan guapo así que Daisy estuvo a punto de confesar todo lo que sentía.

—Daisy —suspiró él, dándole un último empellón.

Daisy notó que su cuerpo entero se estremecía al correrse, con una mano aún enredada en su pelo y la otra sujetándole las caderas.

—Daisy, ha sido… —jadeaba, el aliento cálido contra su mejilla—. Ha sido todo lo que buscaba.

La casa de Elliot era un caos. Daisy evaluaba la situación sentada a la isla de la cocina mientras él le preparaba una montaña de tostadas francesas. El dormitorio estaba más o menos ordenado, salvo por las copiosas pilas de libros, pero el baño *en suite* no tenía inodoro ni una ducha que funcionara, habían tenido que utilizar el del pasillo, y en la cocina, los azulejos de detrás de la encimera estaban arrancados, y lo único que había bajo su taburete era el contrachapado del suelo y nada más.

Era la primera vez que entraba y, dado que la noche anterior había estado bastante distraída, no había tenido oportunidad de echar un vistazo, pero ahora le surgían preguntas.

—¿Estás reformando la cocina? —preguntó mientras Elliot le servía una taza de café.

—Siempre estoy reformando algo, sí. Es lo que solíamos hacer Caleb y yo antes de trasladarme aquí. Reformábamos casas.

—Sí, lo sé, pero ¿estás reformando esta casa tú solo?

—Puedo encargarme de proyectos pequeños por mi cuenta —respondió él encogiéndose de hombros.

—¿Como el alicatado y el solado? —le preguntó con una ceja enarcada.

—He ido adquiriendo habilidades por el camino.

—¿Y la fontanería?

—Qué va. Para eso contrato a alguien.

—Mmm…

—¿A qué viene eso? —le preguntó con una sonrisa.

—A nada, es que no paro de descubrir cosas nuevas y sorprendentes sobre ti. Como, por ejemplo, que no eres solo un tipo que se dedica a hacer los diseños sobre el papel.

Elliot se inclinó hacia delante sobre la encimera que los separaba.

—¿Y qué más cosas has descubierto sobre mí?

Daisy se dio golpecitos en los labios con el tenedor como si estuviera pensándolo.

—Me alegra decir que por fin he logrado descubrir tu impresionante destreza sexual.

Él se rio y le puso otra tostada francesa en el plato.

—Gracias por fijarte. Tú también estuviste bastante impresionante.

Daisy sonrió, a punto de lanzarse sobre su desayuno cuando Elliot la detuvo.

—Espera, me falta la mejor parte. —Cogió un pequeño colador al que incorporó una cucharada de azúcar glas, después golpeó el lateral del utensilio para espolvorear el azúcar sobre la tostada—. Tenía que hacer que nevara.

—Es adorable.

—Mi madre solía hacérnoslo en los días de nieve, pero a mí me parece que también queda bien en junio.

—Desde luego —convino Daisy mientras masticaba un trozo de pan azucarado—. Deliciosa.

Elliot cogió un plato para él y se reunió con ella en la isla.

—Ahora tengo que añadir la buena mano en la cocina a las cosas nuevas y sorprendentes que sé sobre ti —bromeó ella.

—No te hagas muchas ilusiones. Esto es lo más complicado que sé cocinar.

—Aun así, un hombre capaz de reformar casas, preparar tostadas francesas y regalarle múltiples orgasmos a una mujer me parece un partidazo.

Elliot se atragantó un poco con su desayuno y las orejas se le pusieron rojas. Daisy recorrió el borde con un dedo.

—Ah, menos mal —dijo con una carcajada—. Me daba miedo que, tras habernos acostado, ya no fuera capaz de hacer que te sonrojaras.

Él se giró para mirarla, de manera que sus piernas quedaron entrelazadas en el espacio que los separaba.

—Creo que es imposible que mi cara deje de alertar al mundo cada vez que me avergüenzo de algo.

—O cada vez que te excitas.

Elliot dejó caer la cabeza con una carcajada.

—Cierto. O cada vez que me excito. Resulta de lo más inconveniente.

—A mí me sigue pareciendo una monada.

Daisy había dormido con unos bóxeres de él y una de sus camisetas, y en aquel momento Elliot se dedicaba a trazar círculos con los dedos sobre su rodilla desnuda. Los rayos de sol se colaban inclinados por las ventanas de encima del fregadero y el aire que entraba ya era cálido. Goldie estaba tumbada bocabajo a sus pies. Iba a ser otro día veraniego, aunque Daisy tenía claro que esa no era la razón por la que se le estaba calentando la piel.

—¿Y qué plan tienes para la reforma?

—Es una casa antigua, cosa que formaba parte de su atractivo, por supuesto.

—Por supuesto —repitió ella entre risas.

—Inicialmente había pensado restaurarla y venderla, pero ahora…

—¿Pero ahora?

—Ahora quiero quedarme —contestó Elliot agrandando la sonrisa.

Daisy se echó hacia delante y lo besó. Sabía a canela y a sirope de arce.

Él le pasó las manos por el pelo, recogiendo los mechones sueltos en su nuca. Se quitó la goma de la muñeca y se la puso en el cabello, devolviéndole aquel pequeño artículo ahora que ya lo tenía todo de ella. Daisy volvió a besarlo.

—¿Quieres contarme qué ponía en el diario que te hizo venir corriendo aquí medio desnuda en mitad de la noche? —le preguntó él, mordisqueándole los labios mientras hablaba, dejando que las manos ascendieran por sus muslos.

—Vives como a dos manzanas de distancia. No vine corriendo. Vine andando. Deprisa.

Su carcajada de placer la hizo sonreír.

—Y no iba desnuda. Llevaba puesto el pijama.

—Un pijama que era prácticamente transparente cuando llegaste aquí.

A juzgar por el intenso rubor que teñía sus orejas y mejillas, se notaba que estaba visualizando la escena. Daisy se retorció levemente en el taburete, recordando su mirada voraz, y después sus manos, sus labios…

Meneó la cabeza, en un intento de no desviarse del tema.

—Eso no viene al caso.

—Vale. —Elliot se irguió—. Cuéntame. ¿Qué decía el diario que fuese tan urgente?

Daisy frunció el ceño al recordar lo frustrada y triste que se había sentido leyendo las últimas entradas del diario de su tía abuela.

—Me enfadé mucho con ella. Y luego conmigo misma por comportarme igual que ella.

—¿A qué te refieres?

—Era incapaz de dejar atrás el pasado. Le habían hecho daño antes y eso le nublaba el juicio. Eso la impulsaba a ahuyentar de su lado a un hombre tierno y cariñoso porque daba por hecho que la historia terminaría igual.

Elliot se había quedado muy quieto, observándola. Aguardando su conclusión.

—¡Y me dieron ganas de poder retroceder en el tiempo y zarandear a esa maldita mujer!

Él le rodeó la cara con las manos y recorrió la curva de su mejilla con el pulgar. Daisy se inclinó para recibir sus caricias.

—Decía que estaba maldita. Pensaba que su maldición era la de quedarse para siempre con el corazón roto, pero la culpa era suya por no ver lo que tenía delante. No quiero ser así…, no deseo hacer eso.

—¿Y qué es lo que deseas hacer, Daisy? —le preguntó él, la voz tan suave como sus caricias.

—Lo que dije anoche iba en serio. Deseo estar contigo. De verdad.

Elliot se echó hacia delante y le dio un beso en los labios, enredando los dedos en su pelo; Daisy se sintió a salvo. Se sintió venerada.

—Daisy, estoy muy enamorado de ti.

No se esperaba las lágrimas. No se esperaba derrumbarse de ese modo, pero Elliot la estrechó contra su pecho y la abrazó con fuerza.

—Shh… —la calmó—. No pasa nada. Todo saldrá bien.

—Yo también estoy muy enamorada de ti —respondió ella sorbiéndose la nariz—. Y no era mi intención, juré que no iba a volver a hacerlo, pero… —Cogió aire y lo miró—: Estoy muy enamorada de ti. Has hecho que me resultara imposible resistirme.

Y ahí estaba otra vez esa sonrisa torcida que le había encantado desde el principio.

—Lo siento —dijo Elliot—. Pero tú tampoco me lo has puesto fácil, ¿sabes? Vine aquí para vivir como un ermitaño, con la única compañía de mis libros de historia, ¡y mírame ahora! ¡Me dejo ver por el pueblo besuqueándome con la florista!

Las lágrimas de Daisy enseguida se convirtieron en carcajadas.

—En fin, te mostrabas atento y comprensivo a todas horas, y luego están las tostadas francesas y tu enorme…

Elliot la besó.

—Deja de intentar hacer que me sonroje —le dijo contra sus labios.

Ella soltó una risita.

—Es que… después de leer aquellas últimas entradas del diario, supe que estaba cometiendo un error al guardar las distancias contigo. No quiero seguir estando maldita. Quiero estar contigo.

—No estás maldita, Daisy —le dijo él, besándola en la frente—. Pero… —la levantó del taburete y Daisy dejó escapar un chillido de sorpresa—, si tenemos que hacer esto unas cuantas veces más para convencerte, me apunto. —Se la echó al hombro, le dio un azote en el culo y se la llevó al dormitorio.

Sorprendiéndola una vez más.

Capítulo 35

Daisy se sentía significativamente menos maldita en ciertos aspectos, aspectos que tenían mucho que ver con lo que acaecía en el dormitorio, aunque por desgracia aquello no podía extrapolarse a otros aspectos de carácter más empresarial.

Estaban a principios de julio y aún no le habían encargado ni una sola boda. Jamás había estado tan enamorada ni se había sentido tan a salvo con un hombre como le sucedía con Elliot. Habían pasado de la farsa a la realidad sin un mínimo bache, aunque al parecer a los mentideros del pueblo no había llegado la circular.

O quizá no creyeran que tener novio durante unos pocos meses bastara para confiarle sus enlaces matrimoniales.

Se había mostrado muy optimista al salir de casa de Elliot aquella primera mañana después de quedarse a dormir, tan llena de dulces tostadas francesas y con un resplandor orgásmico recién estrenado; sin embargo, luego llegó al trabajo y recordó que su pequeña maldición no se limitaba únicamente a su propia vida amorosa, sino a cómo mantener abierta la puñetera floristería si la gente seguía creyendo que les iba a arruinar la vida amorosa.

¡¿Qué iba a hacer una florista maldita para ganarse la vida?!

No ayudaba el hecho de tener allí a su madre aquel día, zascandileando por la tienda, sustituyendo los cristales energéticos y soplando canela por todos los vanos de las puertas.

—Mamá, estás llenando el suelo de canela.

—Ese es el objetivo, Daisy. —Su madre puso los ojos en blanco como si acabara de decir una ridiculez, cerró la puerta de la tienda y volvió a entrar.

Fuera hacía calor y el viejo establecimiento no tenía un gran historial en lo referente al aire acondicionado. El aparato que tenían instalado en la ventana actualmente hacía un ruido terrible, pero soltaba poco aire frío. A las flores tropicales les sentaba de maravilla, pero Daisy se estaba derritiendo.

—¿Cómo está Elliot? —le preguntó su madre, cambiando diametralmente de tema.

—Elliot está bien.

—He oído que la semana pasada tenías mucha prisa por llegar a su casa. No sabía si se trataba de una emergencia.

Daisy hizo una mueca de arrepentimiento. No le sorprendió que su carrerita nocturna hasta casa de Elliot estuviese en boca de todos. Condenado pueblo. Su madre sabía que no se trataba de una emergencia.

—Elliot está bien. Es que necesitaba… —«¿Que me follara un hombre tierno que me quiere? Qué va, no pienso decir eso»—. Necesitaba verlo. Y me apetecía… dar un paseo.

—¿En plena tormenta? —Su madre aguardó con las cejas levantadas.

—Me gusta la lluvia.

Su madre se rio.

—Pasamos una noche agradable —insistió Daisy—. Y eso es todo lo que pienso contarte, madre.

Su madre volvió a poner los ojos en blanco.

—Somos adultos, Daisy bonita. No te vas a morir por darme algunos detalles.

Daisy negó con la cabeza y siguió ojeando los libros. No estaba de humor para sincerarse con su madre. Menos aún en relación con todo lo que habían hecho Elliot y ella aquella noche. Y casi todas las noches desde entonces. Y casi todas las mañanas. Y la tarde anterior… Habían estado recuperando el tiempo perdido. Y había sido asombroso, maravilloso y tan tremendamente perfecto que no paraba de pellizcarse a cada instante.

No iba a dejar que le entrara el pánico. No iba a dar por hecho que Elliot acabaría cansándose de ella y se iría. Iba a aprovechar lo que le estaba ofreciendo el universo.

O, al menos, eso era lo que se decía a sí misma cada mañana ante el espejo. Aun cuando, en el fondo, su historia con Elliot le parecía tan reciente y frágil que hasta le costaba respirar por miedo a que se rompiera. No quería hablar de ello por miedo a gafarlo.

Aún no había terminado de romper la maldición.

Pero Elliot estaba a su lado un día tras otro, y ella pensaba hacer lo mismo por él.

Quizá tuviera que confiar un poco más en el universo. Le había regalado a Elliot, quizá le regalase también un montón de nuevos clientes. Solo esperaba que sucediera pronto.

—Mamá, déjame algunos de esos cristales.

A su madre se le iluminó la cara al hundir las manos en los profundos bolsillos de su vestido y sacar unos cuantos cristales.

—He escogido estos para darte prosperidad —explicó.

Daisy no pudo evitar devolverle la sonrisa. Las mujeres de su familia llevaban décadas regentando aquella tienda. Quizá hubiese llegado el momento de confiar en el proceso.

—Gracias, mamá.

—Te quiero, Daisy bonita. —Su madre le dio un beso en la mejilla.

—Yo también te quiero.

—Bueno, ahora vamos a decidir cuál es el mejor sitio para colocarlos.

—Desde luego. —Daisy se secó el sudor de la frente y se puso manos a la obra.

—¡Por fin puedo visualizarlo todo! —exclamó Mary mientras recorría las habitaciones estilo motel que acababan de reestructurar.

Habían retirado el amianto, cosa que conllevó una semana de retraso, pero ahora empezaban a hacer avances de verdad.

—Me alegro —respondió Elliot, siguiendo el recorrido de Mary y Joseph.

Le dieron ganas de puntualizar que les había mostrado múltiples imágenes renderizadas en 3D para que se hicieran una idea del aspecto final, pero se alegraba de que los propietarios estuvieran satisfechos. En el transcurso de los últimos meses, había observado que Mary era proclive a perder mucho tiempo dudando de sus propias decisiones al ver programas sobre reformas de casas. Era una mala combinación. Y Joseph accedía a lo que fuera que ella deseara, pese a que ni ella misma supiera lo que era. No podía

decirse que había sido fácil, aunque a Elliot le ilusionaba ver por fin que sus planes comenzaban a tomar forma.

—Estoy de acuerdo —agregó Joseph, para sorpresa de nadie—. La cosa se va encarrilando. —Le estrechó la mano a Mary y ambos se quedaron parados en lo que algún día sería la habitación número siete, sonriendo a Elliot de oreja a oreja.

Eran los dos más jóvenes de lo que había imaginado cuando aceptó el encargo. Había pensado en una pareja mayor, pero ninguno de los dos superaba los cincuenta años y ambos consideraban las medias maratones una manera adecuada de emplear su tiempo. Un sentimiento que Elliot era incapaz de entender. Pero estaban llenos de energía y la compra del hostal había constituido su gran aventura cuando sus hijos se fueron a la universidad. Llevaban al frente del establecimiento solo unos pocos años, y Elliot sabía que habían puesto muchas esperanzas y dinero en aquella reforma.

—Me alegra mucho que os guste —les dijo—. A partir de ahora, irá mejorando.

—Gracias por guiarnos a lo largo del proceso —respondió Mary—. Ahora dormiré mejor —agregó con una risotada.

—No hay de qué. —Elliot los acompañó fuera, sintiéndose muy orgulloso de sí mismo por el éxito de la reunión.

Seguía de buen humor cuando Caleb se presentó allí una hora más tarde.

—¿Qué tal ha ido la visita esta mañana? —le preguntó.

—Joseph y Mary están satisfechos, cosa que no sucede muy a menudo, así que buen trabajo. —Elliot le dio a su hermano una palmada en el hombro.

Caleb se detuvo en seco.

—¿A ti qué te pasa? —le preguntó.

—¿A qué te refieres?

Caleb inclinó la cabeza como si estuviera estudiándolo.

—Estás distinto.

—¿Distinto cómo?

—Feliz, supongo. Más aún en los últimos días. Parece que hubiera cambiado algo.

Algo como por ejemplo que Daisy le dijera que lo amaba. Algo como pasar de una relación de mentira a una muy real. Pero no pensaba confesarle a su hermano que todo aquello había comenzado como una farsa diseñada, en parte, para librarse de él.

—Estoy feliz —respondió en su lugar.

—Y también seguro de ti mismo.

Que una mujer gritara su nombre todas las noches era algo muy beneficioso para la autoestima. Otra cosa que no pensaba confesar. Estaba unido a su hermano, pero quizá no hasta ese punto.

En su lugar, se limitó a encogerse de hombros y siguió caminando hacia la parte delantera del hostal. Estaba listo para poner fin a la jornada laboral y así poder ir a ver a la mujer responsable de su recién descubierta felicidad y seguridad en sí mismo.

—Daisy debe de hacerte mucho bien —prosiguió Caleb—. No eras así cuando estabas con Leigh.

—¿En serio? —Eso le dio que pensar. ¿Acaso no había sido feliz con Leigh? Pero ¿le había hecho ella sentirse seguro de sí mismo?

—Sí. O sea, Leigh me caía bien, pero me parece que ahora estás… mejor de lo que habías estado en mucho tiempo.

Quizá hubiera sido feliz con Leigh al principio, pero su hermano tenía razón, hacía mucho que no se sentía así. Durante aquellos últimos años de matrimonio, le daba la impresión de haber estado aferrándose a algo que no funcionaba.

—Gracias. Sí que me siento mejor.

—Me alegro. —Fue entonces Caleb quien le dio una fuerte palmada en la espalda.

—Así que ya puedes dejar de comportarte conmigo como una mamá gallina.

—Es posible —convino Caleb entre risas—. Pero no prometo nada. Cuesta desprenderse de las viejas costumbres.

Elliot se limitó a sacudir la cabeza. No es que esperase que su hermano fuese a dejar de entrometerse en su vida como el cotilla que era, aunque quizá sí que pudiera devolverle el favor.

—¿Y qué me dices de ti?

—¿Qué pasa conmigo?

—¿Le vas a pedir una cita a Vivienne?

Caleb se tropezó con sus propios pies antes de restarle importancia y fingir desinterés. A Elliot le estaba costando mucho no reírse.

—Me parece que no.

—¿Por qué no? Es guapa.

—Es preciosa, joder.

Elliot enarcó las cejas al ver el intenso rubor que se apoderaba del rostro de su hermano. Caleb nunca se sonrojaba. No se ponía nervioso con las mujeres. Elliot se moría de ganas de burlarse de él, pero lo cierto era que parecía demasiado atribulado como para reírse de él en aquel momento.

—Pero esa no es la cuestión —prosiguió Caleb, intentando controlar sus gestos, sin conseguirlo—. No se mostró interesada y hay un montón de mujeres guapas por ahí.

—Mmm.

Si su hermano se sentía como se había sentido él la primera vez que vio a Daisy, evitar a Vivienne sería una causa perdida. Solo esperaba que Caleb no se resistiese demasiado. Era tan testarudo como encantador.

Pero una de las ventajas de ser el hermano pequeño era que Elliot no acostumbraba a preocuparse por la vida amorosa de su hermano.

—¿Qué significa eso? ¿Por qué me miras así?

—Por nada. —Y se dirigió hacia las puertas de acceso—. Pero mamá se pregunta cuándo vas a sentar la cabeza.

Caleb lo siguió al exterior con el rostro descompuesto.

—¿Hablas con mamá de mí?

—Pues sí —le dijo con una sonrisa—. Tiene pensado volver de visita este otoño.

—¿En serio?

—Te lo aseguro.

—¿Por qué?

—No sé —se rio Elliot—, para vernos, imagino. Y… —no pudo evitar añadir— probablemente para ver cómo estás.

—¿Por qué iba a querer ver cómo estoy? —preguntó Caleb con un resoplido.

—Ya te lo he dicho, quiere que sientes la cabeza con una buena chica. O con un chico. O con cualquier persona adulta que exprese su consentimiento, la verdad. Tú eliges.

Caleb resopló de nuevo, sacando pecho como si fuera un hombre grande y malo.

—Eso no depende de ella.

Elliot le dio una palmada en el brazo.

—Vale, tío, ¡buena suerte! ¡Te veo mañana! —Se rio para sus adentros conforme atravesaba el aparcamiento en dirección a su coche, dejando a Caleb en el porche con cara de desconcierto.

Resultaba agradable dejar de ser el objeto de los desvelos de su madre para variar. Que Caleb lidiara con sus preocupaciones por una vez.

El móvil le vibró en el bolsillo anunciando la llegada de un mensaje. Daisy.

«Un helado? Me derrito!!».

Elliot sonrió y el corazón se le aceleró solo de pensar en volver a verla.

«Claro. Allí te veo».

No tardaron en encontrarse compartiendo un helado de *brownie* en la heladería Tarta de Manzana con varias docenas de vecinos más. El local estaba abarrotado, aunque lo cierto era que Elliot no veía a nadie salvo a Daisy. La humedad le había rizado el pelo a la altura de las sienes y tenía las mejillas sonrosadas. Aquel día lucía un vestido gris oscuro de manga corta que se le ceñía al cuerpo.

Tenían las piernas enredadas bajo la mesita y las cabezas inclinadas muy juntas sobre el helado compartido. La cuchara de Daisy desapareció entre sus labios y Elliot se distrajo pensando en su boca y en lo que le gustaría hacer con ella más tarde.

No tenía claro si había sido tan feliz con Leigh en algún momento del pasado, pero sí sabía con certeza que su libido nunca había estado tan despierta. No se cansaba de Daisy. La deseaba. A. Todas. Horas. Lo volvía insaciable.

Ella le sonrió con suficiencia sin sacarse la cuchara de la boca, como si supiera exactamente en qué estaba pensando Elliot.

—¿Qué quieres hacer después? —le preguntó.

—Se me ocurren algunas ideas.

—¿Y algunas incluyen seguir con la ropa puesta?

—No —confirmó él con una sonrisa.

Daisy se rio con la voz dulce y aterciopelada, y a él le dieron ganas de prescindir de lo que les quedaba de helado y sacarla a rastras de allí cuando Jack y Gabe aparecieron junto a su mesa.

—¿Os importa que os acompañemos? —preguntó Jack—. No quedan mesas libres.

Elliot alzó la vista y, por primera vez, reparó en la multitud que llenaba el establecimiento.

—Sin problema —respondió Daisy—. Podemos compartir. —Se movió hasta sentarse en el regazo de Elliot.

Él le rodeó la cintura con el brazo, encantado con la nueva redistribución de los asientos.

—Fantástico —contestó Gabe, se sentó y colocó a Jack en su regazo también—. Nosotros también compartimos.

Jack puso los ojos como platos al sentarse y Elliot le lanzó una amplia sonrisa. Hacía demasiado calor para llevar chaleco, pero Jack lo compensaba con una alegre camisa. Gabe vestía su habitual camiseta manchada de hierba y sus vaqueros. Eran muy diferentes, pero parecían encajar a la perfección, como si tuviera todo el sentido del mundo que estuvieran juntos.

—Qué bien se os ve, chicos —comentó Daisy, ante lo que Gabe sonrió.

—Gracias. Estaba colado por Jack desde hacía mucho tiempo.

—Eso no me lo habías dicho —contestó Jack, que estuvo a punto de atragantarse con su batido.

Gabe le dio un beso en la mejilla y Jack pareció estar a punto de derretirse y formar un charco en el suelo.

—Claro que no te lo había dicho. Me ponía nervioso.

—¿Tú?

—Sí.

—¿Tú te ponías nervioso?

—Pues claro. ¿Por qué te sorprende?

Jack balbuceó sin saber qué decir. Al parecer, con tanto escabullirse para darse el lote, no habían llegado a hablar de lo que

sentían el uno por el otro ni de cuándo había empezado.

—Porque eres tú. Y eres precioso.

—Tú también, cariño —contestó Gabe con una amplia sonrisa.

—Adorable —intervino Daisy dando una palmada—. Supongo que lo vuestro ya es oficial.

—Sentarse en el regazo de un hombre en mitad de una heladería suele considerarse bastante oficial —repuso Jack, que aún parecía algo perplejo.

—¿Así que ya puedo decir que eres mi novio? —preguntó Gabe.

Antes de que Jack pudiera dar una respuesta, cosa del todo innecesaria porque era un sí clarísimo, Hazel y Noah se materializaron junto a su mesa. Elliot no creía que pudiera caber más gente en esas dos sillas, pero Noah había conseguido hacerse con un par más y las arrastró hacia la mesa.

—¿Podemos acompañaros? —preguntó Hazel.

—¡Desde luego! —respondió Daisy, y Elliot le dio un pequeño apretón.

—¿Qué tal va todo? —preguntó Noah cuando se sentaron. Señaló con la barbilla a Jack y a Gabe—: ¿Ahora sois pareja?

—Es mi novio —declaró Gabe, sonriendo mientras se llevaba a la boca la pajita de su batido.

Jack se limitó a sonreír con gesto soñador.

—Enhorabuena —les dijo Noah con una sonrisa.

—Y a vosotros se os ve muy acaramelados —comentó Hazel, dirigiendo su atención hacia Daisy y Elliot.

—Lo estamos —contestó Daisy—. Así que te agradecería que hicieras correr la voz de que la maldición se ha roto. Quizá estaría bien que tu padre emitiera algún tipo de comunicado.

Hazel se rio a carcajadas.

—¿Cómo sabes que se ha roto? —preguntó, hundiendo la cuchara en su helado.

—Bueno… —Daisy se lanzó a contar la historia del diario de su tía abuela y las similitudes entre ellas, mientras Elliot disfrutaba de tenerla encima.

Se distraía a cada instante al sentir su trasero en el regazo… Todavía no habían tenido relaciones sexuales en esa postura, en una

silla… Quizá pudieran probarlo, más pronto que tarde…

Para cuando hubo retomado el hilo de la conversación, Daisy estaba pasando su móvil para enseñarles a todos lo mucho que se parecía a su tía abuela y Elliot intentaba recolocarla a fin de que no resultara demasiado evidente la naturaleza de sus fantasías.

—¡Es una locura! —decía Jack—. ¡Elliot, este hombre es igual que tú!

—Es increíble, ¿a que sí? Es un primo lejano suyo o algo por el estilo —explicó Daisy—. Es como si tuviéramos que romper una maldición generacional. Nuestros antepasados no encontraron la manera de estar juntos, ¡pero nosotros sí!

Dios, qué guapa se ponía cuando hablaba de maldiciones de amor históricas que, de algún modo, les habían hecho acabar juntos.

Elliot no creía en el destino, pero tal vez…

Jack le devolvió el teléfono a Daisy y dijo:

—Pues me alegra que os hayáis encontrado.

—A mí también —respondió ella con una sonrisa—. Y no me cabe duda de que la próxima boda para la que me encarguen las flores tendrá como resultado un matrimonio duradero y feliz. —Miró intencionadamente en torno a la mesa.

—A nosotros no nos mires —dijo Noah riéndose—. Ya estamos felizmente casados.

—Pero no llegasteis a celebrarlo —contestó Daisy poniendo los ojos en blanco—. ¿No queréis hacer una gran fiesta?

—No especialmente —admitió Hazel.

Noah le dio un beso en la cabeza.

—Mi pequeña introvertida.

—Pues si alguna vez decidís celebrar vuestro amor con vuestros amigos y familiares, no dudéis en acudir a mí para vuestros arreglos florales —les dijo Daisy, que no pensaba dejar que se salieran con la suya tan fácilmente y prescindieran de una fiesta.

—Me gusta tu estilo —se rio Gabe.

—No creas que tú te vas a librar —le respondió ella señalándolo con el dedo—. Cuando decidáis ser marido y marido, os digo lo mismo.

—¡Madre mía, Daisy! Acabamos de declararnos novios por primera vez —dijo Jack horrorizado.

—Yo ahí lo dejo. —Daisy se encogió de hombros.

Elliot se rio con ganas y ella le sonrió.

—Te quiero —le susurró al oído mientras los demás empezaban a hablar sobre la posibilidad de que Gabe se ofreciera voluntario para el departamento de bomberos—. Vámonos de aquí.

—¿En tu casa o en la mía? —le preguntó Daisy estrechándole la mano.

—La tuya queda más cerca.

Daisy se rio y, tras despedirse de todos, corrieron hacia la salida.

Capítulo 36

—Tenías razón, este sitio es perfecto.

—Pensé que te gustaría. —Daisy chocó su botella de cerveza suavemente contra la de Elliot y él le dio un beso en la coronilla.

Estaban recostados contra las almohadas, tendidos en el colchón hinchable que ella había sacado al tejado de la floristería aquella tarde. Los fuegos artificiales del Cuatro de Julio empezarían de un momento a otro y disfrutarían de la vista perfecta sin tener que enfrentarse a la gente. De hecho, si se ponían de pie, probablemente vieran a Shawn y a Greg bebiendo champán en el tejado de la tienda de mascotas, y a Jeanie y a Logan acurrucados en el del café Pumpkin Spice. Annie, Mac, Hazel y Noah los veían en el puerto, a bordo del barco de Noah, el Ginger. Y a Daisy no le cabía duda de que el resto de sus amigos estarían por ahí entre las hordas de gente que se encaminaba a la playa para disfrutar del espectáculo.

Sin embargo, ella se alegraba de que estuvieran allí, los dos solos.

Bueno, los tres, si tenía en cuenta a Goldie, que dormía plácidamente sobre una toalla de playa junto a ellos. No le asustaban los truenos, de manera que Daisy daba por hecho que los fuegos artificiales tampoco supondrían un problema.

Habían pasado otro día caluroso, pero el aire se había enfriado considerablemente tras la puesta de sol. La noche en torno a ellos vibraba con el zumbido de las chicharras y el canto de los grillos, además de las risas de unos pocos rezagados que corrían por la calle.

Previamente habían preparado perritos calientes en la pequeña parrilla de carbón que tenía allí arriba y se los comieron con gruesas rodajas de sandía como acompañamiento, escuchando la banda sonora de *Hamilton* en bucle, mientras Elliot aportaba sus propios datos históricos. Toda aquella estampa hacía que Daisy se sintiera inesperadamente patriótica.

—¡Ya empiezan! —exclamó ahogando un grito.

Dejaron a un lado sus cervezas y se acurrucaron bajo las mantas que había dispuesto, el brazo de Elliot alrededor de sus hombros, mientras el cielo sobre Dream Harbor se iluminaba de rojo, azul y plata. Goldie levantó la cabeza, miró a su alrededor y decidió que todo iba bien. Bostezó con gran teatralidad y siguió dormitando. Daisy estiró el brazo y le rascó la cabeza por ser tan buena chica.

—Me pregunto cuántos de mis parientes celebraron el Cuatro de Julio aquí arriba —musitó Daisy.

—¿Crees que la tía D y Nate lo hicieron? —le preguntó Elliot, girándose para mirarla. Su rostro se veía iluminado por los fuegos artificiales, y los colores se reflejaban en sus gafas.

Daisy se las quitó y las dejó cuidadosamente a un lado.

—Eso espero. Confío en que fueran felices al menos durante un tiempo.

—Yo también.

—Ojalá hubieran sido felices más tiempo.

—Lo mismo digo. —Elliot se echó hacia delante y le besó la punta de la nariz—. No fue todo culpa de tu tía abuela. Mi querido primo Nate podría haberle concedido más tiempo, haber sido más paciente con ella.

—Supongo que eran otros tiempos. No podían seguir siendo la comidilla del pueblo. Tenían que ser respetables.

—Nate no tenía por qué presionarla. —Elliot se encogió de hombros—. Pero tomaron sus decisiones y nosotros podemos tomar las nuestras.

—Sí —convino Daisy, deslizando los dedos por su denso cabello antes de capturar su boca con la suya.

—Te vas a perder los fuegos artificiales —le dijo, sonriendo contra sus labios.

—Podemos hacer nuestros propios fuegos.

—No me creo que acabes de decir eso.

—Me he arrepentido al instante —se rio ella.

Elliot la giró hasta dejarla tumbada bocarriba y él se colocó encima.

—Pero me parece una gran idea. —Le hizo cosquillas en el cuello con la nariz, besándola y mordisqueándola.

—¿Así que no siempre fuiste así? —le preguntó ella, sin aliento.

—¿Así cómo? —le preguntó él quitándole la camiseta por la cabeza —. Bonito color, por cierto —agregó, arrojando a un lado la prenda de color rojo.

—Gracias. Me refería a… así…

—¿Cachondo como un adolescente?

—¡Sí!

—No —le dijo con una sonrisa—, esto es todo por ti, Daisy. Solo tú me pones así.

Daisy suspiró mientras él iba bajando por su cuello, besándole la clavícula, lamiéndole la parte superior de los pechos, metiéndole la lengua por debajo del sujetador hasta hacerle ahogar un grito. Le quitó los pantalones cortos antes de que pudiera darse cuenta, y sus bragas salieron volando a saber dónde. Y sintió a Elliot por todas partes. Su boca en el pecho, sus dedos estimulándole el clítoris, deslizándose por sus pliegues húmedos.

—¿Y qué me dices de ti? —le preguntó él con un gemido, devolviendo la boca a su garganta, donde le arañó suavemente la piel con los dientes—. ¿Siempre has sido así? ¿Alguna vez habías sentido algo así?

Notó sus dedos dentro, embistiéndola, mientras con el pulgar seguía acariciándole el clítoris de la manera perfecta, acercándola cada vez más al orgasmo, tan rápido que se habría sentido avergonzada de no haber sabido que a él le ocurría lo mismo, sentía su polla rígida restregándose contra su muslo.

—No —contestó ahogando un grito—. Contigo todo es diferente. Mejor. Más.

Sintió su sonrisa grabada en su piel mientras la frotaba, abrazándola conforme se incrementaba el placer.

—¿Puedes hacerlo en silencio? —le susurró él, mientras con los dedos le hacía cosas maravillosas y depravadas.

Daisy gimoteó y negó con la cabeza. Claro que no podía hacerlo en silencio. Incluso aunque estuvieran al aire libre. Incluso aunque sus vecinos estuvieran fastidiosamente cerca.

Elliot le tapó la boca con la mano y ella ahogó un grito al sentir sus dedos fuertes en los labios.

—Córrete para mí, dulce Daisy.

Y eso hizo. Retorciéndose entre gimoteos y gemidos contra su mano. Se aferró a su antebrazo, sosteniéndose a él mientras la sujetaba.

—Eres perfecta cuando te corres —le susurró.

Aturdida, pero sin haberse quedado satisfecha, se puso encima de él.

—Tú también —le dijo, besándole el cuello mientras le quitaba la camiseta y le besaba el pecho.

—¿Has traído preservativos? —le preguntó Elliot con la voz entrecortada cuando ella le desabrochó el botón de los vaqueros—. Yo lo habría hecho si hubiera sabido que «vente a ver los fuegos artificiales» significaba «vente a follarme en el tejado».

Su risa le acarició la piel y lo notó estremecerse.

—No he traído —le dijo Daisy.

—No pasa nada. Podemos…

—He vuelto a tomar la píldora.

—¿Ah, sí? —La miró enarcando las cejas, a la espera de ver qué decía a continuación.

—Así que podemos prescindir del preservativo. Si quieres.

Elliot cerró los ojos y soltó un gemido.

—¿Eso es un sí?

—Sí —contestó él riéndose—. Es un sí. —Se bajó los pantalones y los bóxeres y se los quitó con los pies.

Daisy le agarró la polla y él empujó hacia arriba contra su mano como si no pudiera evitarlo, como si no pudiera esperar más.

Por suerte para él, ella tampoco podía.

Se dejó caer sobre él, introduciéndose su miembro despacio, hasta el fondo, sin ninguna barrera, y sintió todo el calor, la presión y, joder, fue fantástico. Se inclinó hacia delante y volvió a encontrar su boca, y sus besos se volvieron frenéticos mientras se mecía encima de él.

Más rápido.

Cada vez más.

Hasta que notó que volvía a acercarse al orgasmo con cada embestida.

—No pares —le rogó Elliot con los dientes apretados cuando ella no pudo aguantar más el placer, que recorrió su cuerpo trasladándoselo a él—. Joder —gimió, agarrándole la cara con las manos, sosteniéndose la mirada mientras ambos se corrían.

Daisy se derrumbó sobre él y sintió que por un instante estuvo muerta.

Pero notó los latidos firmes de Elliot bajo su oreja.

No fue hasta que volvió en sí cuando se percató de que los fuegos artificiales ya habían acabado. El aire olía al humo residual. Oía en la distancia a la banda de los festejos tocando «Take Me Home, Country Roads».

—Quiero solicitar que este sea el nuevo himno nacional —murmuró, con la mejilla aún apoyada sobre su pecho.

—Veré qué puedo hacer. —Oyó el retumbar de su voz recorriendo su cuerpo.

Suspiró.

—Nunca he estado en Virginia Occidental y, aun así, cuando escucho esta canción, me hace sentir que lo echo de menos.

—Eres una mujer compleja —bromeó él.

Daisy le dio un manotazo en el brazo, pero tan débil que seguramente ni lo sintió.

Se quitó de encima y quedaron ambos tumbados bocarriba, contemplando el cielo nocturno, mientras el calor de sus cuerpos iba secándose y les erizaba el vello. Poco a poco, el humo se disipó y volvieron a asomar las estrellas.

—He estado pensando en la maldición —comentó Elliot transcurrido un rato, sorprendiéndola. Siempre había insistido en que no existía tal cosa.

Daisy se giró para mirarlo.

—¿En serio?

—Sí. Creo que quizá hayas estado viéndolo del modo equivocado. —Le retiró el cabello húmedo de la frente con una caricia.

—¿Y eso?

—Quizá tengas que darle la vuelta. Podría ser una especie de poder.

—¿El poder de romper matrimonios? Sabes que no soy bruja, ¿verdad? —bromeó ella, pero Elliot hablaba en serio.

—Habla con las novias. Quizá se alegren de haberse divorciado. Puede que les hicieras un favor. ¿Acaso no te alegras tú de haberte separado? ¿De verdad deseas estar con Matthew? ¿O con David? No los necesitas, igual que no me necesitas a mí.

—Un momento, ¿qué dices? —Daisy se incorporó, alcanzando las mantas para cubrirse, y el corazón se le desbocó en un instante. ¿Adónde quería llegar Elliot con aquella conversación?—. Claro que no quiero estar con Matthew ni con David, pero sí quiero estar contigo. A ti sí te necesito.

—Qué va, no me necesitas —insistió Elliot meneando la cabeza—. Al menos no para romper la maldición. No para salvar la floristería.

—Pero…

—Creo que deberíamos fingir una ruptura.

—¿Fingir una ruptura? —Se aferraba a la palabra «fingir» como si fuera un salvavidas en mitad del océano.

—Tú no eres tu tía abuela. No estamos en 1925. No tienes que estar casada para ser una mujer respetable. No tienes que hacer caso a tu familia ni al pueblo ni a nadie. No debería importar si estás conmigo o no estás. ¿Que la gente no quiere encargarte las flores de su boda? Pues véndeles otra cosa. El poder aquí lo tienes tú, Daisy. Utilízalo.

—Joder —susurró ella, parpadeando confusa—. Sí que has estado pensando en esto.

Elliot le estrechó las manos entre las suyas y le besó el dorso de cada una de ellas antes de darles la vuelta y hacer lo mismo en las palmas.

—Te quiero. Estaré a tu lado como tú quieras que esté. Pero no quiero que pienses que tu éxito depende de nuestra relación. Puedes hacerlo, Daisy. Conmigo o sin mí.

—Entonces, ¿fingimos una ruptura?

—Para demostrarle al pueblo que tu estado civil es irrelevante.

—Y entonces me…

—Piensa más allá de las bodas. ¿Qué otros grandes eventos hay? ¿Graduaciones?

Daisy lo reflexionó y entonces el corazón se le aceleró por un motivo bien distinto. Entusiasmo. Esperanza. Se había obcecado tanto con las bodas que había dejado de considerar el resto de los eventos. La gente necesitaba flores para toda clase de cosas.

—Por ejemplo las fiestas de quinceañeras, o los *baby showers* —sugirió con indecisión.

—Perfecto —contestó Elliot, entusiasmado.

—Cumpleaños importantes.

—Los cincuenta. Desde luego.

—¿Y los aniversarios?

—¡Claro! Podrías hacer un sinfín de cosas más, y cuando la gente vea lo alucinantes que son tus flores, se les olvidará lo de ese absurdo rumor.

—Quizá Kira pueda ayudarme con el cambio de rumbo en redes sociales. Esas cosas se le dan bien.

Elliot le sonrió y el corazón se le rompió un poco. Era tan guapo.

—Así que fingimos haber roto, pero podemos seguir haciendo esto, ¿verdad? —Los abarcó a ambos con un gesto, el torso desnudo de Elliot y el revoltijo de mantas que les cubrían las piernas.

Él la arrojó contra las almohadas y la carcajada de Daisy reverberó en el cielo nocturno.

—Joder, pues claro —le dijo, hundiendo la cara en su cuello.

—Me alegro —respondió ella mientras le arañaba la espalda—. Porque yo también te quiero.

Capítulo 37

—¡Siento llegar tarde! —exclamó Iris, corriendo hacia su mesa en el *pub.*

Daisy y Kira ya estaban dando buena cuenta de un plato de nachos y de su primera ronda de margaritas.

—Owen estaba pesado y Olive no parecía muy convencida de que necesitara una noche sola con otros adultos. Ha dicho que le parecía un aburrimiento. —Dejó escapar un largo suspiro—. Pero Archer prácticamente me ha sacado a empujones por la puerta, así que… aquí estoy.

—Nos alegra que hayas podido venir —respondió Kira, dejándole hueco en el banco de la mesa.

—Y solo he llorado un poquito de camino aquí. —Iris cogió un nacho cubierto de queso y se lo metió en la boca.

—Estamos orgullosas de ti —le dijo Daisy, y su amiga sonrió.

—Gracias. Bueno, a ver, ¿qué me he perdido?

—Kira me estaba contando que David y Hailey han decidido celebrar la boda en un destino exótico, así que al final no van a casarse en Dream Harbor.

—¡Qué bien! De todos modos, no los queríamos aquí —dijo Iris.

Daisy no pudo contener una carcajada.

—Y ahora me está mostrando mi nuevo y mejorado perfil de Instagram. Mira qué bonito —dijo Daisy, pasándole el móvil.

—Los diseños son tuyos. Yo solo los he realzado —contestó Kira con una sonrisa.

Pero era más que eso. Había sacado unas fotos preciosas a sus flores por todo el pueblo. Daisy había donado ramos y centros de mesa a cualquier comercio de Dream Harbor que deseara uno. Y los había decorado especialmente para cada establecimiento, así que a los dueños y a sus clientes les había encantado la iniciativa.

Sin embargo, el verdadero golpe de suerte se produjo cuando a Kira le reservaron el granero para celebrar unas bodas de oro. Al

parecer, a nadie le preocupaba que Daisy fuese a romper la unión de una pareja que llevaba junta cincuenta años, de manera que Kira consiguió que le encargaran las flores. Daisy replicó las flores del día de su primera boda hasta el último detalle, incluidas las rosas color crema del ramo de la novia, cosa que alegró tanto a la mujer que se puso a llorar. Y entonces ella lloró también.

Ahora solo le quedaba mantener ese impulso.

—Espera, que aún no te he enseñado lo mejor. —Kira recuperó el teléfono y pinchó en algunos de los comentarios—. Mira este.

—¡Léelo en voz alta! —insistió Iris mientras Daisy ojeaba los comentarios.

—¿Es quien creo que es?

—¡En voz alta!

—Vale, vale —dijo Daisy riéndose—. Dice: «Daisy se encargó de las flores para mi boda y, aunque el novio acabó siendo un cabrón mentiroso que me puso los cuernos, las flores quedaron impresionantes. ¡Las doné a una residencia de ancianos cuando descubrí a mi ex en la cama con mi prima! Gracias, Daisy, por poner algo de luz en un día de mierda».

—¡Es increíble! —exclamó Iris.

—¿A que sí? —convino Kira con gran regocijo—. Y no te preocupes, en la residencia me han confirmado que ninguna adorable pareja de ancianos se separó aquel día.

—No me creo que hayas hecho eso.

—¡Pues claro que sí! Y ahí hay otro.

Bajó por la pantalla con el dedo, pinchó y vio un comentario en otra publicación diferente, donde aparecía Annie cuando Mac la sorprendió con un ramo de peonías, su flor favorita.

—«Mi matrimonio no duró, ¡pero las flores que me suministró la Floristería de la Guirnalda de Margaritas se mantuvieron preciosas durante semanas! Mi marido nunca me regaló flores, pero ahora me compro ramos para mí y mis amigos cada vez que paso por el pueblo».

Daisy notó que empezaban a acumulársele las lágrimas en los ojos.

—Es una locura —susurró—. ¿Cómo ha ocurrido esto?

—Puede que me pusiera en contacto con algunos de tus antiguos clientes. —Kira se encogió de hombros.

—¿En serio?

—Sí. Y ninguno te echa la culpa a ti, Daisy. Obviamente.

—Obviamente —repitió ella, casi sin aliento. Pero no resultaba tan obvio. Teniendo en cuenta que la gente evitaba entrar en su tienda, pensaba que las pobres parejas separadas debían de culparla al menos en parte de su mala suerte.

—La gente no se separa por unas flores, Daisy —reiteró Kira como si le hiciera falta oírlo. Porque así era—. La gente se separa por un millón de razones, pero no por unas flores. Te lo prometo.

—Gracias, chicas. Necesitaba esto, supongo.

—Yo también —contestó Iris con una sonrisa. Llevaba el pelo cobrizo recogido en lo alto de la cabeza y tenía las mejillas sonrojadas de alegría. Volvía a ser ella misma. O una nueva versión de sí misma, más fuerte, y Daisy se alegró de que hubiera podido salir esa noche—. ¡Qué bien sienta salir de casa!

—¿Otra ronda, señoritas? —preguntó Mac al presentarse junto a su mesa.

—Una más no nos hará daño —dijo Kira con un guiño.

—Para mí sin alcohol —aclaró Iris.

—Claro. ¿Qué tal el hombrecito? —preguntó Mac—. ¿Duerme bien?

—Se duerme en cualquier parte mientras esté agarrado a mí —contestó Iris con un resoplido—. Pero ¿en su cuna? Ni hablar.

—Me han dicho que después la cosa mejora —le dijo Mac con una mueca de resignación.

—Ya veremos.

—¿Os apetecen más nachos?

—¡Ahora nos entendemos!

—¿Algo más? —preguntó Mac entre risas.

—Sí —contestó Kira—. Dile a Annie que me debe veinte pavos.

—¿De qué?

—Elliot y Daisy han roto.

Mac miró a Daisy, quien hizo lo posible por mantener una expresión neutra.

—Bueno —dijo Mac con una sonrisa de suficiencia—. Annie no se lo va a tragar, pero le transmitiré el mensaje.

—¡Te lo dije! —exclamó Iris mientras Mac se alejaba—. Nadie se va a tragar que hayáis roto.

—¡¿Por qué no?! —preguntó Daisy, dando un trago a su copa.

Le parecía extrañamente romántico que Elliot quisiera demostrarle al pueblo que no necesitaba a un hombre para romper su maldición. Pero, al parecer, aquello no convencía a nadie.

—Por la forma en que te mira —explicó Kira.

—¿Y cómo me mira?

—¿Me estás vacilando? Daisy, te mira como si fueras la razón de su vida. Ha sido así desde mucho antes de que empezarais a salir, o a fingir que salíais. —Kira agitó una mano para restarle importancia antes de agarrar otro nacho—. Ese hombre estaba colado desde el primer día y se le da fatal disimularlo.

—Eso es cierto —convino Iris con un gesto de asentimiento.

Daisy no pudo contener una sonrisa y notó que el calor le invadía la cara. Sí que la miraba de esa forma. Lo sabía. Y estaba convencida de que ella lo miraba también como una idiota enamorada, pero no era asunto de nadie más que suyo.

—Pues vale —zanjó—. Pero yo me voy a ceñir a mi historia. Hemos decidido ser solo amigos.

—Lo que tú digas —contestó Kira con una sonrisa—. Pero vamos con el verdadero motivo que nos ha reunido aquí.

—Una lluvia de ideas —dijo Daisy, dejando a un lado su copa de margarita vacía—. A la mierda las bodas.

Iris y Kira enarcaron las cejas.

—Necesito vuestra ayuda para encontrar la forma de enfatizar otros grandes acontecimientos vitales. Y cómo venderlo. Las bodas no tienen por qué ser lo más importante en la vida de una persona. Quiero ayudar a la gente a celebrar también otras cosas.

—Estás hablando con dos mujeres que no se han casado y están felices —contestó Iris con una sonrisa—. Podemos ayudarte con esto, sin duda.

Kira se inclinó hacia delante con aire pensativo, como si ya hubiera empezado a maquinar.

—Me ha gustado eso que ha dicho la otra usuaria sobre comprarles flores a sus amigos. Quizá podríamos hacer algo con eso.

—Ay, sí. ¿Y qué te parece establecer una especie de servicio por suscripción? Ramos mensuales, por ejemplo —propuso Iris.

—Sí, es perfecto. —Daisy volvió a sacar su teléfono y empezó a tomar notas en la aplicación con todas las ideas que sus amigas iban aportando.

Cuando concluyó la velada, habían devorado dos raciones de nachos y varias rondas de margaritas, además de renovar la confianza de Daisy en su capacidad para triunfar.

La Floristería de la Guirnalda de Margaritas no pensaba irse a pique sin pelear.

Y esta vez de verdad.

Daisy no iba a seguir escudándose en una relación falsa.

O en una maldición generacional y probablemente ficticia.

Había llegado el momento de hacer que una larga dinastía de Daisies se sintieran orgullosas.

Capítulo 38

Diez meses después

A Elliot le sudaban las palmas de las manos. Tanto era así que la correa de Goldie había estado a punto de resbalársele varias veces de camino hacia allí.

Cosa que era absurda, dado que había hecho eso mismo casi todos los días a lo largo del último año. Pero aquel día iba a ser distinto.

Abrió la puerta de la floristería y Daisy lo recibió con una sonrisa radiante desde detrás del mostrador.

—Elliot —dijo, saliendo a recibirlo. Le rodeó el cuello con los brazos y le dio un beso en los labios.

Goldie correteó felizmente a su alrededor hasta que Daisy estiró la mano y la rascó entre las orejas.

—Sois los amigos más íntimos que he visto nunca —murmuró Marty mientras salía de la tienda con los brazos llenos de ramos de flores silvestres.

—Amigos con derecho a roce —susurró de un modo teatral Cliff junto a él, cargado con un nuevo cactus para el alféizar de su ventana—. Así lo llaman los chavales.

Daisy contuvo una carcajada y pegó la cara al cuello de Elliot.

—¡Nos vemos la próxima semana, chicos! —gritó por encima del hombro de Elliot antes de volver a estirarse—. Hola —le dijo, todavía sonriente, y a Elliot le dio un vuelco el estómago.

—Hola. —Se pasó una mano por el pelo, incapaz de estarse quieto —. No seguirán pensando que estamos separados, ¿verdad?

—Ya sabes que el pueblo perdió el interés en nosotros hace meses. Creo que esos dos se han olvidado de lo que pasó —dijo Daisy, volviendo a situarse tras el mostrador. Goldie la siguió y se dejó caer en la cama que Daisy guardaba allí detrás para tal efecto

—. Dejando de lado a los viejos locos, me alegra que hayas venido. ¿Sabes una cosa?

—¿Qué? —preguntó Elliot apoyándose sobre el mostrador.

—Nos hemos hecho virales. La tienda, quiero decir.

—¿En serio?

—Bueno. —Daisy se encogió de hombros—. Un poco virales, pero sí, ¡hemos iniciado una tendencia! —dijo casi gritando, con la cara radiante de entusiasmo.

—No me sorprende, pero cuéntame. ¿De qué tendencia se trata?

—¿Te acuerdas de que en nuestras redes sociales le pedimos a la gente que nos dijera por qué merecían flores sus amigos?

—Sí, te dieron muchas respuestas asombrosas.

—Lo sé, y escogimos a algunas personas a quienes enviarles arreglos florales, pero entonces la gente empezó a llamar a la tienda para dar más nombres, de modo que todo aquel que estuviera nominado recibía flores.

—Es increíble.

—¡Lo sé! Y entonces un *influencer* se enteró y popularizó la historia, y ahora la gente publica *online* cosas sobre las personas importantes de su vida y otras personas les compran flores. ¡Hay incluso un *hashtag*!

—Creo que eso es lo más bonito que ha surgido de internet.

—¡Ya ves!

—Estoy muy orgulloso de ti.

Daisy había invertido mucho trabajo en los últimos meses y se le habían ocurrido muchas nuevas ideas para mantener la tienda abierta. Y ninguna de ellas tenía nada que ver con combatir una maldición. De hecho, hacía mucho tiempo que no escuchaba ningún cotilleo acerca de la maldición. Lo único de lo que hablaba la gente era el esplendor de Dream Harbor ahora que las flores de Daisy engalanaban todas las puertas, escaparates y mostradores de los comercios. Se había apoderado del pueblo entero.

—Gracias —le dijo con una sonrisa—. Yo también estoy orgullosa de mí.

Elliot se rio, participando del entusiasmo de Daisy, y casi se le olvidó lo nervioso que estaba.

—En fin, que ya casi he terminado aquí, así que enseguida podemos irnos a casa.

A casa.

Daisy se había ido a vivir con él meses atrás. Poco a poco.

Primero solo dejó el cepillo de dientes.

Después el pijama y un par de calcetines bien mullidos.

El cajón que le había reservado fue llenándose gradualmente. Poco después, Daisy ya tenía en el armario su taza favorita, expresaba su opinión acerca de los colores para pintar la cocina y adquirió la costumbre de pasear a Goldie todas las mañanas.

Elliot dejaba que se tomara su tiempo.

Cuando alquiló el apartamento de detrás de la floristería, imaginó que estaba apostándolo todo a aquella relación.

Pero seguía poniéndole nervioso lo que estaba a punto de hacer. Un año atrás, jamás se le habría pasado por la cabeza. No creía que su corazón fuese capaz de volver a amar a alguien. Al menos no como amaba a Daisy.

Pero los corazones eran así de caprichosos.

—De hecho, quería preguntarte una cosa.

—¿Sí? Vale. ¿De qué se trata?

—¿Alguna vez echas de menos las flores de las bodas? —le preguntó tras aclararse la garganta.

—No rechazaría un encargo así —repuso Daisy encogiéndose de hombros—, pero no sé si lo echo de menos.

—¿Y si quisiera contratarte?

No lo miraba mientras hablaba, ocupada como estaba limpiando la tienda, guardando recibos y trozos de cinta, y tirando a la basura las hojas sueltas y los pétalos de las flores.

—¿Para qué? —le preguntó mientras cerraba la caja registradora.

—Para nuestra boda.

Daisy se detuvo. Y entonces cayó en la cuenta.

—Espera un momento… Espera…, ¿me… estás…? —Salió de detrás del mostrador, se quitó el delantal y lo arrojó a un lado—. ¿De verdad vas a hacer esto?

Elliot asintió. Tragó saliva. Asintió de nuevo.

Tomó aire.

—Daisy November Scott, ¿quieres casarte conmigo?

Daisy se llevó las manos a la boca.

—¿Quieres casarte conmigo? —susurró entre los dedos.

—Claro que sí.

—No tengo muy buen historial que digamos.

—Me da igual tu historial. —Apoyó la frente contra la suya—. Daisy, si quieres que sigamos fingiendo que hemos roto, o decir que somos compañeros de piso, o amigos, o enemigos, a mí me da igual, siempre y cuando estemos juntos. Pero quiero que sepas que, por mi parte, esto es para siempre.

—Por mi parte también es para siempre.

Elliot estuvo a punto de derretirse de alivio.

—Entonces, ¿quieres plantarte delante de nuestros familiares y amigos y decirles que es para siempre?

La sonrisa lacrimosa de Daisy le hizo pedazos.

—Sí.

—¿En serio?

—Sí.

—¿De verdad?

—¡Que sí! —exclamó Daisy con una risita, y él la subió al mostrador. Ella le rodeó la cara con las manos—. Claro que quiero casarme contigo, Elliot Milton Parker.

—Eso me hace absurdamente feliz.

Daisy se inclinó hacia delante y lo besó.

—¿De verdad creías que iba a negarme?

—No sabía si querrías volver a pasar por lo del matrimonio, pero sabía que quería estar contigo.

—Para siempre.

—Sí. —La besó de nuevo, susurrando las palabras contra sus labios—. Me has devuelto a la vida, Daisy. Gracias a ti, he vuelto a ser yo mismo. —Ella enredó entonces los dedos en su pelo y él le secó las lágrimas de las mejillas con los pulgares.

—Lo mismo digo —susurró Daisy—. Me has recordado quién era. —Recorrió con los labios sus mejillas, su nariz, sus labios, colmándolo de amor.

—Me alegra muchísimo que hace un año me pidieras ser tu novio falso.

—No podría haber escogido a nadie mejor.

Elliot sonrió y el sol entró por la vidriera, pintándolos de rosa, morado y amarillo.

No lo había visto venir, pero se alegraba mucho de haber entrado en aquella bonita floristería tantos meses atrás.

Quizá fuera el destino, o algún antepasado que le susurró al oído. O tal vez solo buscaba una planta de interior que su madre no pudiera matar con facilidad. Pero, siendo sincero, se había enamorado de Daisy nada más verla, antes incluso de haber puesto un pie en su tienda.

Se alegraba de haber sido lo bastante valiente como para dejar de esconderse. Y de que ella hubiera sido lo bastante valiente para empezar de nuevo. Fuera lo que fuera lo que los había unido, sabía que aquello duraría.

Daisy había remendado su corazón y ahora ya solo la deseaba a ella.

—Vámonos a casa. —Daisy se bajó del mostrador dando un salto y le estrechó la mano—. Venga, Goldie. —La perra los siguió mientras emergían al aire cálido de la tarde.

Daisy le apretó la mano.

Aquel día iba vestida de amarillo y estaba perfecta.

Como los rayos de sol, las flores y los días de verano.

Como el futuro.

Un futuro junto a él.

Epílogo

Veinte años después

—Vamos a llegar tarde.

—No vamos a llegar tarde. —La voz cálida de Elliot le llegó desde atrás mientras se aplicaba el rímel frente al espejo situado sobre el lavabo de su cuarto de baño.

Daisy respiró hondo.

—Me noto algo sensible.

—Lo sé.

Alcanzó a sentir la sonrisa de Elliot cuando le retiró el pelo del cuello y la besó en la nuca. Llevaba puestos solo el sujetador y las bragas, el vestido que tenía pensado ponerse aquel día yacía aún extendido sobre su cama. Él estiró la mano sobre su vientre desnudo.

—Nuestro primer bebé se gradúa hoy en el instituto —continuó ella, ya medio llorosa—. La verdad es que no sé por qué me molesto en ponerme rímel, si dentro de un rato voy a parecer un mapache.

—¿Quién crees que se va a poner peor? ¿Tú porque se gradúa nuestro primer bebé o Iris porque se gradúa la última de los suyos?

Ambos lo pensaron un instante antes de responder al unísono:

—Archer.

Iris y Archer ya habían visto graduarse a Olive y a Owen, y Archer había llorado como un bebé en ambas ocasiones, de modo que Daisy se imaginaba cómo se pondría aquel día cuando Ophelia, la pequeña, abandonara el nido.

Daisy se rio sacudiendo la cabeza. Pobre hombre.

—No tenemos tiempo para esto —murmuró, relajándose contra el cuerpo de Elliot.

—Siempre tenemos tiempo para esto —respondió él, dándole besos por el cuello hasta llegar al hombro.

Daisy estudió su reflejo en el espejo. Elliot seguía teniendo buen aspecto, estaba tan guapo como siempre con su cabello canoso y sus gafas. Los años habían acentuado aún más su aire de profesor sexi.

—Yo debería teñirme estas canas grises —comentó ella pasándose los dedos por el pelo.

—No son grises —dijo Elliot dándole la vuelta—, son plateadas. —Le hizo cosquillas con la nariz en el hueco del cuello y apretó su espalda contra la encimera del baño—. Me gustan. Estás perfecta. Pareces una bruja sexi.

Daisy murmuró para expresar su aprobación cuando Elliot besó y lamió sus clavículas, olvidándose por completo de que no tenían tiempo para aquello hasta que los interrumpieron los porrazos en la puerta.

—¡Mamá!

—¿Qué? —preguntó Daisy con un suspiro.

—¿Dónde están mis zapatos?

—¿Qué zapatos?

Elliot siguió besándola mientras hablaba, insensibilizado ya a los porrazos y gritos a través de las puertas cerradas después de dieciocho años de paternidad.

—Los de plataforma con la punta abierta.

—Seguramente en tu armario.

—¡Allí no están!

—¡Margaret Daisy Parker, ponte los zapatos que sean! En quince minutos nos vamos a la graduación de tu hermano y me da igual que vayas descalza.

Desde el otro lado de la puerta les llegó un ruido que solo pudo interpretarse como un gruñido, seguido de pasos airados y un portazo en algún lugar de la casa. Mientras tanto, Elliot le había desabrochado el sujetador y lo había arrojado a un lado.

—En serio, no podemos…

La interrumpió con un beso, sentándola sobre la encimera.

—Shh…, serán solo cinco minutos como mucho —le prometió, arrodillándose frente a ella.

Podría rebatirle. Seguramente debería hacerlo. Pero se sentía tan tensa y sensible aquel día que quizá sirviera para aliviar parte de su tensión.

Echó la cabeza hacia atrás hasta apoyarla en el espejo mientras Elliot le retiraba las bragas a un lado y se ponía manos a la obra. Otra de las ventajas de llevar juntos tanto tiempo era que sabía bien lo que tenía que hacer. Y llevaba razón, no les llevaría mucho tiempo.

Susurró su nombre, tirándole del pelo mientras la lamía y succionaba. Él levantó el brazo y le estimuló el pezón retorciéndolo con el pulgar y el índice hasta hacerla gemir. Daisy meció las caderas y él la alentó con un murmullo.

—Eso es, mi dulce Daisy. Córrete en mi lengua —le dijo con la voz rasgada, mordisqueándole la cara interna del muslo.

Y a continuación se incrementaron el calor, la presión y el placer, hasta que explotó con aquel hombre al que tanto amaba entre sus muslos. En cuanto volvió en sí, antes de poder recuperar el aliento, Elliot la bajó de la encimera, le dio la vuelta y la penetró. Sintió su boca en el cuello, una mano entre sus piernas, mientras la embestía, incansable, hasta que ambos se corrieron de nuevo.

Elliot amortiguó los gemidos contra su hombro, y ella se mordió la mano intentando no gritar, hasta que acabaron los dos riéndose por lo absurdo de la situación.

—¿Cuánto hemos tardado? —preguntó él, todavía jadeante.

—Siete minutos —contestó Daisy tras consultar el móvil—. Vamos a llegar tarde.

—No vamos a llegar tarde —insistió él con una sonrisa de suficiencia. La besó en el hombro una vez más antes de darse la vuelta para limpiarse y vestirse.

Y llevaba razón.

A las nueve en punto, su pequeña familia aguardaba junto a la puerta vestida con sus mejores galas. Maggie había encontrado sus zapatos, al parecer. James lucía su toga de graduación y se parecía tanto a su padre que Daisy tuvo que contener las lágrimas, y allí estaba Elliot para empujarlos a todos hacia la puerta de casa.

Había estado a su lado durante veinte años. Una presencia firme y paciente.

Aquel día volvió a recordar lo mucho que se alegraba de haber corrido hasta su casa una noche de tormenta para romper la maldición.

Estaba bastante segura de que su tía abuela Daisy se sentiría orgullosa.